

MEGAN MAXWELL

*Las guerreras Maxwell, 5*

UNA PRUEBA  
DE AMOR

# ÍNDICE

[PORTADA](#)

[SINOPSIS](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

La joven pelirroja Demelza nació fruto del amor entre una escocesa y un vikingo, algo que Urd, la mujer de este, nunca perdonará.

Demelza, a la que todos llaman Pelirroja salvaje, creció con unos hermanastros que la adoraban y un padre que la veneraba. Urd, sin embargo, se la tiene jurada y, con la ayuda de un malvado vikingo llamado Viggo, urde un plan para destrozarse el futuro de su hijastra. El padre de la joven, creyendo todo lo que se dice de ella, la obliga a casarse con Viggo, algo de lo que más tarde se arrepentirá y que, sin duda, marcará el resto de su vida.

Una desgracia... Una promesa... Un viaje...

Los acontecimientos se precipitan y Demelza llega a Escocia para ser vendida como esclava nórdica, hasta que en su camino se cruza el gallardo y valeroso highlander Aiden McAllister, un hombre que aprenderá que, si quiere conquistarla, deberá mostrarle una auténtica prueba de amor.

UNA PRUEBA DE AMOR  
LAS GUERRERAS MAXWELL, 5.

Megan Maxwell

Esencia/Planeta



*En ocasiones, por muy fuertes que seamos, las fuerzas nos fallan a todos.*

*Nadie es indestructible. Nadie es inquebrantable.*

*Pero en esas circunstancias es cuando debemos mirar en nuestro interior, apretar los dientes, creer en nosotros mismos y decirnos alto y claro:*

*«¡Yo puedo!».*

*Por ello, quiero dedicar esta novela a todas las guerreras y los guerreros Maxwell que han apostado por ese*

*«¡Yo puedo!» y, si se han caído cinco veces, se han levantado seis.*

*La vida son dos días, y uno posiblemente ya lo hemos vivido como para desperdiciar el que nos queda arruinando nuestro presente mientras recordamos un pasado que ya no tiene ni futuro ni solución.*

*¡Vive y enamórate!*

*Estás aquí para ser feliz.*

*Mil besos,*

*MEGAN*

# CAPÍTULO 1

*Reino de Sogn,  
Noruega*

Voces nórdicas de mujeres cantando en lenguaje rúnico animaban la fiesta de enlace entre el joven Harald Hermansen, del pueblo de Borgund, y la encantadora Ingrid Ovesen, de Ski.

Sonaban los tambores hechos de piel de reno, las *tagelharpas*, fabricadas con crin de caballo y cuernos de cabra, mientras unas cien personas bailaban alrededor de las enormes hogueras y lo pasaban bien.

Desde donde se encontraba, Demelza observaba a su padre, Yngve, comer salmón mientras bebía un gran vaso de *bjorr*, un licor extremadamente fuerte hecho con zumo de fruta fermentada.

Yngve Ovesen, antiguo y valeroso guerrero, era un granjero que se dedicaba a la cría de ovejas, vacas y cabras, de las que luego sacaba su leche para hacer queso y mantequilla. La especialidad de Yngve y su familia era el *skyr*, una leche espesa salada y fermentada que guardaban en grandes vasijas y que luego vendían en el mercado, siendo éste un producto que duraba todo un invierno.

Complacida, Demelza sonrió tocándose su larga cabellera roja. Ver a su padre bromear con la mujer que últimamente lo hacía sonreír la llenaba de alegría. En su pueblo estaba permitida la poligamia, y si a su padre eso lo hacía feliz, ¿quién era ella para cuestionarlo?

Había sido un año duro, tremendamente complicado por todo lo ocurrido en la familia, pero la boda de su hermana era el comienzo de algo bonito y tenían que verlo de ese modo.

Estaba pensando en ello cuando su progenitor se acercó a ella y, tocándole con mimo el *kransen*, la corona de flores que ella llevaba sobre su cabello suelto, le preguntó:

—¿Se divierte mi pelirroja salvaje?

Demelza sonrió, quienes la querían la llamaban así.

—Mucho, papá —contestó.

Pero Yngve sabía que mentía; en los últimos tiempos, la vida no había tratado bien a Demelza. El hombre se sentó junto a ella y murmuró mirando al cielo:

—¿Ves la oscuridad de la noche?

La joven levantó la mirada. El cielo estaba precioso.

—Hagas lo que hagas —continuó su padre en un murmullo—, nada impedirá que se ilumine cuando amanezca. Del mismo modo que, hagas lo que hagas, nunca podrás impedir que el color de tus ojos hable por ti.

Entendiendo sus palabras, Demelza resopló. De todos era sabido que sus ojos azules cambiaban de tono según su estado de ánimo, algo que siempre la había delatado, y poco podía hacer para evitarlo.

Sonriendo por ello estaba cuando se acercó Grunde, un vecino. Su padre y él hablaron sobre un problema que aquél tenía con el pago de unos impuestos, e Yngve se ofreció sin ningún reparo a ayudarlo.

Una vez el hombre se marchó, Demelza murmuró:

—Es bonito lo que vas a hacer por él.

Yngve sonrió. Grunde era una buena persona.

—Siempre hay alguien que necesita ayuda y que probablemente esté peor que uno mismo —afirmó—. Por tanto, nunca olvides, hija, que la ayuda se ha de ofrecer de corazón.

La joven asintió, y él continuó:

—Eres mi hija. Mi guerrera. La mujer con más coraje y más intuitiva que he conocido nunca y he tenido el placer de criar, pero necesito que entiendas que el pasado no tiene nada nuevo que decirte.

—Papá...

—Demelza, escucha. Sé que me has perdonado por mi desacertada decisión con respecto al innumerable... Tranquila, no voy a hablar de ello. Y sé que me has perdonado porque me lo dicen tus ojos cuando me miran, tu cariño cuando me hablas y tu manera de quererme cuando me abrazas.

Demelza sonrió y él, asiendo con afecto la mano de su hija, se la llevó a su propio corazón y, mirándola a los ojos, dijo:

—Él está aquí. Contigo. Conmigo. Con todos los que lo queremos y lo recordamos, pero hay que seguir, hija. Hay que continuar caminando porque, si te paras, el dolor, la rabia y la frustración pueden paralizarte, y eso Haakon no te lo perdonará.

La joven asintió, su padre tenía razón, por lo que, conteniendo la emoción que le provocaba pensar en Haakon, aseguró observando que el broche que él llevaba, y que solamente se ponía en ocasiones especiales, estaba abierto:

—Lo sé, papá. Lo sé...

La joven se apresuró a coger el labrado broche con la piedra negra e indicó:

—Has de arreglar el enganche o perderás el broche del abuelo.

El hombre asintió, la pieza estaba torcida, y, al ver cómo ella le daba la vuelta, musitó:

—Siempre te ha gustado ese proverbio nórdico, ¿verdad?

Demelza asintió y leyó la inscripción:

—«Antes de entrar en un lugar, fíjate por dónde se puede salir.»

Acto seguido, padre e hija sonrieron, y el primero cuchicheó:

—Tu abuelo siempre decía que, entraras donde entrases o hicieras lo que hicieras, siempre había que ser consciente de las salidas que había para buscar una solución. Te habría gustado tu abuelo.

—Seguro que sí —afirmó ella.

—Mañana se lo llevaré a Herson y me lo arreglará —dijo Yngve mientras ella se lo prendía de nuevo en la solapa.

Pero Demelza sonrió y cuchicheó guiñándole un ojo: —Mañana lo olvidarás y te lo volveré a recordar la siguiente vez que te lo pongas.

El hombre soltó una carcajada, su hija tenía razón, y con cariño musitó:

—Seguramente lo arreglarás tú antes que yo.

—Seguramente —asintió ella, y suspiró.

Yngve meneó la cabeza. Había librado muchas batallas. Demasiadas. Aun así, la más difícil la tenía ante sí. Necesitaba ver a su hija feliz, ella se lo merecía. Le acarició el óvalo de la cara con cariño y dijo:

—Ambos sabemos que quien la hace la paga, ¿verdad? —La joven afirmó con la cabeza, y él añadió tocando con mimo el broche—: Pero mientras llega ese momento, no cometas el error de arruinar tu presente recordando un mal pasado que ya no tiene futuro ni solución. ¿Comprendes, Demelza?

La joven sonrió. Le gustaban las conversaciones que siempre mantenía con su padre, eran especiales, diferentes, maravillosas. Y, dispuesta a hacerle ver que seguiría su consejo, se levantó y con un gracioso gesto preguntó:

—¿Qué tal si bailas?

—¿Contigo?

Demelza rio y, mirando a Alvilda, la mujer con la que Yngve se divertía últimamente, replicó:

—¿No lo pasarías mejor bailando con ella?

Él sonrió y afirmó con gesto seguro al tiempo que le tendía la mano:

—Lo pasaré mejor bailando contigo. Con mi guerrera.

Sin dudarle, Demelza aceptó su mano y, encantados, ambos danzaron felices.

## CAPÍTULO 2

Mientras bailaban junto a los novios, Urd, la esposa de Yngve y la madre de los hermanos de Demelza, los observaba. Ella era la única que llamaba Laug a la pelirroja, un nombre que la muchacha odiaba y que, a pesar de todo lo ocurrido, ella se negaba a olvidar.

Demelza había sido su piedra en el camino. Su frustración. El hecho de que su marido se acostara con otras mujeres ejerciendo su derecho a la poligamia no le importaba, como no le importaba a él cuando ella hacía también uso de ese mismo derecho. Sin embargo, nunca le había gustado aquella hija suya. Y, aunque se encontraba serena disfrutando de la boda de su hija Ingrid, en su mente estaba Haakon, su hijo desaparecido.

Tras muchos bailes, durante los cuales Demelza intentó demostrarle a su padre que estaba feliz, cuando paró a descansar, oyó:

—Toma un poco de salmón, Demelza.

Al oír la voz de aquella persona tan importante para ella, la joven se volvió. A su lado estaba Hilda, lo más parecido a una madre que tendría nunca, con varios platos de salmón.

—No tengo hambre —respondió negando con la cabeza.

Hilda suspiró, su niña no había tenido un año fácil. No obstante, sin darse por vencida, insistió:

—Vamos, debes comer un poco. Al parecer, está exquisito.

—¿«Al parecer»?

Ambas sonrieron. Sabían mucho la una de la otra.

—Vale —dijo la joven finalmente—. Ya lo sé. El salmón nunca te sienta bien y por eso no lo has probado.

—Exacto. Pero tú debes comer. Vamos, ¡coge uno!

Sonriendo, Demelza asió uno de los platos. Era lo mejor. Si no lo hacía, Hilda seguiría insistiendo.

—De acuerdo —sonrió—. Comeré.

Una vez Hilda se marchó para seguir repartiendo salmón, ella dejó con disimulo su plato sobre la mesa, no le apetecía. Entonces miró hacia los caballos de los asistentes, que parecían inquietos, y se acercó a ellos. Le encantaban los animales, especialmente los caballos, a pesar de que ella no tenía uno propio, y los acarició con mimo.

Complacida, buscó con la mirada a la nueva yegua de su hermana, aquella maravillosa yegua grisácea de ojos cautivadores de la que ambas se habían enamorado hacía unos meses cuando acompañaron a su padre a vender queso a otro pueblo. Por suerte, ahora ese animal era propiedad de su hermana Ingrid, porque su marido se lo había regalado.

Con cariño, caminó en su dirección. Instintivamente, la yegua miró a Demelza y se dirigió hacia ella. La joven sonrió. Ella y su magnetismo con los animales. Así pues, parándose, esperó a que la yegua se aproximara y, una vez la tuvo delante, apoyó la frente sobre la testuz de aquélla y, en noruego, murmuró con mimo:

—Eres preciosa..., preciosa.

La yegua meneó la cabeza encantada por sus palabras, y Demelza sonrió.

Según su padre, aquel magnetismo era un don. Yngve pensaba que su hija pequeña tenía una conexión especial con los animales. Nunca había conocido uno que se resistiera a ella. Todos terminaban acercándosele.

Abstraída estaba disfrutando de la yegua cuando miró al cielo, ese firmamento que tanto le gustaba observar por las noches, y de pronto se le erizó el vello de todo el cuerpo.

¿Qué pasaba?

Como habría dicho Hilda, eso le ocurría porque las hadas la avisaban de algo.

Pero ¿de qué?

Sonriendo, se pasó las manos por los brazos para calentarse. Sin duda lo sucedido se debía a que comenzaba a refrescar.

De nuevo centró toda su atención en los caballos; eran preciosos, a pesar de que ella poco supiera de equinos. Pero entonces notó una mano que la agarraba y, alarmada por lo que momentos antes había recordado, se volvió súbitamente.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó al ver a su hermana Ingrid.

—¿Por qué? —sonrió aquélla.

Sin querer recordarle que estaba siempre alerta por si Viggo aparecía, se encogió de hombros, e Ingrid, que estaba emocionada por el maravilloso día que estaba viviendo, afirmó:

—Sabía que estarías aquí.

Ambas rieron, y entonces Ingrid cuchicheó mirándola de arriba abajo:

—Estás preciosa con ese vestido. Te sienta de maravilla.

—Estoy ridícula —se mofó Demelza.

—¿Qué dices, Dem?! No lo estás. Cuando vistes como una mujer, estás realmente bella. Preciosa.

Demelza suspiró. Su femineidad era algo que hacía tiempo que había olvidado. Prefería pasar desapercibida para los hombres, por distintos motivos. Y, observando el escote de su vestido, musitó:

—Odio que me miren los pechos. Ver sus gestos me enferma.

Ingrid rio por su comentario y, para desviar el tema, comentó acariciando a su yegua:

—Cuando Harald me la ha entregado, ¿no me lo podía creer!

Demelza sonrió feliz. Aquella yegua grisácea de crines negras, de tres años, era impresionante.

—La dicha ha llegado a tu vida en muchos sentidos, hermana —afirmó.

Ingrid asintió. Estaba convencida de aquello. Se había casado con el amor de su vida y, sonriendo, musitó mirando al animal: —Harald y yo hemos pensado que el primer potrillo que tenga... ¡sea para ti!

Demelza sonrió feliz, su hermana y su cuñado la querían mucho, y declaró emocionada:

—Lo esperaré con deseo.



—Por cierto —cuchicheó Ingrid a continuación—. He decidido llamarla *Unne*.

—Nooooooooooooo...

—Síiiiiiiiiiii...

—¿Por qué? ¿Por qué *Unne*?

—Porque *Unne* significa «amor». ¿Qué mejor nombre para ella? —explicó la recién casada.

Demelza rio. Ingrid era una romántica y, para su suerte, había conocido el amor. Y, recogiendo su espectacular cabello rojo en una coleta, cuchicheó:

—Una yegua como ésta merece un nombre poderoso, y creo que...

No pudo terminar de hablar. Agarrándola de la mano, Ingrid tiró de ella y exclamó:

—¡Vamos, Dem!

—¿Adónde?

—¡Vamos! —insistió la novia.

Cogidas de la mano, las dos hermanas se alejaron de la fiesta.

Demelza e Ingrid. Ingrid y Demelza.

Eran tal para cual. Impetuosas, arriesgadas, valientes.

Ambas tenían los ojos y la tez clara como su padre. Aunque Ingrid, dos años mayor, era rubia y Demelza, pelirroja. Poseía un pelo tan rojo que muchos pensaban que eso era lo que hipnotizaba a los animales.

Entre risas, y cogidas de la mano, llegaron hasta un solitario lugar más tranquilo tras una enorme roca. Y, sin preocuparse por los bonitos y delicados vestidos que llevaban, se tiraron al suelo y se descalzaron para sentir el frío en los pies.

El espectáculo comenzaba.

Colores verdes, rosas, blancos o violetas bailaban en el firmamento mientras ellas lo observaban maravilladas, cuando Demelza, la más joven de las hermanas, murmuró al sentir de nuevo el vello de su cuerpo erizado:

—Lo creas o no, esta vez, las valquirias se han acercado tanto a mí que incluso todo el vello del cuerpo se me ha puesto de punta.

Ingrid sonrió, no dudaba de la palabra de su hermana, cuando la oyó decir maravillada sin apartar sus ojos claros del cielo:

—Cuánta belleza.

—Sí.

—Siempre nos gustó ver el cielo así.

—¿Recuerdas la leyenda que nos contó Hilda?

—¿Cuál de todas? —se mofó Demelza.

Ingrid sonrió y, recordando su preferida, respondió:

—Esa que dice que los colores son mujeres enamoradas y correspondidas que bailan eternamente tras su muerte.

—Tú y tu romanticismo.

—Sentirte amada y protegida es... es muy bonito, Dem —afirmó Ingrid —.

Espero que algún día aparezca esa persona que te haga sentir que la vida es algo más que guerrear y...

—Yo no soy tú, Ingrid —replicó Demelza.

Su hermana la miró y, consciente de lo que decía, afirmó frunciendo el ceño:

—Ya sé que no eres yo. Y precisamente por eso espero que algún día llegue ese hombre especial que te regale una preciosa, única y excepcional prueba de amor y te haga saber que él y sólo él es el dueño de tu corazón.

—Oh, Ingrid, no digas tonterías —se mofó ella.

La joven rubia la miró e insistió con gesto serio:

—Espero que, cuando ese hombre llegue a tu vida e hincle la rodilla en el suelo como lo hizo Harald para pedirme matrimonio, lo aceptes. Porque, si no lo haces, juro por Odín que te perseguiré y te martirizaré el resto de tus días, ¿entendido?

Demelza soltó una carcajada y, a continuación, al ver el gesto de enfado de su hermana, musitó:

—Pobre incauto, si espera que yo me enamore de él y acepte semejante cursilada.

—¡Dem! —gruñó Ingrid.

Divertida por el romanticismo de su hermana, Demelza repuso mirándola:

—Siento decirte que eso nunca pasará. Nunca le daré a ningún hombre esa oportunidad, y menos me enamoraré yo de él. Y no lo haré porque...

—¡Oh, cállate! —la regañó aquélla.

En silencio, continuaron observando la impresionante aurora boreal, recordando los cientos de leyendas que Hilda les contaba. Aquellos colores mágicos que aparecían en el cielo en determinadas épocas del año y que desde niñas les gustaba disfrutar juntas. Entonces, Demelza comentó tocando el cabello recogido de su hermana:

—Hoy, cuando ya finaliza el día de tu boda, las valquirias están felices por tu unión. Por ello nos permiten ver el reflejo de sus armaduras mientras lo festejan.

—Preciosos reflejos —musitó la desposada, acariciándose el colgante tallado que llevaba al cuello en forma de corazón y que su hermano Haakon le había regalado años antes. Como ella decía, era su talismán de la suerte.

Las jóvenes hermanas de padre sonreían cuando Ingrid, alzando la mano, susurró señalando su bonito *baugr*:

—Es precioso el anillo de la abuela, ¿verdad?

Demelza miró la alianza labrada de plata vieja que su hermana llevaba en el dedo. Aquel antiguo anillo, que pertenecía a la familia, se lo había dado su padre a Harald para el día del enlace. Afortunadamente, no se lo había entregado a Viggo.

—Es el anillo más bonito que he visto nunca —afirmó complacida.

—Debería ser tuyo.

—No. Por suerte, es tuyo. Si padre se lo hubiera entregado a Viggo, lo habría vendido. Por fortuna, papá ahí acertó.

Ingrid asintió y, convencida de aquello como lo estaba su hermana, afirmó:

—Tienes razón.

Permanecieron unos instantes en silencio, hasta que la recién casada musitó:

—Dem...

—¿Qué?

—¡Soy la señora Hermansen! ¡Lo soy! ¡Me he casado con el amor de mi vida!

—¿No? ¿En serio?

—¡Sí! ¡Sí!

Ambas rieron a carcajadas. Ingrid había cumplido su romántico sueño.

—Estoy que no quepo en mí de felicidad —prosiguió—. Me he casado con un herrero guapo, alto, maravilloso. Lo amo y él me ama a mí, pero reconozco que estoy un poquito asustada.

—¿Por qué?

—Ay, Dem... Esta noche voy a compartir lecho con él.

La aludida, sin querer pensar en su propia experiencia, indicó:

—Tu marido será suave y delicado contigo.

—¿Y si no lo es?

—Lo será...

Ingrid suspiró. El momento ansiado y temido por toda joven había llegado, y, cuando fue a decir algo, su hermana añadió:

—Recuerda: os conocéis desde niños y lleva toda su vida obsequiándote preciosas pruebas de amor, ¿o no?

—Sí —sonrió Ingrid.

Se quedaron de nuevo en silencio y, al cabo, la recién casada, que quería lo mejor para su hermana, murmuró:

—Algún día llegará ese hombre que te ofrecerá infinidad de pruebas de amor.

—Lo dudo.

—No, no lo dudes. Sé que ocurrirá y...

—El amor no es para mí —la cortó Demelza. Y, al ver cómo su hermana la miraba, agregó—: Y no quiero hablar de eso, ¿entendido?

Ingrid suspiró, le dolía oír eso de su hermana pequeña. Pero, nerviosa por lo que se le venía encima, preguntó roja como un tomate:

—¿Duele?

Demelza cerró los ojos. Le resultaba terrible recordar ciertas cosas, por lo que no respondió, momento en el que su hermana, consciente de su gesto, susurró tocándose la barriga:

—Madre me ha dicho que he de estar muy quieta para que el dolor pase rápido y que, con el tiempo, aprenderé a moverme y a disfrutar.

Demelza sonrió al oír eso.

Ella era la hermana pequeña. Pero, por desgracia, por culpa de la que todo el mundo decía que era su madre, había tenido que madurar de golpe. Sin embargo, como no quería amargarle a Ingrid aquel momento, contestó consciente de que ella nunca había llegado a disfrutar:

—Madre tiene razón. Hazle caso.

—Pero ¿y si Harald...?

—Harald no es Viggo —replicó ella—. Si fuera así, yo misma no te habría permitido casarte con él, porque lo habría descuartizado. Y te digo una cosa más, hermana, si algún día hace algo que tú no deseas, sólo tienes que decírmelo y juro que lo mataré.

—¡Pelirroja salvaje, para! —protestó la recién casada.

La aludida sonrió.

Ése era uno de esos momentos en los que, si su padre la hubiera oído, le habría recordado su sangre escocesa. Esa sangre repleta de pasión, indisciplina y peligro que, según él, un día lo enamoró, y de cuyo amor nació ella.

El silencio se instaló de nuevo entre ambas y, tras un maravilloso color violeta que cruzó el cielo formando cascadas de luz, Ingrid musitó intentando saber lo que pensaba su hermana:

—Has de tener paciencia con madre.

—Lo sé.

—No es mala, aunque se empeñe en llamarte Laug y tú odies ese nombre. Es sólo que...

Sin dejar terminar la frase a su hermana, y haciendo uno de los movimientos que su padre les había enseñado, Demelza se sentó sobre ella con su agilidad de guerrera y, tapándole la boca, aseguró consciente de por qué lo decía:

—No te preocupes. Estaremos bien.

Ingrid asintió. Y, contraatacando, al notar que la espalda de su hermana pequeña tocaba el suelo, insistió:

—Prométeme que no la harás enfadar.

—¿Yooooo?

—¡Dem! Ya no estaré cada mañana a tu lado para...

Esforzándose por derribar a su hermana, ella la cortó:

—Me las apaño sola. Y si madre deja en paz a Hilda, todos lo llevaremos mejor.

Pero Ingrid no dio su brazo a torcer.

—Pediré a Hamingja que te cuide todos los días y te ayude a encontrar la felicidad.

Al oír eso, Demelza sonrió. Hamingja, para los vikingos, era una especie de ángel guardián que cuidaba y decidía la suerte o la felicidad de su protegido.

—¡Pobre Hamingja! —murmuró.

—¡Dem! —gruñó Ingrid.

—Vale..., vale...

Por la educación que habían recibido de su padre, un antiguo guerrero, las dos hermanas podían ser dulces mujercitas o fuertes guerreras.

Yngve había enseñado a sus cuatro hijos todo cuanto podía enseñarles.

Según él, el conocimiento nunca había hecho mal a nadie. Y, por ello, había instruido a sus cuatro hijos acerca de cómo rastrear, montar a caballo y saber manejarse con el hacha, la daga, el arco y la espada. También les había enseñado el arte de la *glima*, un estilo de lucha cuerpo a cuerpo que practicaban sólo los vikingos. Algo en lo que Demelza siempre había destacado.

—Te voy a echar de menos, *señora Hermansen*.

Con cariño, la recién casada respondió dejando de luchar:

—Y yo a ti, pelirroja salvaje.

Sonriendo, Ingrid volvió a tumbarse en el suelo para ver el maravilloso cielo mientras asía con fuerza la mano de su hermana, a su parecer, la mejor que nadie pudiera tener, y cuchicheó:

—Añoro a Haakon todos los días.

—Yo también...

—Si estuviera aquí, no pararía de bromear y de bailar con las mujeres de la fiesta en toda la noche y nos recordaría que hay que vivir el presente, porque el futuro está por llegar.

Con tristeza, ambas miraron al cielo, cuando la desposada insistió:

—Y en cuanto a madre...

—No hablemos de ella ahora. Por favor —pidió su hermana.

Ingrid calló y asintió.

Su madre nunca había aceptado a Demelza como una hija, a pesar de que había llegado a su hogar siendo un bebé de apenas dos días. Saber que aquella niña pelirroja era hija de su marido y de una prostituta escocesa de la que se enamoró, aunque luego ésta murió, a Urd la partió en dos. Y más cuando quiso cambiarle el nombre, pero Yngve se negó. La niña se llamaría Demelza, como su fallecida madre había pedido, y no Laug.

Con desgana, Urd tuvo que aceptarla en su hogar, pero las diferencias que hizo entre Daven, Haakon e Ingrid, sus tres hijos biológicos, y aquélla resultaron evidentes para todos.

En su afán por controlarlo todo, la mujer se empeñó en llamarla Laug, un nombre que sólo ella usaba y al que la joven nunca había atendido. Es más, odiaba cómo lo pronunciaba y el desprecio que mostraba cuando le gritaba encolerizada: «¡Sangre escocesa tenías que tener!».

Por suerte, sus hermanos y su padre la querían, aunque aquella sangre escocesa corriera por sus venas, y la llamaban Demelza. O Dem, en los momentos distendidos. Siempre la habían adorado y les encantaba su locura y su valentía, y más cuando ella los había sacado espada en mano de más de un problema.

Uno de los días más bonitos de su vida fue cuando su padre encontró un cachorro de lobo malherido. Ayudada por Yngve y por su sabiduría, Demelza logró sacarlo adelante, y el animal, al que llamó *Wulf*, se convirtió en su más fiel amigo.

La joven nunca había añorado el cariño de una madre porque lo había recibido de Hilda, la mujer que la amamantó desde el primer día que llegó a su nuevo hogar. Fue también ella quien le enseñó a escondidas a hablar en gaélico escocés, aunque fue azotada por Urd cuando ésta se enteró.

Hilda era una esclava escocesa, una mujer raptada de su pueblo, como su difunta madre, por unos maleantes y a la que Yngve, el patriarca de la familia, había salvado una fría tarde de invierno. Una vez liberada, Yngve le dio la opción de regresar a sus orígenes o trabajar para su familia en la granja.

Hilda lo pensó: ¿qué debía hacer? Pero al final, consciente de que regresar a Escocia era volver a las calles, decidió comenzar una nueva existencia. Y a partir de ese día vivió en la granja, donde su vida personal fue un desastre hasta que apareció Demelza. Su niña. Su vida.

Los años pasaron y, mientras el amor incondicional de Hilda por la niña crecía, en Urd lo que crecía era el odio. Daba igual lo que Demelza hiciera.

Odiaba verla sonreír, verla recolectar frutos, ayudar en la granja, verla con la espada, disfrutar de la compañía de su lobo *Wulf* o montada a caballo.

Aquella pelirroja se parecía demasiado a Marion, la prostituta escocesa que le había robado el amor de su marido, y sin dudarlo decidió urdir un plan.

Para ello, buscó a dos hermanos llamados Jensen y Viggo Iversent, unos tipos nada recomendables, medio escoceses como Demelza. Sabía lo mucho que les gustaba el dinero, los problemas, las mujeres y la bebida, y, tras urdir un plan con aquéllos, previo pago de una saca de monedas, hicieron creer a todo el mundo que Demelza, la pelirroja de pelo escandaloso, era como su madre y regalaba su cuerpo a todo el que deseaba siempre que acompañaba a su padre a vender los productos de la granja por los pueblos.

Ésa fue la venganza silenciosa de Urd. Hizo con la muchacha lo que no pudo hacer con su madre: humillarla públicamente y ponerla en contra de su padre.

Al oír lo que se contaba de su hija pequeña, Yngve se desencantó.

Esperaba mucho de Demelza, la creía especial, diferente. Y ahora, por su mala cabeza, se había convertido en su vergüenza y sería imposible encontrarle un buen marido. Harald, el novio de Ingrid, intentó hablar con él.

Hizo todo lo posible porque lo escuchara, pero Yngve estaba cegado. Su hija Demelza lo había decepcionado y debía pagar su dolor.

Por ello, y sin escucharla por primera vez en su vida, a pesar de que le dijo con la mano en el corazón que su amor por ella siempre estaría ahí, aceptó el *mundr*, el precio de la novia que Viggo pagó por ella, y él ofreció el *heimangero*, su dote. Su hija debía desposarse inmediatamente, no esperarían el año de rigor que se solía esperar. Si no la casaba rápidamente, la gente los señalaría con el dedo y pronto dejarían de comprar los productos de su granja. Demelza no tuvo otra opción y, finalmente y contra su voluntad, se



casó, ante la tristeza de Harald y su hermana.

Pasó de ser libre a estar enjaulada.

De llevar el pelo suelto a llevarlo recogido.

De reír, a nunca sonreír.

Y, lo peor, por exigencia de Viggo, dejó de ser Demelza Ovesen para ser Laug Iversent, algo que ella nunca aceptó. Si antes odiaba ese nombre, ahora más aún, unido a aquel apellido.

Y, aunque intentaba disimular ante Hilda, su padre y sus hermanos las torturas y las vejaciones que sufría a manos de su marido, una noche, tras una terrible paliza en la que Viggo mató a su fiel *Wulf* cuando el animal intentó defenderla cuando vio que él la azotaba, la joven, moribunda, regresó a la casa familiar desde otro pueblo, arrastrándose con el rostro y el cuerpo ensangrentados.

Yngve, al ver el estado de su pequeña, que contenía las lágrimas ante todos para no mostrar debilidad, se encolerizó.

Pero ¿con qué clase de animal había casado a su hija?

Hilda e Ingrid, rotas de dolor, con mimo y delicadeza, y ayudadas por dos vecinas más, pues no había quien sujetara a Demelza, cosieron la fea herida que la chica tenía abierta en el pómulo, mientras Urd, sin moverse de su sitio, las observaba con gesto impasible. Ni siquiera la dura mirada de su marido y de sus hijos, ante su frialdad, la hicieron reaccionar. A ella no le daba ninguna pena aquella muchacha ni la muerte de su lobo. Esa escocesa, hija de una prostituta, sobraba en su vida.

Daven, Harald y Haakon se volvieron locos por lo que le había ocurrido a su querida hermana, para ellos era inadmisible que aquel sinvergüenza le hubiera puesto la mano encima a su Demelza, pero Urd los detuvo. Sin embargo, Yngve, dispuesto a matar a aquel malnacido y a su hermano, se preparó junto a Harald para partir en su busca, sin percatarse de que Haakon, su hijo mediano, se les adelantaba y, cuando llegaron al lugar, Viggo lo había matado.

La desventura cayó sobre la familia y la desesperación de Urd, ante la pérdida de su amado hijo, redobló el odio por la muchacha. Demelza era la culpable. Su hijo había muerto por culpa de aquella maldita escocesa

pelirroja.

Tras un triste y terrible entierro, en el que Demelza, junto a Ingrid, se permitió llorar por la pérdida de su querido hermano, por la tarde dio sepultura a *Wulf*. Aquel lobo había formado parte de su familia y se merecía ser enterrado como tal.

Esa noche, cuando regresaron a casa, Urd estaba histérica de dolor y, sin ella esperarlo, salió a la luz el terrible plan que había urdido.

La rabia de Yngve al conocer los detalles lo enfureció más aún si cabe.

¿Cómo su mujer podía haberle hecho aquello a su pequeña?

Y, tras una terrible discusión en la que el hombre echó de la casa a Urd, al final fue Demelza quien, al ver el rostro compungido de sus hermanos, intercedió por ella. Le gustara o no, aquella desagradable mujer era la madre de sus hermanos, y no podía permitir que ellos sufrieran. Ellos la querían.

Cuando Urd regresó de nuevo a su hogar, sin que el perdón entrara dentro del corazón de su marido ni de Harald, el novio de su hermana, Demelza, dispuesta a vengar la muerte de Haakon y de su fiel lobo, le pidió a su padre que organizara un *thing*, una asamblea local con el tribunal de justicia.

Yngve, que ya lo había pensado, aceptó.

Lo ocurrido con Demelza y Haakon habían sido actos imperdonables por parte de Viggo y de Jensen, que fueron apresados y encarcelados. Tras la asamblea, se los condenó a morir al día siguiente de una forma con la que nunca entrarán en el Valhalla. Pero, ayudados por su gentuza, aquellos desalmados consiguieron escapar durante la noche.

Yngve, Daven y Harald, enfurecidos y sedientos de sangre como nunca en su vida, marcharon en su busca junto a cien hombres más. Los encontrarían y los matarían. Les arrancarían la piel a tiras. Para ellos, quien la hacía la pagaba. No había más.

Durante su ausencia, hubo saqueos en la granja y en los alrededores. Eran muchos los que sabían que los hombres estaban fuera de la zona, y robar y aterrorizar podía ser fácil, pero, gracias a Demelza, Ingrid y otras mujeres que actuaron como valerosas *skjaldmö*, mujeres guerreras, el mal no fue mayor.

Dos meses después, los hombres regresaron. No habían sido capaces de encontrar a aquéllos. Parecían haberse desvanecido de la faz de la Tierra

como por arte de magia, y, con pesar, volvieron a sus hogares sin poder vengar la muerte de Haakon. Un dolor irreparable que Demelza, en silencio, se prometió vengar.

Pasados unos días de su vuelta, con la cabeza fría y el corazón roto por su hermano y por *Wulf*, la joven habló con su padre. Lo que Urd hubiera hecho en el pasado no le importaba, era un tema olvidado, pero deseaba pedir el divorcio de Viggo. Algo que sabía que la sociedad vikinga le permitía. Temas como la impotencia, los malos tratos, la mala gestión del patrimonio o la infertilidad suponían un motivo de divorcio tanto de un hombre como de una mujer, y ella quería solicitarlo de ese modo.

Yngve aceptó ayudarla. Su pequeña sería libre y regresaría a su casa, no había más que hablar.

No obstante, entró en desacuerdo con ella cuando Demelza, deseosa de humillar a Viggo, en lugar de atenerse a los malos tratos que él le había propinado en el tiempo de casados para obtener el divorcio, quiso alegar que él era impotente y nunca la había satisfecho sexualmente.

Yngve se negó, y Daven y Harald también.

¿Por qué no decir simplemente la verdad en cuanto a los malos tratos?

Con tranquilidad, y sin inmutarse ante las voces de quienes la querían, la valerosa Demelza les explicó sus motivos. Ella conocía muy bien a Viggo. Su hombría lo era todo para él y sabía que esa humillación, esa degradación como hombre, y no los malos tratos, lo haría regresar para matarla. Así, podrían apresarla y degollarlo.

Hilda se llevó las manos a la cabeza, Ingrid también. Lo que aquélla proponía era una locura. ¡Era terriblemente peligroso! Y, horrorizado, su padre se negó. Su hija era una mujer guerrera, una *skjaldmö*, no el cebo para conseguir un fin. Ya había perdido un hijo y no estaba dispuesto a perder otro.

Urd, que hasta entonces había escuchado en silencio, se posicionó junto a la joven. Por primera vez estaba de acuerdo en algo que Demelza proponía.

La muchacha se lo agradeció con la mirada, consciente de que su vida nada le importaba a la mujer.

Esa noche, la familia Ovesen tomó una decisión. Lo que Demelza

proponía era una locura arriesgada, pero, indiscutiblemente, esa locura podría ser su única opción para dar muerte a Viggo y a sus secuaces.

A la mañana siguiente, Yngve se reunió con la asamblea acompañado de toda su familia. Y tras exponer lo acordado, a Demelza se le concedió el divorcio, y, en silencio y siendo de nuevo una mujer libre, regresó junto a su familia.

Otra vez volvía a ser Demelza Ovesen, era libre nuevamente de decidir por sí misma e incluso de poder llevar su bonito cabello suelto.

Pero su regreso a casa no fue fácil. Urd, consciente de que no era un buen momento para cargar contra ella, tomó otro camino: machacaría a Hilda y con ello le haría la vida imposible a la muchacha.

\*\*\*

Demelza e Ingrid estaban pensando en sus cosas cuando oyeron la voz de una mujer detrás de ellas:

—Por Freya y todos los dioses. ¿Qué hacéis en el suelo, ensuciando vuestros preciosos vestidos?

Las muchachas levantaron la mirada y se encontraron con la cara bonachona de Hilda, esa mujer buena, paciente y maravillosa que tanto le aguantaba a Urd.

—Viendo bailar los colores en el cielo —respondió Demelza.

Hilda sonrió y las apremió acercándose a ellas:

—Vamos, levantaos y calzaos. Y tú, ¡péinate! —recriminó mirando a Demelza—. Por Odín, que pareces una loca con el cabello revuelto.

Las dos hermanas rieron cuando la mujer continuó:

—Como os vea vuestra madre, se enfadará.

—No creo que venga por aquí —se mofó Demelza, recogándose nuevamente el pelo, esta vez en una larga trenza. Era lo mejor.

Ingrid y Hilda se miraron, y la segunda insistió:

—Haced el favor de levantaros y comportaros como delicadas mujercitas.

—Pero, Hilda...

—¡Arriba!

Gruñendo y haciendo ruidos propios de los hombres, las jóvenes se levantaron mientras Hilda y ellas mismas reían a carcajadas. Les encantaba reír juntas. Hilda tenía un excelente sentido del humor, aunque al ver un gesto de una de aquéllas, preguntó:

—¿Qué te ocurre, Ingrid?

La muchacha, sin perder su sonrisa, se tocó los brazos y contestó:

—El vello del cuerpo se me ha puesto de punta.

—Eso es cosa de las hadas —murmuró Hilda con una sonrisa.

—Ya estamos —se burló Demelza.

Hilda, que creía en cosas que a ellas les hacían gracia, insistió:

—Lo que has sentido es una llamada de atención. Las hadas te avisan de algo.

—¿Será por tu noche de amor con Harald...? —se mofó Demelza.

Ingrid, al oírla, gruñó roja como un tomate:

—¡Dem!

Hilda las observó encantada, la unión de aquellas dos chicas era increíble, y, cuando iba a decir algo, la recién casada dijo señalando a su hermana para chingarla:

—¿A que está preciosa con ese vestido, Hilda?

La aludida asintió y Demelza, suspirando, cuchicheó:

—No empecemos otra vez.

—Ingrid dice la verdad, mi vida —repuso Hilda—. Te ves bonita. Te ves femenina y...

—Me veo ridícula —finalizó Demelza.

Ingrid y Hilda protestaron.

Le gustara o no a ella, los vestidos le sentaban muy bien, pero Demelza prefería ir casi siempre con ropa masculina. Odiaba que los hombres la mirasen con deseo, y ese odio se lo debía a Viggo. Él había conseguido que odiara sentirse como una mujer.

—Estás aquí... Te estaba buscando, mi cielo.

A ver a su recién estrenado marido, Ingrid sonrió y rápidamente se puso los zapatos. Harald, su amor desde niña, era dulce y calmado, y, cuando éste le tendió la mano, la joven miró a su hermana y dijo dando media vuelta:

—Dem, no tardes. Te espero para bailar, ¿entendido?

Feliz y entusiasmada por la dicha de su hermana, ella asintió. Cuando los recién desposados se alejaron, dirigiéndose a Hilda le preguntó en aquel idioma gaélico que allí todos le tenían prohibido:

—¿Será feliz?

Hilda afirmó con seguridad.

Sólo con ver cómo Harald trataba a Ingrid y el modo en que la miraba podía saber que en esa pareja había amor verdadero, y declaró:

—Tremendamente feliz.

Cuando fue a calzarse uno de sus zapatos, Demelza vio en el suelo el colgante de su hermana. Era una preciosa y trabajada piedra plana roja en forma de corazón que un día su hermano Haakon les había regalado y que luego ella perdió, e Ingrid lo consideraba su talismán de la suerte.

Seguro que se le había caído en sus forcejeos y, cogiéndolo, sonrió. La haría rabiar hasta devolvérselo.

Tras guardárselo en el bolsillo del vestido, la joven volvió a mirar al cielo.

Los colores cambiaban sin cesar. Entonces, al sentir la cálida mano de Hilda asiendo la suya, preguntó consciente de lo que pensaba:

—¿Crees que Caty está ahí?

Hilda asintió emocionada. Caty era su hija, una preciosa niña de pocos meses que murió cinco días antes de que Demelza apareciera en su vida. De ahí que hubiera sido ella quien la amamantara con sus pechos llenos de leche cuando llegó a la granja. Y, con tristeza, indicó bajando la voz para hablar en gaélico:

—Creo en leyendas, especialmente en aquella que cuenta que esos colores que bailan en el cielo son las sonrisas traviesas de los niños que han muerto.

Seguro que mi Caty está bailando y riendo ahí, junto a *Wulf*.

En silencio, ambas miraron al cielo.

Aquellos momentos juntas y sus confianzas eran muy especiales para ellas.

Del mismo modo que Urd nunca había querido nada con Demelza, Hilda

lo había querido todo. Aquella muchacha pelirroja e impetuosa se había convertido en la hija que había perdido. Pero, obligándose a dejar de pensar en aquello o la tristeza se apoderaría de ella, dijo atrayendo su atención:

—Estás muy bonita así vestida.

Demelza sonrió.

—Prefiero mis pantalones.

Hilda resopló. Odiaba a Viggo. Aquel hombre le había destrozado la vida y la ilusión de creer en el amor, y, dispuesta a que su niña disfrutara de aquella noche como una mujer, indicó:

—Ahora vas a regresar a la fiesta, vas a bailar con los muchachos que te inviten a hacerlo y lo vas a pasar bien, ¿entendido?

Demelza la contempló con amor; adoraba a aquella mujer con locura. Y, tirando de ella, exclamó:

—Oh, sí..., pero tú bailarás conmigo.

—¡No seas loca, Demelza! —protestó Hilda riendo.

## CAPÍTULO 3

*Fortaleza de Keith,  
Tierras Altas de  
Escocia*

La noche oscura reinaba en Escocia cuando Aiden McAllister entró en la privada habitación de su fortaleza.

Sin pensar en exceso en el viaje que tenía por delante, se dio prisa en cambiarse de ropa. Una vez se hubo puesto los pantalones, se dirigió a la ventana del fondo y, sin saber por qué, miró al cielo, cuando éste se iluminó.

Colores verdes, morados y blancos cruzaron el firmamento como si quisieran hablar con él, advertirle de algo, y sintió que el vello de los brazos se le ponía de punta.

¿Qué ocurría?

Rápidamente, paseó las manos por sus antebrazos y sonrió. Sin duda, la emoción de la partida guiada por las estrellas había ocasionado aquello.

Sin darle más importancia, acabó de meter en una bolsa algo de ropa limpia para el tiempo que estaría fuera. Después, salió de su aposento y, al bajar, Girda, su criada, que ya lo esperaba, señaló:

—Enseguida os traigo algo de comer, señor.

Aiden asintió con seriedad. Por su oscuro pasado, le había costado ganarse el respeto de la gente. Muchos aún lo seguían viendo como una mala persona, algo que nada tenía que ver con la realidad. Prefería que lo llamaran



«señor»

y lo respetaran a que creyeran que, por lo acontecido junto a su hermano Jesse *el Malo*, con él valía cualquier cosa.

Se sentó a la mesa y se retiró su moreno pelo del rostro cuando la puerta de la entrada se abrió. Era su buen amigo Alastair. Y, mientras veía que éste se sentaba a su vez y dejaba un capazo a sus pies, comentó: —Tienes el rostro ceniciento.

Su amigo meneó la cabeza.

Acababan de regresar de la taberna de Lucy. Llevaban días celebrando la compra de unas tierras colindantes con la fortaleza por parte de aquél.

—Creo que me excedí en muchas cosas —respondió Alastair con gesto divertido.

Ambos sonrieron.

Aiden y él eran dos solteros muy codiciados en gran parte de las tabernas de las Highlands. A su paso, las mujeres los deseaban, se les ofrecían, y ellos, encantados, se dejaban hacer.

Eran atractivos, pasionales y enigmáticos, una fórmula que a las mujeres las volvía locas, hasta el punto de enzarzarse entre ellas por ser las elegidas, cosa que ellos, en su vanidad, consentían y disfrutaban.

Estaban riendo por aquello cuando Girda y Mina aparecieron con una bandeja de carne, pan, bebidas y platos.

El humeante aroma del guiso de Girda los despabiló. Estaban hambrientos, por lo que Aiden indicó:

—Comamos y tomemos fuerzas.

Alastair asintió. Era una excelente idea.

Tras los primeros bocados que le supieron a gloria, Alastair habló de las obras que pensaba hacer, a su vuelta, en su granja. Aiden lo escuchó con atención, sin duda aquella compra había sido todo un acierto, e indicó:

—Será un buen lugar para criar ovejas.

—Lo será —afirmó Alastair feliz.

En silencio, siguieron comiendo cuando éste preguntó, consciente de la respuesta.

—¿Has decidido ya la ruta?

Aiden asintió. Si algo destacaba de su amigo era que no le gustaban los imprevistos. Deseaba tenerlo todo siempre bajo control.

Entonces, al oír un aullido lejano, musitó: —Malditos lobos.

Alastair resopló. Aquellos animales les habían dado problemas alguna que otra vez cerca de la fortaleza.

—Le pedí a Moses que acabara con todos los que pudiera —señaló.

—El viaje será largo —comentó Aiden ignorando los aullidos—. Hemos de buscar buenas ovejas para ti y caballos para mí. Creo que estaremos fuera unos dos meses.

Alastair asintió. Nadie lo esperaba en su nuevo hogar, como le ocurría a su amigo, y afirmó:

—Será agradable dormir viendo las estrellas.

Ambos sonrieron, aquello les encantaba, cuando Aiden, tras meterse un trozo de pan en la boca y tragarlo, preguntó:

—¿Has decidido ya qué hacer con Moira?

Alastair frunció el cejo.

El último año había estado cortejando a esa mujer, la hija de un granjero que había conocido en una fiesta.

Moira era una buena muchacha. Entendía mucho de granjas, pero cuando la veía o estaba con ella, nada en él le hacía desearla.

—Es complicado —respondió al fin—. Sé que sería lo más adecuado para mi granja, pero no sé si es la mejor mujer para mí.

Su amigo sonrió comprensivo.

—Quizá este viaje te haga aclararte las ideas y a tu vuelta veas a Moira como a la mujer de tu granja y tu corazón.

Alastair se encogió de hombros, él también lo había pensado, y musitó cortando el tema:

—Cuando regrese espero tenerlo más claro. —Y entonces, mirando a aquél con mofa, comentó—: Vi salir a hurtadillas de la taberna de Lucy a cierta mujer *casada* de nombre Annabelle...

Al oír eso, Aiden rio como un lobo, mientras su amigo añadía:

—Su belleza te ciega como el sol, ¿eh?

Aiden asintió, si algo le sobraban eran mujeres bellas.

—Termina de comer —lo apremió ante el gesto burlón de Alastair—. Debemos partir.

Un buen rato después, y ya con los estómagos llenos, los dos highlanders se levantaron de la mesa y, al salir por el portón de la casona, Aiden volvió a mirar al cielo. La noche era preciosa, los colores volvían a iluminar el firmamento.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Alastair al ver que se detenía.

Aiden parpadeó. El vello del cuerpo se le había erizado de nuevo.

—¿Nunca te ha ocurrido que de pronto sientes que algo va a suceder, pero no sabes qué es? —murmuró.

Alastair sonrió al oír eso y, mofándose de su amigo, cuchicheó:

—Mientras lo que ocurra no sea malo para nosotros, vamos bien.

Aiden afirmó con la cabeza, sin duda tenía razón. Acto seguido, levantó la mirada al frente y se encontró con los rostros de sus hombres. Éstos, tras haber entendido que él nada tenía que ver con su hermano, lo veneraban por la oportunidad que les había ofrecido a ellos y a sus familias de poder tener un hogar. Un lugar adonde regresar y donde sus mujeres y sus hijos estuvieran protegidos por ellos y por su señor.

—Ya estamos preparados, señor —anunció Moses.

Aiden asintió.

Moses era un hombre solitario, no muy hablador, que había aparecido un día y que él había aceptado por su valentía y su buen hacer con los caballos.

El joven soltó la bolsa donde llevaba sus pertenencias y comenzó a hablar con él del itinerario del viaje, cuando de pronto oyó cascos de caballo y a alguien que exclamaba:

—¡Maldita sea! Otra vez me ha mordido.

Aiden se sintió incómodo al instante. Su nuevo caballo traía a todo el mundo por la calle de la amargura. No había persona que no se acercara a él que no terminara con la marca de sus dientes, por lo que, mirando a su hombre, que se tocaba el brazo, dijo:

—Hugh, suéltalo.

Sin dudarlo, el aludido hizo lo que su señor le pedía, y a continuación Aiden chasqueó los dedos a modo de llamada.

No obstante, el animal no se movió.

Alastair sonrió al ver aquello y, rascándose la cabeza, murmuró:

—Creo que...

—Calla, Alastair... —pidió él.

—Deberías desistir en tu empeño.

Aiden negó con la cabeza. A cabezota no le ganaba nadie, y menos un animal, por lo que volvió a chasquear los dedos.

El caballo se agitó nervioso, pero, en vez de avanzar hacia él, retrocedió, momento en el que Aiden, sin despegar sus oscuros ojos de él, dijo endureciendo el tono:

— *Haar*, aquí.

El animal lo miró y piafó. El desafío aún continuaba en sus ojos, y Aiden maldijo.

Seguía añorando a su anterior caballo, *Bidson*, al fiel amigo que lo había acompañado durante mucho tiempo, y al que, por desgracia, por culpa de una terrible tormenta un año antes en uno de sus viajes a Stirling, tuvo que sacrificarlo cuando le cayó un árbol encima que le destrozó por completo las patas.

A Aiden le dolió terriblemente tener que hacerlo, ese caballo era muy especial para él. Antes de morir, el animal hizo algo que le llegó al corazón, y, aunque frente a sus hombres mantuvo el tipo a la hora de sacrificarlo, cuando esa noche se quedó solo, las lágrimas resbalaron por su rostro. *Bidson* había sido su fiel amigo, lo único que le quedaba de un pasado que era mejor no recordar y que, con su muerte, quedaba definitivamente cerrado.

Al día siguiente del sacrificio del animal, estando en Saint Andrews para recoger unos corceles que habían comprado, apareció mágicamente aquel animal, un caballo negro como la noche. Aiden estaba intentando dormir junto a sus hombres frente a la playa cuando, de pronto, levantó la cabeza y lo vio emerger de entre la bruma densa que formaba el mar.

Estaba solo, inquieto, y, por su manera de moverse, también desorientado y asustado. Aiden se levantó de golpe. Aquel caballo era magnífico, debía ser suyo, y no cesó en su empeño hasta que finalmente lo consiguió.

Pero el animal era terco, rebelde y obstinado. Nada que ver con el

obediente y leal *Bidson*, y, aunque lo desesperó en muchas ocasiones con sus mordiscos y sus patadas, él no renunció a domarlo. Cuando algo se le metía en la cabeza, luchaba por ello hasta las últimas consecuencias.

Lo llamó *Haar*, que en gaélico significaba «bruma», por haber aparecido de entre la bruma del mar aquella noche oscura.

No obstante, *Haar* era tan obstinado como su dueño y, aunque durante ese año que llevaban juntos se habían ido conociendo y los mordiscos hacia él habían cesado, todavía quedaba mucho para que ambos se fiaran el uno del otro.

Aiden volvió a chascar los dedos e insistió:

— *Haar...*, ¡aquí!

Los hombres no se movían, sólo se miraban entre sí. Todos sabían lo mucho que Aiden trabajaba con aquel caballo para volver a tener un fiel corcel, y respiraron aliviados al ver cómo éste, tras un instante en que pareció pensarlo, finalmente caminó hacia su señor, que sonrió.

Una vez el caballo le dio con el hocico en la mano, Aiden murmuró tocándolo con mimo:

—Muy bien, amigo..., muy bien.

Poco después, el grupo de hombres, encabezado por su señor, Aiden McAllister, emprendió la marcha. Tenían un largo viaje por delante.

## CAPÍTULO 4

Una vez Demelza y Hilda regresaron a la fiesta, cogidas de la mano, danzaron alrededor del fuego, disfrutando de la alegría del momento, mientras los jóvenes bailaban como ellas, los más ancianos jugaban a un juego de mesa parecido al ajedrez llamado *hnefatafl* y los niños disfrutaban con los palos y las pelotas de cuero jugando a *knattleikr*.

Todo era felicidad, todo era dicha, hasta que Demelza se fijó en los gestos de su hermano Daven y su padre y, acercándose a ellos, preguntó:

—¿Qué os ocurre?

Yngve sudaba, estaba pálido, y Daven respondió también con mala cara:

—No me encuentro bien. Padre tampoco.

Adnerb, la embarazada mujer de Daven, meneó la cabeza preocupada y, mirando a Demelza con complicidad, musitó:

—Creo que han bebido demasiado.

Ella asintió. Sin duda, los días que llevaban celebrando el enlace habían hecho que bebieran más de la cuenta, pero cuando, poco después, otros invitados comenzaron a encontrarse mal, Demelza se puso en alerta.

¿Qué ocurría?

De madrugada, más de la mitad de los invitados estaban pálidos y tumbados en el suelo. Ya nadie bailaba, jugaba ni reía. Ya no sonaba la música y todos estaban preocupados.

Demelza, Ingrid, Harald y Hilda los atendían como podían, cuando de pronto un grito ensordecedor les hizo saber que estaban en peligro, y más al

ver a un grupo de hombres con muy malas pintas que aparecieron espadas en mano.

Demelza buscó con la mirada a su hermana, cuando oyó gritar a Harald.

—Ingrid..., no te muevas de ahí —le advirtió.

Pero ella, lejos de hacerle caso, cogiendo la espada de uno de los invitados que estaba en el suelo, pálido, se lanzó contra uno de los atacantes.

Con el pulso acelerado, Demelza se levantó a su vez. No iba a dejar a su hermana sola.

Rápidamente miró a Daven y, al ver que éste intentaba levantarse, pero caía al suelo sin fuerzas, fue corriendo hasta él y, sin dudarlo, cogió su espada. Su hermano, al verla, asintió y, con gesto de rabia, bramó sujetándose en Adnerb:

—Mátalos, Dem... ¡Mátalos!

Dispuesta a hacer lo que aquél le pedía para defender a su gente, con la espada de su hermano en la mano, Demelza la alzó. Era demasiado pesada para ella, pero, por suerte, en alguna ocasión la había utilizado y sabía cómo contrarrestar su peso.

Con maestría, y junto a otros hombres que estaban sin síntomas como ella, les presentó batalla a los asaltantes. No los conocía. Nunca los había visto.

¿De dónde habrían salido?

De pronto, alguien la empujó y cayó de bruces contra el suelo. El sabor a sangre y a arena le llenó la boca en un segundo y, al volverse rápidamente, se encontró con Jensen, el hermano de su exmarido Viggo, que, mirándola, siseó al tiempo que la agarraba de la trenza:

—Sin tu lobo, ya no das tanto miedo..., ¿eh, Laug?

El hecho de que mencionara a *Wulf* y la llamara de aquella forma que tanto odiaba encabritó más aún a Demelza, cuando aquél insistió:

—Espero que el salmón envenenado os mate a todos.

La joven se desesperó, sin duda aquél era el mal que todos sufrían, y, cuando iba a replicar, Jensen, con un movimiento salvaje y seco, cortó su trenza pelirroja y escupió levantándola en el aire:

—Llevabas el pelo suelto hace un rato cuando deberías llevarlo recogido.

Eres una mujer casada, ¿lo has olvidado?

—No. No lo soy —siseó ella furiosa.

Sonriendo con maldad, Jensen le enseñó la trenza, que ahora portaba en su mano, y se mofó:

—Tu pelo ahora es mío, como lo vas a ser tú... ¿Qué te parece?

Sin moverse, la joven parpadeó.

En las manos de aquél estaba su apreciada cabellera roja, esa que su padre veneraba, y, cuando iba a responder, él murmuró:

—Maldita escocesa..., mi hermano te dará tu merecido.

Demelza gritó con frustración. El pelo era lo de menos. Lo que realmente le importaba era por qué habían tenido que aparecer en ese preciso instante.

Y, furiosa, mientras oía batir las espadas a su alrededor, inquirió:

—¿Dónde está Viggo?

Tras guardarse el cabello de aquélla en un capazo, Jensen soltó una risotada y, matando a un vecino que se acercaba hasta ellos para auxiliarla, replicó:

—Esperándote.

Angustiada, la joven miró a su alrededor. El peligro que ella corriera no le importaba, pero debía avisar de lo del veneno en el salmón. Hilda era buena con las hierbas. Sin embargo, cuando quiso volverse para buscarla, aquel sinvergüenza le dio tal tortazo que la tiró de nuevo al suelo y la cabeza le retumbó, mientras el sabor a sangre le inundaba la boca.

Sin soltar la espada de su hermano, Demelza se levantó mientras sentía cómo una extraña fuerza se apoderaba de ella exigiéndole justicia. Y

comenzó a repetirse aquello que su padre siempre le había dicho: «El dolor no existe, sólo la venganza».

Se le heló la sangre. Allí estaba Jensen, uno de los hombres que había rogado a los dioses encontrarse en su camino, e iba a vengar la muerte de su hermano. Ella lo haría. Pero era tal el caos de destrucción que aquéllos habían organizado que, tal como había aparecido, se esfumó también.

Nerviosa, miró a su alrededor. Ingrid y su marido seguían luchando con fiereza. Sin tiempo que perder, intentó localizar a Hilda, pero un tipo la agarró y se la echó al hombro, momento en el que oyó a Jensen decir:



—Llévatela, mientras matamos al resto.

Con fuerza y rabia, Demelza lo pateó. No iba a consentir aquello. Su familia, sus amigos, no. Pero, al no conseguir nada, decidió morderle la oreja.

Y fue tal el mordisco que le dio que el tipo la soltó, momento en el que ella corrió en otra dirección, hasta que vio a Hilda junto a Urd, que atendían a su padre y a su hermano.

Corrió hacia ellas. Debía hablar con Hilda, pero en su camino la interceptaron de nuevo y ella luchó con aplomo. Luchó como su padre le había enseñado, con decisión y honor, con rabia y fiereza. Aquellos hombres habían ido allí a destruir algo bonito y ella pensaba defenderlo con su vida.

De reojo, vio a Jensen. Aquel mal hombre había acorralado a la hija de su vecina Crista y sus intenciones no eran buenas, por lo que, una vez se quitó a su atacante de encima, fue hasta él, y, tras empujarlo con valentía, se le encaró.

Jensen sonrió con maldad. El cambio le parecía bien. La deseaba aun sin su larga cabellera. Y, olvidándose de la otra jovencita, se lanzó a la lucha.

Una mujer nunca podría con él. Primero la derrotaría, luego la haría suya y, finalmente, se la llevaría a su hermano para que terminara con ella.

Algunas mujeres gritaban, huían. Otras luchaban con todas sus fuerzas.

Los niños lloraban y los hombres que podían mantenerse en pie blandían sus espadas y sus hachas en ataque y defensa.

El caos, la muerte y la destrucción convirtieron el bonito enlace y la maravillosa noche en un sangriento campo de batalla. Una batalla perdida. Y

todo empeoró cuando Demelza, al dar una vuelta para esquivar el ataque de Jensen, vio cómo uno de aquellos maleantes atravesaba con su espada el cuerpo de su padre, quien, al mirarla, se tocó el corazón para decirle que siempre estaría allí. Instantes después, el mismo hombre atravesó el cuerpo de su hermano y de la mujer de éste.

No, aquello no podía estar pasando...

Demelza gritó. Se desesperó. Se enrabetó.

Tenía que ayudarlos. Y, a pesar de lo mucho que le dolían las manos, redobló sus fuerzas para luchar contra Jensen mientras se sentía morir al ser consciente de la terrible realidad.

Sangre...

Dolor...

Lucha...

Pero la suerte estuvo de parte de la joven cuando aquel maleante tropezó y, cuando caía al suelo, ella lo atravesó sin dudarle con su espada al tiempo que soltaba un increíble alarido victorioso.

Jadeante, cansada y acalorada, lo observó. Era la primera vez que atravesaba el cuerpo de alguien con una espada de aquella manera y, al ver cómo aquel desgraciado se retorció de dolor, siseó sin sentimientos:

—Quien la hace la paga.

—¡Maldita mujerrrrr...!

Jensen, enfurecido, siguió insultándola, pero lo que dijera daba igual.

Aquél y sus circunstancias no le importaban, y, con el alma rota por ver a Hilda y a Urd llorando junto a su padre y su hermano, voceó:

—Yo te maldigo, Jensen. Como maldigo a Viggo, al que juro que encontraré y mataré con mis propias manos.

La sangre que aquél expulsó de su boca le salpicó en el rostro, pero eso a Demelza no la asustó. Como un guerrero ávido de venganza, se limpió la cara con la mano, y, cuando sacó la espada ensangrentada de su cuerpo, oyó que él decía:

—Viggo te encontrará... y... te... matará.

Con el pulso acelerado, la joven asintió. Como siempre le había dicho su padre, llegado un momento así, era ella o él. Y, dispuesta a todo, afirmó mientras veía cómo aquél moría:

—Yo lo mataré antes.

Sin tiempo que perder, y comprobando que la lucha estaba controlada gracias a su cuñado Harald, que, espada en mano, acababa con los últimos maleantes, corrió hasta el lugar donde su padre, su hermano y la mujer de éste yacían inertes.

Urd gritaba enloquecida.

Su marido, su hijo y su nuera estaban muertos. ¡Muertos!

La respiración de la joven Demelza se detuvo. No..., aquello no podía estar pasando. Aquél debía ser un día bonito. Feliz. Su hermana se estaba

casando con el amor de su vida y nada de eso podía estar sucediendo.

¿Por qué Viggo no la había matado sólo a ella?

¿Por qué?

Urd la agarró en busca de cobijo, pero Demelza estaba paralizada. Ver los bellos ojos azules abiertos pero sin vida de su padre y su hermano la mataba, la devoraba por dentro, y, tras intentar no derrumbarse, supo que ella y sólo ella debía cerrárselos.

Sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, miró a su padre, al hombre que siempre la había cuidado y querido, y, apenada, observó que el broche que él tanto adoraba porque había pertenecido a su abuelo había desaparecido.

El dolor, la rabia y la frustración la hacían temblar, pero Demelza sabía lo que tenía que hacer. Por ello, levantando el mentón y tragando las lágrimas, besó a su padre, a su hermano y a su cuñada Adnerb en las mejillas. Los echaría eternamente de menos. Y, tras acercar su frente a la de ellos y prometerles venganza, con el rostro inundado de lágrimas, les cerró los ojos y musitó:

—Os quiero y nos volveremos a encontrar.

Dicho esto, el dolor la dobló en dos y, espada en mano, gritó de frustración.

¿Por qué?

¿Por qué había tenido que pasar eso?

Sin aliento, y sin querer creer que todo aquello fuera real, se disponía a levantarse cuando una sombra a su derecha la puso en alerta y, sin pensarlo, de un salto se colocó ante Urd para protegerla. Eso le valió un tajo en el costado, pero al atacante le costó la vida.

Urd gritó. Demelza la miró.

El atacante no había errado, y, cuando una enorme mancha de sangre brotó en el vestido de la mujer, ésta, agarrando a Demelza del brazo mientras caía al suelo, dijo mientras sentía cómo la vida se le iba:

—Gracias..., hija...

Ella parpadeó.

¿«Hija»? ¿La había llamado «hija»?

Una vez Urd quedó tumbada en el suelo, se arrodilló a su lado.

Era la primera vez que aquella agria mujer, a la que nunca había sentido como una madre, la llamaba así. Y, con el gesto descompuesto, murmuró sintiéndose fatal por no haber podido evitar aquello:

—Lo... lo siento..., lo siento...

Urd le tomó la mano. Se la apretó y, al ver cómo las lágrimas de aquélla afloraban, indicó:

—No merezco tus lágrimas, *escocesa*...

—Madre...

—Nunca he sido tu madre..., y lo sabes...

Demelza no respondió, no podía. Entonces, la mujer comenzó a toser y, cuando paró, musitó mirándola:

—Pido... a Odín que lo que encuentres sea mejor que lo que pierdes. —La mancha de sangre en su vestido se extendía con rapidez—. Sé... mejor madre que yo y busca la felici...

Urd no pudo terminar la frase. Había muerto.

Temblorosa, Demelza la miró con sentimientos encontrados.

Su padre, su hermano, madre..., todos ellos habían muerto, la habían dejado. Y, tras darle un beso en la mejilla por primera vez en su vida a la mujer, le cerró los ojos y murmuró:

—Que en la otra vida volvamos a encontrarnos y ambas lo hagamos mejor.

Dicho esto, se levantó, momento en el que vio llegar a varios hombres del pueblo espada en mano, que, avisados por otros, iban a ayudar. De pronto vio a Hilda. ¡Ella estaba viva! Y, corriendo hacia ella, la abrazó con todo su amor y, cuando la separó de su cuerpo, preguntó:

—¿Estás bien?

La mujer asintió. Miró a su ensangrentada niña y musitó viendo la sangre fresca en su costado:

—Mi vida, he de curarte.

Sin embargo, no había tiempo para curas, y, echando un vistazo a su alrededor, Demelza dijo con urgencia:

—He de encontrar a Ingrid...

—Demelza..., estás ensangrentada... y... y... tu pelo...

De pronto, recordando, la joven se llevó la mano a la cabeza y, al tocarse el cabello, que le llegaba sólo un poco por debajo de las orejas, exclamó:

—Hilda, ha sido el salmón..., estaba envenenado. Debes preparar algo. Ve en busca de tus hierbas. La gente necesita una pócima tuya..., algo.

Entonces, un lamento cercano de un hombre llamó su atención. Al levantar la cabeza vio que se trataba de Harald. Aquel gigante de pelo claro estaba a escasos pasos de ella, arrodillado junto a Ingrid.

Demelza dio un paso atrás.

No..., su hermana no.

Y Hilda, al observar el color oscuro de sus ojos, indicó agarrándola con entereza:

—Sé fuerte, mi vida.

Pero no, la joven no podía pensar. La mujer, al sentir que las fuerzas le fallaban, musitó mirándola a esos ojos asustados y que tenían un azul negro y gélido que antes nunca había visto:

—Ve y despídete de tu hermana.

—No...

—Demelza...

—¡No puede ser! —gritó ella aterrada—. No puede ser, Hilda. No... No... No...

—¡Demelza! —repitió ella levantando el tono.

Aquella voz autoritaria... Aquel grito hizo que la joven la mirara, y Hilda insistió:

—Tu hermana te espera.

Con el alma encogida y el corazón roto, la muchacha se acercó hasta aquella hermana a la que adoraba y a su cuñado, y, clavando las rodillas en el suelo, dejó la espada a sus pies y se situó junto a ellos.

Harald lloraba. Suplicaba a Odín su ayuda, mientras Demelza sólo veía la sangre que inundaba el pecho del bonito vestido de novia de su hermana.

Ingrid estaba muy pálida, y le costaba respirar.

Su mirada parecía perdida cuando dijo mirando a su marido:

—Danzaré en el cielo eternamente... eternamente...

Demelza soltó un gemido. Sabía por qué su hermana decía eso.

Harald comenzó a temblar. Oír eso le dolió, lo desesperó, cuando su bonita y joven mujer, clavando sus ojos azules en él, murmuró:

—Eres maravilloso..., mi amor.

—Ingrid...

La muchacha sonrió con tristeza. Sabía perfectamente que había llegado su hora, y, mirándolo, añadió:

—Me voy tranquila, amor. He sido feliz desde niña a tu lado, pero ahora debes verme como parte de tu pasado.

—Mi vida..., no..., no digas eso... —rogó aquel grandullón mientras lloraba como un niño.

—Cariño... —prosiguió la joven, a quien la voz se le ajaba—, ahora has de mirar al presente en busca de tu futuro. Y prometerme que darás una nueva oportunidad al amor y tendrás los hijos que siempre has deseado para contarles leyendas y...

—Ingrid, no... —sollozó el hombre.

La joven tembló. Sentía cómo sus fuerzas se desvanecían, pero insistió:

—Harald, sólo si tú eres feliz yo lo seré. Prométemelo.

El vikingo lloraba. Aquel hombre de pelo claro y ojos azules de dos metros de alto lloraba como un niño desesperado mientras veía cómo al amor de su vida se le iba la luz y no podía hacer nada por evitarlo.

Por ello, tras darle a la joven un dulce beso de amor en los labios, musitó:

—Siempre te querré..., siempre... Te lo prometo.

Las lágrimas de Demelza corrían a raudales.

Ver cómo aquéllos se despedían era triste, muy triste. Cuando su hermana, volviendo su bonito pero pálido rostro hacia ella, esbozó una sonrisa y dijo:

—Tu pelo..., tu mágico pelo de fuego...

Sin querer perder el tiempo con algo tan banal como aquello, Demelza sacó el talismán rojo de la suerte de su hermana del bolsillo e indicó:

—Lo encontré. Es tuyo.

Ingrid lo miró con cariño y, levantando la mano para tocar el cabello corto de aquélla, musitó:

—Ahora es tuyo.

—No..., no...

Ingrid acarició el rostro de su hermana. Debía ser fuerte. Y, tomando aliento, murmuró:

—Ahora has de levantarte, ser fuerte y llevarlo tú por las dos.

Incapaz de no llorar, Demelza se desmoronó.

—No llores, Dem..., no llores...

Pero era imposible no hacerlo.

¿Cómo no llorar ante aquello?

Cuando Ingrid, en un hilo de voz, preguntó:

—¿Dónde están padre..., Daven..., madre...?

Demelza no respondió. No podía. Miró a un destrozado Harald y, sin hablar, le indicó con la mirada.

Él se volvió hacia la izquierda y, al ver los cuerpos sin vida de aquéllos, cerró los ojos cuando la moribunda, tras un extraño jadeo, susurró:

—Aquí ya no tienes a nadie, Dem. A nadie...

Sorprendido por ello, Harald y Demelza se miraron.

¿Cómo podía intuirlo?

—Has de marcharte de aquí... —insistió Ingrid—, ser feliz y... encontrar a esa persona... que... que... se enamore de ti. De una pelirroja salvaje...

—Cuando te recuperes lo haremos juntas, con Harald y Hilda.

Pero Ingrid sabía la verdad. Su verdad.

Y, mirando a su desesperado marido, murmuró con la voz cada vez más ajada:

—Harald..., prométeme que las sacarás de aquí.

El dolor le podía, pero, dispuesto a acatar todo lo que ella le pidiera, afirmó:

—Te lo prometo...

Ingrid sonrió. Sabía que Harald no la decepcionaría. Nunca lo había hecho. Y, mirando a su hermana, musitó:

—Imploraré a... a Hamingja que te ayude a encontrar la felicidad.

—Ingrid...

—No llores, Dem —musitó ella en un hilo de voz—. Y prométeme que

Harald y tú buscaréis la felicidad. Como... como dice siempre padre, no arruinéis vuestro presente recordando un pasado que ya no tiene futuro ni solución. Vi... vivid el presente...

—Ingrid...

—Pro... prométemelo...

El llanto volvió a apoderarse de ella.

La tristeza le había inundado el corazón, pero, al encontrarse con la mirada de su hermana, con un esfuerzo que la hizo temblar de pies a cabeza, Demelza dejó de llorar y afirmó:

—Te lo prometo, Ingrid..., te lo prometo.

La aludida asintió. Se llevó la mano al corazón a modo de cariño como su padre siempre les había enseñado y, sonriendo, cerró los ojos y murió con el rostro en paz.

Desesperada, Demelza gritó junto a Harald, mientras Hilda, a su lado, intentaba darles consuelo. No obstante, ése era imposible de alcanzar.

De pronto, un grito volvió a alarmarlos. Llegaban más hombres en busca de problemas.

A Harald el dolor le impedía reaccionar, pero, tras mirar a su mujer y pensar en lo que le había prometido, pidió dirigiéndose a su cuñada:

—Debes marcharte con Hilda, ¡ya!

—¡No! —replicó la joven.

Al oír su negativa, Harald siseó endureciendo el tono:

—He de ponerte a salvo, ¡se lo he prometido!

Hilda se levantó. Entendía lo que aquél quería hacer. Miró a la muchacha angustiada, cuando ésta, secándose las lágrimas, aseguró:

—No me iré sin luchar y dar sepultura a mi familia.

—¡Demelza!

—¡No pienso dejarlos así! —gritó desesperada.

Con el corazón roto, Harald maldijo. La entendía, la comprendía muy bien, pero cuando vio que se agachaba para volver a empuñar la espada que estaba a sus pies, la detuvo.

—Entiendo tu dolor. Tu rabia. Tu frustración...

—Ellos son mi familia..., mi familia... Ingrid... —jadeó con lágrimas



secas en el rostro.

Él asintió, su propio dolor apenas lo dejaba respirar, pero, sin dar su brazo a torcer, musitó:

—Tú y yo vamos a cumplir nuestras promesas, te pongas como te pongas.

Me da igual si tengo que amordazarte o azotarte para conseguirlo. Pero tú te vas a marchar con Hilda y me vais a esperar en Lærdal hasta que yo llegue, ¿entendido?

—Pero...

—Demelza —levantó la voz Harald—, debes ir a Lærdal, a casa de Gudulf el herrero; sabes quién es, ¿verdad? —Ella asintió, y él prosiguió—: Espérame allí y confía en mí, por favor.

Pero la aludida miró a su hermana, a su padre, a su hermano, a Urd...

¿Cómo marcharse y dejarlos allí?

¿Cómo no darles sepultura?

¿Cómo vivir sin ellos? ¿Sin su familia?

Entendiendo la confusión de la joven, pero viendo que el tiempo apremiaba en la lucha encarnizada que de nuevo se estaba organizando a su alrededor, Harald insistió cogiéndole las manos:

—Has de hacerlo por Ingrid y por tu familia.

—Hija, Harald tiene razón —terció Hilda.

—Por favor, Demelza. Por favor —rogó el herrero.

Tragando el nudo de emociones que tenía en la garganta, supo que debía hacerlo. Se lo había prometido a su hermana. Y, mientras ella se dejaba empujar por Hilda, Harald agregó:

—Prometo darles a todos sepultura como merecen. Confía en mí.

Abotargada, y sin saber realmente si hacía bien o mal, Demelza volvió a mirar por última vez a su hermana, su bonita hermana. Y, agarrando con fuerza el colgante que aquélla había dejado en su poder, murmuró:

—De acuerdo, Harald. Lo haré por ella.

El herrero asintió y las apremió:

—Id donde están los caballos. Cogedlos y marchaos de aquí a toda prisa.

Yo os encontraré.

Sin tiempo que perder, la muchacha, junto a una temblorosa Hilda, corrió

entre el caos y la destrucción. Una vez llegaron donde estaban los caballos, la mujer montó en el primero que encontró, mientras Demelza se detenía.

—¿Qué haces, niña? ¡¿Qué haces?!

Pero Demelza sabía muy bien lo que hacía, y, tras guardarse el colgante de su hermana en el interior de la bota, miró a su alrededor en busca de su yegua. Una vez la vio, corrió hasta ella, se subió con agilidad a su lomo, fue hasta Hilda, que la esperaba en el otro caballo, y, agachándose, murmuró al oído del animal:

—¡Vámonos, *Unne*! ¡Vámonos!

La yegua, nerviosa como estaba, al oírla, se lanzó al galope seguida por el otro caballo, mientras la joven oía el llanto de su corazón al alejarse de sus seres queridos.

Un buen rato después, y sin parar en el camino, llegaron hasta Lærdal. Allí buscaron la casa del herrero, pero, a diferencia de lo que Harald pensaba, aquel hombre, sin ningún escrúpulo, entregó a las mujeres a unos compinches de Viggo que las habían seguido.

Demelza se resistió. Aun teniendo las manos llenas de llagas por el esfuerzo que tenía que hacer para levantar la espada de su hermano, les hizo frente. Pero uno de ellos asió a Hilda y amenazó con matarla si no se entregaba. Y entonces, la joven, sin poder hacer otra cosa, claudicó. No podía perderla a ella también.

Dos días después, antes de llegar hasta su exmarido, el grupo fue asaltado.

Las mujeres y la preciosa yegua gris fueron capturadas esta vez por unos mercenarios escoceses que las llevaron de nuevo a la costa, donde las metieron en un barco.

Esa noche, Demelza, junto a Hilda, que lloraba con desconsuelo por su mala suerte, contemplaba las estrellas por un hueco de la bodega. La boda de su hermana se había convertido en el día más terrible de su existencia. Su familia había muerto, había sido capturada junto a Hilda y *Unne*, e iba maniatada en la bodega de un enorme barco, rumbo a Escocia.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero logró detenerlas. No iba a llorar.

Ya nada en el mundo podría hacerle daño porque el dolor no existía, sólo

existía la venganza y, como siempre le decía su padre, ¡quien la hacía la pagaba!

## CAPÍTULO 5

*Saint Andrews, Escocia, dos meses después*

Aiden y sus hombres se abrigaban de la ventisca que soplaba, aun habiendo entrado ya la primavera. Hacía frío, lo que podía afectar a los caballos que había comprado en Edimburgo y, por ello, los cuidaba con mimo con la ayuda de sus hombres.

Estaban mirando uno de aquéllos cuando oyó decir a Conrad:

—Hoy hace frío.

Moses, que estaba junto a él, no contestó; era un hombre parco en palabras. Alastair, en cambio, comentó al tiempo que se echaba el aliento en las manos:

—Demasiado para la época en la que estamos.

—Haremos noche aquí —anunció Aiden—. Descansaremos y mañana al amanecer partiremos.

—Excelente idea —convino Alastair.

Durante un rato, los dos highlanders hablaron de caballos, hasta que Moses se acercó a ellos.

—Mi señor —dijo—. Acabo de oír que en el mercado que hay junto a la catedral de Saint Andrews hay unos hombres que venden unos increíbles caballos.

Eso llamó la atención de Aiden, eso le interesaba, y, mirando a Alastair, preguntó:

—¿Qué te parece?

El highlander de pelo claro sonrió.

—Me parece que deberíamos ver si son tan increíbles esos animales.

Una vez Aiden ordenó a sus hombres que montaran el campamento para pasar la noche, se dirigió hacia la catedral junto a Alastair, Moses y Gareth.

Por echarles un vistazo a esos caballos no perderían nada.

\*\*\*

No muy lejos de la catedral, en una bifurcación de caminos, tres hombres, provistos de cuatro preciosos caballos y tres mujeres, caminaban con rapidez.

Debían vender la mercancía que ellos habían comprado a unos maleantes esa mañana lo antes posible. Ya habían vendido dos caballos y a dos mujeres.

Con un poco de suerte, se desharían de todos ellos antes del anochecer.

—¡Vamos, caminad! —exigió uno de los hombres que las tenía cautivas.

—Estamos caminando, ¿no lo ves?! —gruñó la pelirroja, escupiéndole mientras sentía cómo se le clavaba lo que llevaba escondido en las botas desde hacía un par de meses.

El hombre rio. La apariencia sucia y desaliñada de aquéllas era notoria, y, dándole con el látigo a ésta en el trasero por puro placer, afirmó:

—Hueles a podrido, pero aun así te subiría las faldas.

Con asco, Demelza volvió a escupirle. Aquel tipo no paraba de atizarle con el látigo y, cansada y furibunda, murmuró rabiosa en noruego:

— *Drittsekk...*

Hilda, al oírla decir «montón de mierda» en aquel idioma, se alarmó.

¡No debía hacerlo!

Ya había hablado con ella al respecto. Si le preguntaban de dónde eran dirían que de Aberdeen, lugar de origen de Hilda. Nadie podía enterarse de que la joven era vikinga, pues, si así ocurría, probablemente su futuro sería peor, y, mirándola, musitó:

—Demelza, recuerda lo que comentamos, por favor.

La joven asintió ofuscada.

Por suerte para ella, desde que era una niña Hilda le había enseñado a

escondidas a hablar en gaélico y lo dominaba a la perfección, con lo que, por suerte, ahora podía utilizarlo. Sin embargo, gruñó:

—Si ese asno me toca, lo mato.

—¡Calla, hija!

—Lo juro por...

—¡Demelza! —la cortó Hilda.

En ese instante, la joven que iba caminando frente a ellas y que se les había unido en el último intercambio dio un traspié y cayó al suelo.

Rápidamente, las mujeres la ayudaron a levantarse, y Hilda, sin hacer caso de los lloros de la muchacha, apremió:

—Vamos, niñas, vamos.

—Me... me he destrozado la piel —sollozó aquélla.

Demelza miró a la joven y replicó molesta:

—No es para tanto.

—Ay..., ay..., ay... Sí que lo es —lloriqueó aquélla—. ¡Claro que lo es!

Hilda y Demelza se miraron y entonces la desconocida murmuró:

—Vamos a morir..., vamos a morir...

—No tengo la más mínima intención —respondió Demelza.

Pero la muchacha prosiguió lloriqueando sin escucharlas. Todo eran lamentos y lloros, y Hilda, al ver el gesto de su niña, susurró:

—No todo el mundo tiene tu fortaleza, Demelza.

El hombre dirigió un nuevo latigazo a las mujeres. La joven chilló, y Demelza, intentando parar el golpe con su propio cuerpo, cansada, enfadada, ensangrentada y con el pelo sucio en la cara, gruñó:

—Como coja yo ese látigo, lo mato.

—¡Demelza! —la regañó Hilda.

La aludida suspiró. No decía nada por no preocupar a la mujer, pero cada segundo se sentía más cansada y peor. Habían sido dos meses duros. Meses de hambre, frío, miedo y frustración. Pero, sin dejarse vencer por ello, dirigiéndose a la joven llorosa que horas antes se había unido a su cautiverio, indicó:

—Venga, un poco más.

—No puedo.

—¡Sí puedes! ¡Claro que puedes!

La joven, que iba colgada de ella, gimió. Le dolían las heridas que tenía en las muñecas, causadas por las cuerdas de aquéllos.

—No te rindas —insistió Demelza.

—¡Es que me duelen mucho! —boqueó aquélla.

Ella asintió. Comprendía el dolor porque era el suyo propio, e, intentando que la positividad se apoderara de aquélla, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

La joven, retirándose su sucio pelo rubio del rostro con delicadeza, respondió entre sollozos.

—Adn..., Brenda.

—A ver, Brenda...

Pero aquélla, sin escucharla, siguió sollozando:

—Mis manos..., mi piel está ajada y sucia. Mis ropas están harapientas.

Y... y tengo sed. Hambre. Miedo y... y... no sé qué hacer.

Los lloros y la autocompasión eran algo de lo que Demelza nunca había hecho uso en su vida. En su familia, los lloriqueos y las protestas tontas nunca habían sido bien recibidos, y siempre había huido de ellos. En cambio, estaba claro que aquella muchacha de rostro delicado y manos sucias pero suaves era diferente, e, intentando que no parara y que continuara caminando, le preguntó por su bien:

—¿De dónde eres?

Brenda, a quien le dolía todo el cuerpo, respondió:

—De... de las Tierras Altas.

Comprendiendo su miedo, Demelza le apretó la mano y, sin dejar que se detuviera, murmuró:

—Brenda, entiendo tu miedo, pero debes tranquilizarte. Encontraré la manera de salir de ésta para que puedas regresar a tu hogar.

El sonido seco de un latigazo chocando contra el suelo las asustó, cuando aquel hombre que las tenía cautivas ordenó desde lo alto de su caballo:

—Menos hablar y más caminar, ¡vamos!

Hilda, Brenda y Demelza apretaron el paso. Era complicado, les dolía todo el cuerpo, pero trataron de seguir andando mientras se apartaban un

poco de aquel desalmado. Entonces, Brenda, agarrándose fuertemente a la mano de la joven pelirroja, preguntó:

—¿Y tú de dónde eres?

—¿Yo?

Hilda y Demelza se miraron, cuando Brenda comentó interesada:

—Tu acento es raro.

Demelza sonrió, mientras que a Hilda se le puso la carne de gallina.

Estaban en Escocia, y decir que era vikinga le podía traer más problemas que otra cosa, por lo que rápidamente, sin pensar, Hilda respondió olvidando sus palabras:

—De Portree.

—Aberdeen —dijo Demelza al mismo tiempo.

Brenda las observó, momento en el que ellas se miraron también, y la mujer mayor se apresuró a añadir:

—Somos de Aberdeen, pero estábamos en Portree, en la isla de Skye, cuando fuimos apresadas.

—¿Portree?... —murmuró Demelza sonriendo.

Aquellos nombres escoceses no le sonaban de nada. Incluso le hacían gracia.

Brenda asintió. Sin duda, aquéllas ocultaban algo, como ella, pero como no quería seguir indagando en el tema de momento, murmuró entre sollozos:

—¿Cuánto... cuánto lleváis prisioneras?

—Días —respondió Hilda.

—Meses —dijo Demelza.

De nuevo, intercambiaron una mirada. No habían hablado al respecto de esa pregunta. Entonces, Demelza, al percatarse de cómo aquella ojerosa muchacha las observaba, preguntó para que no siguiera escarbando:

—Tienes familia, ¿verdad?

La muchacha asintió con pesar, y ella prosiguió:

—Pues piensa en ellos. Y proponte regresar a su lado. No decaigas.

Brenda asintió. Pensar en su familia era bueno, a pesar de los pesares. Y, clavando sus ojos en uno de aquellos maleantes, murmuró:

—Mi padre y mis hermanos los matarían por cómo nos tratan.



—Yo también —afirmó Demelza.

Hilda resopló y, mirando a la otra joven, la animó:

—Eso es, Brenda. Continúa.

Pero no habían dado ni quince pasos cuando ésta, viniéndose de nuevo abajo, murmuró:

—Moriremos en el camino y nadie sabrá de nosotras.

—De eso nada —replicó Demelza—. No pienso morir sin luchar. Y menos a manos de esos tarugos escoceses.

—¡Demelza!

La joven, al ver a la que consideraba su madre que la miraba, insistió:

—Por los dioses, Hilda, pero ¿tú has visto la pinta de esos idiotas escoceses? Si tuviera las manos sueltas, ya habría acabado con los tres.

—¿Tú sola? —preguntó Brenda boquiabierta.

Demelza sonrió y, convencida de lo que se decía, afirmó:

—Te lo puedo asegurar.

Sorprendida, Brenda asintió, y, mientras observaba que Hilda miraba al cielo con gesto molesto, musitó:

—Tengo sed..., mucha sed.

Todas tenían sed, hambre, cansancio, y Demelza insistió al ver las señas de uno de los tipos:

—Creo que vamos a parar ya.

Cuando finalmente les ordenaron detenerse, las tres mujeres se sentaron agotadas en el suelo y Demelza, preocupándose por la muchacha, gritó:

—¡Agua! Necesitamos agua.

Los hombres rieron al oírla, y, tras darles unos cubos de agua a los caballos, le tiraron la que sobraba por encima mientras se burlaban:

— *Miladies*, toda la que queráis.

Como pudieron, ellas se empaparon los labios con el agua que corría por sus sucios rostros, pero no era suficiente. Necesitaban beber, saciar su sed.

Sentadas en el suelo, las tres mujeres intentaron darse calor. El frío y el estar empapadas de agua las hacía tiritar, cuando uno de aquéllos, mirando a las dos más jóvenes, murmuró acercándose:

—Puedo calentaros si queréis.

Hilda, al oír eso, le escupió y gritó:

—¡Aléjate de ellas, maldito gusano!

El hombre soltó una risotada, y, tras un manotazo a Hilda que hizo que Demelza se revoliera contra él, cuando el tipo la cogió del pelo, otro de aquéllos gritó:

—¡Rupert! No dañes la mercancía.

El tipo, al que le gustaba amedrentar a todo el mundo con su látigo, siseó con desprecio mientras observaba la cara ensangrentada de la pelirroja:

—Aquí quien tiene el poder soy yo. Y espero al menos obtener buenos beneficios por vuestra venta o esta noche me calentaré entre tus piernas.

## CAPÍTULO 6

Cuando Aiden, junto a Alastair, Moses y Gareth llegaron al mercado, a pesar del frío que hacía, allí todo era vida y alegría. La gente vendía gallinas, alhajas, flores, galletas horneadas en sus propias casas, telas o mejunjes para sanar. Y, sin dudarlo, decidieron comprar queso y pan. Aquello nunca venía mal.

En los mercados siempre olía a especias, pero en aquél olía a mar, y, mirando hacia la derecha de la catedral, Aiden comentó:

—El mar está como el día: revuelto.

Alastair asintió. Aquel lugar junto a la costa era una auténtica maravilla.

En silencio, los highlanders buscaban a los vendedores de caballos, cuando Aiden, al ver un puesto, se sacó unas monedas del bolsillo e indicó arrojándoselas a sus hombres:

—Moses, Gareth, comprad pan y queso para todos.

—Sí, señor —afirmaron ellos cogiendo las monedas.

Alastair, que miraba a su alrededor, al divisar un puesto en el que muchas mujeres se agolpaban, se acercó a él montado en su caballo y, al ver lo que allí había, dijo apeándose:

—Aiden..., dame un segundo.

El aludido lo miró y, sonriendo, vio cómo se dirigía al tenderete.

Su amigo regresó poco después.

—Algo me dice que ya has tomado una decisión y quieres impresionar a alguien con un detalle —comentó Aiden.

Alastair sonrió y, guardándose lo que había comprado para regalarle a Moira a su vuelta, afirmó:

—Sin duda, espero que le impresione.

Mientras esperaban el regreso de sus hombres, Aiden observó a la gente.

A pesar del frío que calaba los huesos, allí estaban, vendiendo y comprando como un día más, cuando de pronto un tipo con mal aspecto exclamó:

—Tú eres el hermano de Jesse *el Malo*, ¿verdad?

Al oír eso, Aiden lo miró, momento en el que varias cabezas se volvieron a observarlo.

Odiaba que lo recordaran por algo así. Él nunca había sido como su hermano, a pesar del tiempo que había estado junto a él en su juventud. Él era un hombre de bien, no un maleante como muchos todavía se empeñaban en pensar por su pasado.

—Es cierto. Es el hermano de Jesse McAllister —insistió otro.

Muchas personas lo miraban ahora y lo señalaban. Y, cuando su nivel de tolerancia le indicó que no aguantaba más, Alastair bramó adelantándose:

—Alejaos de nosotros si no queréis acabar flotando en el mar.

Al oír eso, los tipos, asustados, rápidamente se dieron la vuelta y se marcharon, momento en el que Aiden afirmó mirándolo:

—Digna amenaza del que fue mi hermano.

Su amigo sonrió y no dijo nada. Sobraban las palabras.

Poco después, cuando Moses y Gareth regresaron con el pan y queso, Alastair, que lo observaba todo a su alrededor, le preguntó:

—¿Ves a los vendedores de caballos?

Aiden negó con la cabeza, y, tras bajarse de sus corceles para dejárselos a sus hombres, se dirigieron hacia una taberna. Sin duda, allí los informarían.

Una vez en el local, de inmediato, dos mujeres de curvas y senos generosos se acercaron hasta ellos con unas jarras de cerveza que ellos aceptaron y bebieron con sed.

Un buen rato después, tras informarse de dónde estaban los vendedores de caballos, salieron de la taberna. Lloviznaba.

—Debemos coger el camino de la derecha para llegar hasta los

vendedores —indicó Alastair.

—Seguramente, los caballos son robados —señaló Aiden.

—Sin duda —convino aquél.

Sin prisa pero sin pausa, montaron en sus caballos y los cuatro se dirigieron al lugar.

Al llegar, Aiden rápidamente fijó sus oscuros ojos en los caballos que tenía frente a él. Eran magníficos, maravillosos. Y, bajándose del suyo propio, que estaba inquieto como siempre, se acercó a ellos.

Los hombres que allí había los miraron y uno de ellos se levantó y fue a hablar con él.

Mientras Aiden charlaba con aquel hombre, Alastair echó un vistazo a su alrededor. Que aquéllos estuvieran allí y no en el mercado significaba que sus pensamientos eran acertados y aquellos gañanes sucios y desagradables nada tenían que ver con aquellos magníficos caballos. De pronto, un ruido llamó su atención y, al levantar la mirada, se encontró con algo que le desagradó.

Entre la maleza había tres mujeres amordazadas, sucias y con una pinta desastrosa.

Ver aquello lo inquietó. Una cosa era que aquellos desalmados traficaran con caballos, y otra muy diferente que lo hicieran con mujeres. Por ello, caminó hacia Aiden y preguntó dirigiéndose al tipo que estaba con él:

—¿Y esas mujeres?

El hombre le guiñó el ojo con descaro y declaró:

—Para mi suerte, las he comprado esta mañana junto a los caballos, ¿os interesa alguna?

Alastair y Aiden se miraron, cuando aquél insistió:

—Esta mañana he vendido un par de ellas a buen precio.

—¿Qué?! —musitó Aiden molesto.

—¿Las vendes? —inquirió horrorizado Alastair.

Aquel tipo, al que le faltaban varios dientes, además de varios dedos, respondió:

—Sí.

A cada instante más molesto, Aiden preguntó:

—¿Esas mujeres de dónde son?

El hombre respondió encogiéndose de hombros:

—No lo sé, señor, ni me interesa. Sólo sé que son esclavas.

Oír eso indignó a Aiden y, sin importarle su procedencia, rápidamente matizó:

—Ante todo son mujeres..., ¿no crees?

El tipo, al ver el gesto ofuscado de aquéllos, miró hacia el lugar donde estaban sus dos compinches, que, tras un gesto, se levantaron y marcharon hacia el fondo. Aiden, que ya no podía mirar hacia otro lado, al ver cómo uno de aquéllos hacía chasquear en el suelo una especie de látigo, musitó:

—Dile a tu hombre que, como vuelva a levantar el látigo contra cualquiera de esas mujeres, se las va a tener que ver conmigo.

—Señor..., ¿a qué viene tanto cuidado con esas mujerzuelas?

—¿Has oído lo que he dicho? —insistió Aiden al oír un grito.

El hombre dio un silbido y el que estaba con aquéllas se detuvo. Enfadado, Aiden comenzó a caminar junto a Alastair hacia el lugar donde estaban las mujeres. No podía consentir algo así.

Al llegar ante ellas y ver su aspecto, maldiciendo, se volvió hacia el hombre y siseó:

—¿Qué clase de animal trata así a las mujeres?

El tipo, sin entender bien la pregunta, no supo qué responder, cuando Alastair, al ver a la de mediana edad preocupada mientras limpiaba la sangre que la joven pelirroja tenía en la cara, susurró:

—No voy a cuestionar de dónde vienen los caballos ni las ganancias que sacáis por ellos, pero sí la venta de mujeres.

—Pero, señor...

—¡No hay peros! —levantó la voz Aiden—. O dejáis a estas mujeres libres para que regresen a sus hogares ya, o juro que lo vais a lamentar.

El hombre que vendía los caballos y sus dos compinches se miraron.

Aquéllos eran cuatro y ellos eran tres. Y, lo peor, sus pintas les indicaban que eran guerreros de las Tierras Altas, por lo que ellos llevaban todas las de perder.

Así pues, el que llevaba la voz cantante rápidamente indicó:

—Señor, haré algo mejor. Os las llevaréis vos.

Aiden suspiró. Bastante tenía ya con bregar con sus hombres y con sus caballos como para lidiar encima con mujeres. Pero, dispuesto a ayudarlas, indicó al ver que su montura se acercaba a una preciosa yegua gris de crines negras:

—Tenlo por seguro. Y ahora, hablemos de esos animales.

Mientras hablaba con aquél sobre los caballos, Alastair, Gareth y Moses se acercaron a las mujeres. Su aspecto intimidante hizo que los otros dos hombres se alejaran de ellas.

—Muero de sed —dijo una de ellas.

Alastair se apresuró a asentir y se encaminó hasta su caballo. Cogió un odre de él y, acercándose a la joven de pelo que parecía rubio, a pesar de la mugre, se lo ofreció:

—Aquí tienes. Bebe.

Sedienta, Brenda comenzó a beber con ansia. No había tenido más sed en su vida, cuando con el rabillo del ojo vio cómo Demelza la miraba. Por ello, se detuvo y se lo tendió.

—Ahora tú.

La joven lo agarró, pero, en vez de beber ella, se lo entregó a Hilda:

—Bebe.

La mujer negó con la cabeza. Primero tenía que beber ella, pero Demelza, sin dar su brazo a torcer, ante la atenta mirada de Alastair, insistió hablando en gaélico:

—Vamos, mamá, ¡bebe!

Esas palabras a Hilda le llenaron el corazón. No era la primera vez que la muchacha la llamaba así, pero sí era la primera que lo hacía delante de la gente, y, cogiendo lo que le tendía, bebió.

Una vez dio un trago largo, se lo pasó de nuevo a Demelza, y, cuando acabó, ésta se lo devolvió al hombre, diciendo:

—Gracias.

Alastair sonrió.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

Demelza lo pensó.

¿De dónde había dicho Hilda que eran?

Y entonces Brenda, al ver su desconcierto, se apresuró a responder:

—Somos de las Tierras Altas.

Demelza y Hilda la miraron.

¿Por qué había contestado por ellas?

Brenda, viendo que el hombre volvía a mirarla, olvidando a propósito el decoro y las buenas maneras que su madre le había inculcado, preguntó con descaro:

—¿Y tú quién eres?

Al oír a la mugrosa muchacha, el highlander contestó:

—Alastair Matheson.

La joven le dirigió una inclinación de cabeza que sorprendió a todos y, volviendo a ser la señorita que siempre había sido, declaró:

—Encantada, Alastair Matheson. Soy *lady*...

— ¿*Lady*? ¿Tú? —la cortó él divertido observando su apariencia.

Brenda, que no estaba acostumbrada a que la cuestionaran, al ver su gesto de guasa, protestó levantando el mentón:

—¡Burro y tonto escocés!

Alastair suspiró. Aquella sucia vagabunda distaba mucho de ser una *lady*, y replicó:

—Querida *lady*, tu olor y tu lengua te delatan. ¡Mejor cállate!

Boquiabierta, la joven miró a Demelza.

¡Pero ¿cómo osaba decir aquél semejante despropósito?!

Y, cuando iba a soltar por su boca alguno de los improperios que sus hermanos solían decir, Demelza agarró su brazo y cuchicheó haciendo que la mirara:

—Déjalo...

Pero Brenda estaba enfadada.

—¡Me ha ofendido! ¡Nos ha ofendido!

Demelza asintió, pero decidió zanjar el asunto.

—No hay mejor desprecio que no hacer aprecio —repuso.

Aunque molesta, Brenda asintió. Sin duda, la joven tenía razón. Entonces, Hilda, apoyando lo que la muchacha había dado a entender, insistió:

—Niña, cállate.



Alastair, Moses y Gareth las observaban con unos ojos como platos, aquellas mujeres los estaban ignorando por completo, cuando Brenda, mirando a las otras dos, insistió:

—Pero ¿cómo vamos a regresar a casa? Los caminos son peligrosos y nosotras solas pod...

—Brenda —la cortó Demelza—, no necesitamos a ningún hombre para ir por los caminos. Nuestro instinto nos guiará.

—¡Qué gracia tiene la chiquitilla! Dice que no necesita a ningún hombre —se mofó Gareth mirando a la más bajita.

Al oírlo y comprender que la chiquitilla era ella, Demelza lo miró con odio y calló, era lo mejor. Y entonces Moses afirmó divertido por su expresión:

—¡Y qué genio tiene también!

Alastair sonrió por lo que sus hombres decían, y, guiñándole el ojo a la que parecía tener el pelo rubio, preguntó para llamar su atención:

—¿Tu nombre es Brenda?

Molesta por todo, ella lo miró y respondió:

—No. Mi nombre es *Cállate*.

—Me gustan las *ladies* con sentido del humor —se mofó él.

Demelza asintió, y Brenda, enfadada con aquél, musitó:

—Pues a mí no me gustan los burros torpes y sabiondos.

Eso hizo que los tres highlanders soltaran una carcajada. Aquellas sucias vagabundas sin duda eran graciosas. Pero Brenda, cada vez más molesta por la actitud de aquéllos, murmuró mirando a la joven que estaba a su lado:

—Tienes razón. Nuestro instinto nos guiará.

—Espero que ese instinto no vuelva a meteros en problemas —afirmó Alastair divertido.

Brenda maldijo. Ese highlander guapo de pelo claro la estaba enfureciendo. Y Demelza, consciente de que no quería más líos, musitó:

—Seremos cautelosas. No necesitamos protección.

Pero Brenda, que no poseía la seguridad de su compañera, se echó a temblar. ¿Cómo que no necesitaban protección? Y, mirando directamente a la joven a los ojos, le preguntó en un hilo de voz:

—¿Estás segura?

—Segurísima —declaró Demelza mirando sus doloridas y aún atadas muñecas.

Los highlanders sonrieron: cualquier mujer necesitaba protección en los caminos.

En ese instante, Aiden, que se acercaba y había oído la conversación, indicó:

—Si así lo piden ellas, no hay más que hablar.

Alastair lo miró. Le sorprendía oír eso de su amigo, cuando él solía ser un tipo muy protector, en especial con las mujeres desvalidas, pero, sin querer pensar más en ello, se encogió de hombros e indicó:

—De acuerdo. Respetemos su valiente decisión.

Sin levantar la cabeza del suelo, Demelza sonrió. El hecho de que aquéllos las dejaran libres le facilitaría la tarea de regresar a su hogar, buscar a Viggo y vengar la muerte de los suyos. Por fin podía comenzar a pensar con claridad. Por fin volvía a ser libre.

—Mejor partamos ya —señaló Aiden—. Los caballos ya son nuestros.

Alastair sonrió. Habían hecho una buena compra.

Pero entonces la pelirroja de aspecto sucio y desaseado se levantó, dio un paso adelante y, plantándose frente a Aiden, indicó con gesto cansado:

—A ver, tenemos que hablar.

Él se volvió hacia la joven.

Por su altura y su mirada oscura, Aiden era un hombre que, además de excitar a las féminas, las intimidaba, por lo que, mirándola sorprendido, preguntó:

—¿Tenemos que hablar?

—Sí.

Divertido a la par que sorprendido porque aquélla se atreviera a plantarse ante él de ese modo, musitó:

—¿Tú y yo tenemos que hablar?

—Que sí... —volvió a afirmar ella con seguridad.

Aiden arrugó el entrecejo y, tras mirar a Alastair, que sonreía, insistió:

—¿Acaso nos conocemos de algo?

—No...

—¿Entonces?

Tanta pregunta absurda por parte de aquel highlander y su gesto guasón desesperaron a Demelza, y, sin ningún filtro, porque no sabía quién era él, soltó:

—¿Qué tal si cierras tu enorme boca de escocés y me dejas hablar?

Quizá entonces, y sólo entonces, seas capaz de entender lo que tengo que decirte.

Gareth le dio entonces un codazo a Moses, que observaba con atención.

Nadie, y menos aún una vagabunda sucia, le hablaba a su señor con aquella soberbia, y ambos hombres dejaron de sonreír.

Descolocado ante lo que aquella pequeña mujer que no le llegaba al mentón le decía, el highlander sonrió sin poder evitarlo. ¡Qué carácter! Pero, al ver los gestos de sus dos hombres, maldijo y, consciente de que tenía que hacerse respetar, indicó:

—Si vuelves a faltarme al respeto, te azotaré. Así pues, si valoras en algo tu vida, empieza dirigiéndote a mí como «señor».

Demelza suspiró. Sabía que le había hablado de malos modos, pero estaba nerviosa. Muy nerviosa. Por nada del mundo iba a permitir que la separaran de *Unne*, y, apelando a la educación que su padre y Hilda le habían enseñado, supo que tenía que cambiar la táctica para que aquél se sintiera respetado. Así pues, tomó aire y susurró:

—Os pido disculpas por mis desacertadas palabras..., *señor*. Y, volviendo al tema, he de decirle que el caballo gris de crin negra es mío.

Gareth asintió y, bajando la voz, cuchicheó:

—Bien por nuestro señor.

Moses no le contestó, simplemente calló cuando Alastair, al oírlo, cruzó una mirada cómplice con Aiden y sonrió. Todos guardaron silencio unos segundos, hasta que Aiden, procesando lo que aquélla acababa de soltar, preguntó:

—¿Dices que ese espléndido animal es tuyo?

—Sí.

Él meneó la cabeza, lo que aquélla decía era imposible, y respondió:

—Permíteme dudarlo.

Eso molestó a la joven. Ella no era una ladrona, no mentía. Pero, sabiendo que en un momento como aquél tenía todas las de perder, alzó sus ojos cansados y azules hacia él e insistió moderando su lenguaje:

—Esa yegua es mía..., *señor*.

Instintivamente, el vello de sus cuerpos se les erizó a ambos cuando sus miradas se encontraron, chocaron...

Y, por primera vez, el color azul de los ojos de aquella mujer paralizó a Aiden, mientras que a ella la desconcertó la mirada de aquel hombre.

Él la observaba embobado hasta que Alastair, al ver su expresión, le dio un golpe con el codo y Aiden, recomponiéndose, apartó la mirada de ella y replicó:

—No digas tonterías, mujer.

—¡Lady! —advirtió Alastair.

—¡¿Lady?! —se mofó Aiden al oír eso y ver sus pintas.

Molesta con aquellas mofas, Brenda iba a contestar —pero ¿qué se había creído aquel burro?—, cuando Demelza, conteniendo el impulso de darles una patada con todas sus fuerzas, resopló.

—No digo tonterías..., *señor*.

Divertido, él volvió a mirarla.

¿De dónde era el acento de aquella joven?

Y Demelza, intentando mantener la calma, a pesar de lo inquieta que se sentía ante su mirada, se frotó las manos. Le sudaban. ¿Qué le ocurría?

—No creo lo que dices —repitió él.

Incapaz de contenerse, la joven apretó los puños. Acababa de terminar una guerra e iba a comenzar otra, pero, esta vez, sin achantarse afirmó:

—Puedo demostrarlo.

Sin apartar sus ojos oscuros de aquella menuda mujer, Aiden sonrió.

Siempre lo habían atraído las mujeres con carácter, mujeres valerosas como las de sus amigos. Y, animado, iba a replicar cuando Brenda, que se estaba enfadando cada vez más por el modo en que aquéllos las trataban, dio un paso adelante, asió la mano de Demelza y aseguró:

—Dice la verdad. Esa yegua es suya, de la misma manera que el precioso

alazán negro que tiene una mancha blanca en el cuarto trasero izquierdo es mío.

Al oír eso, los cuatro hombres se miraron con guasa.

Lo que aquellas sucias y harapientas mujeres decían no podía ser verdad.

¿Cómo iban a ser ellas las dueñas de semejantes maravillas?

Por ello, sin perder un segundo más, Aiden cruzó las manos sobre su pecho y pidió:

—Muy bien, mujer. Demuéstrame que son vuestros y os los quedaréis.

Demelza, al oír eso, miró a Hilda y sonrió. Sabía el influjo que tenía en los animales y, clavando sus azulados ojos en aquél, preguntó:

—¿Qué desea el *señor* que haga para demostrarle que los animales son nuestros?

Aiden, maravillado por el modo en que el azul de los ojos de la muchacha era ahora más intenso, se retiró el pelo de la cara y musitó:

—Tú sabrás..., lady.

La joven asintió y aceptó el reto. Y, sin quitarle el ojo de encima a aquel creído, puso ante él sus sucias manos y, enseñándole las ataduras, pidió:

—¿Podrías liberarme?

Aiden miró las feas heridas de sus muñecas. Por su aspecto, aquella muchacha llevaba atada demasiado tiempo.

Una vez que cortó las cuerdas con su daga, cuando ella fue a darse media vuelta, él preguntó sujetándola:

—¿No has de decirme algo?

Consciente de a qué se refería, Demelza respiró hondo. Aquel escocés, además de ser un hombre apuesto, era un idiota engreído. Pero, dispuesta a recuperar su yegua fuera como fuese, musitó regalando sus oídos:

—Gracias, señor. Muchas gracias.

Los hombres sonrieron. Estaban disfrutando con aquello. Y Demelza, volviéndose entonces hacia Hilda, que en silencio le pedía calma, tiró de Brenda y preguntó bajando la voz:

—¿Cómo se llama tu caballo?

— *Ross* —contestó la joven.

Ella asintió y se dio la vuelta.

Sin amedrentarse por la mirada de los hombres, pasó por su lado y se dirigió con paso seguro hacia el lugar donde estaban los animales. En silencio, todos la siguieron con la mirada, y Aiden, al ver a su caballo moverse nervioso y relinchar, le advirtió levantando la voz: —Ten cuidado, mujer. Mi caballo, *Haar*, es muy desconfiado y suele morder.

Demelza ni lo miró. Continuó caminando hacia aquéllos hasta que se detuvo. El viento agitaba su cabello y, al sentir que éste le daba en los ojos, recordó algo. Su padre siempre decía que su magnetismo con los animales era debido a su cabellera larga y roja. Una cabellera que ya no existía.

¿Tendría razón Yngve?

Y, dispuesta a comprobar si era o no así, en silencio observó a los animales. Sólo tenía que conectar con sus miradas para ver si la magia volvía a surgir entre ellos, y en un susurro apenas audible los llamó:

— *Unne... Ross... Haar...*

Pasados unos instantes, los animales la miraron. Eso sorprendió a todos, excepto a Hilda, que sonrió. Los caballos comenzaron a caminar en dirección a la joven, y ésta, al ver que se acercaban, sin ningún miedo, extendió las manos para tocarlos.

—La chiquitilla podría perder algún dedo —se mofó Gareth.

—O la mano entera —apostilló Moses observándola con curiosidad.

Al oír eso, Aiden se inquietó. Conocía a *Haar* y sabía con seguridad que le mordería, pero, cuando se disponía a detenerla, Hilda murmuró:

—Señor, será mejor que no os mováis.

Acto seguido, los tres caballos rodearon a la joven y pasearon sus hocicos por sus manos. Demelza sonrió. A pesar de no tener el cabello largo, su magnetismo con los animales continuaba, y, sin poder evitarlo, murmuró emocionada en noruego:

—Papá..., no es el pelo.

Seguidamente, agarrando sus crines, apoyó la cabeza sobre la de aquéllos y les habló bajito, sólo para que ellos la oyeran.

Primero lo hizo con *Unne*. Con mimo, le habló en noruego y, tras unas palabras, la yegua cabeceó. Después lo hizo con el animal de Brenda, pero esta vez en gaélico. Y, cuando llegó el turno del caballo del highlander, que

también se había acercado, posó la frente sobre la de aquél, y, sin saber por qué, le habló de nuevo en noruego. Sorprendentemente, el animal cabeceó como *Unne*.

¡La había entendido!

Aiden los observaba boquiabierto.

Ver a *Haar* entregarse a aquella mujer era una de las cosas más bellas que había presenciado en su vida.

—Increíble —murmuró.

—Y tanto —afirmó Alastair, que veía lo mismo que él.

Instantes después, Demelza comenzó a caminar y, como esperaba, los animales la siguieron. Se moviera para donde fuera, ellos la seguían como si fueran perritos.

Aiden, aún asombrado, no supo qué decir. Ver al obstinado de su caballo sosegado, sin morder y caminando tranquilamente junto a ella lo dejó atónito.

¿Cómo podía esa muchacha haber conseguido semejante proeza con *Haar*?

Tras unos instantes en los que Demelza besó con mimo las frentes de los tres magníficos animales, se acercó a los hombres y, mirando a Aiden, indicó con sus ojos de un pacífico azul:

—Podría decir que *Haar*, vuestro caballo, es mío también por su comportamiento. Como veis, no me ha mordido. Y, señor, dejadme aclararos que mi padre me enseñó a no robar y a respetar las pertenencias de los demás.

Fascinado por cómo el color de los ojos de aquélla cambiaba según su estado de ánimo, el highlander asintió. Todo aquello era, como poco, mágico.

Entonces, Brenda, asiendo las bridas de *Ross*, preguntó:

—¿Queda claro de quién son los caballos?

Alastair, que estaba tan atónito como los otros escoceses, asintió. Pero allí la última palabra la tenía Aiden. Él era el dueño. Él había comprado aquellos caballos. Y él debía decidir cómo proceder al respecto.

Todavía sorprendido por lo vivido, Aiden miró a la joven, que acariciaba con mimo el hocico de su yegua y de *Haar*. No le cabía la menor duda de que aquélla decía la verdad y, mirándola, iba a hablar cuando ésta insistió:

—Señor, esta yegua es lo único que tengo propio en la vida. Espero que

vuestro padre os enseñara a no robar como a mí y nos permitáis continuar juntas. No os pido más.

Sin saber muy bien por qué, aquellas palabras dichas de aquella manera y con aquella mirada tocaron el corazón del highlander. Por desgracia, a él y a su hermano su padre les había enseñado todo lo contrario de lo que ella decía.

Pero, gracias a su decisión y a su tesón, había podido cambiar su vida, aunque el apellido McAllister le pesara en ocasiones.

Por ello, y a pesar de perder dinero por lo que había pagado por aquellos dos magníficos animales, contestó:

—Los caballos son vuestros.

Demelza esbozó una tímida sonrisa al oír eso. Tener a su lado a *Unne*, a aquel caballo tan deseado por su hermana, era lo mejor que le podía ocurrir, por lo que, dirigiéndose a él, murmuró con afecto:

—Gracias..., muchas gracias, señor.

Aquella mirada agradecida de mar en calma y aquella dulzura tan tierna le gustaron a Aiden, que, acercándose a ella, advirtió tocando el lomo del animal:

—Tu yegua es preciosa.

Rápidamente la joven dio un paso atrás, algo que no se le escapó a él, y respondió:

—Y muy valiosa para mí.

Ambos miraron entonces los caballos. *Haar* olisqueaba a *Unne*, y ésta finalmente le lanzó un bocado.

—Mi yegua muerde —susurró Demelza divertida al verlo.

Ambos sonrieron. Entonces, Aiden, al ver la posición en que la yegua tenía las orejas y cómo su caballo olisqueaba un pis, murmuró:

—¿Sabes que está en celo?

—Noooo...

—Sí. Es la época —afirmó el highlander.

Demelza suspiró. No entendía mucho de caballos y, cambiando su gesto, musitó con una sonrisa:

—Ahora entiendo la insistencia de *Haar*.

Desde su altura, Aiden contempló a la joven con disimulo mientras



disfrutaba de aquel bonito color de ojos, y, cuando ésta lo miró, señaló intentando mostrar indiferencia:

—Deberías bañarte y quitarte toda la mugre...

— *Ja...*

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

Al darse cuenta de que había dicho «sí» en noruego, Demelza tosió con disimulo y repuso temblando de frío:

—Perdón, señor. Decía que sí, que será lo primero que haga en cuanto pueda.

Atraído por aquellos ojos tan increíblemente hechizantes, que cambiaban de color, él se dirigió instintivamente hacia su caballo. De su grupa, cogió una manta y, tras regresar al lado de la joven, se la entregó.

—¿Para mí? —Aiden asintió, y ella, cogiéndola, musitó agradecida por aquel detalle—: Gracias. Muchas gracias.

—Estamos en primavera, pero, extrañamente, sigue haciendo frío.

—Mucho frío, señor —convino ella.

El sonido de las tripas de la joven hizo que él sonriera y, sacándose del bolsillo de la chaqueta que llevaba una bolsa, se disponía a abrirla cuando ella dijo:

—No necesito vuestro dinero.

Aiden sonrió, pocas mendigas dirían aquello, y, sacando varias monedas, afirmó:

—Cógelo. Lo necesitáis para comer.

Demelza miró las monedas. Él tenía razón, pero insistió: —Encontraré la forma de...

Sin darle tiempo a terminar la frase, Aiden asió su mano y posó sobre su palma las monedas, momento en el que, de nuevo, ella se separó de él.

—En Saint Andrews, junto a la catedral, hay una taberna donde podréis comer algo caliente. Tanto tú como esas mujeres —insistió él señalando a Hilda y a Brenda—. Lo necesitáis. Por favor, acéptalo.

Su mirada sincera hizo que finalmente la joven se diera por vencida y sonriera, cuando, al fijarse en cómo él miraba su sucio pelo, cuchicheó olvidándose de los modos:

—Prometo quitarme toda la mugre antes de usar vuestro dinero.

—Estaría bien —asintió Aiden gustoso.

Alastair, Gareth y Moses se dirigieron también entonces hacia sus caballos y, tras coger sus mantas, se las entregaron a las mujeres, que no tenían nada.

A continuación, Aiden, sin decir nada más, se dio media vuelta y caminó hacia su caballo.

En ese mismo instante, Demelza se sentó en el suelo, se quitó la bota y, sonriendo, se sacó de ella un objeto que llevaba escondido dentro desde hacía meses. Sin tiempo que perder, se colocó el colgante que en el pasado había pertenecido a su hermana y, una vez lo tuvo sobre su cuello, murmuró cerrando los ojos:

—No hay dolor, sólo venganza.

Alastair, que observaba detenidamente a la rubia, preguntó:

—¿De dónde dijiste que erais?

Al oírlo, la joven lo miró, pero, molesta aún por su desconfianza, replicó:

—No es cosa tuya.

Él rio por su respuesta, cuando Aiden, montado en su imponente caballo oscuro, se acercó de nuevo hasta ellos, miró a la joven del cabello pelirrojo sucio y mal cortado y preguntó observando que se levantaba del suelo:

—¿Sigues pensando que no necesitáis protección?

Demelza, al sentir la mirada de aquél y percibir su propio nerviosismo, tocó sin miedo la cabeza del caballo, y, olvidando las formas que le había exigido antes, replicó con insolencia:

—¿Tú la necesitas?

Divertido a la par que molesto por su osadía, Aiden contestó:

—No.

—Pues yo tampoco —afirmó ella encogiéndose de hombros.

Eso hizo sonreír de nuevo a ambos. Sin lugar a dudas, aquélla tenía carácter y estaba claro que sabía cuidarse sola.

—Te agradezco que nos liberaras —añadió Demelza—. Quedo en deuda contigo.

Esa simple frase hechizó de nuevo al rudo escocés. Pero, sin querer

pensar en ello, y dando por zanjado el tema, indicó:

—Llevad cuidado, allá donde vayáis.

—Igualmente.

Dicho esto, los highlanders se marcharon, llevándose sólo dos caballos que ellas no reclamaron.

Una vez desaparecieron de su vista, Hilda, que se había percatado de cómo su niña miraba a aquel hombre, se acercó a ella y cuchicheó:

—Ese señor parece un buen hombre, y algo me dice que le has gustado.

¿O acaso no te has dado cuenta de cómo te miraba?

Demelza parpadeó sorprendida. Claro que se había dado cuenta. Pero, tocando a *Unne*, que se acercaba a ellas, respondió:

—Una cosa es parecerlo y otra serlo. Y, en cuanto a lo que insinúas, me ha mirado por la cantidad de mugre que llevo encima.

Hilda negó con la cabeza, cuando ella, mirando el mar que se veía al fondo, murmuró:

—Vayamos a lavarnos un poco, y después —añadió enseñándoles las monedas— podremos ir a comer algo caliente.

—¿De dónde has sacado esas monedas, hija? —preguntó Hilda sorprendida.

Ella sonrió.

—El *señor* me las entregó para que comiéramos algo.

—¡Síiiiiii! Muero de hambre —gritó emocionada Brenda.

Un buen rato después, congeladas pero con bastante menos mugre, las tres iban montadas en los dos caballos camino del pueblo, cuando Brenda, recordando algo que había visto hacer a Demelza, preguntó:

—¿Qué es eso que te has colgado al cuello?

La joven, tocándose aquel objeto tanpreciado para ella, afirmó:

—El motivo de mi vida y, con seguridad, también de mi muerte.

Hilda se disponía a intervenir, cuando Brenda musitó:

—No hables de muerte. Eso no da buena suerte.

—¿Quién la necesita? —se mofó Demelza.

Sin entenderla, la joven de cabello rubio miró a una triste Hilda y, al ver que ninguna de ellas pensaba abrir la boca, dijo:

—Llevo algo escondido en mi ropa interior, ¿creéis que es momento de sacarlo?

Demelza y Hilda la miraron, y la primera respondió:

—Eso has de decidirlo tú.

La joven sonrió, metió la mano en el sucio corpiño y rebuscó en su interior. Acto seguido, sacó una alianza, se la colocó en el dedo y afirmó:

—Sin duda es buen momento —y, al ver cómo aquellas dos la miraban, preguntó—: ¿Podemos pedir caldo?

Hilda y Demelza se miraron. El anillo que aquélla se había puesto era muy curioso.

—Sí. Claro que sí —asintió la primera.

Brenda volvió a saltar encantada. Se moría por un caldo.

Hilda, que iba sentada tras Demelza, cuchicheó bajando la voz:

—No abras la boca en la taberna. Cuanta menos gente te oiga hablar, mejor.

—¿Acaso pretendes que no hable?

—Demelza, hija... Sé que me entiendes.

La joven resopló, claro que la entendía, cuando aquélla prosiguió:

—Entraréis Brenda y tú en la taberna mientras yo cuido de los caballos.

Que ella pida la comida, será lo mejor. Luego salís y proseguimos nuestro camino.

—De acuerdo —afirmó Demelza, entendiendo que era lo mejor.

En ese instante, Brenda, ajena a su conversación, preguntó:

—Y una vez que comamos, ¿qué haremos?

Con una sonrisa por sentirse libre por primera vez en mucho tiempo, Demelza, convencida de que en ese momento comenzaba la búsqueda de su venganza, la miró y declaró:

—Llévate a tu hogar —y, bajando la voz, añadió—: y, después, morir vengando a mi familia.

## CAPÍTULO 7

A última hora de la tarde, en la taberna de Saint Andrews, Aiden y Alastair disfrutaban de una succulenta cena mientras hablaban de sus cosas. Esa noche querían descansar bien, pues al amanecer regresaban a su casa.

Alastair sonrió y preguntó sacando algo de su bolsillo:

—¿Crees que le gustará a Moira?

Al ver un bonito colgante en forma de corazón con su nombre grabado, Aiden asintió.

—Le encantará —y, tras un trago, preguntó—: ¿Decisión tomada?

Alastair cabeceó y, suspirando, explicó:

—Sin duda, Moira es la mujer que necesita mi granja.

Al verlo dubitativo y nada seguro, Aiden insistió:

—¿Es la mujer que necesitas tú? —Su amigo no contestó, por lo que señaló—: Mi consejo es que no te precipites. Unirte a una mujer que no te atrae ni te gusta nunca es una buena solución.

Alastair miró el colgante que había comprado y, guardandoselo en el bolsillo, apuntó:

—No sé qué hacer. Estoy confundido, cuando la realidad es que necesito una mujer para mi granja y para mí.

—¿Y tu prioridad ahora es...?

—La granja —respondió con sinceridad.

Aiden, tras beber un trago de su vaso y sonreírle a una de las taberneras, que lo miraba con deseo, cuchicheó:

—Amigo, te entiendo, pero no te precipites en la elección o quizá te arrepientas el resto de tu vida.

Alastair asintió. La granja era un puro desastre, y Moira podía arreglar eso. Ella vivía también en una granja y tenía experiencia. Se disponía a responder cuando la puerta de la taberna se abrió y se fijó en las jóvenes que entraban. Al reconocerlas, sonrió. Aquéllas eran dos de las tres mujeres que habían liberado ese día, y, sonriendo, cuchicheó:

—Sabía que bajo la mugre se escondían unos bonitos rostros.

Al oír eso, Aiden levantó la cabeza y, sin dudarlo, clavó su oscura mirada en la pequeña pelirroja que, con el cuerpo en tensión, iba semiescondida tras la rubia. Sus ropas seguían sucias y ensangrentadas, pero, ahora que podía ver su rostro y no sólo el color de sus ojos, éste le gustó, y mucho.

Ellos las observaron en silencio desde donde estaban y Aiden sonrió de nuevo al ver cómo la pelirroja de extraño corte de pelo le daba un manotazo a un tipo que intentaba ponerle la mano encima. Segundos después le dio un codazo a otro que iba a plantar su mano sobre la rubia, y Alastair murmuró:

—No sé si ha sido buena idea que entraran aquí...

Su amigo no respondió, y, al ver cómo éste se levantaba al comprobar cómo la rubia se quitaba a otro tipo de encima, murmuró:

—Tranquilo, amigo. ¿Qué te ocurre?

Sentándose de nuevo, Alastair tomó un trago de su bebida.

—No me gusta que intimiden a las mujeres —contestó.

En ese instante, Demelza empujó a un tipo con fuerza, y, cuando las risas resonaron en el local, Aiden afirmó divertido:

—¿Quién intimida a quién?

Dicho eso, prosiguió comiendo. Tenía hambre, y esas mujeres nada tenían que ver con él.

Al otro lado del local, Brenda temblaba. Entrar en aquella taberna repleta de hombres acompañada sólo por Demelza no estaba siendo fácil.

—Creo... creo... que deberíamos irnos —murmuró.

Demelza, consciente de lo que estaba ocurriendo, pero hambrienta, insistió:

—No.

—Nos... nos comen con la mirada.

—Camina hacia el fondo y no pares.

Brenda continuó, cuando, al ver a un tipo, cuchicheó temblorosa:

—No..., no me gusta cómo nos observa ese hombre sin dientes. Oh, Dios..., qué repulsivo es...

Demelza resopló.

Pero ¿qué le ocurría a Brenda? ¿Acaso nunca un hombre la había mirado de esa manera?

Por ello, empujándola, insistió:

—Camina. ¡Vamos!

Sin parar, continuaron avanzando por la taberna, hasta que, al pasar junto a una mesa, uno de los hombres se levantó y, riendo mientras miraba a sus amigos, les dio a ambas un azote en el trasero.

Nada más notarlo, Brenda gritó horrorizada, pero Demelza, dándose media vuelta, levantó la pierna, le dio a aquél una patada en el pecho y, cuando el tipo cayó de culo al suelo, siseó mirándolo:

—Repite lo que has hecho y juro que te mato.

Todos en la taberna soltaron una risotada. La bravura de la mendiga había quedado patente, y ésta, volviéndose hacia una desconcertada Brenda, que gimoteaba, le preguntó:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Brenda, a quien le picaba el trasero por el manotazo, gruñó:

—Ay..., que duele..., ¡pica! ¡¿Acaso a ti no te ha dolido?!

Demelza resopló, estaba claro que su vida y la de aquélla nada tenían que ver. Y, esperando a tener una conversación con ella, la conminó:

—Olvidalo.

—¿Que lo olvide?

—Sí.

—¿Cómo voy a olvidar semejante despropósito?

Al oír eso, Demelza clavó sus ojos en ella y le preguntó:

—¿Quieres que lo mate?

Horrorizada, Brenda negó con la cabeza.

Pero ¿qué locura decía aquélla?

Y, antes de que contestara, Demelza le dio un empujón y gruñó:

—Pues entonces sigue caminando.

El hombre que estaba en el suelo se levantó y, meneando la cabeza, rio con sus amigos mientras soltaba improperios contra aquéllas.

Aiden, que, como todos, había sido testigo de lo ocurrido, murmuró:

—Tiene genio la pelirroja.

—Eso parece —repuso Alastair entre divertido y molesto por lo que habían presenciado.

Una vez Demelza y Brenda llegaron hasta donde estaba la tabernera, que las miraba con cara de asco, la pelirroja iba a hablar cuando la joven rubia, tras una graciosa reverencia, dijo:

—Buenas tardes, amable señora.

—¿Qué quieres?

Brenda, a pesar del frío recibimiento y de cómo aquélla la miraba, con la mejor de sus sonrisas, prosiguió:

—Mi amiga y yo queríamos que...

—Fuera de mi taberna. Oléis a mierda de vaca.

Brenda parpadeó sorprendida al oír eso, y Demelza cuchicheó con cierta sorna:

—Bienvenida a la realidad, querida *lady*.

Enfadada por tan desagradable trato, Brenda volvió a mirar a la tabernera y, esta vez torciendo su gesto, preguntó:

—¿Por qué me hablas así?

—¿Cómo he de hablarte? —se mofó aquélla.

—Con respeto y educación —gruñó Brenda.

La tabernera parpadeó y, subiéndose los puños de su vestido, se disponía a responder cuando Demelza, viendo el cariz que estaba tomando la situación, intervino:

—Tenías razón. Creo que será mejor que nos marchemos.

—¡Ni hablar! —sentenció Brenda. Y, mirando a la tabernera con rabia, le preguntó—: ¿Acaso no ves que estoy siendo amable contigo, cuando no eres más que una simple y vulgar tabernera?

La mujer, cada vez más remangada, replicó:



—Fuera de mi local, ¡ya!

—Pero si estoy siendo educada contigo —insistió la joven.

—¿Educada?!

—Sí. A la par que amable —aseveró Brenda.

Demelza sonrió. Cada vez le hacía más gracia aquella rara muchacha.

—Lo que tiene una que oír de una sucia y fea vagabunda —siseó la tabernera.

Brenda frunció el ceño al oír eso. Y, dispuesta a comérsela, preguntó remangándose ella también:

—¿Fea, yo?

La tabernera asintió, y la joven replicó furiosa:

—Lo que tiene una que oír de una vulgar, grotesca, ridícula y gorda tabernera.

—¡Brenda! —reprobó Demelza riendo.

—¿Me has llamado vulgar y grotesca?

—Sí. Y también ridícula y gorda, y añadido... repulsiva.

Demelza soltó otra carcajada, era imposible no hacerlo, cuando Brenda la miró y, con sorna, preguntó:

—¿No te apetece matar a semejante grosera?

Sin poder parar de reír por lo que estaba viendo y oyendo, la pelirroja iba a contestar cuando oyó a sus espaldas:

—¿Qué ocurre?

Al mirar, vio que se trataba del hombre que las había liberado. De nuevo aquellos ojos oscuros parecían acariciar su piel, y, cuando iba a responder, la tabernera, que sabía muy bien quién era aquél, se le adelantó:

—Señor, mi local es un sitio de categoría, y estas sucias vagabundas lo...

—¡Y dale con lo de vagabundas! —protestó Brenda.

—¿Y qué sois? ¿Acaso he de haceros una reverencia por honrar mi local con vuestra limpia y aseada presencia? —gruñó la tabernera.

Brenda, incapaz de callar, se enzarzó con aquélla en una pelea dialéctica.

Sin duda, la rubia, cuando se ponía, también tenía bastante carácter.

Aiden, cansado de gritos e insultos, miró a la pelirroja, que estaba en silencio a su lado y, agachándose, susurró:

—Veo que os habéis aseado.

Demelza asintió y, alejándose de la cercanía de aquél, repuso:

—Sí. Pero al parecer no lo suficiente para este increíble, a la par que elegante y sofisticado lugar.

Aiden sonrió. Ella no. Sin embargo, a él le gustó su sentido del humor, por lo que dijo dirigiéndose a la tabernera:

—Mujer, ¡sírveles!

—¿A éstas? —gruñó ella.

—Sí, a las señoritas —afirmó Aiden con cierta galantería.

Al oír eso, Brenda, respaldándose en aquél, afirmó con altanería:

—Ya lo has oído, ¡sírvenos!

La mujer, que, como todos, sabía quién era aquél y de quién era hermano, iba a murmurar algo cuando Alastair, que lo había oído todo, insistió:

—Sírveles. ¿A qué esperas?

La tabernera, con mal gesto, finalmente se dio la vuelta. No le quedaba más remedio que servir a aquellas indeseables si no quería problemas.

Entonces, Brenda, aún soliviantada por el momento, miró a Alastair y, sin medida, cuchicheó:

—Vale. Sé que mi cabello es un desastre y no estoy vestida con corrección, entre otras muchas cosas más. Pero ¿crees que soy fea?

Al oír eso, el highlander sonrió sin saber por qué y, ante el gesto de asombro de Demelza y el de guasa de Aiden por la pregunta, murmuró:

—Eres bonita y agraciada. No creas lo que...

—¿Ves, tabernera? —gritó la rubia cortándolo—. ¡No soy fea!

Demelza, sorprendida por lo mucho que le había molestado que la llamaran fea, se disponía a decir algo cuando Aiden cuchicheó:

—Tú tampoco eres fea. Lo digo por si se lo quieres gritar a la tabernera también.

Que alguien ajeno a su familia le dijera algo así o la hubiera catalogado de señorita era nuevo para ella, pero, sin darle mayor importancia, respondió:

—No necesito halagos. Sólo comida.

Su respuesta cautivó a Aiden, que, mirando a la tabernera, indicó:

—Sírveles. Yo me ocupo de pagar lo que pidan.

—¡No! —cortó Demelza.

Y, cuando todos la miraron, ella abrió su mano y declaró:

—Tengo las monedas que me diste. No necesitamos más.

Ese detalle le hizo saber a Aiden que a la muchacha no la movía el dinero, y, dirigiéndose de nuevo a la tabernera, siseó con gesto duro:

—Sé generosa en lo que han pedido si no quieres tener un grave problema conmigo, ¿entendido?

La mujer, asustada por sus palabras, desapareció. Y Aiden, mirando a la joven pelirroja desde su altura, dijo entonces en un tono suave:

—Solucionado. Ahora os servirán queso y pan.

—¡Y caldo caliente! —gritó Brenda estirando el cuello.

Alastair asintió y, caminando hacia donde había desaparecido la tabernera, le exigió el caldo caliente.

Los ojos de Aiden y de Demelza se encontraron de nuevo, y ella musitó con gratitud, pero sin sonreír:

—El caldo caliente nos vendrá bien. Gracias.

Al quedar todo claro, Alastair regresó hacia su mesa, cuando Aiden, mirando a la pelirroja, preguntó con una sonrisa:

—¿Puedo alejarme y tener la certeza de que esto no acabará con platos rotos y mujeres chillando mientras se tiran de los pelos defendiendo su belleza?

Oír eso molestó a Demelza. Ella no era esa clase de mujer, y, cambiando su gesto tranquilo por otro más fiero, indicó:

—¿Acaso os hemos pedido ayuda..., señor?

Aiden, al ver cómo los ojos de aquella cambiaban a un color más oscuro, sonrió para sus adentros y, guiñándole un ojo con altanería, dijo antes de alejarse:

—Disfrutad de la comida.

Cuando él se marchó, la joven murmuró:

—¡Será engreído!

Pero Brenda, que continuaba molesta con la tabernera, gruñó:

—Esa desagradable y repelente mujer no se ha salido con la suya. ¡Me alegro!

Demelza no dijo nada. Era lo mejor.

Segundos después, la dueña del local volvió con lo que le habían pedido y, sin dejarlo en el mostrador, exigió mirándolas:

—Soltad el dinero.

Al oír eso, Demelza la miró. Aquella tipa era una mala víbora, además de todo lo que Brenda ya se había encargado de resaltar, y, poniendo las dos monedas sobre la madera, gruñó:

—Espero no volver a pisar tu asqueroso local.

Sin tiempo que perder, Brenda agarró la comida, pero, cuando Demelza fue a coger el cuenco del caldo, la tabernera exigió parándola:

—El caldo se bebe aquí.

Brenda maldijo. Aquélla no se lo iba a poner fácil, y farfulló:

—Pero afuera hay...

—Me da igual quien esté fuera —afirmó aquélla con el poder—. El caldo te lo llevarás en el estómago, pero el cuenco no sale de aquí.

Demelza suspiró. Aquella mujer se estaba ganando un buen puñetazo, y más cuando oyó que volvía a decir con voz severa:

—¡Bebedlo aquí!

A cada instante más molesta, Brenda siseó:

—Estoy buscando qué más improprios desagradables y ofensivos decirte, pero todo lo que se me ocurre es demasiado dulce para ti.

—Brenda... —murmuró Demelza conteniendo su furia, mientras con el rabillo del ojo veía que, de nuevo, el highlander moreno la observaba.

La tabernera se estiró. Aquella vagabunda la estaba sacando de sus casillas.

Entonces, la pelirroja cogió el cuenco, se lo tendió a su amiga y le ordenó:

—Cállate y bebe de una maldita vez. Después sal y dile a Hilda que entre para que ella pueda beber y calentarse también el cuerpo.

Brenda, al entender que debía parar para que las cosas no empeoraran, asió el cuenco y, tras dar un primer trago, murmuró emocionada:

—Está sabroso y su olor a romero es, como poco, exquisito... ¿Seguro que lo ha hecho una sombría como tú?

La tabernera, al oír eso, no supo cómo tomárselo, y entonces Demelza, mirando a Brenda, indicó con sorna:

—Cierra la boquita y bebe de una vez.

Tras un nuevo trago que le volvió a saber a gloria, la joven rubia dio media vuelta y salió a toda prisa del lugar. Acto seguido, entró en la taberna Hilda, que se acercó a la que era su niña.

—Tómame el cuenco —le dijo Demelza—. Es todo tuyo.

—¿Has bebido tú? —preguntó la mujer.

La joven, consciente de lo mucho que aquélla lo necesitaba, asintió y, tras mirar a la tabernera, afirmó:

—Está buenísimo y su olor a romero no te dejará indiferente.

Sorprendida por aquellos matices, Hilda tomó el cuenco. Efectivamente, olía a romero. Con gusto, se tomó todo su contenido, pero, cuando iba a dejarlo sobre el mostrador, la puerta de la taberna se abrió de par en par y Brenda gritó:

—¡Los caballos!

Según oyó eso, Demelza, con una agilidad increíble, se subió de un salto a una mesa. De ésa saltó a dos más, tirándolo todo a su paso hasta llegar a la puerta, por donde salió como una exhalación.

Hilda, asustada, corrió tras ella chocando con la gente que protestaba ante lo ocurrido, mientras la tabernera gritaba enloquecida:

—¡Malditas vagabundas! Si ya sabía yo que no traeríais nada bueno...

Al ver aquello, Aiden se levantó alarmado y, mirando a su amigo, que se levantaba también, murmuró:

—Aburrirse... no se aburren.

—No. Desde luego que no.

Con una sonrisa, se apartaron de la mesa y, cuando vieron que algunos iban a salir tras las mujeres, se interpusieron en su camino para impedirlo.

A continuación, Aiden le lanzó unas monedas a la tabernera y anunció:

—La siguiente ronda la pago yo.

Y, dicho esto, todos volvieron a sentarse a sus mesas y los highlanders salieron a toda prisa al exterior.

## CAPÍTULO 8

Una vez en la calle, Demelza se encontró con una nerviosa Brenda, que, mirándola, dijo:

—Unos... unos desagradables y sucios hombres... se han llevado los caballos y...

—¿Por dónde se han ido?

—Por allí —señaló.

Las dos jóvenes comenzaron a correr en aquella dirección, mientras la pelirroja, tremendamente enfadada porque le hubieran robado a *Unne*, siseaba:

—Juro que los mataré..., los mataré.

Oír eso no era algo nuevo para Brenda, que, sin dejar de correr a su lado, como pudo, exclamó:

—Pero ¿es que tú todo lo solucionas matando?

Demelza no respondió y aceleró el paso. Tenía que recuperar a su yegua.

Aiden y Alastair, una vez fuera del local, al ver a Hilda, fueron corriendo tras ella. Una vez la alcanzaron, Aiden preguntó mirándola:

—¿Por dónde han ido?

La mujer, azorada y ahogada, se detuvo y, tomando aire, murmuró:

—Por allí, señor..., por allí.

Sin tiempo que perder, los dos escoceses corrieron hacia el callejón que se abría a la derecha y, una vez se internaron en él, Alastair exclamó señalando hacia delante:

—¡Allí!

Al fondo del callejón estaba Brenda. Se defendía de un tipo como podía mientras éste le hablaba a escasos centímetros de su cara y lo golpeaba con un palo mientras le gritaba. El desconocido y ella cayeron al suelo, momento en que Brenda chilló. El golpe recibido en el brazo le dolió muchísimo, pero no cesó en su empeño de defenderse. Se había criado con cuatro hermanos y sabía hacerlo muy bien.

Por suerte para ella, Alastair llegó a su lado y, cogiendo al tipo, lo lanzó contra la pared en el mismo instante en que Brenda soltaba un golpe con el palo que le dio en todos los riñones al escocés, haciéndolo gritar de dolor.

Consternada y acalorada, al ver a quién había golpeado, la rubia dejó caer el palo al suelo y musitó:

—Ay, Dios..., ¡lo siento, Alastair!

El aludido, aunque contento porque recordara su nombre, se levantó con la mano en los riñones. El porrazo lo había dejado totalmente noqueado, y gruñó al ver al otro tipo inconsciente en el suelo:

—¿Acaso no miras antes de golpear?

Nerviosa y atacada de los nervios, Brenda se retiró el pelo de la cara y replicó cogiendo las riendas de su caballo:

—Pero... pero ¿tú crees... que yo tenía tiempo de mirar?

Aiden, al comprobar que su amigo estaba bien, miró alrededor y preguntó:

—¿Dónde está la pelirroja?

Al acordarse de ella, Brenda se inquietó, y musitó:

—Corrió hacia allí dispuesta a matar.

Un ruido a sus espaldas atrajo la atención de todos y, al ver a la yegua gris salir despavorida por la enorme puerta de un granero, Aiden pidió dirigiéndose a Alastair:

—Agarradla.

Y, dicho eso, corrió hacia el granero.

\*\*\*

Demelza, acalorada pero sin miedo, peleaba con un desconocido. Patadas, golpes, bofetones..., todo valía en un momento así, cuando éste, de pronto, la inmovilizó contra la pared y le puso la daga al cuello.

—Te reconocí y te seguí... —le dijo.

Sin entender a qué se refería, ella siseó con todo su cuerpo en tensión:

—¿De qué hablas?

Entonces, el hombre musitó sonriendo:

—Laug Iversent...

Horrorizada, ella parpadeó con desconcierto. Sólo había una persona que la llamara de ese modo.

—Tu marido ofrece una buena recompensa por ti. Y yo te encontré.

Sin dar crédito, la rabia de Demelza creció y creció. Viggo, ese desgraciado sin escrúpulos, quería recuperarla para matarla, y jadeó. Su padre. Su hermana. Sus hermanos. *Wulf*. Su familia.

Furiosa y enloquecida por lo que todo aquello representaba para ella, sin ningún miedo, como su padre le había enseñado, le arrebató de pronto la daga de las manos al hombre y, sin pensarlo, le dio un cabezazo que la dejó tambaleante.

Un hilillo de sangre corrió rápidamente por su rostro. Pero no había dolor, sólo venganza. El tipo, desorientado por el golpazo, la soltó y ella se zafó de él y murmuró:

—Tendrás que matarme si pretendes llevarme ante él.

—Lo haré —afirmó el hombre, atacando de nuevo—. Aun muerta, tu cabeza tiene un sustancioso precio.

Al entrar en la oscuridad del granero, Aiden sólo oyó cuchicheos, golpes y quejidos. Estaba claro que aquéllos estaban allí. Los oía luchar, respirar acelerados, y, tirando de sus sentidos, se centró. Tenía que localizarlos.

De pronto, notó cómo algo caía del techo y, al levantar la mirada, vio que era grano. Eso sólo podía significar que estaban arriba.

Buscó la manera de subir, cuando de pronto, a varios metros de él, observó cómo un tipo caía del piso superior al suelo y, segundos después, sorprendido, vio a la pelirroja saltar sin ningún miedo sobre el hombre.

Con determinación, y de una manera extraña, la joven luchó con



precisión, utilizando las manos y los pies. Era rápida, mucho. Y, cuando tiró al tipo al suelo, acercó su rostro al suyo y susurró algo que Aiden no entendió.

¿Qué le había dicho?

Se apresuró hasta ellos y, al ver que el tipo anclaba un pie en el suelo, supo lo que iba a hacer. Antes de llegar vio cómo aquél levantaba la pierna con fuerza e, instantes después, la joven salió volando por los aires. El golpe al estrellarse contra el suelo fue brutal, y, cuando Aiden se disponía a ir a por el indeseable, éste salió corriendo al verlo.

Aiden lo miró y después decidió ir en ayuda de la pelirroja. Debía de estar muy dolorida.

Demelza estaba tumbada en el suelo con los ojos cerrados, respirando con dificultad. En su mano portaba aún la daga, y, cuando el highlander se agachó para auxiliarla, furiosa por el combate, enredó sus piernas alrededor de él, y, haciéndole una llave que su hermano Daven le había enseñado, lo doblegó bajo su cuerpo de tal manera que a Aiden le resultaba muy difícil soltarse.

Pero ¿qué técnica utilizaba aquélla?

Demelza abrió los ojos y él vio guerra, dolor, miedo e incertidumbre reflejados en ellos. Conocía esa mirada, y, cuando se disponía a golpearla con fuerza para que no le clavara la daga que sujetaba contra su frente, alguien gritó:

—¡Dem! ¡No!

La muchacha paró su embestida y, al levantar la mirada, se encontró con Hilda.

La mujer, aterrorizada, corrió hacia ellos.

—Hija... Pero ¿te has vuelto loca?

La mirada azul oscuro de la joven se fue aclarando paulatinamente para sorpresa de Aiden, momento en el que éste, quitándosela de encima de malos modos, siseó furioso:

—¿Acaso ayudarte significa morir?

Bloqueada por lo ocurrido, ella lo miró y, al ver que no era el hombre que segundos antes la había atacado, sino el que en cierto modo la había liberado y ayudado, murmuró parpadeando:

—Lo... lo siento.

—¿Lo sientes?! —voceó Aiden—. ¡Maldita sea! ¡Estás loca!

Ella permaneció inmóvil. Se la veía tremendamente desconcertada.

El highlander, ya más tranquilo, al ver sangre en la frente de Demelza, se le acercó, pero ella retrocedió en el acto. Él se percató de que repetía ese gesto continuamente, pero, sin preguntarle el motivo, le limpió con el dedo la sangre y, tras ver que era una herida superficial, a pesar del chichón que comenzaba a salir, le soltó:

—¿Acaso atraes los problemas?

Ella no contestó, y él insistió:

—Me he encontrado contigo tres veces y las tres estabas metida en problemas. ¿Se puede saber qué clase de vida llevas?

La joven tampoco respondió esta vez, no podía, y él insistió:

—¿Se puede saber qué te ha ocurrido para que luches y ataques con esa fiereza de matar?

Consciente de que, llevada por la rabia y la venganza, había estado a punto de hacer algo terrible, guardándose la daga que tenía en la mano en la bota, ella musitó tras tocarse el cuello para ver si su talismán seguía allí:

—No es algo que te interese.

Su insolencia era algo desconcertante. Y, cuando Aiden fue a protestar, entraron en el granero Alastair y Brenda, que, corriendo hacia la muchacha, preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí.

—Oh, Dios, ¡estás sangrando!

—No pasa nada —murmuró ella limpiándose la sangre de un manotazo mientras su respiración seguía agitada.

Hilda, aún con el corazón en un puño, se acercó también a la muchacha.

Y, consciente de que aquella mirada suya sólo la había visto el día de la masacre de su familia, murmuró:

—Tranquila, mi niña. Tranquila.

Demelza asintió. Pero la tranquilidad iba a ser relativa. Ahora que sabía que Viggo la buscaba por Escocia y que sería informado de por dónde

andaba, la cosa se complicaba. Tenía que llegar a él antes de que él llegara a ella.

Brenda, que continuaba consternada por lo ocurrido, murmuró mirando a la pelirroja:

—No sé realmente qué ha pasado ni quiénes eran esos hombres. Sólo sé que uno de ellos me empujó y que luego me quitaron los caballos y me exigieron que... que...

—¡Cállate!

—¿Por qué? —gruñó Brenda.

Demelza negó con la cabeza. Saber que Viggo la buscaba no era nada bueno, y, sin querer que nadie supiera más del tema, insistió:

—Por favor.

Aiden suspiró con gesto ceñudo al ver el modo en que aquellas dos se miraban. Sin lugar a dudas, que las mujeres viajaran solas llevando los caballos que tenían era un problema.

Pero ¿por qué la pelirroja había hecho callar a la otra?

Eso llamó su atención, y, dirigiéndose a Alastair, preguntó:

—¿Qué te ha dicho el tipo de fuera?

Alastair negó con la cabeza e indicó:

—Está muerto.

Demelza miró a la rubia, que se apresuró a aclarar:

—¡Ah, no! No..., no..., no... Yo no he sido. Ha sido él.

En ese instante, al recordar a su yegua, la pelirroja se dispuso a salir del granero, pero Aiden la detuvo.

—¿Se puede saber adónde vas?

Descolocada, ella se soltó. Lo último que necesitaba era tener cerca a aquel entrometido escocés, cuando Brenda indicó:

—Los caballos están a salvo. Tranquila.

Demelza cabeceó algo más serena, y a continuación Aiden dijo:

—No sé quiénes sois ni qué hacéis, pero sí sé que...

—Señor —lo cortó ella con todo el respeto que pudo—, os agradezco vuestra ayuda y os pido disculpas por lo ocurrido. —Aiden no respondió, y ella, al ver su gesto, prosiguió—: Pero ahora, si no os importa, nos tenemos

que marchar.

Y, dicho esto, Demelza salió del granero, acompañada por una preocupada Hilda.

Alastair, al ver cómo la muchacha de pelo rubio se daba media vuelta, la cogió del brazo y le preguntó:

—¿Cuál era tu nombre?

Complacida por su pregunta, pero alterada por todo lo que le estaba ocurriendo, ella replicó mirándolo:

—Para ti, *Cállate*.

Eso hizo sonreír al highlander, que, moviendo la cabeza, murmuró:

—Llevad cuidado.

La joven sonrió y se despidió con un gracioso pestañeo.

—Adiós, Alastair.

Él asintió, y Aiden, clavando su oscura mirada en su amigo, murmuró sin entender realmente lo que había pasado.

—Esas mujeres son unas mentirosas.

—No exageres, amigo —sonrió aquél.

Al oírlo, Aiden sonrió y aseguró:

—Y me atrevería a añadir que son también una gran fuente de problemas. Recuérdalo.

## CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, tras una noche de frío intenso que casi heló a las mujeres, y durante la cual Brenda no dejó de quejarse por el poco abrigo que tenían, las tres continuaron su camino.

El hecho de tener dos caballos les facilitaba la tarea y, aunque en el trayecto se cruzaron con otros idiotas que intentaron arrebatárselos, para su suerte, no lo consiguieron.

Demelza, experta en ciertas lides, y ayudada por Brenda, que resultó ser ingeniosa, una vez doblegaron a aquéllos, que quedaron inconscientes en el suelo, sin dudarlo se hicieron con sus dagas, un caballo, sus ropas, sus arcos y sus espadas. Y también con un mapa. ¡Lo necesitaban para sobrevivir!

Una vez se alejaron de aquellos maleantes a toda prisa, no pararon de cabalgar durante un buen rato y, cuando finalmente lo hicieron, Brenda murmuró horrorizada:

—¡Esos hombres morirán congelados!

Hilda y Demelza se miraron, y entonces la segunda, bajándose de su yegua, sentenció:

—Quien la hace la paga.

—Pero... pero... ¿no te dan penita? —insistió la joven.

La pelirroja sonrió y respondió recalcando la última palabra:

—Ninguna *penita*.

—Pero ellos...

—Eran ellos o nosotras —la cortó—. No hay más que hablar.

Hilda se bajó del caballo que les habían robado a aquellos hombres y murmuró al ver un lago:

—Voy a bañarme de nuevo. No soporto mi hedor.

Las chicas asintieron, Hilda tenía razón. Y no era sólo su olor, sino que su apariencia seguía siendo desastrosa, y, sin dudarle, comenzaron a desnudarse.

Por suerte, el sol de la mañana calentaba lo suficiente como para asearse y secarse después.

Tiritando de frío pero satisfechas, las tres se bañaron. Demelza se frotó la piel dolorida. Necesitaba deshacerse del olor a sangre seca, a caballo, a suciedad, a podrido..., y, con brío, se frotó y lavó su corto cabello. No le importó que le dolieran las marcas de los tobillos y las muñecas. Necesitaba sentirse limpia y segura. Eso la haría coger fuerzas.

Cuando, minutos después, Hilda salió corriendo del lago para secarse con una de las mantas, Brenda cuchicheó haciendo un puchero:

—Mis manos... están ásperas, ajadas..., mis uñas negras, y mi cabello indomable.

Demelza sonrió, a ella esas cosas no le importaban. Entonces, la rubia, quitándose un pequeño anillo doble que llevaba en la mano, le pidió:

—Toma. Sujétalo.

Ella lo cogió, mientras Brenda se frotaba las manos con el agua. Con curiosidad, observó aquella joya que se separaba en dos. Eran dos finos anillos con dos piedrecitas en color verde, el mismo color que el de los ojos de la rubia.

—Son muy bonitos —comentó.

Brenda, al ver a lo que se refería, asintió y, omitiendo quién se lo había regalado, dijo:

—El colgante que llevas tú es muy bonito también.

Al recordárselo, Demelza se tocó el cuello con mimo. Allí estaba aquello que su hermana Ingrid le había regalado, lo que ella llevaba por las dos, y afirmó con cariño:

—Este colgante es muy especial para mí. Mi amuleto de la suerte.

—Es precioso —afirmó admirando el fino colgante rojo.

En silencio estuvieron durante unos instantes, hasta que la rubia,

cogiendo los anillos que aquélla le sostenía, indicó:

—Quédate con uno.

Demelza negó de inmediato con la cabeza. Aquella joya era fina y delicada, algo que ella no sabría lucir. Pero Brenda insistió:

—Por favor. Te debo tantas cosas que...

—No me debes nada —murmuró ella al oírla.

La joven, con los dos anillos en la mano, añadió:

—Te debo la vida, y eso nunca lo olvidaré.

—No exageres.

—No exagero. Si no llego a encontrarte en mi camino, ya estaría muerta y seguramente comida por los animales del bosque. ¡Ay, Dios..., qué horror!

Qué terrible manera de morir, aunque..., bueno, que te mate un hombre y te descuartice tampoco es una forma agradable...

Demelza sonrió. Le gustara reconocerlo o no, aquella muchacha en cierto modo llevaba razón.

—Insisto. Coge uno de los anillos y pónitelo —dijo Brenda—. Para mí será un honor que aceptes mi obsequio. Será nuestro anillo de la amistad.

—¿Anillo de la amistad? —se mofó Demelza.

La rubia afirmó con una sonrisa y, cogiendo las manos de aquélla, musitó:

—Las tienes destrozadas.

—Lo sé —asintió la pelirroja.

—Siempre he deseado tener una hermana —comentó a continuación Brenda—. Y, ahora que te conozco, no tengo duda de que me habría encantado que fuera como tú.

Esas palabras le llegaron al corazón a la joven vikinga, cuando aquélla, sin soltarle la mano, se la llevó a los labios, la besó y murmuró:

—Demelza..., aunque todo lo soluciones matando y yo no entienda por qué no dialogas antes de hacerlo con las personas, a partir de este instante eres mi hermana. Prometo, si tú me lo permites, enseñarte a ser dulce y sosegada, a la par que femenina y seductora.

La pelirroja parpadeó. ¿Para qué necesitaba ella aprender eso? Pero, al sentir que Brenda esperaba algo, se llevó la mano de aquélla a sus labios y,

besándola, afirmó:

—Brenda..., aunque me desespera que sólo te preocupes por tu cabello, seas torpe y llorona y no entienda cómo no sabes hacer absolutamente nada para protegerte, a partir de este instante eres mi hermana. Prometo enseñarte a ser guerrera y valiente.

Y, según dijo eso, la joven rubia gritó emocionada:

—Ay, Dios... ¡Muerdo de amor!

—¿Qué? —preguntó Demelza mirándola.

Brenda, emocionada y excitada por aquello, abrió mucho los ojos y cuchicheó abrazándola:

—Es una manera de decir que me encanta, que me gusta, que me complace mucho... mucho... mucho... ¡Oh, qué feliz soy!

Demelza meneó la cabeza. Sin duda, aquella muchacha era rara, pero sonrió. Brenda la hacía sonreír.

Una vez se soltaron, la rubia, feliz, volvió a tenderle el anillo, y ella cuchicheó mirándolo:

—Es demasiado delicado para mí.

Brenda movió el cuello con gracia.

—Tú eres delicada a la par que guerrera valiente, y ahora éste será nuestro talismán de hermanas. Nunca lo olvides.

Eso la hizo sonreír nuevamente. Nunca se había visto como una mujer delicada. Por sus vivencias, siempre había tenido que mostrar su fortaleza más que su femineidad. Pero, mirando con cariño el fino anillo que aquélla le tendía, lo cogió, lo colocó en su dedo y, sonriendo, afirmó consciente de que ahora llevaba dos joyas muy especiales para ella:

—De acuerdo. No lo olvidaré..., *hermana*.

Permanecieron en silencio unos segundos, mientras aquélla, con delicadeza, se lavaba el cabello, hasta que, al recordar algo, Demelza preguntó:

—¿Por qué te enfadó ayer que aquella tabernera te llamara fea?

Al oír eso, la muchacha respondió mirándola:

—Porque mentía. No lo soy.

Boquiabierto por su seguridad, Demelza rio. Brenda la hacía reír, y



murmuró:

—¿No crees que eso es tenerte en demasiada buena consideración?

La rubia pestañeó.

—Es que me tengo en buena consideración. ¿Tú no?

—No —musitó ella.

—¿Por qué?

Demelza, a quien mostrarse bella nunca le había preocupado, repuso encogiéndose de hombros:

—Porque no creo ser una mujer que atraiga miradas.

Brenda suspiró. Aquella joven que tenía frente a sí era bonita, agraciada, algo que ella parecía no querer saber, pero, olvidándose de eso, insistió:

—En mi caso, todo el mundo que me conoce dice siempre que estoy dotada de una linda hermosura a la par de un increíble cabello... ¿Por qué dudar?

Divertida, Demelza asintió.

—Pues tienes razón. Eres bella y tu pelo es hermoso. ¡Que nadie te diga lo contrario!

—Tú también lo eres.

La pelirroja sonrió. En su familia la bella siempre había sido Ingrid. Tan rubia, tan nórdica, tan bonita. Ingrid era perfecta. La chica más perfecta que ella nunca hubiera conocido. Se disponía a decir algo cuando Brenda indicó:

—Eres bonita, Demelza. Pero no deberías volver a cortarte el pelo así.

La joven asintió e, instintivamente, se tocó el cabello. En los dos meses que habían pasado desde aquel día había crecido y ahora le llegaba casi por los hombros. Al ver que aquélla iba a seguir preguntando, se le adelantó:

—¿De dónde eres, Brenda?

Sin esperarse esa pregunta, la joven se mojó la cara con cuidado, y Demelza insistió:

—¿Dónde está tu hogar?

La sonrisa de la joven se esfumó y, tras pensar con rapidez, indicó:

—En las Tierras Altas.

Demelza, al ver su gesto, supo que ocultaba algo, y añadió:

—Apenas te conozco ni sé nada de ti, a excepción de que te llamas

Brenda, montas un caballo soberbio, no sabes luchar, te asustas con facilidad y te enfadas cuando te dicen que no eres bella. Pero lo que sí sé es que tú no te has criado en una granja como yo, ¿verdad?

Brenda parpadeó y, estirándose, cuchicheó:

—¿Y qué te hace creer eso?

Demelza cogió su fina mano, la puso junto a la suya y musitó:

—Tu mano. Mi mano. ¿Ves la diferencia?

Con coquetería, Brenda las miró. La suya, en comparación de la de aquélla, estaba cuidada, y, entendiendo la diferencia que Demelza le señalaba, afirmó:

—Vale. Tienes razón.

La joven pelirroja asintió y a continuación preguntó:

—¿Tu apellido es...? —Esperó a que aquélla completara la frase, pero, al ver que no lo hacía, sin entender qué ocultaba, la animó—: Vamos..., cuéntame. ¿Qué escondes? Dime quién eres e intentaré ayudarte.

Brenda suspiró, y Demelza, que escondía sus propios secretos, insistió:

—Comienza contándome cómo caíste en manos de esos hombres.

Pensar en aquel momento no era fácil, y, tirando de inventiva, la rubia empezó a decir:

—Me... me... y, bueno..., entonces... yo..., pues...

—De acuerdo, Brenda, no me cuentes mentiras —replicó Demelza y, mirándola, exigió—: Pero si me dices de dónde eres, te podré llevar hasta allí.

La joven lo pensó. ¿Qué debía hacer?

Regresar a su hogar era lo último que deseaba, por muchos motivos, y, recordando algo que el highlander de los ojos bonitos había dicho la noche anterior, afirmó:

—Stirling. Soy de Stirling.

—¿Seguro?

La joven pestañeó y, con un gracioso gesto, asintió.

—Sí. Por supuesto.

Demelza sonrió, cuando aquélla contraatacó:

—Ahora me toca a mí preguntar.

—¿Por qué?

—Porque yo también quiero saber y soy tan curiosa como tú. Sólo sé de ti que te llamas Demelza, que viajas con tu madre, tienes una yegua maravillosa, luchas como el más cruel guerrero, no temes a nada y matar no te asusta.

Se miraron. Ambas sabían que escondían cosas, y Brenda preguntó:

—¿Quiénes eran los hombres que nos atacaron anoche?

Demelza se encogió de hombros, y la rubia gruñó:

—Cuando me empujaron, dijeron que venían a por una tal Laug, que se hacía llamar Demelza, para llevarla ante su marido. —La aludida compuso una expresión de desconcierto, y Brenda apostilló—: Mira... mira..., algo en mí me dice, a pesar de lo torpe que me consideras, que esa mujer eres tú.

Demelza no contestó, e, intentando que las afirmaciones de aquélla no le afectaran, con todo el disimulo y la tranquilidad que pudo, respondió:

—Mi nombre es Demelza y no tengo marido. No sé de qué hablas.

Brenda vio cómo desviaba la mirada y asintió.

—Mientes muy mal.

—Mira quién lo dice —se mofó ella.

Consciente de que ambas mentían, Brenda indicó levantando el mentón:

—Pues hasta que te sinceres conmigo yo no lo haré contigo. Por tanto, y molesta por tu falta de confianza hacia mí, no te volveré a hablar. ¡Enfadada estoy! Cerraré la boca y no diré nada más hasta que me cuentes la verdad. Y

que sepas que, por defenderte, mira qué moratón más terriblemente feo que tengo en el brazo. Uis..., lo que duele.

Demelza miró el cardenal que aquélla se tocaba. Estaba rojo carmesí. El golpe recibido debía de haber sido fuerte, y eso le dolió.

Durante un rato, ambas estuvieron en silencio en el agua. Demelza, dolorida por los golpes recibidos el día anterior, se lavó con mimo el cuerpo y el pelo, mientras Brenda profería ruiditos y hacía grandes esfuerzos por no hablar.

Eso le hizo gracia a la pelirroja. Jugar al juego del silencio con ella era sinónimo de perder, y, cuando Brenda no pudo más, preguntó:

—¿Quién te enseñó a luchar así?

Al oírla, Demelza la miró y musitó con mofa:

—¿No decías que no me ibas a hablar más?

Brenda sonrió y, meneando la cabeza, respondió:

—No puedo estar callada. Me angustio si no hablo y me comunico.

A Demelza le hizo gracia su franqueza. Sin saberlo, Brenda le recordaba en ciertos aspectos a Ingrid, y, viendo cómo la miraba a la espera de que contestara a su pregunta, explicó:

—Mi padre. Mi padre me enseñó a luchar.

—¿Tu padre?

Demelza asintió y, tocándose la herida que se había hecho el día anterior en la frente, preguntó:

—¿Se ve muy abultado?

Brenda lo miró horrorizada. Si ella tuviera eso, no sabría dónde meterse.

Y, gesticulando, respondió:

—Sólo un poquito.

La respuesta no concordaba con su gesto, pero, sin darle mayor importancia, Demelza prosiguió:

—Mi padre siempre pensó que todos sus hijos debían saber defenderse ante cualquier eventualidad. De ahí que sepa luchar así.

La rubia asintió y, necesitada de saber más, la presionó:

—¿Y dónde están ahora tu padre y tus hermanos?

Esa pregunta le dolió, responder dónde estaban ahora le resultaba terrible, cuando Brenda, consciente de cómo se había entristecido su expresión, insistió:

—¿De dónde eres realmente?

Al oír eso, Demelza la miró. Y, antes de que pudiera responder, la rubia apostilló:

—Y no me digas que de Aberdeen o de Portree, porque no te voy a creer.

No soy la mujer más lista del mundo, pero, querida Demelza, tampoco soy la más tonta, y tengo oídos, ojos e intuición.

—¿Intuición?

—Sí. Intuición —repitió aquella con picardía.

Con una triste sonrisa, la pelirroja asintió.

Brenda era menos inocente de lo que en un principio había creído, pero también sabía que, si decía la verdad, podía traerle problemas.

Dudó qué responder, hasta que finalmente dijo:

—Soy de Noruega. Concretamente, de un sitio llamado Ski, aunque de madre escocesa y...

—Lo sabía —la cortó Brenda con una gran sonrisa—. Lo intuía.

Sorprendida de que no se hubiera escandalizado por su procedencia, Demelza preguntó:

—¿Lo intuías?

—Sí.

—Pero... pero si hablo perfectamente tu idioma y...

—Mi abuela paterna, Adnerb, es vikinga.

—¡¿Qué?!

Brenda sonrió y, sincerándose como aquélla, musitó entre cuchicheos:

—Mi nombre real es Adnerb. Me llamo como mi abuela. Aunque mi madre me llame Brenda cuando salimos de la fortaleza, que, si te fijas, es el mismo nombre al revés.

—¿Te llamas Adnerb?

—Sí.

—Mi cuñada, la mujer de mi hermano, se llamaba así.

La joven asintió, pero se apresuró a añadir:

—Aunque te rogaría encarecidamente que me siguieras llamando Brenda.

—¿Por qué?

—El nombre de Adnerb no es muy común en Escocia y, si lo evitamos, impediremos también preguntas innecesarias.

Demelza asintió entendiéndola perfectamente, cuando aquélla soltó un sollozo.

—Pero ¿por qué lloras?

La joven, apartando una lágrima que rápidamente rodó por su rostro, contestó:

—Llevo toda la vida ocultando mi verdadero nombre. Ojalá algún día pueda gritarlo a los cuatro vientos sin que eso me provoque problemas.

Demelza vio cómo las emociones se apoderaban de la joven, algo que ella

no solía permitirse. Entonces, aquélla, tomando fuerzas, continuó como si no hubiera llorado:

—Cuando te oí hablar por primera vez, algo me recordó a ella. Pero eras sólo tú, no Hilda. Es esa manera tuya de arrastrar, de alargar o acortar ciertas palabras. Lo haces como lo hacía mi abuela.

—¿«Hacía»?

Brenda asintió y, con los ojos llenos de lágrimas que rápidamente se desbordaron, respondió:

—Murió hace tres años. Pero te aseguro que su cariño y su amor, como ella decía, continúan aquí —dijo tocándose el corazón.

Según hizo ese movimiento, Demelza cerró los ojos. Aquello de tocarse el corazón era muy de su gente, de su pueblo, de su padre y, emocionada, se tocó a su vez el suyo y afirmó:

—Los seres queridos siguen aquí eternamente.

Las dos jóvenes sonrieron emocionadas. Saber que tenían algo en común en cierto modo les gustó, cuando Hilda, ajena a su conversación, gritó desde la orilla:

—¡Niñas! Haced el favor de salir y secaros. ¡Vais a coger una pulmonía!

Sin dilación, las dos muchachas obedecieron y, una vez estuvieron vestidas con las ropas robadas de quienes habían intentado desplumarlas, Demelza murmuró ciñéndose unos pantalones:

—Al menos ya no voy cubierta de sangre seca y tengo las piernas calientes.

Brenda sonrió y, ajustándose los suyos, afirmó:

—Si me viera mi madre así, vestida de guerrero, se moriría del disgusto.

—¿En serio?

—Muy... muy en serio —aseguró ella.

Demelza sonrió, y Brenda, al ver aquella afable sonrisa, declaró evitando hablar de su chichón:

—Eres bonita. Muy bonita.

Sin creérselo, Demelza miró a la joven con cariño.

—¡Y tú eres preciosa! Y tienes un cabello tan espectacular...

Brenda sonrió con coquetería. Adoraba que la piropearan, y, tocándose su

rizado y algo descontrolado cabello, que le llegaba por el trasero, afirmó:

—Cuando lo llevo arreglado y sujeto con cintas de colores, se ve espléndido.

—Así también.

—¿Así?

Demelza asintió y, pensando en lo que su padre o alguno de sus hermanos habría dicho, indicó:

—Así se ve tu belleza salvaje y natural.

La rubia, no muy convencida de ello, se encogió de hombros y, mirando el desastroso cabello de aquélla, repuso:

—Antes te lo iba a preguntar, ¿por qué llevas el tuyo tan mal cortado? Por Dios, Demelza, has de hacértelo arreglar.

La aludida, sin querer pensar en ello, respondió:

—Yo no me lo corté así.

—¿Y quién fue el desatinado que lo hizo?

Hilda y Demelza se miraron, y esta última, resoplando, indicó:

—Alguien que lo pagó con su vida.

Oír eso no sorprendió a Brenda, pero, con gesto de susto, bajando la voz cuchicheó tocándose el cuello alarmada:

—¿Lo mataste?

—Sí.

—¿Porque te cortó mal el cabello? —preguntó en un hilo de voz.

Ver su expresión y el modo en que la miraba hizo sonreír a Demelza. Sin duda, aquella muchacha pensaba que era una auténtica salvaje. Y, sin responder a su pregunta, preguntó:

—¿Prefieres espada, hacha o arco?

Brenda, desconcertada, permaneció inmóvil, y la pelirroja aclaró:

—De acuerdo, lo maté. Pero no sólo fue por lo del cabello. Y ahora responde: ¿espada, hacha o arco?

—Arco y espada —respondió Brenda guardándose una daga en la cintura.

En silencio, Demelza cogió lo que le entregaba y, viendo que seguía mirándola, protestó:

—No soy una asesina, Brenda. No me mires así.

La joven seguía paralizada.

A pesar de las cosas que su abuela le había contado del valor de las vikingas, en su mundo, ninguna mujer había tenido que defenderse hasta el punto de matar y, curiosa, preguntó:

—¿Qué se siente?

—¿A qué te refieres?

Brenda parpadeó e insistió:

—¿Qué se siente cuando matas a alguien?

Hilda meneó la cabeza. Aquella muchacha era demasiado curiosa.

—Rabia. Dolor. Ira —contestó Demelza después de pensarlo—. No es algo agradable. Pero cuando tu vida o la de tus seres queridos están en peligro, sólo hay un camino. Él o tú. Y yo decidí que sería yo quien viviría.

Brenda asintió y, a pesar de que le parecía una locura, lo entendió.

Lo que contaba aquella muchacha era terrible. Matar era cosa de hombres, pero, cuando se disponía a seguir indagando, Demelza preguntó señalando el arco:

—¿Sabes utilizarlo?

Ella asintió y, colgándoselo a la espalda, respondió:

—Aprendí con mis hermanos y, aunque les molesta reconocerlo, soy muchísimo mejor que ellos. En cuanto a la espada, me manejo con ella sin que mi madre lo sepa, o moriría del disgusto, y reconozco que mi hermano Gordon es mejor que yo.

—¿Tu madre moriría del disgusto si supiera que manejas la espada?

—¡Oh, sí! Se desmayaría..., lloraría... y posteriormente le saldría un tremendo a la par que feo sarpullido por el cuerpo.

—¿En serio?

Brenda asintió, su madre era excesiva en todo.

—Por suerte —continuó—, mi hermano Gordon, a escondidas de todos, y animado por mi abuela, me enseñó a manejar la espada. Padre lo intentó, pero madre no se lo permitió. Soy su única hija, la dulce y femenina de la familia, y, según ella, el arte de la guerra es para hombres. Es más, madre siempre dijo que nunca empuñaría una espada, porque primero por mí lo haría mi padre, luego mis hermanos y posteriormente mi marido.



Demelza suspiró. Su pueblo pensaba diferente. Y, repartiendo las espadas, se colgó una detrás. Luego empuñó un hacha, y, después de moverla con maestría en sus manos, Brenda murmuró boquiabierta:

—Has de enseñarme a moverla así.

Las jóvenes sonrieron, cuando Hilda, que las observaba, afirmó:

—No creo que eso le guste a tu madre.

—Te lo puedo asegurar, Hilda, ¡la horrorizará! Y el sarpullido le durará un año.

Y, antes de que Demelza la parara, la joven cogió el hacha y la lanzó al aire como ella había hecho momentos antes, con la diferencia de que Brenda no se movió, y, si no llega a ser porque la pelirroja la empujó, ésta habría caído sobre su cabeza.

Una vez el hacha cayó al suelo, Demelza miró a la joven rubia y gruñó con gesto ofuscado:

—Pero ¿tú estás loca?

La joven, al ver el hacha clavada en la tierra a escasos centímetros de su pie, declaró:

—Sin duda, a madre no le va a gustar nada.

Poco después, Demelza y ella se fueron a cazar, y Brenda le demostró lo hábil que era cazando con el arco al alcanzar a un conejo sin error. Aquello sorprendió a la pelirroja. Cuando dejaba su remilgo y su femineidad a un lado, aquella muchacha era hábil. Ver cómo se movía para cazar el conejo fue suficiente como para saber que en su interior había una guerrera, una *skjaldmö*, como habría dicho su padre.

Una vez de vuelta en el campamento, Hilda cocinó el conejo y las tres comieron con avidez.

Durante la comida, charlaron, y, al enterarse de que aquéllas habían pasado dos meses de cautiverio, Brenda murmuró lloriqueando: —Y yo aquí..., quejándome y...

—Llorando, porque mira que lloras... —la cortó Demelza.

Brenda asintió. Era la única chica entre cuatro hermanos varones y había aprendido que llorando y quejándose conseguía antes las cosas, por lo que nunca lo había evitado. Al revés, lo potenciaba.

—¿Acaso tú no lloras? —preguntó.

Demelza, al oírla, lo pensó un momento.

—No —contestó al cabo.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Por qué?

—Porque nada de lo que ocurra en mi vida me podrá arrancar una lágrima más. Vivo el presente, el futuro ya se verá.

Aquella dureza apenó a Brenda, y más al ver cómo la madre de aquélla acariciaba su rostro con mimo.

¿Qué terrible historia podía guardar Demelza en su corazón?

Y, mirando a Hilda, preguntó:

—¿Dónde están tu marido y tus hijos?

Sorprendida por aquello, la mujer parpadeó.

—Nunca he tenido marido.

Ahora la sorprendida fue Brenda, que, mirando a Demelza, se quejó:

—¡Mentirosa!

—¿Yo?

—¡Me mentiste en algo tan importante!

—No...

—Hablaste de tu padre y de tus hermanos, y...

—Hilda me crio —la cortó con convencimiento—, aunque no me parió.

Pero ella es mi madre. Mi única madre. Y, en cuanto a mi padre y a mis hermanos, es doloroso recordar y, si no te importa, prefiero no hablar del tema.

—Pero creo que...

—No, Brenda...

—Y...

—¡No! —sentenció Demelza.

El silencio se instaló entre ellas y durante un buen rato ninguna dijo nada, hasta que finalmente la pelirroja indicó:

—Deberíamos recoger las cosas y partir hacia Stirling.

—¿Stirling?! —inquirió Brenda.

Al oírla, Demelza bramó:

—¿No dijiste que era allí donde vivías?!

La rubia se apresuró a asentir, pero, incapaz de no preguntar lo que le rondaba por la cabeza, insistió:

—¿Tampoco llorarías por el amor de un hombre?

Al oír eso, Hilda puso los ojos en blanco. Mal tema. Y Demelza, retirándose el pelo del rostro, respondió torciendo el gesto:

—Por el amor de un hombre... menos aún.

Aquella seguridad inquietó a Brenda, que, sin dejarse amilanar, declaró:

—Eso nunca se sabe, Demelza.

—Yo lo sé.

Las jóvenes se miraron con intensidad cuando la pelirroja, consciente de que aquélla pensaba en lo que le había comentado con respecto a su supuesto marido, aclaró:

—Ni quiero, ni deseo, ni necesito un hombre en mi vida —y, mirando al cielo, pidió cambiando su tono—: Y ahora, partamos de una vez. Creo que va a llover.

Brenda, al ver el gesto de prudencia de Hilda, decidió callar y, levantando la vista al cielo, negó con cierto retintín.

—Qué va..., esta noche no llueve.

Un rato después, abrigadas por la oscuridad de la noche y guiadas por las estrellas, continuaron su camino.

## CAPÍTULO 10

En una tabernucha de Stirling, Aiden se refrescaba la garganta junto a Alastair y varios de sus hombres, mientras en el exterior caía una lluvia intensa.

Estaba contento. Los ejemplares adquiridos en esa ocasión eran una maravilla y con seguridad a su socio, Zac Phillips, le iban a gustar. Estaba pensando en ello cuando oyó a un hombre hablar sobre una lucha con unos vikingos. Aquellos bárbaros que aparecían de vez en cuando por sus costas eran una gran fuente de problemas. Y Alastair, que los estaba escuchando, murmuró:

—Malditos vikingos...

Aiden asintió con convicción. Conocía la historia de su amigo con aquéllos, y, cuando iba a decir algo, Alastair añadió:

—No hay vikingo bueno.

—No. No lo hay —afirmó él, recordando algunas escaramuzas que había tenido con aquéllos.

—Señor.

Al volverse, vio a Moses, que, agarrado a una buena moza, le preguntó:

—¿Me necesita para algo más esta noche?

Aiden sonrió, sus hombres se merecían pasarlo bien, así que respondió, consciente de que él y Alastair tomarían el relevo de los dos que estaban con los caballos una vez terminaran sus bebidas:

—Disfruta de la velada, Moses. Pero al amanecer te quiero en el

campamento para partir, ¿entendido?

Aquél asintió y, tras decirle algo al oído a la mujer, ambos se marcharon escaleras arriba. Segundos después lo siguieron algunos guerreros más. Sin duda, tenían prisas y planes.

Alastair, que estaba sentado junto a Aiden a una de las mesas, y a quien las mujeres, por suerte, le sobraban, dio un trago a su cerveza y dijo:

—Creo que deberíamos ir a relevar a Gareth y a Gavin, ¿no te parece?

Aiden asintió. Sin duda, los dos hombres que estaban con los caballos esperaban pasarlo tan bien como los demás. Por ello, y entre risas, tras despedirse con un gesto de Ivo y Conrad, que continuaban bebiendo cerveza, salieron de la taberna.

—¡Qué mala noche!

—Sí —afirmó Aiden al empararse en décimas de segundo.

Sin prisa, pero sin pausa, los dos fieros highlanders caminaron por las callejuelas de piedra de Stirling hasta las afueras, donde estaban sus hombres y los caballos.

Gareth y Gavin sonrieron al verlos, y Aiden indicó:

—Vamos, id. Al amanecer os quiero aquí con todos.

Sin tiempo que perder, aquéllos se fueron corriendo, a pesar de que tronaba y llovía a mares. Querían pasarlo bien.

Alastair y Aiden sonrieron al verlos, y luego el primero dijo:

—Iré a hacer un recuento de los caballos, creo que...

—Llueve mucho. Déjalo —lo cortó Aiden confiado—. No creo que nadie en una noche así ande deseoso de problemas.

—También tienes razón —afirmó Alastair, deseoso de estar bajo cubierto.

Confiados y tranquilos, se dirigieron hacia una de las tiendas de tela que sus hombres habían montado para resguardarse de la lluvia. No era muy grande, pero estar bajo cubierto les permitiría descansar.

Una vez allí, Alastair se quitó la chaqueta que llevaba y, dejando la espada en el suelo, murmuró:

—Espero que las mujeres que dejamos en el camino estén bien.

Al oír eso, Aiden lo miró y, tras dejar su espada junto a la de su amigo, musitó tocándose el raspón que se había hecho la noche anterior en la mano:

—Si no te conociera, pensaría que estás preocupado por ellas...

Alastair sonrió y cuchicheó encogiéndose de hombros:

—Me preocupa su seguridad, del mismo modo que sé que en el fondo te preocupa también a ti. Además, no dejo de darle vueltas a algo que dijo una de ellas.

Sentándose en el suelo para tumbarse a descansar, Aiden repuso:

—Sea lo que sea, olvídalo. Seguro que mintió para llamar tu atención.

—Pues lo consiguió —afirmó su amigo bajando la voz mientras echaba su manta en el suelo para tumbarse.

Aiden meneó la cabeza y los ojos azules de la pelirroja se clavaron en su mente.

—Fue increíble ver a esa mujer con *Haar* —comentó.

—Lo increíble es que no le mordiera.

El highlander asintió divertido. Nunca había visto a su caballo tan entregado, confiado y tranquilo.

¿Por qué?

Pensando en ello, cerró los ojos. Debía descansar, aunque los azules y fieros ojos de aquella mujer no querían abandonarlo.

Los dos hombres permanecieron un rato en silencio, hasta que el sueño los venció. Pero, de pronto, el techo de la tienda se les vino encima. Con rapidez, intentaron levantarse, pero les resultó imposible. Estaban enredados en la tela de la tienda y no había manera de escapar.

—¡Maldita sea! —voceó Aiden furioso por su imprudencia, mientras Alastair voceaba también.

De inmediato oyeron las risas de unos hombres, y la voz de uno que decía:

—Espero que sacarais provecho de las mujeres que os regalamos, como nosotros vamos a sacar provecho de los caballos que os vamos a robar.

—¡Soltadnos inmediatamente! —bramó Alastair.

Los hombres volvieron a carcajearse, cuando Aiden voceó: —¡Os voy a matar como toquéis mis caballos!

—Lo dudo.

—No lo dudes —replicó Aiden, agobiado por la tela que lo enrollaba—.

Cuando salga de aquí, te voy a retorcer el pescuezo.

Las risas del exterior se acrecentaron. Lo tenían muy complicado para salir, por no decir imposible.

—Vuestros hombres estarán entretenidos durante horas en la taberna —dijo otro de aquéllos—, y cuando regresen habréis muerto asfixiados o ahogados por la lluvia. Sólo es cuestión de tiempo.

Sin apenas poder moverse ni verse, los highlanders maldijeron. La noche, la oscuridad y la lluvia habían hecho que se confiaran en exceso y ahora tenían un grave problema.

## CAPÍTULO 11

La lluvia fría congelaba sus huesos.

Demelza tiritaba como tiritaban las otras dos, mientras pensaba si habrían seguido bien el camino hacia Stirling, cuando, sonriendo, preguntó:

—¿Y decías que no iba a llover?

—Decía... —afirmó Brenda empapada.

Poco después, en un determinado punto del camino, vieron unas luces y un cartel en el que ponía Stirling. Eso hizo sonreír a Demelza. Una vez en el hogar de Brenda, se resguardarían de la lluvia, podrían llenar sus tripas y, después, ella y Hilda continuarían su camino.

Sin tiempo que perder, la joven pelirroja se volvió y preguntó:

—¿Por dónde hay que tirar para ir a tu casa?

La muchacha, resguardada por la manta, miró a su alrededor. Ella no era de Stirling. Y, tras unos segundos de incertidumbre, murmuró:

—Pues... no... sé...

—Pero ¿cómo no vas a saberlo? —musitó Hilda.

Brenda sonrió con apuro. Se retiró el agua que le corría por la cara e indicó:

—Está todo tan oscuro que..., bueno...

Aquella duda en sus palabras y en su mirada hizo que Demelza maldijera y, sin ningún filtro, gritara:

—Maldita sea. ¡Nos has mentido! ¡No vives en Stirling, ¿verdad?!

Brenda no contestó, y Demelza gruñó enfadada:



—Mira, no tengo tiempo para juegucitos tontos de niñas tontas. Tengo prisa por regresar a mi casa y...

—¿A Noruega? —preguntó Brenda.

Hilda, al oír eso, miró a su niña y, sorprendida, preguntó en noruego para que aquélla no la entendiera:

—¿Qué le has contado? ¿Te has vuelto loca?

Demelza resopló.

—Hilda, no me mires así y, tranquila, no pasa nada. Y en cuanto a ti —se quejó mirando a Brenda—, te quedarás aquí. No pienso seguir cargando contigo.

—Ay, no...

—Ay, sí... —la imitó la pelirroja.

—No..., no me puedes hacer eso —gimoteó Brenda asustada.

—Pues lo voy a hacer.

—Pero... pero si te he regalado el anillo de la amistad...

—Te lo devuelvo —gruñó aquélla.

—¡No!

—¡Sí!

—No puedes..., eres mi hermana.

—Yo no soy tu hermana.

—¡Lo eres! —insistió aquélla bajándose del caballo, con tal celeridad que cayó de culo hacia atrás. Su inutilidad cada vez era más patente, y se sintió tonta. Tremendamente tonta.

Mojada, empapada, y ahora sucia de barro, Brenda comenzó a llorar a moco tendido, mientras gritaba:

—¡¿Qué voy a hacer?!

Demelza resopló al verla y murmuró sacudiendo la cabeza:

—Venga..., ¡a llorar!

—¡Moriré... sola..., descuartizada!

—Y lo peor de todo, ¡despeinada! —se mofó ella mirándola.

Oír eso redobló los lloros de Brenda. No sólo se sentía tonta. El comentario de Demelza le hacía ver que ella también la veía así.

Hilda maldijo. Nadie debía saber la procedencia de su niña. Pero, al ver

las lágrimas de la joven, que en el suelo lloraba, se acercó con el caballo a Demelza y murmuró en noruego para que la otra no la entendiera:

—Hija, esa desastrosa muchacha no puede quedarse sola.

—Lo sé... —afirmó ella en el mismo idioma—. Es que... es que... ¡la mataría ahora mismo!

—¡Demelza!

—Por su culpa estamos aquí, cuando tengo tantas cosas que hacer. Pero no..., aquí estamos, perdiendo el tiempo con una niña caprichosa y malcriada que... que...

—Bueno, hija, cálmate —la cortó Hilda.

Demelza asintió, era lo mejor, y, enfadada, gruñó:

—¿Y qué hacemos con ella? No se deja ayudar y...

—Tú tampoco te dejas ayudar —la cortó.

Las palabras de Hilda y su mirada la hicieron resoplar. Ella no necesitaba ayuda, y, suspirando, miró a Brenda, que seguía llorando. Sintió la dureza con que la había tratado, cuando ella era siempre tan cariñosa con ella, e indicó hablando en gaélico:

—Deja de llorar.

—No puedo... No puedo...

—Puedes. Inténtalo —afirmó ella.

Brenda paró.

Tragó el nudo de emociones que tenía en la garganta, pero segundos después sollozó:

—Soy... soy una torpe.

—Pues sí.

—Soy una calamidad.

—Sí, otra vez.

—No... no soy como tú.

—No. No lo eres —asintió Demelza.

—Y... y, si me dejas sola y desamparada en los... los caminos, voy a morir. ¡Voy a morir sola y sin nadie que sujete mi mano en mi último momento!

Demelza suspiró. El dramatismo de aquélla era tremendo, y, bajándose

del caballo para estar junto a la rubia, cuchicheó mirándola:

—Olvidas algo.

—¿Qué olvido?

Hilda, que conocía muy bien a su niña y aquel tono de voz, sonrió, cuando Demelza añadió:

—Olvidas que hice un juramento de hermana, y a una hermana nunca se la abandona. Y menos cuando prometí enseñarte a manejar el hacha y a ser valiente.

Oír eso hizo que la barbilla de Brenda temblara con más intensidad.

—Pero si vas a llorar más —se apresuró a decir la pelirroja—, te juro que...

—Ay..., Demelza... —la cortó—. ¡Muero de amor por ti!

Y la joven rubia se levantó del suelo de un salto y la abrazó. Aquel abrazo tan lleno de necesidad, cobijo y amor le llegó al corazón a Demelza, que, una vez se separaron, dijo mirándola a los ojos:

—Deja de morir de amor y sé realista, ¿vale? —La joven rubia asintió y ella añadió—: Vendrás con nosotras, me contarás de lo que huyes y me dirás dónde está tu hogar, ¿entendido?

Brenda, secándose las lágrimas, que además de la lluvia inundaban su cara, respondió:

—En... en Inverness.

—¿Seguro? —insistió aquélla.

Ella asintió y, con un gesto compungido, afirmó:

—Esta vez no te miento.

La pelirroja, sin entender bien su gesto, le limpió las lágrimas de su bonito rostro.

—Vamos, *señorita Muero de Amor* —la apremió—, sacúdete el barro, sube al caballo y busquemos el camino hacia Inverness. —Y, después, hablando en noruego, murmuró—: ¡Niña torpe!

Sin dudarle, Brenda hizo lo que le pedía y, una vez montó sobre su animal, olvidando sus lloros, musitó mientras los dientes le castañeteaban:

—Un caldo calentito nos vendría muy bien.

—Muy bien —afirmó Hilda tiritando también.

—¿Y si vamos y...?

—No, Brenda —la cortó Demelza subiéndose a *Unne*.

—Pero...

—No —volvió a cortarla. Y, al ver cómo la miraba, aclaró entre temblores —: No tenemos dinero, y yo no tengo fuerzas para matar a nadie, ¿entendido?

Oír eso la asustó.

¿Por qué era tan salvaje aquella muchacha?

Retomaron el camino en silencio. Pero aquella paz duró poco, cuando la joven, tiritando, se quejó:

—¡Qué frío tengooooooooo!

—Y lo seguirás teniendo, por mucho que te quejes —replicó Demelza.

—Es que no lo puedo remediar —insistió temblando.

—Yo también tengo frío.

—Pues dilo.

—¿Para qué? —gruñó Demelza—. ¿Acaso puedes hacer algo por cambiarlo?

Brenda negó con la cabeza. Aquélla tenía razón, debía ser más dura y dejar de quejarse.

—Como diría mi padre —cuchicheó a continuación la pelirroja—, en ocasiones es mejor callar que ser callado.

Hilda sonrió. Aquellas dos jóvenes no podían ser más diferentes. Y entonces Brenda susurró, consciente de la lección que le había dado:

—¡Por lo menos, parece que deja de llover!

## CAPÍTULO 12

El relinchar de varios caballos hizo que las tres mujeres detuviesen sus monturas. Rápidamente, Demelza se bajó de *U nne* y las otras dos la siguieron.

Agazapadas en el suelo, observaron a tres tipos reír tras una arboleda.

Parecían pasarlo bien, cuando el sonido seco de un látigo sonó y se oyó la voz de uno, que gritaba:

—Maldito caballo. ¡Me ha mordido!

—¡Rupert! Ese caballo te da tu merecido —voceó otro riendo.

—Ay, Dios mío... Ay, Dios mío —farfulló Brenda.

De inmediato, todas supieron quién era el tal Rupert, y Demelza afirmó con una sonrisa:

—La siguiente que le va a morder voy a ser yo.

—¡Demelza! —protestó Hilda.

La muchacha rio. Ni en el mejor de sus sueños habría imaginado volver a encontrarse con aquel gusano.

—Espera que tenga yo el látigo —murmuró.

—¡Estás loca! —protestó Brenda sujetándola de la manga.

Con brío, aquélla se soltó y cuchicheó mirándola:

—Mi padre me enseñó que quien la hace la paga. Y ese desgraciado va a pagar los latigazos que nos ha propinado por gusto.

—Ay, hija mía, ¡vámonos! —insistió Hilda asustada.

—No, Hilda..., no pienso marcharme sin darle a ése su merecido.

—¿Qué merecido? —susurró Brenda.

Demelza lo miró. Aquel tipo repulsivo no era una buena persona. La asqueaba. Y, con un brillo sanguinario en los ojos, murmuró:

—Quién sabe si la muerte.

Brenda abrió los ojos de par en par, e, incapaz de callar, le soltó:

—Pero, por el amor de Dios, Demelza, ¿es que tú no sabes dialogar?

La pelirroja sonrió con acritud.

—Quien la hace la paga —repitió.

Hilda maldijo. Si había algo que el padre de la muchacha le había enseñado desde pequeña era el significado de la palabra *venganza*.

—¿Y si nos apresan otra vez? —gruñó Brenda.

Demelza se retiró el pelo del rostro con seguridad. Aquellos burros no tenían la suficiente inteligencia para capturarla de nuevo.

—Tranquila. No lo harán.

—Pero Demelzaaaaaaaaaaaaaa...

Las protestas de Brenda comenzaron y la vikinga, cansada de oírla, le puso la mano en la boca para callarla y musitó:

—Mira. Si quieres irte, no te voy a detener, pero a mí déjame decidir cómo actuar, ¿entendido?

Brenda asintió. Y, cuando los ojos se le llenaron de lágrimas, Demelza murmuró dulcificando el tono:

—Ah, no..., no es momento de llorar...

—Pe... pero...

—¡Que no llores! —insistió ella.

En ese instante, la joven de pelo claro sonrió.

—Te lo has creídoooooooooo... ¿A que soy buena?

Boquiabierta, Demelza le dio un empujón. Menuda comedianta estaba hecha. Y, sonriendo, repuso:

—Por todos los dioses que sí lo eres.

Estaba diciendo eso cuando se fijó en el caballo al que aquel maleante intentaba fustigar y, al reconocerlo, murmuró pensando en el hombre de los ojos negros:

—No me lo puedo creer. Otra vez...

Pero, consciente de que ahora era a ella a quien le tocaba ayudar, indicó:

—Esperad aquí. Enseguida regreso.

Y, sin escuchar los quejidos de Hilda y las protestas de Brenda, se arrastró por el fangoso suelo mientras la rubia susurraba:

—Por el amor de Dios..., se está ensuciando otra vez de barro.

—Créeme... —musitó Hilda—, eso es lo que menos le importa.

Demelza, con su objetivo ya fijo en mente, se acercó al campamento en silencio. Aquellos tipos ni se percataron de su presencia.

Una vez comprobó por sí misma la situación, que seguían siendo sólo tres y que, bajo la tela de una tienda, parecían tener a alguien cautivo, regresó junto a las otras dos y, mirando a las mujeres, cuchicheó limpiándose el barro del rostro:

—Sólo son tres.

—Mira cómo te has puesto —se quejó Brenda contemplándola horrorizada.

Sin querer escucharla, Demelza insistió:

—Necesitaría vuestra ayuda.

—¡No pienso arrastrarme por el fango! —indicó Brenda. Y, al ver el gesto con que aquélla la miraba, añadió—: Vale..., lo haré. Pero has de saber que tengo miedo.

—No has de tenerlo.

—Pero... pero es que lo tengo.

—¿No querías aprender a ser valiente? —gruñó Demelza.

Brenda asintió y, haciendo sonreír a Hilda, repuso:

—Pero... pero ¿tiene que ser ahora mismo?

Demelza tomó aire. Aquella muchacha era lo que ella nunca habría querido ser.

—Tranquila —insistió—. Todo saldrá bien.

—¡Pero ¿y si no sale bien?! —cuchicheó Brenda.

Demelza meneó la cabeza, momento en el que Hilda gruñó:

—Ay, hija..., lo que te gusta un problema.

La pelirroja se desesperó al oírlas. No había sido ella quien había buscado el problema, sino que éste se había presentado ante ellas. Y, dándose media vuelta, afirmó sin percatarse de que un hombre que casualmente pasaba por allí salía huyendo despavorido:

—De acuerdo. Lo haré sola.

Hilda y Brenda se miraron. Estaba claro que no iban a permitir aquello, y finalmente, entre las tres trazaron un plan.

Minutos después, Brenda, semioculta por la oscuridad, se dejó ver por uno de aquéllos y, tras hacerle una seña con el dedo de lo más insinuante, el tipo no lo pensó y fue tras ella sin avisar a sus compinches.

¡Una mujer cariñosa!

Una vez él rodeó el árbol, Demelza, que lo esperaba, lo golpeó con un tronco. De inmediato, él se desplomó.

—¡Uno menos! —afirmó ella con frialdad.

—¡Bendito sea! —exclamó Hilda angustiada.

—¿Está muerto? —preguntó Brenda horrorizada.

Demelza lo miró. El golpe en la cabeza había sido contundente. Pero, poniendo su mano bajo la nariz del tipo, respondió al notar su respiración:

—No.

A continuación, tiró unas piedras cerca de donde estaban el del látigo y el otro tipo. El ruido llamó su atención, y entonces Brenda lanzó un par de flechas con su arco. Una fue directa al estómago del que había intentado propasarse con ella, y la otra fue a parar al brazo derecho del del látigo.

Demelza, al ver su pálido gesto, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Ay, Dios... ¿Y si lo he matado? —balbuceó Brenda viendo agonizar al tipo con la flecha en el estómago.

La joven vikinga buscó las palabras acordes con el momento, cuando aquélla, sorprendiéndola, cambió su gesto y tono de voz y dijo:

—Como tú dices, quien la hace la paga.

Demelza asintió al oírla y, sonriendo, afirmó:

—Tu sangre vikinga se revela, querida Adnerb.

Brenda sonrió. Su abuela habría estado orgullosa de ella.



Los gritos de dolor del herido en el estómago eran colosales, y el otro soltó el látigo. Sin dudarle, y espada en mano, Demelza se acercó hasta aquél y, recogiendo el arma del suelo con rapidez, lo miró y, tras propinarle un buen latigazo que le cruzó las piernas, siseó furiosa al verlo caer:

—¿Quién tiene ahora el poder, pedazo de gusano?

El hombre parpadeó al verla. Aquella de rostro limpio por la lluvia y pelo empapado era la joven esclava a la que había azotado por puro gozo, y, con mal gesto, murmuró sacándose una daga del cinturón:

—Tienes la lengua muy larga.

—Me agrada saberlo —lo retó ella.

Dolorido pero con fuerza, el tipo empuñó la daga y siseó:

—Debería haberte matado mientras te tenía en mi poder.

En ese instante, Demelza oyó unas voces de hombres que provenían de debajo de la tienda que había cerca de ellos y las identificó de inmediato. Allí estaban sus salvadores. Y, sonriendo, miró al tipo e insistió:

—Vamos. ¡Mátame!

Ofuscado y dolorido, aquél se lanzó al ataque, momento en el que Hilda gritó:

—¡Cuidado, mi niña!

La aludida, a pesar de la debilidad que sentía por todo lo que llevaba a sus espaldas, se movió con agilidad. Quería luchar. Necesitaba luchar.

Como una auténtica vikinga, Demelza guerreó con aquél cuerpo a cuerpo.

Nunca la habían asustado esa clase de combates, y ahora, tras todo lo vivido, y con la rabia que llevaba en su interior, menos aún.

Con maestría, se enfrentó al individuo y, cuando éste le abrió una fea herida en el brazo, ni se inmutó. El dolor no existía. Sólo la venganza. Y, con más furia, se centró en su atacante, cuando de pronto él cayó de bruces contra el suelo y Demelza se percató de que tenía clavada una flecha en la espalda.

Ver aquello la enrabetó. Quería luchar. Quería matar. Y, mirando a Brenda, a la que seguía Hilda, protestó:

—¿Por qué te has entrometido?

Hilda, preocupada, miró el brazo de su niña. Sangraba y el corte era feo, muy feo.

—¡Oh, Dios! Te ha herido, ¡sangras! —exclamó Brenda asustada.

—¡Esto no es nada!

Hilda, que no opinaba lo mismo, matizó mirando la herida:

—Esto es mucho, y lo sabes.

Demelza se miró el brazo. La herida era fea y se había abierto más de lo normal por el movimiento, pero, sin querer pensar en ello, indicó:

—Sanará solo.

—No, hija. Únicamente con cuidados lo hará.

La joven resopló. Ella y las agujas no eran muy amigas. Pero, sin querer darle más protagonismo a su herida, gruñó mirando a Brenda:

—Podía con él.

La rubia, al mirar al hombre que yacía en el suelo, se llevó la mano a la boca y murmuró:

—¿Está... está...?

Con rabia, Demelza la miró y afirmó con seguridad:

—Sí. Está muerto.

Brenda se llevó las manos a la cara horrorizada. Ella había matado a alguien. ¡Ella!

Y la pelirroja, al entender su gesto y recordar la primera vez que ella lo había hecho en defensa propia, le cogió las manos, se las retiró del rostro y declaró:

—Escucha. Era morir él o morir yo. Recuérдалo. Y tú decidiste salvarme a mí. No le des más vueltas. Era una mala persona, un carroñero que jugaba con la vida de los demás, él se lo buscó.

—Pero... pero yo he...

—Prometí enseñarte a ser valiente y a vivir el presente. Y a lo que acabas de hacer se le llama supervivencia, Brenda. —La joven la miró y ella añadió —: Y ésa es la primera regla que tus padres deberían haberte enseñado para aprender a sobrevivir.

Brenda asintió dejando de temblar. Estaba claro que sus padres no le habían enseñado nada de la vida. Y, entendiendo a la perfección las breves palabras que aquélla había utilizado, afirmó con convencimiento y seguridad:

—Tienes razón. Era él o tú. Y, sin dudar, mi elección eras tú.

—Gracias.

Brenda y Demelza se miraron y sonrieron. Eran dos jóvenes de la misma edad, pero diferentes en muchos aspectos.

Entonces, de pronto, se oyeron unas voces que provenían de debajo de una tienda de campaña derrumbada. Eran voces de hombres.

Hilda y Brenda se miraron asustadas, pero Demelza cuchicheó bajando la voz:

—¿Recordáis a los highlanders engreídos que nos dejaron en libertad y nos encontramos continuamente? —Ambas asintieron, y ella señaló—: Pues, a juzgar por los caballos que veo ahí, creo que son ellos.

A Brenda le gustó saber eso y le hizo olvidar lo ocurrido. Su viaje a Stirling había dado sus resultados, y rápidamente, secándose el rostro con la mano, preguntó mirando a Hilda mientras se atusaba el cabello:

—¿Estoy bien?

La mujer parpadeó. Ella sólo tenía ojos para la herida del brazo de Demelza. Así pues, Brenda, mirando a la joven, esperó una contestación, cuando ésta respondió con sinceridad:

—Pues no. Estás hecha un desastre.

La rubia suspiró y, cuando se disponía a responder, las voces de aquéllos llamaron de nuevo su atención.

Las jóvenes se miraron divertidas. Ser ellas quienes liberaran a aquellos guerreros grandes y fuertes podía ser algo triunfal, cuando Hilda, al ver cómo sonreían, advirtió:

—Sed comedidas con esos hombres. Estoy segura de que no les gustará nada verse en la situación en que están.

Ellas rieron de nuevo y, encaminándose hacia la tienda derrumbada, rasgaron la tela con la daga. Cuando los rostros acalorados de aquellos dos quedaron al descubierto, los miraron y Demelza preguntó con sorna dirigiéndose a Aiden:

—¿Necesitáis ayuda o protección..., *señor*?

## CAPÍTULO 13

Aiden, a quien casi le faltaba el aire, no podía hablar, sólo respirar, pero reconoció de inmediato aquella voz. Lo mismo le pasaba a Alastair, quien, al ver a Brenda, murmuró jadeante:

—Tú...

La rubia se tomó a mal el gesto ofuscado del highlander y, cuando se disponía a replicar, Aiden, que ya había cogido aire, gruñó mirando a la mujer que estaba sentada sobre él:

—¿Podrías levantarte y rajar la tela completamente para que podamos salir?

Sonriendo, ella obedeció. Pero, cuando él fue a moverse para levantarse, Demelza apoyó un pie sobre su pecho y, sintiéndose poderosa, le recriminó:

—Perdón..., me ha faltado oír una palabra.

—Niña... —protestó Hilda.

Cabreado y agobiado, Aiden miró a la joven, que vestía como un hombre.

Su primer instinto fue coger su pie y quitárselo de malos modos de encima, pero, al ver cómo la sangre resbalaba por su brazo hasta caer al suelo, supo que se merecía lo que le exigía. Por ello, espetó furioso:

—Gracias.

De inmediato, Demelza quitó el pie de su pecho y Aiden se sentó.

Rápidamente, terminó de rasgar la tela junto a Alastair y luego ambos se levantaron.

Sus gestos huraños eran tremendos, mientras observaban sus caballos e

intercambiaban miradas cómplices. Por suerte, parecían estar todos los animales y el campamento seguía en pie, excepto la tienda en la que estaban ellos.

—¿Sólo eran tres? —preguntó Aiden al ver los cuerpos de los maleantes.

—Sí —afirmó Demelza retirándose el pelo de la cara.

Sintiéndose ignorada después de lo que, en su opinión, tan valerosamente había hecho, Brenda posó sus manos en las caderas y murmuró:

—Como diría mi padre, es de bien nacido ser agradecido.

Al oír eso, los hombres la miraron. No estaban de humor, y la joven añadió:

—No sé si os habéis dado cuenta, pero si no llegamos a aparecer nosotras, esos tipos os...

No continuó. La mirada cada vez más ceñuda de aquéllos la intimidaba.

Pero Demelza, a quien esas miradas de advertencia no la impresionaban lo más mínimo, señaló mofándose:

—Cuando contemos esto...

Alastair tosió y Aiden se movió incómodo.

No iba a ser agradable soportar las burlas de todo el que se enterara de lo ocurrido. Por lo que Aiden, mirando a la pelirroja de ojos maravillosos, indicó:

—¿Sería mucho pedir que esto quedara entre nosotros?

—¿Por qué? —preguntó Brenda, evitando sonreír al recordar la vanidad de sus propios hermanos.

—Porque no hay necesidad de contarlo —respondió Alastair con seriedad.

La rubia miró a Demelza y ambas sonrieron, cuando aquél insistió:

—No sé dónde le veis la gracia.

Las palabras de Alastair hicieron que las mujeres, olvidando ser comedidas, soltaran una carcajada, y Hilda, al ver cómo aquéllas reían, sin medir las consecuencias, murmuró acercándose a ellas:

—¡Niñas, parad!

Pero Demelza no podía. Estaba tan acostumbrada a salvar a sus hermanos o a sus vecinos de tantas situaciones distintas que, mirando a la mujer, indicó

divertida:

—Pero ¿tú los estás oyendo...?

—¡Niña, calla! —insistió la mujer bajando la voz para no ser oída por aquéllos—. Recuerda dónde estamos. Aquí las cosas son diferentes.

—Muy diferentes —afirmó Brenda divertida al recordar lo que su abuela le contaba de las temibles guerreras vikingas.

Entendiendo las palabras de Hilda, las muchachas intentaron dejar de reír, cuando Aiden, al ver cómo la sangre seguía corriendo por el brazo de la pelirroja, advirtió:

—Estás sangrando.

Pero eso a Demelza le daba igual. En el lugar de donde ella procedía, las mujeres que querían iban a la lucha como los hombres, y, con picardía, preguntó divertida:

—¿En serio os resulta tan vergonzoso que unas mujeres os salven?

—¿En serio he de contestar a semejante tontería? —gruñó Aiden.

—Sería interesante oír la respuesta... —se mofó Brenda envalentonada.

Cada vez más ofuscados por sus expresiones de guasa, los hombres intercambiaron una mirada.

Definitivamente, aquellas dos eran unas desvergonzadas. Y, cuando Alastair iba a contestar, *Haar*, el caballo de Aiden, se acercó hasta Demelza y, con el hocico, a modo de cariño, le dio en el hombro para llamar su atención.

La joven lo acarició entonces con mimo y Aiden se molestó. *Haar* nunca lo había reclamado a él así, por ello, chasqueó los dedos con fuerza para llamar su atención. Pero el animal, como era de esperar, ni siquiera lo miró.

Demelza sonrió al ver con el rabillo del ojo el gesto molesto del highlander. Los hombres, fueran de donde fuesen, eran unos orgullosos. Y, acercando su frente a la de *Haar*, murmuró algo muy bajito, y, cuando se retiró, el animal se acercó obedientemente a Aiden, que preguntó mirándola: —¿Se puede saber qué le has dicho?

Encogiéndose de hombros, Demelza tembló inconscientemente al sentir su mirada.

—Sólo que fuera a tu lado.

—¿¡Sólo?!

—Sí. Sólo —afirmó ella sin más.

Acto seguido, se volvió hacia Hilda y Brenda. Y, al ver cómo la joven se mordía el labio inferior mientras miraba a Alastair con cierta tontería, gruñó:

—Vámonos.

—¿Ahora? —protestó la rubia descolocada.

—Sí. Ahora —matizó Demelza mientras sentía cómo su corazón latía desbocado ante la presencia del hombre que, con seguridad, continuaba mirándola—. Sigamos nuestro camino.

Al ver que se disponía a echar a andar, Hilda la detuvo.

—Antes, he de curarte.

Demelza miró su brazo y maldijo. La herida abierta ocasionada por la daga continuaba sangrando, e, intentando quitarle importancia, indicó:

—Luego.

—Ahora —insistió la mujer.

Aiden, que como todos veía la fea herida, comprendió que la mujer llevaba razón, por lo que se colocó a su lado y le indicó:

—Acompáñame. Eso necesita sutura.

—Ah, no. ¡Ni hablar! —levantó la voz Demelza mientras observaba a Alastair y a Brenda comunicarse entre tonteos.

El poco miedo que le daban las armas, la lucha y muchas otras cosas se lo provocaban, en cambio, las agujas, y Hilda, que era consciente de aquello, afirmó:

—Por Dios, señor, habéis dicho una palabra prohibida.

Aiden no la entendió. ¿Qué había dicho?

Pero Demelza sí, y, mirando a Hilda, insistió dando un paso atrás: —Esto sanará solo.

—No, cariño.

—No hace falta hacer lo que propone —protestó la joven temblando.

—Hace falta —afirmó Hilda con paciencia.

Demelza dio otro paso atrás, cuando Brenda, acercándose, miró la herida e indicó:

—¡Oh, por Dios! Tu madre tiene razón. Esa herida está muy abierta y hay

que cerrarla o empeorará. Además, ¡te puede quedar una marca horrorosa!

—¡He dicho que no! —gruñó.

Alastair y Aiden sonrieron. Sin duda, aquella pelirroja que no paraba de meterse en líos tenía miedo de las agujas.

—A ver, niña —insistió Hilda—. Da igual cómo te pongas, eso hay que suturarlo.

—¡Que no! —gruñó aquélla buscando una vía de escape.

Todos la miraban. Todos la observaban. Todos pensaban lo mismo. Y, cuando ya estaba dispuesta a huir, Hilda indicó:

—Señor, sujetadla o saldrá corriendo.

Los brazos de Aiden rodearon en décimas de segundo el pequeño cuerpo de Demelza. De allí no escapaba.

La joven lo intentó. Pataleó. Gritó. Insultó. Incluso trató de morder o de darle cabezazos. Pero, cuando vio que sus esfuerzos eran inútiles, siseó:

—O me sueltas *ipso facto*, o te juro que...

—¿Qué me juras, *pelirroja salvaje*? —preguntó él divertido.

Según oyó esas últimas palabras, Demelza se paralizó. Hacía tiempo que nadie la llamaba de ese modo, y no supo qué responder.

Consciente de su desconcierto, Aiden aprovechó y la agarró con más fuerza. Ya no se le escapaba. Y, como si llevara una pluma, caminó con ella entre sus brazos hasta una enorme piedra. Al llegar allí, le indicó a Hilda dónde podía coger lo que necesitaba para suturar la herida, y, una vez se acomodó sobre la piedra, sentó a la joven sobre él y dijo sin soltarla: —No seas tozuda.

—¡Suéltame!

—Tu madre tiene razón. Eso hay que curarlo.

—Lo sé —afirmó todavía desconcertada por lo que había sentido al oír eso de «pelirroja salvaje».

Verla tan dócil le gustó y, dispuesto a disfrutar de aquella sensación, preguntó:

—¿Por qué siempre que nos encontramos terminas herida?

Demelza lo miró y replicó con acritud:

—No lo sé. Dímelo tú.



Sus ojos, el modo en que lo miraba y su gesto de enfado lo hicieron sonreír. Y, observando el chichón de su frente, insistió:

—¿Duele?

Demelza, consciente de a qué se refería, negó con la cabeza.

—El dolor no existe...

Sorprendido por su contundente respuesta, él musitó:

—Nunca he conocido a una mujer a la que le gusten tanto los problemas.

La joven sacudió la cabeza, miró hacia el cielo y no respondió. ¿Para qué?

Permaneció en silencio unos instantes. La luz de la luna iluminaba el rostro de la joven, y Aiden, al ver una pronunciada marca en su mejilla, musitó:

—Veo que ya te han suturado antes.

Ella no lo miró. Aquella marca en su rostro, que le había causado Viggo, era dolorosa de recordar.

—Entre cuatro la tuvimos que sujetar, señor, ¡entre cuatro! —indicó Hilda.

Demelza resopló y Aiden, divertido, y con el afán de distraerla, preguntó:

—¿Y puedo saber en qué lío te metiste para hacerte esa herida?

Según dijo eso, los ojos azules y fríos de la joven impactaron en él. De nuevo, su color cambió y el highlander supo que la pregunta le resultaba incómoda. Muy incómoda. Por ello, y viendo a Alastair reír como un tonto con la joven de pelo rubio, indicó para cambiar de tema:

—Algo me dice que Alastair y tu amiga están encantados de haberse reencontrado.

La muchacha siguió la dirección de su mirada en el mismo momento en que Hilda clavaba la aguja en su piel. Demelza hincó entonces los dedos en el brazo de Aiden con tensión, y él, con una ternura extrema, murmuró:

—Pasará rápido. Pasaré...

Ella no respondió, y él, consciente de lo que podía doler aquello y necesitado de hacerle olvidar el dolor, indicó mientras la mujer trabajaba sobre el brazo de la muchacha:

—Aunque mojada y embarrada, tienes mucho mejor aspecto.

—Ir con mugre no es agradable.

—¿Puedo saber cómo te llamas?

Temblando, no sólo por el frío, la joven recostó inconscientemente la cabeza sobre el hombro del highlander. Estaba agotada, dolorida. Y, levantando la cabeza para mirarlo directamente a los ojos, respondió:

—Demelza.

El azul volvía a ser tranquilo, sosegado. Y él musitó:

—Bonito nombre.

—Gracias.

Maravillado por la sensación que le provocaba tener a aquella muchacha cobijada en sus brazos, Aiden asintió. Tenerla tan cerca, alumbrada por la luz de la luna y con el rostro limpio, le hizo ver no sólo la preciosidad de sus ojos, sino también las ojeras que lucía. Por su expresión, estaba agotada, e intuyó que necesitaba ayuda.

Sin hablar, mientras ella cerraba los ojos, aplacada por el calor que el cuerpo de aquél desprendía, el escocés masculló sin que le hubieran preguntado:

—Mi nombre es Aiden. Aiden McAllister.

La joven asintió al oírlo, y él, sorprendido porque no lo relacionara con su hermano como hacía todo el mundo cuando conocía su nombre, iba a decir algo cuando aquélla musitó:

—Encantada. —Pero, al sentir cómo el hilo corría por su carne magullada, farfulló abriendo los ojos y cambiando el tono—: Oh..., Dios..., cómo lo odio... Mamá, ¿queda mucho?

—No, cariño..., ya termino.

Aiden sonrió al ver cómo la joven apretaba la mandíbula, y, asiéndole la barbilla con la mano para que lo mirara, preguntó:

—¿A qué se debe ese acento tan extraño que tienes al hablar?

—No sé de qué hablas —replicó apartando la mirada.

Su gesto y la tensión instantánea de su cuerpo le hicieron saber al highlander que sabía muy bien a qué se refería, e insistió:

—¿Nunca te han dicho que tienes una particular manera de arrastrar y acortar las palabras?

Negando enérgicamente con la cabeza, respondió mientras se encogía de hombros:

—No..., nunca.

—Nunca, señor, nunca —apostilló Hilda acelerando su tarea.

Aiden asintió con cautela. ¿Qué ocultaban aquéllas?

Entonces, mirando el cabello mal cortado que llevaba la joven, preguntó sonriendo:

—¿Por qué llevas el pelo así?

Demelza pensó con rapidez y declaró mirando al frente:

—Me lo enganché con unas ramas y...

—¿Te lo enganchaste con unas ramas?

Al oír eso, Hilda levantó la cabeza y aseguró con convencimiento, finalizando la sutura con rapidez:

—Oh, sí, señor. ¡Fue terrible! Y ahora tenemos que marcharnos.

Aquellas mujeres mentían. Estaba más que claro.

Aiden vio entonces las marcas que Hilda también tenía en las muñecas, e insistió:

—¿Dónde os apresaron los maleantes que os querían vender?

Ellas se miraron y Demelza respondió encogiendo los hombros:

—En Portree.

—Aberdeen —afirmó Hilda al mismo tiempo.

Una nueva mentira. Y Aiden, sin poder contenerse, preguntó:

—¿Vais a decir alguna verdad en algún momento?

De inmediato, Demelza se levantó de las piernas de aquél y gruñó:

—¿Por qué crees que mentimos?

Aiden meneó la cabeza, y, evitando mencionar que el color de sus ojos se volvía grisáceo cuando mentía, replicó:

—¿Quizá porque lo hacéis muy mal?

Demelza maldijo. Aquél tenía razón.

En ese instante se oyó ruido de pisadas que se acercaban a toda prisa.

Rápidamente, Aiden y Demelza empuñaron sus espadas, mientras Alastair situaba a Brenda a su espalda. No veían quiénes venían, sólo oían los pasos acelerados, cuando de pronto, Aiden, al reconocer a uno de aquellos

hombres, bajó su espada y oyó:

—¡Señor! ¿Estáis bien?

Ante ellos estaba Alfred, seguido por Moses y varios de sus guerreros. En la taberna, habían oído a un hombre relatar lo que había visto en el bosque y, sin dudarlo, supieron que tenían que acudir en su ayuda.

—Por suerte, sí —afirmó Aiden, callándose lo que las mujeres con seguridad pensaban.

Continuaron llegando más hombres acelerados y a medio vestir. Las noticias volaban rápido.

Todos, a excepción de Moses y Gareth, se preguntaban quiénes eran aquellas mujeres, pero nadie lo preguntó, y Alastair, al ver cómo Otto observaba con detenimiento a la joven rubia, que tras él continuaba, inquirió con gesto hosco:

—¿Se puede saber qué miras con esa cara de bobo?

Brenda, al oír eso, sonrió encantada. Demelza, en cambio, puso los ojos en blanco, para después darle a Aiden un codazo que lo movió del sitio.

—¡Será posible lo que dice éste! —soltó—. Ni que su cara al mirar a Brenda no fuera la de un tonto también.

Al oír como aquella vagabunda de pantalones hablaba y empujaba a su jefe sin ningún respeto, los hombres lo miraron sorprendidos.

¿Desde cuándo una mujer tenía permiso para hablarle así?

Y Aiden, consciente de lo que pensaban, la miró y protestó marcando las distancias:

—Contén tus impulsos, mujer. Y, cuando te dirijas a mí, sería de agradecer que me llamasas señor.

—¿Que te llame señor cuando te acabo de...?

—¡Mujer! —la cortó él con decisión—. Creo haberme explicado bien.

La joven resopló con incredulidad.

¿Cómo que «señor», si segundos antes se estaban tuteando?

Aquellos escoceses eran raros. Muy raros. Y, después de ver cómo Hilda sufría por lo que podía pasar, dispuesta a que la mujer se tranquilizara, dio un paso atrás y gruñó:

— *Señor*, disculpad mis modales y la lengua larga que tengo en

ocasiones.

Aiden la miró. Por su expresión sabía que lo decía sin sentirlo, pero no replicó. Era lo mejor.

Una vez los hombres, conformes con lo ocurrido, se alejaron, Alastair prosiguió hablando con Brenda. Al verlo, Aiden sonrió y, volviendo su mirada hacia la descarada pelirroja, dijo bajando el tono:

—Estoy esperando que me cuentes algo que sea verdad.

Ofendida, Demelza dio un respingo.

Pero ¿aquel maldito escocés se había propuesto volverla loca?

Y, deseosa de alejarse de él, declaró con gesto altivo:

—S *enor...*, tenemos que marcharnos —y, volviéndose hacia su amiga, que continuaba tonteando con aquél, gritó—: Brenda. ¡Nos vamos!

Al oírla, Aiden se guardó la espada.

Pero ¿adónde pensaban marcharse?

Y, agarrando con cuidado a la joven pelirroja del brazo sano, indicó:

—Creo que deberías descansar. Tu rostro dice que...

—Mi rostro..., señor —gruñó zafándose de su mano—, dice que, como no me suelte, va a tener un buen problema. Porque le aseguro que mis modales y mi larga lengua pueden empeorar, estén sus hombres delante o no.

Se miraron con intensidad...

Se retaron con ferocidad...

Él no era una persona fácil, ella tampoco. Y Aiden, atraído por aquélla como nunca antes en su vida, preguntó:

—¿Acaso tú no tienes miedo a nada?

Demelza negó con la cabeza y respondió con una sonrisa ácida:

—Prefiero que el miedo me tema a mí.

De nuevo, su ferocidad y su seguridad al decirlo encandilaron a Aiden. Y Hilda, que conocía el temperamento de la joven, se acercó hasta ellos y, agarrándola del brazo, afirmó tirando de ella:

—Creo que ha llegado el momento de irnos.

Demelza asintió con gesto hosco. Brenda, que estaba junto a Alastair, preguntó acercándose a ellas:

—¿Nos vamos?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?! —gruñó Demelza.

Brenda parpadeó y se quejó:

—Por el amor de Dios, estoy interesándome por ese hombre. ¡Es tan guapo! ¡Tan alto! ¡Tan caballeroso! Y...

—¡Pues muy mal!

—Demelza, ¡estoy viviendo el presente, como tú me has aconsejado!

La aludida maldijo, Brenda entendía las cosas a su manera. Pero, cuando iba a protestar, aquélla cuchicheó bajando la voz:

—Ay..., es tan gallardo ese Alastair, tan interesante, que ¡muero de amor!

—¡Quédate con él! —cortó la pelirroja.

Desconcertada, la joven de cabello rubio no supo qué decir, cuando el aludido, acercándose, musitó esperanzado:

—Podemos hacer parte del camino juntos. Brenda me ha contado que vais hacia Inverness y...

—¡No!

—¡Demelza!

—He dicho que no.

—Pero, Demelza —insistió Brenda compungida—, ¿por qué no lo piensas?

—Vaya..., ¡una verdad! Te llamas Demelza —afirmó Aiden, inmiscuyéndose en la conversación.

Enfadada y malhumorada por el carácter cambiante de aquél, estuvieran sus hombres o no presentes, volvió a mirarlo a los ojos. Ese enorme y atractivo escocés, con su manera de observarla y de comportarse, la confundía. Y, sin querer continuar cerca de él, musitó:

—Nuestra deuda queda saldada. ¡Adiós!

—Pero Demelza... —insistió Brenda.

Sin dejarla terminar, aquélla cogió a la joven del brazo con fuerza, tiró de ella para alejarla de allí y siseó:

—Tú decides. O te quedas con ellos o vienes con nosotras.

Brenda miró a Hilda.

La mujer no se movió. Después hizo un mohín y Demelza gruñó antes de darse media vuelta para alejarse a grandes zancadas.

—Y no me llores, que ya nos conocemos.

Ese comentario hizo sonreír a Brenda.

No sabía por qué, pero le gustaba aquella rara y salvaje joven a la que ya consideraba su hermana. Era como su abuela. Por ello, y a pesar de la tristeza que le ocasionaba la separación de aquel alto y guapo highlander que le hacía brincar el corazón, lo miró e indicó:

—Ha sido un placer volver a verte, Alastair Matheson.

Una vez dicho eso, dio media vuelta y siguió a las otras dos. Estaba claro con quién quería continuar su camino.

Los dos highlanders, desconcertados como dos tontos, observaban a las tres mujeres alejarse, cuando Aiden, atraído por aquélla, musitó:

—El carácter de esa fiera le traerá muchos problemas.

Alastair asintió, y, molesto por la marcha de la joven Brenda, no dijo nada, cuando su amigo, al ver su gesto, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

El rubio escocés, cruzando sus manos ante su pecho, musitó:

—Me preocupan esas mujeres.

—¿Esas mujeres o concretamente la que te hace poner cara de tonto?

Alastair sonrió. No podía ignorar que aquella muchacha llamaba su atención. Y entonces Aiden, mirando a dos de sus hombres, indicó:

—Ivo, síguelas con discreción.

—Puedo hacerlo yo, mi señor —se ofreció Moses.

Aiden lo miró. Que aquél se ofreciera para esa tarea era, como poco, inaudito. Moses era serio, reservado, y, consciente de que Ivo era mejor en aquello, insistió:

—Moses, a ti te prefiero con los caballos. Ivo, ve.

Una vez éste desapareció y Moses se hubo alejado con gesto ceñudo, Aiden indicó mientras observaba la sonrisa de Alastair:

—Ahora, recojamos. Debemos continuar nuestro camino.

## CAPÍTULO 14

«Corre, pelirroja salvaje..., corre...»

Esa voz...

¡Ingrid!

La risa de su hermana tronó en la mente de Demelza, cuando de pronto se despertó sobresaltada, sudando. A su lado dormía Brenda, y Hilda, que hacía guardia, preguntó al ver su gesto confuso:

—¿Estás bien, mi niña?

Demelza asintió. Se retiró la manta que cubría su cuerpo, e, incorporándose, se levantó y bebió agua.

Las pesadillas con sus familiares, especialmente con Ingrid, no la dejaban descansar. Soñaba con ella un día sí y otro también. Su hermana parecía querer advertirle de algo, y tenía la seguridad de que se trataba de Viggo.

Pensando en ello estaba cuando Hilda se le acercó y le acarició el rostro con cariño.

—¿Otra pesadilla?

La joven asintió, y, apoyándose en el árbol que tenía a su espalda, murmuró:

—Sí.

Hilda suspiró. Demelza no lo estaba pasando bien, aunque apenas hablara de lo que le ocurría. Saber que Viggo la estaba buscando no facilitaba las cosas, y, cuando las tripas le rugieron, necesitada de transmitirle positividad, murmuró:



—Tranquila, mi pequeña. Las pesadillas desaparecerán. Ya lo verás.

Cuando murió su hija, fueron tiempos duros para ella. Durante el día pensaba en la pequeña, y por la noche su mente no aceptaba olvidarla.

Aquello casi la volvió loca. Pero, por suerte, con el tiempo desapareció.

—Echo tanto de menos a Ingrid que... —Demelza se interrumpió, no quería seguir hablando de ello. A continuación, tras tomar aire, declaró—: Me preocupa Harald. No sé si está vivo o...

—Ese muchacho está vivo —aseguró Hilda—. Algo me dice que así es.

Ella asintió esperanzada al oír eso, pero insistió:

—He de regresar, Hilda. Tengo que regresar a casa y terminar lo que, por desgracia, Viggo comenzó...

No pudo continuar. Y, cuando las lágrimas acudieron a sus ojos, las contuvo. Hilda meneó la cabeza. Esa muchacha necesitaba llorar, desahogarse, y musitó:

—Mi vida, no te contengas. Llorar. Lo necesitas. Sé que lo necesitas.

Pero ella negó con la cabeza.

—He de regresar y honrar a mi familia.

La mujer suspiró. Si algo era aquella jovencita era cabezota, tanto como su padre, cuando la oyó proseguir:

—Estando perdida por Escocia, Harald no puede encontrarme. He de ser yo quien lo encuentre a él para hacerle saber que estoy viva, o nunca se perdonará no haber cumplido la promesa que le hizo a mi hermana.

Hilda asintió justo en el momento en el que se le nublaban los ojos.

Rápidamente, Demelza la sujetó. El hambre era severa, y la joven, sentándola, preguntó preocupada:

—¿Te encuentras mejor?

La mujer asintió, y aquélla, cogiendo el arco que tenían, dijo:

—Iré a cazar algo. Debes comer.

Hilda la sujetó. No quería que la muchacha se expusiera por los caminos sola. No quería que se encontrara con algún malhechor y tuviera que luchar, por lo que cuchicheó:

—Tranquila. Hay pan y queso y...

—Está rancio, Hilda.

—Mejor eso que nada, ¿no crees? —La joven suspiró, y aquélla insistió —: Deja la caza para esta noche. Será mejor dormir con las tripas llenas.

Demelza, no muy convencida y preocupada por la mujer, soltó el arco, cuando Hilda, para que dejara de pensar en aquello, indicó:

—Si consiguiéramos llegar al puerto de Aberdeen, quizá allí podríamos embarcar e ir hasta Bergen. Pero es complicado, hija. Muy complicado.

Demelza asintió. Lo sabía, como también sabía que la única manera de embarcar en una de aquellas naves era haciéndolo como esclava escocesa, para ser vendida en Noruega. Justo lo contrario de lo que había pasado. Y, mirando a la mujer, musitó cogiéndole las manos:

—Hilda, no puedo pedirte eso. No puedo.

—Allá donde vayas tú iré yo —repuso ella.

Demelza la abrazó con cariño. El vínculo que las unía era increíble. Hilda era su madre, la más buena, entregada y cariñosa que cualquiera desearía tener. Y, consciente de que, llegado el instante, no la haría pasar una vez más por aquello, afirmó:

—De momento, acompañemos a Brenda hasta su hogar y...

—Ay... Ay... Ay...

Al oír los gritos de la aludida, ambas la miraron. Aquélla estaba saltando sobre las mantas, revolviéndose el pelo, mientras gritaba:

—Tengo algo en el cabello..., algo..., no sé... ¡Ayuda!

Divertida, Demelza se le acercó y, parándola, le quitó un escarabajo que se había enredado en su largo cabello rubio. Luego se lo enseñó.

—Aquí tienes al malhechor... ¿No mueres de amor por él?

Brenda se horrorizó y gruñó:

—Muero de asco.

Demelza sonrió, cuando aquélla insistió:

—No tendré más, ¿verdad?

La pelirroja dejó el escarabajo en el suelo y, suspirando, se mofó: —Creo que no, pero eso sólo lo sabré si te corto el pelo.

Rápidamente, aquélla dio un paso atrás y siseó con gesto huraño:

—¡Oh! Ni se te ocurra.

Hilda y Demelza rieron ante el gesto de la joven. Resultaba evidente la

importancia que tenía el cabello para ella, y ya no se habló más del tema.

Tras un rato de tranquilidad, Hilda sacó del capazo el queso ya rancio y el pan duro.

—Vamos. Comamos algo antes de emprender la marcha.

El manjar que ofrecía no era atrayente, pero, aun así, las jóvenes se sentaron a comer. Observaron cómo Hilda se acercaba hasta el riachuelo a por un poco de agua. En silencio, la miraron, hasta que Brenda musitó:

—¿Sabes?, sonará descarado lo que te voy a decir, y si mi madre me oyera se escandalizaría y me encerraría en el torreón el resto de mi vida, pero, cada vez que pienso en ese guapo highlander llamado Alastair, siento que me palpita el corazón de una manera intensa.

Al oírla, Demelza sonrió. Aquel tipo de confesiones eran las que su hermana Ingrid solía hacerle cuando hablaba de Harald.

—Quizá el amor ha llamado a tu corazón —comentó.

Brenda sonrió y musitó pestañeando:

—¿Tú crees?

Demelza se encogió de hombros. Ella no estaba muy puesta en esas lides.

—Eso quien ha de creerlo y de sentirlo eres tú —murmuró.

La joven rubia gesticuló.

—No sé nada del amor.

—Yo tampoco —afirmó la pelirroja sin querer pensar en su pasado.

Retirándose con gracia el cabello rubio de los ojos, Brenda insistió:

—Con cuatro hermanos varones, nunca he podido hablar al respecto.

Demelza asintió y, encantada por saber cosas de ella, preguntó:

—¿Tus cuatro hermanos siguen viviendo en Inverness?

—Sí —y, señalando el anillo que ambas llevaban, afirmó—: Gordon es quien me regaló el anillo doble, le gusta trabajar este tipo de cosas —y, suspirando, acabó—: En cuanto al amor, sólo lo vi una vez de pasada.

—Entonces sí sabes lo que es.

Brenda negó con la cabeza y, bajando la voz como si alguien pudiera oírla, musitó:

—Britania, la hija de Gunilda, la criada de mi madre, se enamoró de un joven panadero del pueblo. Recuerdo que no podía parar de hablar de él. Me

contaba que el corazón le palpitaba cuando lo recordaba, y que, cuando lo veía, la que palpitaba era toda ella.

Demelza rio. Aquella historia le habría encantado a su hermana.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó sin saber por qué.

—Los ayudé a escapar una noche para que se casaran. Y, aunque al principio fue un disgusto para Gunilda, porque ese muchacho no le gustaba, y mi madre me encerró dos semanas en el torreón acusándome de insubordinación, hoy por hoy está feliz al ver a Britania junto a Jacob y sus tres hijos.

Demelza asintió, cuando aquélla, sin querer entrar en terrenos pantanosos, indicó:

—Mi madre es estricta conmigo. Muy recta. Alaba mi cabello y mi hermosura ante los demás, pero siento que sólo le gusta eso de mí. No es cariñosa, como dicen que suele ser una madre con una hija.

Oír eso hizo que Demelza se acordara de Urd, pero calló, cuando Brenda susurró:

—Padre me llama Adnerb. Le gusta llamarme así. Adora mi nombre. Pero madre se lo prohíbe. Se avergüenza.

—Es un nombre precioso —afirmó ella.

La joven sonrió y, tomando fuerzas, añadió:

—Madre lo odia, y fue ella quien inventó llamarme Brenda, que es Adnerb al revés. Siempre dice que mi padre la obligó a ponérmelo, porque era el nombre de mi abuela. Y, bueno..., en cuanto al amor, ella dice que en ocasiones surge entre dos personas una vez desposados y con el paso del tiempo.

—Tus padres no se aman, ¿verdad?

Brenda negó con la cabeza y, necesitada de hablar, susurró:

—Mi madre, al parecer, se enamoró de un gallardo y guapo escocés. Se entregó a él en cuerpo y alma y, cuando quedó embarazada de mi hermano mayor, aquél la negó. De pronto, se vio embarazada y sola, y su padre, que conocía a mi abuela Adnerb, urdió un plan. Uno tenía una hija que ocultaba una vergüenza, y mi abuela un hijo que no encontraba esposa por tener sangre vikinga. Eso los unió y, tras el nacimiento de mi hermano, nacimos el

resto, aunque entre ellos nunca hubo amor, sino conveniencia. Pero... pero yo no quiero eso. Yo quiero un amor apasionado como el de Britania. Un amor que pueda elegir, que me ame, me mire a los ojos y yo sienta que está orgulloso de mí. No quiero un enlace con alguien que no me ame.

Demelza la miró. Sin duda entendía mejor que nadie lo que la joven quería explicarle, cuando aquélla continuó:

—Pero... pero no sé cómo voy a conocer el amor, si mi madre no me deja salir nunca de la fortaleza. Llevo toda mi vida encerrada en ella, a excepción de las veces que he salido con mi padre. Y, para una vez que salgo sola, sin avisar a nadie, mira dónde he acabado.

Al oír eso, Demelza abrió la boca y preguntó:

—¿Escapabas de tu hogar cuando te capturaron?

A Brenda se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí.

La joven, a quien la torturaba ese acto, se limpió una lágrima, esta vez verdadera.

—Madre quiere desposarme con Brochan, un amigo de su infancia —contó—. Pero él es muy mayor, apenas tiene pelo en la cabeza, me desagrada y odio cómo me mira y sonrío. Me aterra y... y siento... siento ¡que no puedo!

La repulsión que Demelza vio en la mirada de la muchacha al hablar de aquel hombre se le clavó en el corazón. Era la misma que ella había sentido ante Viggo, a pesar de que aquél fuera joven y tuviera una larga melena. Por ello, y consciente de que no quería que le ocurriera lo mismo que le había sucedido a ella, indicó tomándole las manos:

—No debes casarte con él. No puedes permitirlo.

—Lo sé..., lo sé... Pero ¿cómo negarme al deseo de mi madre?

Aquello era un gran problema.

—¿Y tu padre qué dice?

Brenda, al pensar en aquél, al que adoraba y mimaba, suspiró:

—Padre calla. Según él, con Brochan estaré protegida. Y, aunque sé que ese hombre no le agrada en exceso, no hace nada por evitarlo. Mi sangre vikinga espanta a los jóvenes casaderos escoceses. Mis padres están desesperados, hasta que yo tenga un buen matrimonio escocés, ninguno de

mis hermanos lo tiene fácil tampoco para contraer matrimonio. Y sólo Brochan ha accedido a casarse conmigo, pero... pero yo... no... no quiero.

Demelza asintió. Ella misma no había podido negarse al deseo de su padre en lo referente a su boda, y, como no quería que aquélla pasara por los malos tragos que ella había tenido que aguantar, insistió:

—Buscaremos la forma de evitarlo.

Brenda se mordía los labios nerviosa, y musitó consciente de su mala suerte:

—Si regreso a mi casa, tendré que casarme. De ahí que no quiera volver.

¡No puedo hacerlo!

—Lo entiendo, Adnerb...

Al oír su nombre en boca de aquélla, la joven sonrió y murmuró emocionada:

—Lo pronuncias igual que mi padre y mi abuela.

Demelza sonrió. Y, consciente de la realidad de la muchacha, musitó:

—Escúchame, Adnerb. No eres persona de andar por los caminos.

¡Mírate! Sabes luchar, pero te falta valor. Te asusta todo y apenas sabes...

—Sí. Soy una torpe.

—Yo no he dicho eso —repuso Demelza.

Brenda asintió. Sabía de sus límites, y, esperanzada, insistió:

—Podría ir contigo y con Hilda. Prefiero unirme a vosotras que unirme a Brochan.

Demelza sonrió. Aquella pobre muchacha no sabía lo que decía.

—Es complicado... —contestó—, muy complicado.

—Cualquier cosa siempre será mejor que ser la mujer de ese hombre —sollozó ella desesperada.

Entendiendo su frustración, la pelirroja suspiró y, sin saber cómo proceder, indicó:

—Tranquilízate. Hablaremos de eso en otro momento.

—Por favor, Demelza. Te lo ruego...

Apenada por el terrible futuro que le esperaba a la muchacha si no encontraba una solución, ella farfulló:

—Tranquila. No pienso permitir que pases por lo mismo que pasé yo.

Oír eso, con la rabia con que lo había dicho, hizo que Brenda olvidara sus penas y preguntara:

—¿Por qué pasaste tú?

Demelza maldijo, no había medido sus palabras. Y, cuando negó con la cabeza, Brenda, sujetándole ahora ella las manos, insistió:

—Soy tu hermana. Me he sincerado contigo. ¿Qué te pasó a ti?

Consciente de que aquella muchacha, que le había contado su problema, se merecía una explicación, se sinceró con ella. Y, abriéndole su corazón de par en par, le contó quién era su familia, su vida y sus quehaceres en la granja, y, finalizando, indicó:

—Y, por un malentendido que mi presunta madre urdió, mi padre me obligó a casarme con un despreciable hombre llamado Viggo. Apenas fueron unos meses, pero mi vida con él fue... fue... —No pudo continuar. Recordar el pasado era desagradable. Pero, mirándola, musitó—: Me pegaba, me forzaba, me humillaba, me martirizaba... —y, tocándose la marca que tenía en la mejilla, prosiguió—: Y una noche, tras una brutal paliza en la que mató a... a *Wulf*...

—¿*Wulf* era tu caballo?

Sin querer explicar que era un lobo, pues no sabía si ella lo entendería, Demelza afirmó y continuó:

—... y, como pude, regresé en busca de ayuda a casa de mi padre.

Los recuerdos eran terriblemente dolorosos. Tanto que, en un hilo de voz, musitó:

—Viggo no sólo mató a *Wulf*, sino que también asesinó a mi hermano Haakon cuando éste fue en su busca.

—Oh, Dios...

—Y... y, no contento con ello, el día de la boda de mi hermana Ingrid, ese desgraciado envió a su hermano y a sus hombres y mataron a toda mi familia.

A toda... Venían a por mí, pero los mataron a ellos. ¡A ellos!

—Demelza...

La aludida asintió. Y, al notar que los ojos se le llenaban de lágrimas, los cerró. Cuando le pareció que éstas desaparecían, los abrió de nuevo y musitó:

—Después nos raptaron a Hilda y a mí y... al final terminamos en un

barco que nos trajo como esclavas a Escocia. El resto... ya lo sabes.

Horrorizada, Brenda la miraba cuando ella, tragando el nudo de emociones que pugnaba por salir de su garganta, admitió:

—Quizá por ello en mi futuro sólo veo muerte y venganza. Y, sí, soy consciente de que Viggo me busca y me reclama como su mujer, pero estoy divorciada de él. Yo no me llamo Laug Iversent, como él se empeñaba en decir. Yo soy Demelza Ovesen y no soy su mujer ni soy de su propiedad. Y si quiero regresar a mi hogar sin importarme mi propia muerte es para vengar a mi familia matándolo con mis propias manos. Sólo cuando sienta que su corazón ha dejado de latir podré descansar en paz.

Horrorizada, Brenda se llevó la mano a la boca.

Lo que la muchacha le contaba era terrible. Vivir una experiencia como aquélla sin duda a ella la mataría, y, sin soltarle las manos, murmuró:

—Lo siento..., lo siento mucho.

—Lo sé —afirmó tomando aire mientras los recuerdos la martirizaban.

—Te ayudaré. No sé cómo, pero prometo ayudarte en todo lo que necesites. Cuenta conmigo para matar a ese tal Viggo.

Oírla decir eso último hizo sonreír a Demelza, que, con cariño, la miró a los ojos y murmuró:

—Tú *dialogas*, no matas.

La joven asintió, aunque replicó con seguridad:

—Pero en este caso la muerte es la única opción.

En silencio estuvieron unos minutos, hasta que la rubia, abrazándola, murmuró:

—Ahora entiendo muchas cosas de ti. Entre ellas, tu valentía, tu arrojo, tu fuerza y por qué no crees en el amor.

Demelza, necesitada de aquel abrazo, tan de su hermana Ingrid, se dejó hacer, y cuando se separaron murmuró:

—No te vas a casar con ese tal Brochan. No lo voy a permitir.

Ambas sonrieron por aquello, cuando de pronto Hilda se acercó a ellas y musitó:

—No me lo puedo creer...

Las jóvenes miraron hacia el lugar donde aquélla señalaba y se quedaron



boquiabiertas al ver aparecer a Alastair.

Brenda parpadeó. ¿Qué hacía allí?

Entonces, el highlander, con una espectacular sonrisa, dijo enseñándoles unos pedazos de carne asada:

—¿Alguna quiere un trozo?

Rápidamente Brenda se levantó de un salto.

Estaba pletórica de ver a aquél allí, y, sin importarle el gesto serio de Demelza, se acercó a él y afirmó cogiendo un trozo de carne asada: —Muero de hambre.

Alastair, encantado por estar cerca de aquélla y ver que sus ganas de encontrarse eran recíprocas, preguntó:

—¿Qué te ha pasado en el cabello?

Brenda, consciente de sus pelos de loca, se los atusó como pudo y murmuró:

—Una mala noche.

Él sonrió. Sin duda, aquella mujer era singular y, satisfecho por sentirla cerca, indicó:

—En el campamento tendrás toda la carne asada que quieras.

—¡¿Campamento?! —preguntó Demelza levantándose.

Alastair asintió.

—Cuando llegamos estabais durmiendo plácidamente y no quisimos perturbar vuestro sueño.

Al oír eso, Demelza miró a Hilda. Ella estaba de guardia y debería haberlos oído. Por ello, la mujer, colorada, murmuró:

—Quizá di una cabezadita o dos, hija.

Demelza resopló.

Estaba claro que o ella lo hacía todo o sería imposible. Entonces Hilda, soltando el queso rancio y el pan, se acercó a coger un trozo de carne y, tras metérselo en la boca, musitó:

—Qué maravilla..., qué rica está.

Brenda y Hilda masticaban la comida que les había llevado Alastair cuando la rubia dijo:

—Vamos, Demelza, ven a por un trozo.

La joven negó con la cabeza. No pensaba sucumbir a lo que aquél ofrecía, cuando Alastair insistió dirigiéndose a ella:

—Tendrás toda la que quieras. Aiden ha dado su aprobación.

Al oír eso, Demelza preguntó con sorna:

—¿El *señor* ha dado su aprobación?

—Niña..., no empecemos —protestó Hilda.

—Sí —afirmó Alastair, que sólo tenía ojos para Brenda.

Mostrar sus necesidades ante aquellos hombres molestó a Demelza. Su deuda con Aiden estaba saldada y no pensaba deberle nada más. Por ello, optó por no inmiscuirse, pero, consciente del hambre que sus dos compañeras podían tener, dijo cogiendo el queso rancio:

—Id vosotras.

—No —gruñó Hilda.

Demelza la miró.

Aquella mujer delgada y casi consumida necesitaba carne, comida, lo que fuera, y, sin cambiar su gesto, insistió:

—Ve y come. Yo con esto tengo bastante.

Hilda maldijo, ella y su cabezonería... Y, cuando fue a protestar, la pelirroja clavó aquella mirada suya que Hilda conocía tan bien e insistió:

—He dicho que vayas.

—Demelza..., hija...

Pero, sin dejarse convencer, sentenció:

—Ve con Adn... Brenda.

Esta última no se movió.

Tenía hambre, pero no se marcharía sin aquélla. Y, cuando iba a decir algo, Hilda resopló y, asiéndola del brazo, musitó:

—Vayamos a comer.

—Pero Demelza...

—No te preocupes. Esa cabezota estará bien. Vayamos a comer y algo le traeré de allí cuando regresaremos.

—¿Estás segura? —pregunto Brenda desconcertada.

Hilda suspiró y, mirando a Alastair, que observaba la situación en silencio, indicó:

—Muy bien, joven, llévanos a tu campamento.

Él asintió y, segundos después, los tres desaparecieron.

De inmediato, Demelza se levantó y, furiosa, tiró el queso y el pan al suelo. Estaban asquerosos.

## CAPÍTULO 15

Cuando Alastair llegó al campamento sólo acompañado por las dos mujeres, Aiden, que lo observaba desde la lejanía, se inquietó.

¿Dónde estaba la pelirroja?

Y, tras comprobar que las acomodaba con galantería ante una improvisada mesa, cuando éste se dirigió hacia el cocinero, caminó hasta él y preguntó:

—¿Dónde está la que falta?

Sonriendo como en su vida, Alastair llenó dos platos de humeante comida caliente y cuchicheó:

—Se ha negado a venir.

Eso molestó a Aiden.

Había pensado en aquella, en sus ojos, en su boca..., y, molesto al ver que rechazaba encontrarse de nuevo con él, cuando por norma sucedía todo lo contrario, preguntó:

—¿Le has dicho que yo he dado mi aprobación?

Alastair soltó una carcajada.

—Eso, amigo, es lo que peor le ha sentado.

Algo en su interior le había advertido que esa orgullosa reaccionaría así, por lo que, sin querer hablar más de ello, gruñó:

—Muy bien. Ella ha decidido. Es su elección.

Dicho esto, se dirigió hacia dos de sus hombres y su nervioso caballo, que no paraba de relinchar, y decidió olvidarse de la mujer. Como bien había

dicho, ella sabría lo que se hacía.

Alastair, por el contrario, decidió regresar hasta donde las mujeres lo esperaban con una gran sonrisa.

Tener cerca a aquella muchacha rubia de pronto se había convertido en algo irresistible para él, y, encantado, la observaba mientras la mujer mayor le recogía el cabello para retirárselo del rostro.

Una vez a su lado, el highlander dejó los platos sobre la mesa e indicó:

—Comedlo ahora que está caliente.

—¡Qué bien huele! —exclamó Brenda.

—Parece que tenéis hambre —rio Alastair.

—Mucha —afirmó Hilda olvidándose del cabello de aquélla para lanzarse a la comida.

Durante unos segundos, él las observó comer. Como había imaginado, estaban famélicas y, curioso por saber, especialmente de la rubia, se sentó a su lado y preguntó:

—¿La carne es de tu agrado?

Brenda asintió. Nunca había tenido tanta hambre en su vida.

—Está buenísima.

Alastair sonrió complacido.

Durante un rato las observó comer en silencio. Estaba claro que los modales de la muchacha rubia eran mucho mejores que los de la mujer, ¿sería realmente una *lady*? Por ello, preguntó:

—¿Cuál dijiste que era tu apellido?

Brenda, a quien aquello le estaba sabiendo a gloria, tras cruzar una rápida mirada con Hilda, respondió:

—No lo dije.

—¿Y cuál es? —insistió él.

Ella lo pensó y, tras valorar los pros y los contras, respondió:

—El tuyo, desde luego, no.

Alastair sonrió y, encantado por su sagacidad, calló y decidió esperar a que terminara. Quizá luego estuviera más comunicativa.

\*\*\*

No muy lejos de ellos, Aiden se preocupaba por uno de sus hombres. Ivo se había hecho un feo corte en el muslo al caer de su caballo.

—¿Cómo ha ocurrido?

El hombre resoplaba dolorido y, poniéndose unos trapos para contener la hemorragia, murmuró:

—Señor, no sé qué ha pasado. El caballo se ha encabritado, he caído y me he cortado con mi propia espada.

Aiden asintió y, sin darle más importancia, indicó al ver la sangre:

—Dile a Moses que te ayude a curarlo.

Aquél asintió y se marchó cojeando, mientras él se daba la vuelta y volvía a pensar en la joven que tanto lo atraía.

¿Por qué era tan cabezota?

Pensando en ello estaba cuando de pronto oyó:

—Señor..., vuestro caballo.

Al levantar la mirada vio a *Haar*, que se alejaba tranquilamente del campamento.

—¿Quién lo ha soltado? —preguntó.

Pero no hizo falta contestación. Uno de sus hombres le enseñó la cuerda mordisqueada. Aiden maldijo. No se hacía con aquel maldito animal. Y, cuando aquéllos se disponían a ir a buscarlo, indicó:

—No os preocupéis. Yo iré a por él.

Con paso seguro, comenzó a caminar en dirección al caballo mientras chasqueaba los dedos para atraerlo. Pero nada, aquél iba a lo suyo. No lo escuchaba.

Siguiendo sus pasos a distancia, fue a gritar su nombre cuando de pronto calló al percatarse que había tomado el camino que llevaba al campamento de las mujeres. Sin duda, el olor de la yegua gris lo atraía.

Acelerando el paso, comenzó a correr, hasta que, al llegar cerca de un río, se detuvo. A escasos metros de él estaba la joven pelirroja, dándole la espalda mientras contemplaba a los caballos hacer cabriolas en la orilla.

Parándose, Aiden se ocultó tras el tronco de un enorme árbol para observar, y sonrió divertido cuando oyó a aquélla gritar:

—¡*Haar*..., no..., aléjate de ella!

Como es lógico, el animal siguió a lo suyo, cuando ella volvió a vocear:

— *Unne...*, escúchame! ¡Ni se te ocurra!

La yegua y el caballo corrían en el río, jugueteaban, estaban sintiendo la llamada del deseo, y Demelza, consciente de lo que iba a pasar, gritó:

—¡Maldita sea, *Unne!* ¡Aléjate de él! ¡No necesitamos ningún hombre en nuestras vidas!

El highlander rio divertido al ver la desesperación de la muchacha, cuando ésta, levantando las manos hacia el cielo, gritó:

— ¡*Haar!* , ¿por qué no estás con tu maldito dueño? ¿Por qué has tenido que venir aquí?

Aiden no se movió del sitio. Si ella supiera lo cerca que estaba...

Y disfrutó del momento. Ver la situación y oír las cosas que la joven decía era gracioso, divertido, y más cuando estaba más que claro que la yegua había decidido quién quería que la cubriera.

— *Unne...* ¡No! No..., no..., ahora no... ¡Aléjate de él! ¡Aléjate, he dicho!

Incapaz de seguir un segundo más lejos de la pelirroja, Aiden se dirigió hacia ella con una sonrisa. Su tozudo caballo sabía elegir una buena yegua.

Y, acercándose en silencio hasta la joven, murmuró:

—Se gustan y será inevitable.

Según dijo eso, Demelza se volvió a mirarlo.

¿Qué hacía aquél allí?

Con intensidad se miraron, y, alejándose un pasito de él, la joven gruñó:

—¡Estupendo! ¡Sólo faltaba aquí el *señor!*

Su comentario, y el modo en que ella movía la cabeza y las manos al decirlo, a Aiden se le antojó cautivador. Estaba claro que aquella desconocida lo atraía más de lo que en un principio había creído y, sin decirle nada, se acercó más a ella. Se quedó a medio palmo de su espalda y, agachándose, acercó su boca hasta el oído de aquélla y murmuró mientras observaba a los animales cortejarse:

—Míralos. Mira cómo *Haar* se estira y arquea el cuello en una pose altiva.

Quiere mostrar su fuerza, su valor y su poderío ante tu yegua mientras la corteja.

Demelza, que observaba a los animales, asintió mientras Aiden proseguía:  
—Como ves, sus relinchos son cada vez más graves y enérgicos. Habla con ella. Se comunica. Llama su atención de todas las maneras que puede para que lo sienta irresistible.

—Es un engreído.

—Sí, pero a tu yegua parece que le gusta lo que oye y lo que ve.

La joven, al oír su voz pegada a la oreja, tragó saliva. Nunca había permitido que un hombre se acercase tanto a ella, y menos para hablar sobre el cortejo de unos caballos, pero no lo echó de su lado. Algo en ella no le permitía hacerlo, pues, en el fondo, le gustaba sentirlo ahí, cerca.

Instantes después, los animales comenzaron a dar unos saltitos y Aiden prosiguió:

—Ahora *Haar* brinca y levanta sus cascos del suelo mientras danza para su elegida en círculos. ¿Sabes por qué lo hace? —Sin mirarlo, la joven negó con la cabeza y él indicó—: Porque, a pesar de su seguridad, está confundido, desconcertado. No lo tiene del todo claro y tiene miedo a ser rechazado.

—¿En serio? —murmuró ella observándolos.

Aiden asintió mientras contemplaba con excitación el delicado cuello de la joven. Su piel parecía suave, blanca, tentadora. Se moría por tocarla, por deslizar su boca por ella... Pero no, no podía. No debía. Y, conteniendo sus impulsos, asintió.

—Totalmente en serio. En ocasiones, algunas hembras, a pesar de su predisposición ante el caballo, no se sabe por qué, pero, llegado el momento, terminan rechazándolo. Ahora sólo queda esperar y ver qué decide tu yegua.

Acalorada por lo que ocurría, por lo que sentía y por el modo en que algo se movía en su interior, Demelza cerró los ojos y murmuró unas palabras que Aiden no entendió. Por ello, acercándose más a ella, preguntó rozando con sus labios el lóbulo de su oreja:

—¿Qué has dicho?

Demelza cerró los ojos.

El simple roce de los labios de aquél en su piel había conseguido que todo el vello de su cuerpo se erizara y su corazón latiera desbocado. Justo lo que Ingrid siempre le contaba que sentía cuando Harald se le acercaba. No



obstante, se negó a pensar en ello. Y, consciente de que había hablado en noruego y no en gaélico, meneó la cabeza y gruñó mirándolo a los ojos:

—¿Por qué no paráis a vuestro caballo..., señor?

Aiden sonrió. Sus ojos azul claro le hacían saber que estaba molesta y, hechizado por ella, murmuró:

—Ahora sólo soy Aiden.

Demelza levantó una ceja al oírlo, pero, antes de que pudiera decir algo, él señaló de nuevo a los caballos.

—Y, en cuanto a tu pregunta de por qué no los separo, sólo te diré que intentar hacer eso con *Haar*, o con cualquier otro caballo salvaje en el momento en el que ha sido aceptado por la yegua, es una auténtica temeridad.

Hechizada por sus palabras, ella no replicó, momento en el que *Unne* comenzó a frotarse contra el animal mientras *Haar* le mordía con suavidad la crin.

Sin volverse, Demelza notó la sonrisa de Aiden y, sin saber por qué, ella misma sonrió.

Sin lugar a dudas, aquello era inevitable.

*Haar* y *Unne* fueron restregándose más y más, hasta que finalmente el caballo, moviéndose hacia un flanco, se colocó en posición y, cuando sintió que *Unne* retiraba su cola a modo de sumisión, montó en ella y la cubrió.

Instintivamente, Demelza se dio media vuelta colorada como un tomate, y Aiden, al ver aquello, a pesar de la excitación que la muchacha le provocaba sin rozarlo siquiera, sonrió y preguntó desde su altura:

—¿Qué haces?

Colorada, y aturdida por todo, sin explicárselo, ella aspiró el varonil aroma del escocés; era embriagador. Y, alzando la mirada hacia él, murmuró:

—Les estoy dando intimidad.

Deseoso de besarla, Aiden no se movió. Sólo contempló aquellos ojos azul intenso. Deseaba una seña, una invitación. Estaba claro que entre ellos había cierta atracción, e, incapaz de resistir un segundo más aquello que no entendía, acercó sus labios a los de la joven y, al ver que ella no se decidía, murmuró:

—Yo no ruego.

Embaucada, y aun deseosa de tomar aquellos tentadores labios, Demelza musitó mirándolo:

—Yo tampoco ruego.

Al oírla, Aiden sonrió y, conteniendo sus ganas, dio un paso atrás evitando mostrar su frustración. Acto seguido, cambiando su gesto, preguntó:

—¿Cómo va el golpe de tu frente?

Atontada por el intenso momento vivido, Demelza se lo tocó. Entonces, él, agarrándola de la mano, tiró de ella con seguridad y, sin hablar, ambos comenzaron a caminar, mientras Aiden se enfriaba y murmuraba:

—De acuerdo. Les daremos intimidad.

En silencio llegaron hasta donde las mujeres habían dormido la noche anterior y la joven, dando un tirón, se soltó de su mano. Sin hablar, se apoyó en una roca mientras sentía el latir de su corazón. De pronto, vio a los caballos que caminaban hacia ellos con tranquilidad, y Aiden, al ver su cara de sorpresa, indicó:

—Suele ser rápido.

—Ya veo.

Él sonrió, y, dispuesto a hacerla sonrojar, matizó: —Su disfrute no tiene nada que ver con el nuestro. Se puede decir que a nosotros nos gusta disfrutar no sólo del acto, sino también de...

—Si no te importa —lo cortó ella—, lo que te guste a ti o no en lo referente al acto a mí no me incumbe lo más mínimo.

La voz de aquélla y su mirada le hicieron entender que no se ruborizaba por aquello. Al revés, la enfadaba. Lo rehuía. Eso llamó más su atención, y, cuando iba a decir algo, Demelza preguntó:

—¿Cómo es que sabes tanto de caballos?

Colocándose frente a ella, Aiden se echó hacia atrás su pelo oscuro y respondió:

—Me dedico a la cría y la venta de ellos.

La joven asintió, y él, para intentar que cambiara su expresión por otra más amable, musitó deseoso de dialogar con aquella mujer:

—Te podría contar muchas cosas de estos maravillosos animales.

—¿Como cuál? —preguntó ella suavizando el rostro.

Consciente del cambio en su rostro, Aiden apoyó el hombro en un árbol e indicó:

—Les gusta el dulce más que lo salado. No les gusta estar solos y suelen ser muy sociables, aunque el mío, en ocasiones, parezca odiarme. —Ambos sonrieron por aquello—. Si tocas sus orejas y la parte trasera está fría, eso significa que tiene frío.

—¿En serio?

—En serio —aseguró él sonriendo al percibirla cercana y relajada—.

También te diré que sus dientes nunca paran de crecer y que en ocasiones lloran cuando algo les afecta.

—¿Lloran? —preguntó Demelza sorprendida.

Aiden asintió y, suspirando, musitó:

— *Bidson*, el caballo que tuve antes que *Haar*, lo hizo en dos ocasiones. La primera, el día que murió el caballo de mi hermano tras una reyerta y, la segunda, el día que nos tuvimos que despedir. *Bidson* era mi amigo, mi gran amigo. Y en su mirada vi que entendía lo que pasaba y lo que yo tenía que hacer por él.

—¿Y tú lloraste?

Recordar aquello aún le dolía. Aquel caballo había vivido muchas cosas junto a él. Pero, incapaz de enseñar sentimientos que demostraran que era blando, sonrió y, mirando a su impetuoso *Haar*, murmuró:

—Dudo que *Haar* llore nunca por perderme de vista.

Demelza no insistió. Para ella misma hablar de sentimientos no era fácil.

—Siempre he pensado que la amistad es algo que sólo adquiere valor con el paso del tiempo —comentó en cambio.

—Así es —afirmó él.

La joven se retiró el pelo del rostro y musitó:

—Yo aún recuerdo a *Wulf*.

—¿ *Wulf* era tu caballo?

Omitiendo que fue un lobo, algo que en Noruega era muy normal tener, pero que en Escocia Hilda le había dicho que no, Demelza mintió:

—Sí.

—¿Y dónde está?

De nuevo, el dolor se instaló en sus ojos tornándolos de color oscuro, y respondió tocándose el pecho:

—Murió, y eso hará que siempre lo lleve en mi corazón.

Aiden, al sentir su dolor, iba a decir algo cuando ella preguntó adelantándose:

—¿Crees que *Unne* haya podido quedarse embarazada?

El highlander se encogió de hombros.

—No lo sé. El tiempo dirá si tiene un precioso potrillo o no.

Ella asintió. Lo último que se había planteado era que su yegua se quedara preñada, e, inconscientemente, las palabras de su hermana Ingrid con respecto a que el primer potrillo que *Unne* tuviera sería suyo la hicieron morderse el labio y cerrar los ojos.

Aiden, al ver su gesto, preguntó desconcertado:

—¿Estás bien?

Rápidamente, la joven abrió los ojos y, tragando el nudo de emociones que no se permitía derramar, preguntó:

—¿Cuánto dura el embarazo de una yegua?

—Unos once meses.

Mientras pensaba rápidamente, la joven volvió a asentir, y Aiden, curioso por todo lo que pudiera saber de ella, preguntó:

—¿De dónde viene el nombre de *Unne*?

Demelza parpadeó. Aquel nombre, que significaba «amor» en noruego, lo había elegido su hermana, y, encogiéndose de hombros, respondió mirando al suelo:

—No... no lo sé.

—¿Y por qué la llamaste así?

—Simplemente me gustó.

De nuevo mentía. Aiden lo sabía.

Cada vez que encogía los hombros, retiraba la mirada y sus ojos se volvían grisáceos, mentía.

¿Por qué continuaba haciéndolo?

¿Qué escondía y qué temía?

E, intentando pensar en otra cosa para no interrogarla en busca de la

verdad, preguntó:

—¿Tienes por aquí vendas limpias?

Demelza señaló una talega de Hilda, y, cuando él se acercó y le tomó el brazo, ella musitó:

—¿Se puede saber qué vas a hacer?

—Ver esa herida —respondió Aiden.

—¿Por qué? —intentó resistirse.

Clavando los ojos en ella, el highlander iba a gruñir cuando aquella mirada lo volvió a embaucar y, dulcificando su respuesta, indicó: —Porque esto tiene pinta de llevar sin revisarse desde ayer, y ahora que somos casi familia, gracias a nuestros caballos, me veo en la obligación de preocuparme por ti.

Al oír eso, ella murmuró:

—No necesito tu preocupación.

Aiden no contestó y prosiguió con lo suyo. Cada vez tenía más claro que con aquélla todo parecía ser guerrear.

Al final, en silencio y sin moverse, la joven permitió que aquel desconocido destapara la herida suturada por Hilda, y, al verla, resopló. Era fea, pero, por suerte, a pesar de la marca que le quedaría, sanaría.

Con disciplina, Aiden curó aquella herida, de la que se sentía culpable. La muchacha tenía aquel corte por defenderlo a él. Por sacarlo del apuro que él, por confiado, se había buscado. Y, mirándola, dijo al ver de nuevo la marca de su rostro:

—¿Algún día me contarás cómo te lo hiciste?

Demelza, al ver que se refería a una vez más a la marca de su mejilla, musitó:

—No es algo que realmente quiera recordar.

Al highlander le gustó sentir la sinceridad de sus palabras, e insistió:

—¿Tan terrible fue?

La mirada de la joven se oscureció, y él no preguntó más.

Una vez terminó la cura y soltó el brazo de aquélla, afirmó:

—Y ahora vas a venir conmigo al campamento.

—No.

—Sí.

—No.

—He dicho que sí.

—Y yo he dicho que no —rebatío Demelza sin miedo.

Aiden suspiró. Sin duda era una buena contrincante en cabezonería, y, aun sabiendo la respuesta, preguntó al oír rugir sus tripas: —¿Podrías explicarme por qué eres tan complicada?

—No.

—¿Y por qué no quieres venir al campamento?

Demelza tenía muchas razones, pero, dándole una, la más fácil, soltó:

—Porque, en cuanto llegemos, tendré que llamarte «señor».

Aiden asintió. Ella tenía razón. Y, necesitado de que lo entendiera, dijo:

—No lo hago por vanidad. Lo exijo a los desconocidos para que mis hombres se sientan respetados a través de mi persona. Si me faltas al respeto a mí, es como si se lo faltaras a ellos, y...

—Vale. No sigas —lo cortó—. Aunque no lo creas, lo entiendo.

Oír eso sorprendió a Aiden, que murmuró:

—Por fin algo positivo.

Sin saber por qué, ambos rieron, y él, maravillado por la bonita expresión que vio en ella, masculló:

—Si sabes sonreír y todo..., ¡increíble!

De nuevo, ella sonrió. Esta vez, con más afectividad. Por ello, y aprovechando el momento, dijo mirándola:

—Llevo un rato oyendo sonar tus tripas y sin duda tienes necesidad de comer. Y, si lo que te molesta es tener que llamarme señor delante de mis hombres, prometo alejarme para que puedas comer con tranquilidad y no tengas que hacerlo.

Demelza lo pensó. Aquél tenía razón. Debía comer o no podría llevar adelante sus propios planes. Pensar en la comida hizo que sus tripas volvieran a rugir, y, al ver que él sonreía, sin poder ni querer negarse a su ofrecimiento, preguntó con gesto guasón mientras se levantaba:

—¿Es buena vuestra comida, *señor*?

Al oír eso, Aiden le dio un pellizco en la cintura que ella aceptó con cierto

agrado y, meneando la cabeza, cuchicheó:

—Sí, *señora...*, es buena.

## CAPÍTULO 16

La carne asada que Demelza comía en el campamento le sabía a auténtica gloria. Llevaba demasiado tiempo sin llevarse a la boca algo tan exquisito, y, cuando repitió, Hilda, que estaba sentada a su lado, murmuró:

—Come despacio, hija. Despacio.

Ella asintió. Entonces, un hombre se acercó hasta ellas e indicó dirigiéndose a Hilda:

—Disculpad mi intromisión, señora. Pero Ivo se ha hecho un corte muy feo en el muslo y me preguntaba si podríais echarle una mirada y suturárselo.

Hilda se puso en pie rápidamente y, mirando al hombre, contestó:

—Por supuesto. ¿Dónde está?

Instantes después, Hilda se alejó en la dirección que le había indicado. A los dos segundos de quedar sola, el mismo hombre que había avisado a Hilda se sentó con Demelza y se presentó:

—Soy Moses.

Ella lo saludó con una sonrisa.

—Encantada, Moses, soy Demelza.

El hombre, desconcertado por haber tenido aquel arranque, no supo qué decir y, mirando su plato vacío, preguntó:

—¿Quieres volver a repetir?

La joven sonrió al oírlo. Estaba claro que todos habían observado su apetito voraz y, tocándose la barriga, cuchicheó:

—He de parar o voy a explotar.



A él le gustó su sonrisa, y, segundos después, otros hombres se les unieron a la mesa. Todos querían hablar con la pelirroja de los ojos hechizantes, por lo que Moses calló.

No muy lejos de allí, Aiden observaba con disimulo la escena. En cuanto había llegado al campamento con la mujer, para que comiera y no incomodarla, la acompañó hasta la mesa y se alejó como le había prometido.

Pero, una vez se separó de ella, algo raro le ocurrió. Tan raro como que no podía dejar de mirar hacia donde ella estaba. Verla comer con aquella ansia le hizo saber que había hecho bien obligándola a acompañarlo, pero ahora, al observar el revuelo de sus hombres por su presencia, se molestó.

—¿A qué se debe ese gesto, amigo? —preguntó Alastair acercándose a él. Aiden se volvió y, al verlo solo, preguntó a su vez:

—¿Dónde está la joven Brenda?

Alastair, al que la sonrisa no lo había abandonado desde que la joven había llegado al campamento, indicó señalando al fondo:

—Con Ivo y Hilda. Por cierto, estoy pensando en invitarla a dar un paseo por el bosque.

Aiden lo miró. La sonrisa de su amigo decía mucho, y, bajando la voz, preguntó:

—Alastair..., ¿y Moira?

Al pensar en aquélla, el highlander asintió, pero volvió a mirar a Brenda y declaró:

—Sin duda, no tienen nada que ver la una con la otra.

Acto seguido, al comprobar que su amigo no dejaba de mirar a la joven, Aiden insistió:

—¿Qué te ocurre, que no paras de sonreír como un tonto?

Alastair se carcajeó y repuso bajando la voz:

—No lo sé. Pero esa muchacha me hace sonreír —y, al ver cómo su amigo miraba a la pelirroja, cuchicheó—: ¿Qué te ocurre a ti, que no paras de mirar hacia allí como un bobo?

El escocés desvió rápidamente la vista, pero, al ser consciente de la verdad, y en especial de la sonrisa guasona de aquél, decidió sincerarse con él.

—Esa mujer llama mi atención.

—¿Su belleza te ciega como el sol? —se mofó Alastair.

De nuevo, Aiden miró a la pelirroja y, molesto por cómo lo observaba su amigo, gruñó:

—Yo no he dicho eso.

Divertido, el highlander de pelo claro se disponía a decir algo, pero, al ver que Brenda, acompañada por Gavin, se alejaba de Ivo y de Hilda, indicó:

—Luego seguimos hablando.

A continuación, caminó hacia Will, habló con él, y después se dirigió hacia Gavin y Brenda. Donde fuera aquella joven iría también él.

Las risas de sus hombres y el modo en que Demelza hablaba con ellos con total tranquilidad cada vez atraía más a Aiden, pero, dispuesto a mantener su palabra, se dio media vuelta y caminó hacia donde estaba Ivo con Hilda.

Observó en silencio cómo la mujer terminaba, y, una vez Ivo se marchó y aquella se hubo lavado las manos, Aiden dijo:

—Te agradezco lo que has hecho por mi hombre.

—No es nada, señor. En lo que pueda ayudar, dispuesta estaré.

Según dijo eso, él miró hacia Demelza, que reía con sus hombres, y preguntó:

—¿Hacia dónde os dirigís?

Aquella pregunta pilló a la mujer de sorpresa, y, secándose las manos, respondió con sinceridad:

—A Inverness.

Aiden asintió, pero, necesitado de más, insistió:

—¿Vivís allí?

Hilda se rascó la cara.

—Sí, señor.

El guerrero, que se conocía bastante bien Inverness, siguió presionando:

—¿En qué zona concretamente?

Hilda suspiró. Ahí la pillaba...

—En la de arriba —dijo al cabo.

¿La de arriba?

¿Qué contestación era ésa?

Y, enfadado por ver que de nuevo mentía, Aiden siseó mirándola:

—No sé qué ocultáis ni por qué mentís, pero cada vez me molesta más — y, viendo el apuro de aquélla, insistió—: ¿Demelza es tu hija, o eso también es mentira?

En ese instante se oyó la voz de Brenda, que llamaba a la mujer, y ésta, necesitada de huir, se excusó con él:

—Si no os importa, señor, me reclama Brenda.

Dicho esto, se alejó como alma que lleva el diablo, momento en el que Aiden, enfadado por no entender qué ocultaban aquéllas, se digirió hacia Demelza y sus hombres y, al acercarse, ordenó mirándolos:

—¡Dejadnos solos!

Todos se esfumaron rápidamente. Pero, cuando Aiden iba a hablar, Demelza, con los labios algo amoratados por el frío, se levantó y gruñó mirando a lo lejos:

—¡Otra vez!

Al seguir su mirada, se encontró con que su caballo y la yegua volvían a las andadas, y Demelza, suspirando, indicó consciente de que la escuchaban:

—Como dijisteis, *señor*, es inevitable.

Eso lo hizo sonreír como un tonto.

Pero ¿qué le ocurría?

Y, poniéndose de nuevo serio, preguntó:

—¿Hilda es tu madre?

Demelza asintió con la cabeza.

—¿En qué zona de Inverness vivís? —insistió él.

En décimas de segundo, los ojos de ella comenzaron a adoptar una tonalidad grisácea. La joven dudó. No sabía qué decir, aunque finalmente respondió:

—A las afueras.

—¿A las afueras? ¿Dónde?

Demelza resopló. Era complicado intentar responder aquello y, para hacerle olvidar sus palabras, cambiando su gesto indicó intentando parecerse a Brenda:

—¿Os he dicho ya, señor, que vuestra comida estaba exquisita? ¡Oh, por

favor, qué maravilla! —y, gesticulando, afirmó antes de que él dijera algo—: Llevaba tiempo sin probar algo tan... tan... tan exquisito, ¡pero si me he comido tres platos!

Aiden volvió a sonreír. Pasaba del enfado total a la sonrisa bobalicona de una manera que él mismo no entendía. Y, antes de que pudiera decir nada, aquélla se alejó a paso rápido en busca de Hilda. Tenían que marcharse de allí cuanto antes.

Molesto por no haber podido decirle lo que deseaba, se disponía a ir tras ella cuando uno de sus hombres lo llamó. Y, tras escuchar lo que aquél tenía que decirle, se marchó. Tenía algo que hacer.

## CAPÍTULO 17

Alastair y Brenda estaban paseando por el bosque, lo suficientemente lejos el uno del otro como para rozarse siquiera si alguno perdía el equilibrio.

Algo raro, complicado y mágico había surgido entre ellos, y, disfrutando de su mutua compañía estaban, cuando Alastair oyó la risa de aquélla y sonrió.

La joven, dichosa y risueña, lo hacía sonreír como a un tonto. Era mirarla o notar su mirada y sentirse fuerte, poderoso y feliz, e, inconscientemente, pensó en Moira. La muchacha a la que había estado cortejando en el último año y con la que nunca sintió que lo mirara así.

Estaba pensando en ello cuando Brenda se detuvo frente a él.

—¿Tienes familia, Alastair?

El escocés sonrió, le resultaba agradable que la joven se interesara por él.

—¿A qué clase de familia te refieres? —repuso.

Brenda, consciente de su pregunta, sonrió y, azorada al sentirse observada por el highlander, se retiró un mechón de cabello del rostro e indicó:

—Padres. Hermanos. Mujer..., hijos...

Aunque complacido por su interés, Moira pasó por su mente. Entre ella y él no había nada seguro porque ella lo había querido así, y respondió:

—No tengo mujer ni hijos.

A la joven le gustó su respuesta, e insistió:

—¿Y prometida? —y, a ver su expresión, la propia Brenda suspiró y añadió—: Ay, lo siento. Quizá pregunto demasiado...

—No —se apresuró a decir Alastair—. Tampoco tengo prometida.

Ambos sonrieron como dos tontos, cuando él, al pensar en su familia, musitó:

—En cuanto a mis padres..., murieron.

—Oh..., lo siento mucho, Alastair.

El escocés asintió y, recordándolos, musitó:

—Tenía once años. Vivía con mi familia en Wick, cuando una madrugada unos malditos vikingos entraron en casa y... —No pudo continuar.

Finalmente, tomó aire y añadió—: Dos de mis tres hermanos y yo salimos ilesos.

Horrorizada por lo que acababa de contarle, la joven no supo qué decir.

Con seguridad, si supiera que ella tenía sangre vikinga o que Demelza lo era, todo se complicaría.

Alastair reparó entonces en su expresión de desconcierto y preguntó:

—¿Has sufrido el ataque de esos desalmados?

—¿De quiénes?

—¿De algún vikingo? —insistió él.

La joven, acalorada de pronto, negó con la cabeza. Si él supiera...

—No hay vikingo bueno. Todos, sin excepción, merecen estar muertos.

Brenda parpadeó sin saber qué decir, cuando él, cambiando su gesto a otro menos agrio, explicó:

—Mis hermanos siguen viviendo allí con sus mujeres.

—¿Y?

—¿Y qué? —preguntó él.

El viento mecía caprichosamente los cabellos de la joven. Estaba observándolo anonadado cuando ella, todavía preocupada por lo que había oído, insistió:

—¿Y qué tal es tu relación con ellos?

Alastair suspiró. Hablar de aquello le resultaba complicado, y respondió:

—Se puede decir que inexistente.

Oír eso a la joven la horrorizó. Ella tenía cuatro hermanos varones a los que adoraba y, pensando en ellos, replicó: —Pues muy mal, Alastair. Son tu sangre y no deberías ignorar eso.

Sus palabras lo hicieron sonreír. Sus hermanos eran unos egoístas que sólo pensaban en sí mismos. Y, mirándola, susurró:

—Creo que el día que desaparecí de sus vidas fue uno de los más felices para ellos.

—¿Por qué dices eso?

Encogiéndose de hombros, el escocés comenzó a caminar.

—Cuando murieron mis padres y mi hermana Sheena, yo me quedé a su cargo. Primero se casó Rob y posteriormente Seth. Una vez casados, les molestaba el muchacho que yo era por aquel entonces, rabioso por el asesinato de sus seres queridos, por lo que decidí marcharme y encontrar mi camino con catorce años.

—Oh..., Alastair. Lo siento. Debes de haberte sentido muy solo.

El highlander, al que el tiempo había curtido, se encogió de hombros.

—Mis años de aprendizaje y de convertirme en un adulto fueron en la calle. Dormía en cualquier lado. Comía lo que podía, e incluso pensé que cualquier madrugada acabaría muerto en un callejón. Pero una noche apareció Aiden y, gracias a su generosidad y a la oportunidad que me dio dejándome unirme a su gente, mi vida cambió, hasta ser el hombre que soy hoy y que es dueño de una granja.

—¿Tienes una granja?

—Sí —repuso él, pero, sonriendo, indicó con sinceridad—: Actualmente es apenas una pocilga. Está sucia, desvencijada. Pero, con esfuerzo, trabajo y tesón, dentro de unos años será la mejor granja de ovejas de las Highlands.

—¡Oh...!, ¡qué bonito lo que dices!

Alastair la miró y, convencido de la belleza de aquélla, afirmó:

—Sí. Muy bonito.

En silencio estuvieron unos segundos, hasta que él dijo:

—Tras tus preguntas, has despertado mi curiosidad.

—¿Hacia qué?

—Hacia ti —afirmó el escocés.

Con delicadeza, la joven sonrió, pero, consciente de que no podía hablar con la misma sinceridad que él, repuso:

—No soy nada interesante.

—A mí me lo pareces.

Roja como un tomate, Brenda asintió, cuando Alastair añadió:

—Ahora el que quiere saber soy yo —y, sin andarse con rodeos, preguntó —: ¿Casada o con pretendiente?

Sentir y ver el interés de aquél, que tanto le gustaba, hizo sonreír a la joven, y, obviando la verdad, respondió:

—No y no.

El escocés sonrió satisfecho de saberlo.

—¿Tu hogar está en Inverness? —preguntó a continuación.

Consciente de la realidad que allí le esperaba, ella contestó sin pensar:

—No.

—¿Y por qué viajas hacia allí? —masculló él confundido.

Aturdida, y viendo el jaleo en el que se estaba metiendo ella sola, Brenda musitó:

—Por... porque de allí era mi familia.

—¿Era?

Con los ojos llenándosele de lágrimas en décimas de segundos, ella asintió y declaró con un gracioso puchero, sintiéndose fatal:

—Murieron... murieron hace años.

Alastair vio una lágrima rodarle por el rostro, y, conmovido por la pena, se la secó con un dedo mientras murmuraba apenado:

—Lo siento mucho..., mucho.

La joven, a quien llorar le resultaba fácil, disfrutó de su cercanía. Sin duda, esa magia era a lo que Britania se refería cuando le hablaba del amor, y ella quería algo así. Quería a su lado a alguien que la hiciera sentirse viva.

Estaba pensando en ello cuando él preguntó: —¿Qué les ocurrió?

Con la barbilla temblorosa, y no a causa del frío, Brenda farfulló sentándose en el suelo:

—Mis padres y... y mis hermanos murieron... cuando yo era pequeña por culpa de unas terribles fiebres.

Alastair arrugó la frente. Conocía a muchas familias a las que les había ocurrido lo mismo. Y, observando las delicadas manos de la muchacha, iba a decir algo cuando ella, percatándose de su mirada, se apresuró a aclarar:



—Servía en una buena casa de Inverness hasta que esos malditos hombres me apresaron y me... me...

Angustiado al ver su mirada, el escocés se sentó junto a ella y, tensando la mandíbula, susurró esperándose lo peor:

—¿Esos... esos hombres te hicieron daño?

Colorada como un tomate al comprender el significado de su pregunta, Brenda negó con la cabeza.

Tras unos segundos de silencio por ambas partes, al final Alastair, al sentir que aquella muchacha estaba tan sola como él, siguió indagando:

—¿Siempre has servido en esa casa de Inverness?

—No. —Y, al ver que esperaba más, recordando el pasado de Demelza en su hogar y las cosas que le había contado, añadió—: Anteriormente viví en una granja.

Eso lo sorprendió. En el último sitio que se imaginaba a aquella muchacha era en una granja, cuando ella, al ver cómo la miraba, tirando de inventiva e imaginación, creó su propia historia en lo referente a sus quehaceres en la granja. Cuando terminó, Alastair, maravillado porque el destino hubiera puesto en su camino a aquella muchacha, murmuró:

—Espero probar algún día ese queso que tan bien parece saber hacer.

Brenda asintió y afirmó con cara de circunstancias:

—Yo también lo espero.

Sus manos, apoyadas en el suelo, se rozaron, y Alastair, olvidándose de su contención, la miró a los ojos y, cuando el verde de los de ella le hizo entender que estaba tan cómoda como él, dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Es... en cierto modo una locura...

—Me gustan las locuras —aseguró ella sonriendo.

Hechizado por su magnetismo, y por lo que estaba a punto de decir, preguntó sin dudarle un segundo más:

—¿Y si, en lugar de ir a Inverness, varías tu rumbo y te vienes a mi granja a vivir?

Brenda parpadeó. El corazón le aleteó desbocado.

Aquello era lo ideal.

Aquello evitaría su boda y le daría opción de conocer más a aquel guapo y gallardo highlander. Y, nerviosa por su propuesta, musitó:

—Creo que... creo que...

—Estás sola y yo estoy solo —insistió él al verla dudar—. Sabes trabajar en una granja y yo necesito que...

Al entenderlo, la joven frunció el entrecejo y gruñó:

—¿Sólo me quieres porque he trabajado en una granja?

—A ver...

—¡Oh, Dios! Qué humillación.

Alastair resopló. Se estaba explicando mal. Y, cuando ella ya iba a levantarse del suelo ofuscada, le cogió la mano y dijo haciendo que lo mirara:

—No voy a negar que eso es bueno para mi granja. Pero también has de saber que me atraes, porque contigo es fácil hablar y reír, y reconozco que me gusta esa sensación. Además...

No pudo continuar. Brenda, con el corazón latiéndole a mil, y llevada por un impulso, se abalanzó sobre él y lo besó. Nunca había hecho aquello, y, a pesar de lo asustada que se sentía porque estaba besando por primera vez a un hombre en su vida, simplemente se dejó llevar. Como decía Demelza, debía vivir el presente.

Aquello que Alastair hacía con la boca, con la lengua, era maravilloso.

Inquietante. Perturbador. Y, pensando en su madre, el vello se le erizó. Si ella viera lo que estaba haciendo, la encerraría el resto de su vida en la torre de la fortaleza.

Un beso..., dos..., tres. Las manos de Alastair se paseaban con precaución por sus piernas mientras ambos sentían que se deshacían.

El deseo se había apoderado por completo de sus cuerpos, y, cuando Brenda agarró con sus manos la cabeza del highlander y le devoró la boca con avidez, Alastair la detuvo y la miró.

Si continuaba por ese camino y permitía que ella siguiera besándolo de ese modo, le sería imposible parar. Así pues, levantándose del suelo ante el gesto molesto de la joven, dijo seguro de que era lo correcto:

—Creo que deberías pensar sobre mi propuesta.

Atontada y abochornada, Brenda asintió. Besar a aquel hombre y sentir el calor de su cuerpo había sido lo más maravilloso e increíble que había experimentado en su vida. No obstante, como no quería parecer la inocente damisela que en realidad era, buscando esa fuerza que Demelza le mostraba que tenía, se levantó del suelo y aseguró mirándolo:

—Sí. Lo pensaré.

Una vez los dos estuvieron de pie, comenzaron a caminar. Esta vez, no tan separados como momentos antes. Y, cuando Alastair, sin dudarlo, le agarró la mano, ella no apartó la suya y, sin poder evitarlo, sonrió y afirmó:

—Creo que podría vivir en tu granja.

## CAPÍTULO 18

Esa tarde, cuando Brenda y Alastair llegaron al campamento, cada uno tomó una dirección. Él caminó hacia los hombres y la joven, hacia el lugar donde estaban las mujeres. Necesitaban aclarar sus confundidas ideas.

Hilda y Demelza hablaban cuchicheando, y cuando Brenda se acercó, las saludó:

—¡Ya estoy aquí!

Al oírla, las dos mujeres se volvieron y la pelirroja preguntó:

—¿Se puede saber dónde estabas?

Brenda sonrió y, suspirando, musitó:

—Paseando con el guapo Alastair, viviendo el presente ¡y muriendo de amor!

Hilda, al ver los ojos de aquélla y el acaloramiento que llevaba, levantó las manos al cielo.

—Me voy, no quiero oír algo que sé que me va a incomodar.

Una vez la mujer se marchó con paso seguro, Brenda parpadeó mirando a Demelza y cuchicheó:

—He besado a Alastair.

La pelirroja, incrédula por su osadía, se acercó más a ella y murmuró:

—Por Dios, Brenda, ¡¿qué has hecho?!

Encantada, la joven suspiró.

—Britania tenía razón... —susurró—, cuando besas a la persona idónea, algo dentro de ti te hace temblar y desear y... y... ¡Oh, Dios!

Al ver los gestos de aquélla y su azoramiento, Demelza preguntó:

—¿Ha pasado algo más?

La rubia negó con la cabeza, pero murmuró arrugando el entrecejo:

—No. Pero me he comportado de una manera terriblemente indecorosa.

—¡Brenda!

La aludida se dio aire con la mano.

—Oh, Dios... ¡Oh, Dios! Me he dejado llevar por el deseo. ¿No te parece emocionante?

Boquiabierta por lo que oía que le contaba aquella supuesta inocente jovencita, Demelza susurró:

—¿Te has vuelto loca?

—Sí —afirmó la joven.

—Ese... ese hombre..., no sabes si está comprometido o...

—Me ha dicho que no.

Demelza sonrió ante su seguridad. Brenda era demasiado inocente.

—Siento decirte que, por lo general, los hombres suelen mentir y mucho para conseguir los favores de una mujer —repuso.

La joven, horrorizada, bajó la voz:

—¿Tú crees?

Demelza miró entonces a lo lejos y vio al guapo Alastair riendo con uno de aquellos hombres.

—Lo creo —repuso—. ¡Claro que lo creo!

Brenda siguió la mirada de su amiga.

Le encantaba aquel hombre alto, de pelo claro como ella y preciosos ojos.

Y, aun sabiendo que su comportamiento no había sido el propio de una señorita, afirmó sonriendo:

—Yo también le mentí.

—¡Brenda!

—Yo... yo... le dije que no estoy prometida, que mi familia murió y que...

—Por Dios, Brenda, ¿cómo se te ocurre decir eso?

—No pude contarle la verdad —gruñó aquélla y, bajando la voz, cuchicheó—: Como tampoco pude decirle que tengo sangre vikinga y que tú lo eres también.

Demelza frunció el entrecejo al oírla.

—¿Y eso por qué tendrías que habérselo dicho?

Tocándose el pelo, y viendo lo enredado que lo tenía, la joven sacudió la cabeza y susurró:

—Me contó que sus padres y su hermana murieron a manos de unos vikingos cuando él era pequeño.

—¿Qué?! —inquirió Demelza.

Brenda asintió y, mientras observaba a aquélla servirse en un cazo un poco de agua, añadió:

—¡Odia a los vikingos!

—Habiéndole ocurrido eso..., normal, Brenda... ¡Normal!

La aludida gimió y a Demelza se le desbordó el vaso de agua. Aquello era terrible. Estaba pensando qué decir cuando la joven cuchicheó:

—Hay algo más...

—Por Odín... —gruñó bebiendo agua.

—Me ha pedido que me vaya a vivir a su granja con él y yo he aceptado.

La pelirroja se atragantó y, con el agua chorreándole por el pecho, murmuró:

—Pero... pero... ¡tu familia está viva!

—Lo sé.

—¡Estás prometida!

—¡No me lo recuerdes!

—¿Le has dicho al menos que te llamas Adnerb y no Brenda?

—¡No!

—Por Dios. Tienes sangre vikinga, ¿te has vuelto loca?

Consciente de su gran error, la joven asintió.

—Creo que sí. Totalmente loca.

—Pero... pero ¿cómo crees que reaccionará Alastair cuando se entere de todo eso? Por Dios, Adnerb...

—Baja la voz y llámame Brenda —pidió ella.

Demelza asintió, pero continuó:

—¿Dónde está tu conciencia?

Brenda se rascó la barbilla. Después, la mejilla, y cuando vio que

Demelza iba a gritar, musitó:

—Nos besamos. Me apreté contra él y... y..., pero él paró y... y... no continuó.

—Por Dios... —gruñó la pelirroja.

—¿Será que no le gusto lo suficiente?

Boquiabierta al oír eso, pensó en echarle una buena reprimenda. Pero ¿es que no tenía cabeza?

Sin embargo, viendo aquellos ojos dulces y esperanzados, finalmente sonrió.

—Brenda..., ¿qué voy a hacer contigo? Esa cabeza tuya llena de pajaritos románticos te traerá muchos problemas. ¿No puedes dejar de...?

—¿Qué no puede dejar? —preguntó Alastair, que se les había acercado por detrás con Hilda.

Al oír su voz, Brenda sonrió encantada y, tras arrebatarse el vaso a Demelza de las manos, respondió:

—Dejar de beber agua, o me desmayaré.

Una vez dicho esto, se bebió el resto del agua delante de todos y, acto seguido, afirmó:

—¡Qué buena está!

Alastair sonrió. Esa muchacha era pura alegría.

Pero Demelza, que quería cortar la situación antes de que se liara más, se apresuró a decir:

—Debemos irnos.

—Nooooo —susurró Brenda.

Hilda asintió, aquello sería lo mejor.

—Sí —apremió—. Hemos de partir.

Al oír eso, Alastair se inquietó y preguntó dirigiéndose a Brenda:

—Entonces ¿qué hay de lo que hemos hablado?

Brenda no supo qué responder. Y Demelza, dándose por enterada de todo, respondió mirando al highlander:

—¡Lo que habéis hablado es imposible! Nosotras llevamos prisa y debemos partir cuanto antes.

—¿Llevamos prisa? ¿Qué prisa? —se quejó Brenda.

La pelirroja maldijo, iba a matar a aquella lianta, cuando de pronto Aiden se acercó también a ellos.

—Tengo malas noticias para vosotras —anunció.

—¿Qué pasa ahora?! —gruñó Demelza.

Al oír su tono enfadado, Aiden parpadeó.

—Uno de mis hombres acaba de descubrir que todo lo que había en vuestro campamento ha desaparecido, junto con los dos caballos.

Al oír eso, Demelza maldijo. Eso lo complicaba todo, cuando Brenda murmuró en un tono que pareció incluso festivo:

—Mi caballo... ¡Qué fatalidad! ¡Muerdo de pena!

—¡Qué raro que no mueras de amor! —gruñó Demelza mirándola.

Alastair, sin tiempo que perder, dijo entonces mirando a su amigo:

—Está más que claro que las mujeres tendrán que continuar camino con nosotros.

—¡Ni hablar! —saltó Demelza.

Todos la miraron, cuando Aiden, que pensaba lo mismo que su amigo, indicó:

—Tres mujeres solas y un solo caballo no es una buena combinación.

Hazme caso.

—¿Y si tú nos dejas un par de caballos? —preguntó esperanzada.

Al oírla, el highlander sonrió.

—Creo que... no.

—¿Por qué?

—No tengo por qué darte explicaciones.

—Prometo devolvértelos una vez lleguemos a...

—No —la cortó él, viendo que tiritaba.

—¡Maldita sea! —gritó Demelza olvidando las formas y atrayendo todas las miradas—. ¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar todo a mí? —Y, mirando de nuevo a Aiden, insistió—: Pero, hombre...

—¿«Pero, hombre»? ¿Cómo que «pero, hombre»? —se mofó él sin poder evitarlo.

La joven maldijo de nuevo al oír eso y, cuando Hilda se disponía a decir algo, Aiden, sin pensarlo, tomó la mano de aquélla y pidió delante de todos:



—Vamos, acompáñame a Stirling.

—¿Yo...?

—Sí, tú, y, por favor, contén tus impulsos.

Sin entender lo que aquél pretendía, Demelza se disponía a zafarse de su mano cuando él siseó mirándola:

—Y deberías ser agradecida, porque os vamos a ayudar.

—Ni que os necesitáramos.

—Nos necesitáis —corrigió Aiden con seguridad.

Demelza cogió aire y se dejó llevar. No era una buena idea ir a Stirling.

¿Y si alguno de los hombres que la buscaban la veían?

Y, cuando llegaron hasta los caballos y ella fue a montar en su yegua, Aiden dijo:

—Iremos sólo con *Haar*.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, y no me cuestiones más.

Demelza iba a protestar cuando aquél, de un salto, se subió en su caballo y, dándole la mano, dijo ignorando las miradas de sus hombres:

—Vamos.

Consciente de cómo todo el mundo en el campamento los observaba, ella hizo lo que le pedía sin rechistar.

## CAPÍTULO 19

Una vez llegaron junto a los caballos, cuando el escocés la aupó sentándola delante de él, Demelza le susurró:

—Me estáis enfadando..., *señor*.

A Aiden le hizo gracia oírle decir eso, pero no sonrió y, mirando a Alastair, indicó:

—Atad a la yegua. Regresaremos antes de que anochezca.

Una vez *Haar* comenzó a trotar y se alejaron del campamento, Demelza se volvió para mirar a Aiden y protestó:

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—¿Por qué tengo que acompañarte a comprar? Y menos aún entiendo que no nos dejes dos caballos que te devolveremos.

—En cuanto a lo de acompañarme —respondió Aiden—, he de comprar algo de mujer y tú me puedes ayudar. Y sobre los caballos, ¿he de fiarme de ti cuando no paras de mentir?

A Demelza le molestó enterarse de aquello.

¿Cómo que comprar algo de mujer?

Y, mirándolo, siseó mientras sentía una punzadita de celos:

—¿Acaso he de elegir un regalo para tu mujer?

—No estoy casado.

—¿Para tu prometida?

Aiden no respondió, y ella, dando por seguro que así era, añadió:

—Y en cuanto a lo de las mentiras...

—Mejor cállate —sentenció él.

En silencio llegaron hasta Stirling. No estaba lejos, y, tras recorrer sus calles, llegaron a una tienda. Aiden detuvo el paso de *Haar* y desmontó.

—Es Aiden McAllister, el hermano de Jesse *el Malo* —comentó alguien que pasaba por su lado.

Al oír eso, Aiden no levantó la cabeza; estaba acostumbrado a aquella etiqueta. Pero Demelza, que lo había oído también, una vez desmontó ayudada por aquél, preguntó mirándolo:

—¿Quién es tu hermano?

Sin muchas ganas de hablar de él, Aiden repuso:

—Vamos. Entremos en la tienda.

Una vez dentro, Demelza miró a su alrededor molesta porque no le hubiera contestado. Allí había hermosos vestidos de colores, corpiños, ropa interior. Estaba admirando el género cuando la propietaria se acercó a ellos y, tras mirar a la pelirroja de arriba abajo, sonrió y saludó dirigiéndose al hombre que la acompañaba:

—Aiden McAllister...

Su tono zalamero hizo que Demelza levantara una ceja. Estaba claro que aquellos dos se conocían. Con una sonrisa, él se acercó a la mujer y, tras besarle la mano lentamente, musitó:

—Qué bueno verte de nuevo, Forbia.

Ella sonrió y contestó guiñándole un ojo:

—Me dijeron que estabas por aquí, y me extrañó no verte.

Sin perder detalle, la joven pelirroja los observaba, cuando él respondió:

—La próxima tal vez.

—Será un placer. Ya sabes dónde encontrarme.

Boquiabierta y en cierto modo molesta por lo que aquéllos se decían con la mirada, Demelza se cruzó de brazos, y Aiden, que se percató de ello, se apresuró a decir:

—Forbia, necesito algunas prendas de abrigo.

—¿Para ti o para tus hombres?

—De mujer.

La aludida asintió e, ignorando a Demelza, que la miraba con gesto ceñudo, dijo:

—Tengo algo..., sígueme.

Aiden echó a andar y, al ver que Demelza no lo hacía, la apremió:

—¡Vamos!

Incapaz de callar, la muchacha lo miró enfadada a los ojos y preguntó:

—¿Ella no te llama «señor»?

—Depende del momento —replicó él divertido.

A la joven le pareció indignante su respuesta, pero no pudo quejarse, pues Aiden la asió de la mano nuevamente y la instó:

—Sigámosla.

Tras entrar en un pequeño taller, donde había infinidad de pieles, Forbia cogió una prenda y preguntó:

—¿Es lo suficientemente buena para esa persona?

Aiden cogió la prenda de abrigo y, poniéndosela por encima a Demelza, preguntó:

—¿Qué te parece?

Complacida por la piel que le resguardaba el cuello, ella cerró los ojos.

Aquel tacto le recordaba al de una prenda que había tenido en el pasado.

—Abrigado y bonito —señaló abriendo de nuevo los ojos.

—Escoge tres —sonrió el highlander—. Uno para ti, otro para Hilda y otro para Brenda. Hace frío, demasiado para estar en primavera, y no podéis ir sin abrigo o enfermaréis.

Boquiabierta, ella volvió a acariciar la prenda que tenía sobre los hombros.

Eran caras, por lo que musitó:

—No... no sé cuándo podré devolverte lo que cuesten.

Aiden asintió. Le encantaba desconcertarla. Sólo en momentos así, él sentía que dominaba por completo la situación.

—No te preocupes —musitó cuando Forbia se alejó unos pasos—.

Considéralo un regalo.

Oír eso inquietó a Demelza, pues sabía perfectamente que nada en la vida era gratis.

—No quiero un regalo envenenado —aclaró mirándolo.

Aiden la miró a su vez. ¿De qué estaba hablando?

—No sé qué pretendes, pero que te quede claro que este regalo no va a hacer que yo caliente tu lecho —matizó ella.

Boquiabierto por lo que acababa de decir, él se le acercó e insistió, consciente de que mentía:

—Las tres viajáis conmigo, ¿acaso crees que es agradable ver cómo tembláis de frío? Y, en cuanto a lo que dices, tranquila, mujer, tú no eres lo que yo deseo.

Al oír eso, algo en el interior de la joven se quebró. Sentir su rechazo cuando siempre era ella la que rechazaba era algo raro, extraño, pero, levantando el mentón, afirmó:

—Me alegro de que todo quede aclarado, pues.

Aiden suspiró y, sin querer pensar más en ello, preguntó con mofa:

—¿Te parece bien que nos llevemos estos tres?

Demelza asintió, y entonces Forbia, feliz por la buena venta, asió a Aiden del brazo con demasiada confianza y dijo:

—Acompáñame y zanjaremos la compra.

Según dijo eso, Demelza se volvió a mirarlos y, sin retener su lengua, preguntó:

—No iréis a hacer ahora lo que yo creo, ¿no?

Forbia pestañeó y él preguntó divertido:

—¿Y qué es lo que crees?

La pelirroja, al ver su gesto guasón, negó con la cabeza.

—Olvídalo —musitó, y, acalorada por el modo en que aquél la miraba, sintió que necesitaba aire, y dijo saliendo con las pieles en las manos—: Esperaré fuera con tu caballo.

No obstante, Aiden la detuvo. No se fiaba de ella.

Cuando sus ojos se encontraron, Demelza leyó en ellos lo que el highlander pensaba y matizó segura de ello:

—Nunca me iría sin Hilda, Brenda y *Unne*. Tranquilo, no pienso escapar.

—Por tu bien y por el de ellas, más vale que no lo hagas —repuso él.

Segura de que no lo haría, la joven salió al exterior.

El frío del lugar le caló los huesos y rápidamente se cubrió con la piel que Aiden le había comprado. Era suave y calentita. Pero, una vez lo hizo, mientras se acercaba a su caballo, gruñó:

—Con todo lo que tengo que hacer y aquí estoy..., perdiendo el tiempo.

Con brío, colocó sobre *Haar* las pieles para Hilda y Brenda, cuando de pronto se fijó en un tipo que la observaba a escasos pasos de ella. Sus miradas se encontraron y, al ver cómo le sonreía, supo que la había reconocido. Otro enviado de Viggo.

Demelza miró alrededor en busca de una vía de escape. La gente caminaba tranquilamente por la calle, Aiden estaba dentro del comercio, y aquel tipo se acercaba a ella.

¿Qué podía hacer?

Si se marchaba de allí, el highlander creería que había faltado a su palabra, y lo último que deseaba era que les ocurriera algo a Hilda y a Brenda. Así pues, decidió no moverse. Se encargaría de aquel hombre allí mismo.

Con premura, sacó la daga que llevaba en la cintura, la necesitaría. Y, dispuesta a enfrentarse a aquél, se situó junto a *Haar* cuando el hombre dijo mientras se le aproximaba:

—Laug Iversent...

Oír aquel nombre que tanto odiaba tensó su cuerpo, e, incapaz de dejar de mirar a aquel tipo, la joven siseó:

—Me llamo Demelza.

El hombre sonrió y, dispuesto a ser él quien se llevara la recompensa que prometían por la muchacha, afirmó:

—Tu nombre no me interesa, pero sí lo que ofrecen por ti.

Ella sacudió la cabeza asqueada y replicó, segura de sí misma:

—Dudo que consigas esa recompensa.

Aquél miró entonces la daga que ella sujetaba en las manos y soltó:

—Tienes dos opciones: venir conmigo por las buenas, o hacerlo por las malas.

Demelza sonrió al oír eso y, sin dudar, contestó:

—Elijo por las malas.

Asombrado por su osadía, el hombre desenvainó su espada con rapidez, pasando ésta a escasos milímetros de su rostro. Demelza maldijo. Estaba en inferioridad de condiciones y, necesitada de que aquél la soltara, sorprendiéndolo, levantó la pierna para darle una patada en la mano. La espada rodó por el suelo y ella la alejó de un puntapié.

El hombre, al ver aquello, incrédulo por su destreza, la miró, y ella, sonriendo, musitó al observar cómo la gente se paraba a mirarlos:

—Igualdad de condiciones, ¿no?

Enfadado y desprovisto de su espada, sacó su daga para lanzarse sobre ella. Demelza lo esquivó, pero al siguiente envite los dos acabaron rodando por el suelo. El tipo era bueno luchando, pero ella era mejor. Su padre le había enseñado *glima*, el arte de la lucha libre vikinga, y, como era de esperar, supo defenderse a la perfección.

Un golpe, dos... El hombre, desesperado, no lograba hacerse con ella. La joven era rápida, fuerte, astuta, y la gente los jaleaba.

Hasta que, de pronto, la puerta de la tienda se abrió y salió Aiden, que se demudó al ver el espectáculo.

—Pero ¡¿qué demonios pasa aquí?! —siseó.

Al verlo aparecer, el tipo quiso marcharse, pero Demelza lo sujetó.

—No vas a escapar. Ahora no.

Entonces, él le dio un empujón a la pelirroja, que cayó al suelo, y, sin dudarlo, huyó despavorido. La joven se levantó furiosa y se disponía a correr tras él cuando Aiden la sujetó por la cintura.

—Pero ¿adónde vas, fierecilla?

—Lo voy a matar —siseó ella frenética por el último golpe recibido.

Aiden, que no entendía nada, miró al hombre que se alejaba. Si corría podría cogerlo y, cuando iba a hacerlo, de pronto ella lo detuvo. Demelza calculó que, si lo cogía, el tipo le contaría quién era ella y todo se complicaría mucho más. Boquiabierto al sentirse agarrado, Aiden la miró, cuando la joven dijo con la respiración entrecortada:

—Olvidémoslo. Quería robarme las pieles, pero no lo ha conseguido.

Desconcertado por su cambio de opinión, él se detuvo. Y, viendo la sangre que la muchacha tenía en el labio y su ropa manchada de barro,

preguntó preocupado:

—¿Estás bien?

Ella asintió ofuscada. Debía tener más cuidado en adelante.

En ese momento, Aiden miró a la gente que los observaba y gritó:

—¿Por qué nadie la ha ayudado? ¿Acaso no veis que es una mujer?

Sin responder, cada uno continuó su camino, mientras el highlander maldecía colérico y la joven, sin muestra de dolor ni de preocupación, se quitaba la sangre del labio y después el barro y, para tranquilizarlo, afirmaba como si nada hubiera ocurrido:

—Tranquilo, estoy bien y no necesito la clemencia de nadie. El que quizá no esté muy bien sea el tipo que se ha marchado. Creo que le he atizado fuerte.

Oír eso y ver la fortaleza de la joven lo hizo preguntar:

—Pero ¿es que tú no sabes vivir sin problemas?

Demelza se encogió de hombros y, al ver cómo la miraba él, repuso:

—Tranquilo, highlander. Sé defenderme solita.

Aquella independencia...

Aquella rebeldía...

Todo en ella era atrayente, demasiado para él. Pero Demelza, para evitar preguntas incómodas o reproches, recordando lo vivido minutos antes en la tienda, cuchicheó con sorna:

—Quizá no sea ni tan inocente ni tan desvalida como tú crees.

—Ah, ¿no?

—La verdad, es algo que no te incumbe.

A cada instante más boquiabierto, él asintió y, a continuación, propuso:

—Vayamos a beber algo.

—No.

Entrar en una taberna con hombres no era bueno para ella, quizá alguien más podría reconocerla, por lo que repuso:

—Ve tú. Yo te espero aquí con *Haar*.

Aiden arrugó el entrecejo. No pensaba dejarla sola. Y, cogiéndola del brazo, indicó:

—Vamos, acompáñame antes de que te metas en un nuevo jaleo.



## CAPÍTULO 20

Al entrar en la taberna, todos los miraron, y Demelza, como pudo, escondió su rostro entre las pieles, algo que no le pasó desapercibido a Aiden, que calló y no preguntó. Tarde o temprano terminaría descubriendo qué ocurría.

Los parroquianos, al verlos, y conocedores de quién era aquel Aiden McAllister, comenzaron a cuchichear. Y, una vez se sentaron, Demelza le preguntó sin poder evitarlo:

—¿Quién era tu hermano? ¿Y por qué todos te miran con miedo?

Al oírla, Aiden la miró y, seguro de que se estaba haciendo la tonta, preguntó:

—¿Qué sabes tú de él?

La joven, que no sabía absolutamente nada de ese Jesse *el Malo*, se encogió de hombros y, tras beber de la cerveza que ante ella había puesto el tabernero, cuchicheó:

—La verdad es que nada. Pero llama mi atención la precaución en los ojos de la gente al mirarte.

—¿Nunca has oído hablar de Jesse *el Malo*?

Ella negó con la cabeza y, sorprendido, él explicó mientras veía entrar a unos hombres en la taberna:

—Mi hermano fue alguien tan poco recomendable como un maldito vikingo. Alguien que no respetaba lo ajeno, que no pensaba y que, por desgracia, consiguió que muchos sigan creyendo que yo soy igual.

Aquella apreciación en cuanto a los vikingos le retorció las tripas. ¿Por

qué lo malo siempre era vikingo? Pero, callando esa parte, Demelza preguntó:

—¿Tu hermano sigue vivo?

A Aiden lo incomodaba hablar sobre él, por lo que, señalando la cicatriz que ella tenía en la mejilla, repuso:

—Cuando me digas cómo te hiciste eso, yo te contaré lo que me preguntas.

Demelza sonrió sin saber por qué y replicó:

—Reconozco que ahí has estado rápido.

Boquiabierto por el modo en que lo desconcertaba aquella mujer, Aiden iba a hablar cuando uno de los hombres que acababan de entrar en la taberna dijo en voz alta:

—Os pido un segundo de atención a todos.

A continuación, todos los presentes callaron para escuchar lo que el hombre canoso y barbudo tenía que decir.

—Busco a mi hija, *lady* Ad... *lady* Brenda McAllan. Tiene un precioso y largo cabello rubio que cuida con primor, los ojos verdes como esmeraldas y la piel clara. Es más o menos así de alta —indicó señalando su propio hombro—, y cabalga a lomos de un caballo negro con una mancha blanca en un cuarto trasero. Lleva desaparecida de nuestro hogar más de diez días, y aquel que pueda darme algo de información será muy bien recompensando.

Al oír eso, Demelza sintió que un extraño calor le recorría el cuerpo, y más aún al notar la mirada de sorpresa de Aiden.

Entonces, un hombre se colocó junto al que había hablado antes y añadió:

—Y, como prometido de *lady* Brenda, yo también lo recompensaré.

Al saber que aquél era el hombre del que su amiga huía, Demelza se sintió más acalorada todavía. Nada más verlo se le revolviéron las tripas. No sólo era viejo y poco agraciado, sino que encima poseía una mirada que, como habría dicho su propio padre, no deparaba nada bueno.

Aiden, sin apartar los ojos de ella, que lo miraba con gesto consternado, murmuró:

—Esos hombres, ¿no estarán hablando de...?

—Nooooooooooooooooo...

El highlander no la creyó.

—La descripción que han dado de ella es más que evidente y...

—Mujeres rubias de ojos verdes y tez clara hay muchas.

—¿Y que vayan a lomos de un caballo negro con una mancha blanca en uno de sus cuartos traseros y que no paren de hablar de su pelo también?

—Pues sí —afirmó ella buscando una salida.

El escocés resopló.

¡Una nueva mentira!

Pero ¿en qué lío estaban metidas? Y, observando cómo los ojos de aquélla cambiaban de color, insistió bajando la voz:

—Demelza...

—¡¿Quéee?!

La osadía de aquella muchacha parecía no tener límites.

—Quiero la verdad —masculló Aiden.

—No sé de qué verdad hablas.

Molesto y seguro de su intuición, él resopló.

—No quiero enfrentamientos con nadie. Si esa muchacha es...

—¡Que no! —gruñó ella, observando con disimulo cómo algunos aldeanos se acercaban al hombre barbudo para interesarse.

Aiden no la creyó. Y, asiendo su mano, tiró de ella para que lo mirara y siseó:

—Esto no es juego, pelirroja. ¡Habla!

Angustiada por lo que sabía de Brenda y por la necesidad de hacer algo al respecto para que aquélla no terminara casada con aquel tipo tan deplorable, al ver que uno de aquellos hombres se dirigía hacia ellos, Demelza se levantó de pronto de su silla, se sentó sobre las rodillas de Aiden y, con desesperación, lo besó para acallarlo.

Confundido por su arranque, el escocés parpadeó y, cuando fue a separarse, ella murmuró sobre su boca:

—Lo deseas. Bésame.

—¡¿Qué?!

—Que me beses —insistió.

Boquiabierto, él murmuró entonces conteniendo sus impulsos:

—Te lo dije antes. No eres lo que deseo..., pelirroja salvaje.

Ella cerró los ojos. ¿Por qué tenía que llamarla de ese modo?

Y, consciente de que tenía que hacer algo para distraerlo, musitó confundida al sentirlo tan cerca:

—Yo sí te deseo.

—¿Así, de pronto?

—Sí.

Aiden no tuvo duda de que ella estaba actuando de ese modo para que dejara de preguntarle. No era tonto. Y, sintiendo cómo su cuerpo comenzaba a rebelarse contra él, afirmó:

—Mi hermano ya me dejó en herencia bastantes enemigos como para que yo mismo, por tu inconsciencia, me busque más.

—Eres tozudo..., pero yo lo soy más —insistió ella.

—Demelza...

Oír su nombre pronunciado por aquella sinuosa boca, en un tono tan íntimo, le puso todo el vello de punta a la joven, y, deseosa por primera vez en su vida de ser besada, rogó:

—Juro por mi vida que luego te contaré lo que sé, pero ahora ¡bésame!

Incapaz de negarse un segundo más a lo que ésta le exigía, el highlander acercó de nuevo su boca a la de la tentadora joven y la besó. Capturó sus labios con auténtica avidez. Disfrutó de un suave a la par que salvaje beso lleno de deseo y, cuando se apartó, mirándola a los ojos, iba a hablar cuando alguien dijo a su lado:

—Disculpad, señor.

Al oír eso, molesto por la interrupción, Aiden miró al joven que estaba frente a ellos. Tenía los mismos ojos que Brenda, y preguntó: —¿Qué ocurre?

El muchacho, tras mirar a Demelza con admiración, sonrió y repuso:

—Señor, buscamos a mi hermana. Tiene una preciosa cabellera rubia que cuida con mimo, posee unos maravillosos ojos verdes, monta un caballo negro con una mancha blanca en su cuarto trasero y es así de alta —indicó señalándose la barbilla—. Desapareció hace días y no sabemos nada de ella, ¿habéis visto a alguna joven de sus características?

Aiden negó pesaroso con la cabeza.

—Lo siento, pero no la he visto.

El joven suspiró con gesto cansado y, cuando ya se volvía para marcharse, Aiden preguntó:

—Si me enterara de algo o la viera, ¿adónde tendría que llevarla?

Al oírlo, Demelza le dio un fuerte pisotón que él aguantó estoicamente.

—A Inverness. A la fortaleza McAllan —indicó el hombre más corpulento, acercándose también—. Soy Callum McAllan, el padre de la muchacha. Si la encontráis y la devolvéis a casa, seréis gratificado.

Aiden asintió y dijo tendiéndole la mano:

—Descuidad. Si la encuentro en mi camino la llevaré a vuestro hogar sin necesidad de gratificación. Hemos de ayudarnos entre nosotros.

Aquello llamó la atención del highlander de barbas blancas y, tendiéndole la mano, preguntó:

—¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Con Aiden McAllister —indicó asiendo la mano de aquél.

Según dijo eso, la mirada del hombre cambió, y preguntó:

—¿El hermano de...?

—Sí —lo cortó él con seguridad.

Callum McAllan sonrió al ver su reacción y, con una calma que sorprendió a Aiden, musitó:

—Tranquilo, muchacho. Todos tenemos un pasado. En ocasiones agradable y en otras no tanto, pero debemos asumirlo. Por cierto, tenemos un amigo en común: Kieran O'Hara. Él me ha hablado de tu buen hacer con los caballos.

El gesto de Aiden se destensó, cuando aquél, mirando a la joven que permanecía callada a su lado, dijo:

—Señorita, permitidme deciros que tenéis una mirada muy bonita y unos ojos... muy especiales.

Demelza asintió con una sonrisa. No podía hablar. Si lo hacía, aquél se percataría de que tenía el mismo acento que su desaparecida madre, y Aiden se enteraría de demasiadas cosas en poco tiempo.

Finalmente, Aiden, apartando a la muchacha, se levantó y, alejándose un par de pasos, comenzó a hablar con aquél. Demelza comenzó a ponerse

nerviosa, cuando oyó a su lado:

—Señorita, ¿vos no habéis visto a mi hermana?

Ella se apresuró a negar con la cabeza. Era el muchacho de antes, que, sentándose a su lado, murmuró bajando la voz:

—Bonito anillo.

La joven, al ver en su mano el anillo que Brenda le había regalado, rápidamente la metió bajo la piel, cuando él, mirándola, insistió:

—Soy Gordon. Por favor, sólo dime si ella está bien.

Sin saber por qué, la mirada desesperada de aquel muchacho le hizo saber que podía confiar en él y Demelza asintió con la cabeza. Entonces, Gordon sonrió y añadió:

—Dile que la añoro y que sigo buscando una solución para que no se case con Brochan.

Dicho esto, el chico se levantó, justo en el momento en que el prometido de Brenda se acercaba a ella y, mirándola con cierto descaro, le preguntó:

—¿Eres de aquí?

Demelza negó con la cabeza.

—¿Has visto a la muchacha por la que preguntamos por algún lado?

De nuevo, la joven negó.

En ese instante, Aiden miró en su dirección. ¿Por qué no hablaba?

Y, al ver cómo aquel tipo la observaba, regresó junto a ella, volvió a sentarla con posesión sobre sus piernas y declaró con gesto protector:

—No. No la hemos visto.

—Hemos de seguir la búsqueda —murmuró el padre de la muchacha, mirando a Brochan con seriedad.

—¿Hacia dónde os dirigís? —se interesó Aiden.

—Hacia Edimburgo. Un placer conocerte, McAllister —declaró el padre de la muchacha.

—Lo mismo digo, McAllan —afirmó él con autoridad.

Segundos después, aquellos hombres desaparecieron de la taberna y Aiden, sin permitir que ella se levantara de sus piernas, la sujetó con fuerza y siseó mirándola:

—No sé por qué no has abierto esa boca que tanto utilizas para mentir,

pero ahora ya puedes abrirla, y, por tu bien, no quiero ni una sola mentira más.

## CAPÍTULO 21

Esa noche, mientras las mujeres hablaban entre ellas en el campamento, Aiden informaba a Alastair de lo que había descubierto en lo referente a la búsqueda de Brenda, sin imaginar que Demelza no se lo había contado todo.

Tras relatarle lo que sabía de su huida, evitando hablar de su sangre vikinga, se inventó que ella y Hilda habían sido llevadas en su contra desde una granja de las Orcadas hasta el lugar donde las encontraron. Eso hizo suponer a Aiden el motivo de ese acento raro, cosa que Demelza no desmintió.

Alastair no daba crédito a lo que su amigo le contaba. Brenda lo había engañado como a un tonto. Le había mentado. Y, boquiabierto, preguntó:

—¿Lady Brenda McAllan?

—Sí, amigo.

—¿Tú conocías a su padre?

—No —repuso Aiden—. Nunca había oído hablar de él.

Sorprendido y molesto a partes iguales, miró a su amigo e insistió:

—El día que las liberamos, ella dijo que era una *lady* y yo no la creí.

Aiden asintió con la cabeza. Lo recordaba. Pero en su defensa musitó:

—No tenían pinta de *ladies*.

Sin dar crédito, Alastair maldijo. Todo, absolutamente todo lo que aquella mujer le había contado era mentira, y, dejando a un lado la parte familiar, insistió:

—¿Y dices que está prometida?



—Eso parece —afirmó Aiden.

Alastair asintió molesto. Le había tomado el pelo como a un tonto. Y, mirando a su amigo, gruñó:

—Esa mentirosa me dijo que su familia había muerto y... y yo, como un idiota, la creí. Creí todas las mentiras que me contó.

—Alastair, escucha...

Pero aquél, enfadado como nunca antes en su vida, lo cortó y sentenció:

—Tenías razón..., esas mujeres son un gran problema.

Dicho esto, Alastair bramó furioso. Odiaba que lo tomaran por tonto y, sin lugar a dudas, eso era lo que aquélla había hecho.

De repente, dio media vuelta y salió de la tienda furioso. Aiden, al verlo, se levantó de donde estaba sentado y lo llamó:

—Alastair...

Pero él no se detuvo. Siguió caminando, y Aiden, poniéndose a su lado, gruñó:

—¿Qué narices vas a hacer?

—Decirle lo que pienso.

—No lo hagas...

—¿Por qué?

Aiden, que nunca había visto a su amigo así de enfadado con una mujer, musitó:

—Piensa en lo que te he contado.

—Me ha mentido.

—Esa muchacha huye de...

—¡Me da igual de lo que huya! Me ha mentido —insistió él.

—Te arrepentirás. Piénsalo.

—Lo dudo —afirmó Alastair con seguridad.

Y, acercándose hasta donde estaban las mujeres, se situó frente a la joven de los ojos verdes y el pelo rubio, que lo miró entre temblores, y le soltó con mofa:

—¿Lady Brenda McAllan?

Consciente de lo ocurrido, porque Demelza se lo había contado, la joven suspiró.

—Sí...

—¿Y cómo no lo dijiste antes?

Al oírlo, y viendo el gesto hosco de aquél, ella respondió:

—Lo dije. Pero no me creíste y me ordenaste callar, ¿o no lo recuerdas?

El highlander lo recordaba, claro que lo recordaba. Y, enfadado consigo mismo, se acercó a ella y, asiéndola del brazo, la separó del grupo y musitó:

—Eres una mentirosa. Una gran mentirosa.

—Lo... lo siento, pero...

—No me valen tus excusas...

—Pero, Alastair...

—¡He dicho que ya no me interesan! —Y, apartándose de ella, gruñó—: No sólo tus padres y tus hermanos están vivos, sino que estás prometida. ¿A qué juegas?

Angustiada por el modo en que él la miraba, la joven no supo qué responder, cuando él, recordando las palabras, los besos y las caricias de aquella tarde, siseó:

—Si tu prometido se enterase de ciertas cosas, creo que...

—¡Alastair! —lo cortó ella.

—¿Acaso te vas regalando siempre por ahí con esa frescura?

Brenda, que no estaba acostumbrada a todo aquello, y consciente de su conducta inapropiada con aquél, miró a Demelza en busca de fuerza y, al ver su expresión, que le pedía templanza, murmuró:

—Alastair, en cuanto a eso, he de decirte...

—Lady Brenda... —la cortó separándose de ella—, ¡mejor cállate!

—Ya estamos otra vez con el «¡cállate!».

El highlander resopló. La muchacha lo sacaba de sus casillas.

—A ver —continuó ella—, escúch...

—No. Escúchame tú a mí. No eres quien me hiciste creer. Y, sabiendo que ofrecen una sustanciosa gratificación a quien te encuentre y te lleve de regreso a tu hogar, he pensado hacerlo. Ese dinero me vendrá muy bien para hacer mejoras en mi granja.

Oír eso a la joven le rompió el corazón, y, aun sabiendo que su hermano Gordon había encontrado una solución a su problema, temblando, musitó:

—No serás capaz...

—Lo seré...

—¡No!

—Sí. Claro que sí —afirmó él enfadado—. Si hay algo que odio en esta vida es a los mentirosos y a los vikingos.

—¡Bendito sea Dios! —murmuró asustada Hilda.

Brenda, desesperada, y consciente de que aquél seguía sin saber cierto detalle de ella, insistió:

—Pero...

—He dicho que no quiero escucharte —bramó cortándola de nuevo.

Y, molesto con el mundo en general por el sinfín de cosas que de pronto sentía y no entendía, dando otro paso atrás, siseó:

—A partir de este instante, mantente alejada de mí hasta que lleguemos a Inverness y te deje allí.

Y, dicho esto, se dio media vuelta y comenzó a alejarse en dirección a Aiden.

—¿Qué hago? —preguntó ella volviéndose hacia Demelza.

—¡Mátalo!

—¡Demelza! —protestó Brenda.

La aludida sonrió.

—¿Por qué no lloras ahora? —preguntó entonces Hilda.

Brenda, tan sorprendida como ella, musitó:

—No lo sé. ¡Estoy tan confundida que no me salen ni las lágrimas!

—Pues llora —musitó la pelirroja con mofa—. Haz eso que me has enseñado de pensar en algo triste para que las lágrimas inunden tu rostro o métete un dedo en el ojo..., sin duda eso te hará llorar.

Desesperada, Brenda dio un zapatazo en el suelo, cuando Hilda, dirigiéndose a ella, cuchicheó:

—Finge las lágrimas, dramatiza. Ahora es el momento, muchacha.

Brenda asintió, se le daba muy bien dramatizar, y, tras cerrar los ojos y pensar en algo triste, se volvió hacia el hombre que la tenía paralizada y gritó hecha un mar de lágrimas:

—Alastair Matheson, ¡no puedes hacerme eso!

Al oírlos, los dos highlanders la miraron, y a Alastair se le cayó el alma a los pies. Ver a aquella joven con el rostro inundado de lágrimas no le resultó en absoluto agradable, y, sintiendo que su enfado comenzaba a tambalearse, murmuró:

—Lady Brenda, no me...

—Alastair, si te besé fue... fue... porque me gustas. Yo no me regalo a nadie como has dado a entender. Y... y tú... eres... especial..., diferente, y...

¡Oh, Dios...!, ¡qué avergonzada estoy!

Su confianza templó al escocés, era agradable oír eso.

—Temía contar la verdad —insistió ella—. Y si escapé de casa fue porque no quiero casarme con ese... con ese hombre... No lo amo..., ¡no puedo casarme con él! Prefiero recluirme en un convento el resto de mi vida a que ese hombre pose sus horribles manos sobre mí. Y, cuando tú me pediste que te acompañara a tu granja, yo...

—¿Le pediste que te acompañara a tu granja? —preguntó Aiden sorprendido.

Alastair no respondió, y Demelza afirmó mirándolo:

—Vaya..., veo que no sólo Brenda omite información.

Ofuscado, Alastair gruñó:

—¿Qué tal si cierras la boca?

—¿Qué tal si la cierras tú? —replicó ella sin temor.

La fiera mirada de aquellos dos hizo que Aiden se moviera e, interponiéndose entre ambos, murmurara:

—Basta ya.

Brenda, al ver el lío que había organizado, soltó un lastimero gemido que les rompió el corazón a todos.

Entonces, Alastair se acercó rápidamente a ella. Estaba claro que esa muchacha había llamado su atención, y su corazón aleteaba desbocado cuando la veía. Pero cuando fue a agarrarla de los hombros para que lo mirara, de pronto se detuvo. No. No podía dejarse vencer por unas lágrimas.

Se negaba.

Ella estaba prometida con otro y no había nada más que hablar. Así pues, dando un paso atrás, volvió a ser el hombre frío que debía ser, e indicó

mirando a Aiden:

—¿Puedo contar contigo para que al menos *lady* Brenda esté vigilada? No quiero perder la gratificación que dan por ella.

—Alastair, ¡no! —gritó la aludida, esta vez llorando de corazón.

Demelza lo miró sin dar crédito, cuando Aiden dijo:

—Alastair, creo que no deb...

—Aiden —lo cortó él, y, haciendo caso omiso de las lágrimas en los bonitos y dulces ojos de Brenda, insistió—: Yo traje a esta mujer al campamento y yo la entregaré, te guste o no.

Su amigo asintió. Alastair no solía proceder de ese modo, y seguramente cuando descansara cambiaría de parecer. Por ello, y no deseando enfadarlo más, miró hacia un lado cuando Demelza dijo:

—No os atreveréis...

Aiden levantó una ceja al oírla. El reto constante de aquélla lo estaba enfadando más y más a cada segundo, y, dispuesto a hacerle ver quién mandaba allí, dijo mirando a uno de sus hombres:

—Gareth, avisa a Moses e id a por vuestras cosas. Haréis guardia esta noche frente a la tienda de las mujeres y las vigilaréis como se vigila a un vikingo... —y, mirando a Demelza, finalizó—: con extrema prudencia.

Su hombre asintió y se alejó deprisa. Mientras tanto, Demelza maldecía para sus adentros. Cada vez que mencionaban a los vikingos se ponía enferma.

—Gracias, amigo —dijo Alastair, que, sin mirar a Brenda, se marchó de allí. Necesitaba alejarse de ella.

La muchacha rubia, hecha un mar de lágrimas por el dolor que le ocasionaba lo que acababa de oír, entró en la tienda seguida por Hilda.

Y, cuando Demelza vio que sólo quedaban ella y Aiden, protestó:

—¿Acaso pretende tenernos cautivas?

Sin mudar su gesto hosco, el escocés replicó en tono imperativo:

—Tú puedes marcharte cuando quieras. Pero, lo referente a *lady* Brenda, es Alastair quien lo ha decidido así.

—¿En serio vas a permitirlo?

Aiden maldijo. Su posición era complicada. Aquella mujer, que tanto lo

atraía, estaba preciosa, tentadora, y, recordando su boca y el sabor de sus besos, indicó:

—¿Pretendes que me ponga en contra de Alastair?

—Por supuesto.

Sorprendido por aquello, Aiden levantó las cejas y preguntó:

—¿Y eso qué te lo ha dado a entender?

Sintiendo cómo la piel que él le había comprado la abrigaba, ella repuso sin apartar su mirada:

—No eres como tu hermano. Tú mismo lo has dicho.

—¿De qué hablas?

El color de ojos de aquella hablaba por sí solo. Cuando se enfadaba, la claridad de aquéllos era impactante.

—Por el amor de Dios, Aiden, ¡despierta! —exclamó ella de pronto—.

Vive el presente porque el futuro llegará.

El highlander la miró descolocado. Él no pensaba de ese modo.

—El presente se medita y el futuro se planea —repuso—. Porque las consecuencias de lo que hagas hoy llegarán mañana.

—¿En serio piensas así?

—Por supuesto.

Desesperada, la joven maldijo y, sin dar su brazo a torcer, insistió:

—Dudo que veas bien la injusticia que la familia de Brenda quiere cometer casándola con ese hombre indeseable. ¿Acaso no lo has visto?

¿Acaso eres tan tonto que eres incapaz de entender el terrible futuro que le espera con ese animal?

Las palabras de la muchacha le tocaron el corazón, pero, no dispuesto a meterse en algo que a él no lo incumbía, y menos aún a contradecir a su amigo, replicó:

—No tengo nada que decir ante esa elección familiar.

A continuación, se dio media vuelta para marcharse, pero Demelza, corriendo, se puso ante él y, parándolo, insistió:

—No puedes permitir que Brenda se case con ese hombre. ¡No puedes!

—¿Pretendes darme lecciones? —preguntó molesto.

—Quizá tu lección de hoy sea aprender a no querer para los demás lo que

no querrías para ti mismo.

Aiden maldijo al oírla. Sus hombres los observaban y aquélla era una insolente. Así pues, acercándose temerariamente a ella, siseó:

—Sin duda, tu lección de hoy será aprender a cerrar la boca si no quieres tener problemas conmigo.

Demelza gruñó y, sin miedo, musitó:

—¡Maldito cabezota escocés!

A cada segundo más sorprendido por la poca vergüenza de la muchacha, pero atraído por su valentía y su osadía, Aiden musitó:

—Tu insolencia te va a traer muchos problemas.

—En lo último que pienso es en mis problemas cuando veo a Brenda llorar.

Su respuesta en cierto modo le gustó al escocés, pues significaba lo mucho que la joven se implicaba en los problemas de los demás.

—¿Me puedes explicar por qué habría de entrometerme en evitar el enlace de esa muchacha? —preguntó a continuación.

Demelza cerró los ojos. Los malos recuerdos con respecto a su matrimonio con Viggo la ahogaban. Y, sin abrirlos, susurró:

—Porque... porque...

—¿Por qué, qué? —le exigió él con impaciencia—. ¡Estoy esperando!

Consciente de que estaba luchando contra un imposible, la joven dio un paso atrás. Estaba claro que aquél no la iba a ayudar, y, necesitada de encontrar una solución para evitar el desastre, repuso bajando la voz:

—Da igual.

Su respuesta lo incomodó, y, antes de que pudiera reaccionar, Demelza desapareció dentro de la tienda, donde estaban las otras, y, tras maldecir por no conseguir entenderse a sí mismo ni lo que ocurría, Aiden prosiguió su camino.

Una vez dentro de la tienda, Demelza se encontró con una Brenda hecha un mar de lágrimas, junto a Hilda, que la consolaba. El desconsuelo de Brenda era verdadero esta vez. Y, cuando consiguió calmarla, afirmó mirándola a los ojos:

—Debemos escapar de estos malditos escoceses, ¿entendido?

Brenda asintió congestionada, y Demelza, recordando, añadió:  
—Nuestra sangre vikinga nos ayudará.



## CAPÍTULO 22

Tras una maldita noche en la que, cada uno por sus propios motivos, apenas pudieron descansar, el día siguiente fue aún peor.

Brenda se empeñaba en hablar con Alastair, pero él no le daba opción.

Era complicado lidiar con aquellos dos. Aiden trataba de mediar con su amigo mientras Demelza lo intentaba con la joven, pero nada pudieron hacer.

Al igual que uno no daba su brazo a torcer, la otra no se rendía e insistía.

Así pasaron varios días en los que Brenda no paraba de llorar y Alastair de maldecir.

Como bien le había indicado Aiden, Demelza podía moverse con tranquilidad por el campamento, pero en cuanto Brenda se le unía, dos escoceses comenzaban a seguirlas. No había manera de escapar.

Una extraña intranquilidad se apoderó de la joven al darse cuenta de que buscaba con la mirada a Aiden. ¿Por qué lo hacía?

¿Qué le ocurría, que se sentía atraída por aquel maldito escocés?

Una noche, cuando todo el campamento dormía, Demelza salió de la tienda.

Rápidamente, Moses, que hacía guardia, la miró y ésta, sonriendo, se acercó a él y preguntó:

—¿Puedo sentarme contigo?

El hombre miró a su alrededor con cierta incomodidad y asintió.

En silencio estuvieron un rato, hasta que ella, tumbándose, preguntó mirando al cielo:

—¿Has visto lo bonitas que se ven hoy las estrellas?

Moses asintió tras levantar la vista, pero no dijo nada.

De nuevo el silencio se instaló entre ambos, cuando ella vio que el gesto de aquél se arrugaba y, curiosa, le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Moses, a quien la boca le llevaba doliendo varios días, gruñó con gesto hosco:

—Me matan las muelas.

Al oír eso, Demelza se levantó rauda y exclamó:

—¡¿Y cómo no lo has dicho antes?!

En silencio, entró en la tienda, donde Brenda y Hilda dormían, y, cogiendo la talega de las medicinas que Hilda había ido recolectando por el camino, buscó unas hierbas. Cuando las encontró, con el mismo sigilo con que había entrado, salió y, mirando a Moses, dijo:

—Voy a coger un cazo para calentar un poco de agua.

Con la mirada del hombre clavada en ella, Demelza se movió por el campamento. Fue hasta el lugar donde Douglas guardaba los utensilios con los que cocinaba. Allí, cogió un cazo, lo llenó de agua y lo puso a hervir al fuego.

Poco después, lo retiró y, regresando junto a Moses con una taza, la dejó ante él e indicó mostrándole unas hojas que llevaba en la mano:

—Si mezclamos el agua con estas hojas, tu dolor se calmará. Dependiendo de la intensidad del mismo, has de echar más o menos cantidad.

Aquél asintió.

—Pues pon todas las hojas.

Demelza le hizo caso. Sin duda estaba muy dolorido.

Una vez hubo echado todas las hojas que llevaba en la mano, lo removió con una cuchara e indicó:

—Verás que el agua toma un color verdoso. No te asustes. Tiene que ser así. Amargará al tomarlo y no es muy agradable, pero te aseguro que es efectivo. Eso sí, saca las hojas antes de beber, son horribles...

El escocés asintió y, retirando las hojas al ver el color verdoso, iba a preguntar algo, pero se calló. Demelza, al percatarse, musitó:

—Moses, ¿qué ibas a preguntarme?

—Nada..., nada...

—¿Seguro?

El guerrero dio un trago a la taza y, arrugando el rostro, gruñó soltándola:

—Por todos los dioses..., esto está malísimo. ¿Pretendes envenenarme?

La joven negó sonriendo con la cabeza e indicó consciente de que, si aquél se enteraba que era vikinga, todo sería diferente.

—¿Acaso tendría motivos para envenenarte? —Y, al ver que Moses no respondía, añadió para desviar el tema—: Mi hermano Haakon sufría de terribles dolores de muelas, y esto era lo único que se lo calmaba. Por suerte, esta hierba también crece aquí.

—¿Aquí? —preguntó él curioso.

Consciente de que había cometido una imprudencia al decir aquello, la joven cogió la taza y, para distraerlo y hacer que pensara en otra cosa, dio un trago que le supo fatal y murmuró mientras gesticulaba:

—Soy de las Orcadas. Pensaba que esta hierba sólo crecía allí.

Moses asintió y continuó preguntando:

—¿Son bonitas las Orcadas?

Demelza asintió. No tenía ni idea de cómo era aquel sitio, pero afirmó pensando en Ski, su pequeño pueblo:

—Preciosas. El lugar más bonito que te puedas imaginar.

En ese instante, una estrella fugaz cruzó el cielo e, inconscientemente, ella la nombró en noruego. Según lo dijo, se le encogió el corazón. ¿Qué había hecho? Pero Moses, aturdido por su dolor de muelas, no parecía haberse dado cuenta y simplemente asintió:

—Sí. La he visto. Qué rápida ha pasado.

Demelza no replicó.

—Bonito nombre el de tu yegua —comentó él a continuación.

—Sí...

Ambos se miraron a la espera de algo más, pero, cuando ninguno dijo nada, finalmente Demelza, animándolo, insistió:

—Venga, bebe otro traguito más.

Mirándola a los ojos, el gigante de pelo oscuro cogió la taza y bebió un

poco más. Luego dio otro trago, y la joven, feliz porque se fiara de ella, tumbándose en el suelo de nuevo, volvió a mirar las estrellas y murmuró:

—Pasado un ratito deberías comenzar a sentir una mejoría.

El guerrero asintió y, apoyando la espalda en un árbol, miró al cielo como ella.

En silencio estuvieron un buen rato, cada uno pensando en sus cosas, cuando la joven musitó:

—El veneno está tardando demasiado en hacer efecto...

Oír eso hizo que el escocés se pusiera en alerta, cuando ella sonrió y cuchicheó:

—Es broma. Es broma, Moses.

—Pues cuidado con esas bromas —se quejó aquél.

Demelza sonrió y, suspirando, preguntó después de un rato:

—¿Cómo te encuentras ahora?

Él parpadeó sorprendido.

El dolor estaba desapareciendo poco a poco y, complacido, afirmó:

—Me encuentro mucho mejor.

—¡Por todos los dioses! —se mofó ella—. He errado en la cantidad de veneno.

Al oír eso, ambos sonrieron, y el guerrero, contento por el detalle que ella había tenido con él, murmuró mirándola:

—Gracias. Muchas gracias por preocuparte por mí, Demelza.

La joven asintió.

En los días que llevaba con aquéllos, su percepción de los escoceses estaba cambiando. Había gente buena y mala en todos lados, ya fuera vikinga o escocesa. Y, levantándose para regresar a la tienda, susurró: —No hay de qué. Y ahora descansa. Te prometo que ni Brenda, ni Hilda, ni yo intentaremos escapar esta noche para que puedas descansar.

Y, dicho esto, desapareció en el interior de la tienda, sin saber que Aiden, desde el interior de la suya, los había estado observando todo el rato y sonreía. Ella lo hacía sonreír.

## CAPÍTULO 23

Un par de días después, cuando una tarde llegaron a las afueras de Aberfoyle, Aiden buscó un buen lugar para acampar con sus caballos y sus hombres.

Una vez encontró el sitio idóneo, encendieron una hoguera, y, tras indicar quién se quedaba de guardia, Aiden, Alastair y el resto de los escoceses decidieron ir a Aberfoyle. Un poco de diversión nunca venía mal.

Demelza, que no había oído lo que aquéllos decían, paró a uno de los guerreros y preguntó:

—Moses, ¿qué ocurre?

Pero el guerrero pasó por su lado con gesto huraño y no le contestó.

Necesitada de saber, la joven se dirigió entonces a Ivo:

—¿Por qué paramos?

—Al parecer, haremos noche aquí —respondió continuando su camino.

Demelza asintió y, viendo que Moses las observaba desde la distancia, murmuró:

—No consigo entender a Moses.

—¿Por qué? —preguntó Hilda.

Al ver cómo él la miraba de reojo desde lo alto de su caballo, Demelza musitó:

—No sé. Hay algo raro en él. Y nos vigila de una manera extraña.

Brenda, que se sacudía el polvo del camino de la chaqueta, intervino al oírla:

—Normal. El tonto de Aiden y el más tonto de Alastair así se lo han

pedido. ¿Qué va a hacer el hombre?

—Niña, por el amor de Dios, ¡no hables así de esos hombres! —protestó Hilda.

Demelza y Brenda se miraron y, sonriendo, la primera insistió:

—Hilda..., éstos...

—¡Ésos nada! —gruñó la mujer cortándola—. Nos guste o no, esos hombres nos están ofreciendo su protección, su comida, sus mantas. Pero si hasta nos han comprado pieles para que no tengamos frío y...

—Y me tienen prisionera, Hilda. No olvides eso —matizó Brenda.

La mujer resopló, aquellas dos eran unas desagradecidas, cuando Demelza, al entender que si hacían noche allí podría ser un buen momento para escapar, dijo:

—Si deciden ir al pueblo y nosotras los acompañamos, creo que podríamos tener alguna oportunidad de escapar.

—¡Ya estamos! —se quejó Hilda.

Confundida por sus sentimientos, Brenda rápidamente se interesó:

—¿Lo crees de verdad?!

Imaginando a lo que iban allí, la joven pelirroja ignoró la mirada que Aiden le estaba echando en ese instante y prosiguió:

—Una vez los hombres comiencen a desaparecer para satisfacer sus necesidades...

—¿Qué necesidades? —inquirió Brenda.

Hilda y Demelza la miraron con seriedad.

¿De verdad era tan inocente?

Y la rubia, al comprender de golpe a qué se referían, murmuró roja como un tomate:

—Olvidad... olvidad la pregunta.

Demelza suspiró y continuó diciendo:

—Como decía, una vez se dispersen, como mucho se quedarán un par de hombres a nuestro cargo, y entonces yo...

—Por el amor de Dios, Demelza, ¿no los irás a matar? —se asustó la rubia.

La joven resopló y bajó la voz:

—No digas tonterías, Brenda.

—Pero es que tú todo lo solucionas ¡matando! —insistió.

Demelza meneó la cabeza y musitó:

—A ver..., con disimulo, les echaremos en las copas unas hierbas de Hilda y...

—¿Quieres que los envenene? Por todos los santos, Demelza —gruñó la mujer.

—Oh, no, Demelza, no... —musitó Brenda—. Esos hombres son encantadores a la par que amables y...

Desesperada, la vikinga murmuró:

—Pero ¿tan mala persona me creéis, que una dice que si los quiero matar y la otra que si los quiero envenenar?

Aquéllas no respondieron y, consciente de la imagen que daba al mundo, la pelirroja explicó:

—Hilda, sólo quiero que les entre sueño, ¡nada más! Una vez adormilados, cogeremos a *Unne* y otros dos caballos y podremos escapar.

Las mujeres se miraron. Sin duda, aquélla era la mejor opción que se les había planteado en días. Y, mirando a Brenda, la joven vikinga pidió:

—Ve y exígele a Aiden que queremos ir al pueblo a cenar.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No puedo...

—¡Puedes! Ahora que sabe que eres lady Brenda McAllan, no te dirá que no. Y, si te lo dice, le recuerdas que tu padre, una vez te dejen en tu casa, lo recompensará por haberte cuidado bien.

Imaginar aquello que Demelza decía la horrorizó. Lo último que quería era llegar a su hogar. Sin embargo, dispuesta a escapar como fuera del terrible futuro que se le avecinaba, Brenda asintió levantando el mentón.

Instantes después, nerviosa y seguida por sus compañeras, se encaminó hacia el lugar donde Aiden y Alastair estaban montados en sus caballos y, una vez estuvo tras ellos, dijo con voz templada:

—Exijo que Demelza, Hilda y yo os acompañemos.

Al oírla, Aiden miró a la pelirroja, que estaba tras la joven, y preguntó

con curiosidad:

—¿Para qué queréis acompañarnos?

—Tenemos la apetencia de comer algo diferente.

Al oír eso, Alastair fue a protestar, cuando Brenda, sin permitirselo, gruñó:

—Por el dinero de nuestra comida no os preocupéis. Mi padre o mi prometido os lo devolverán en cuanto me dejéis en Inverness.

Con rabia, Alastair se dio media vuelta. El hecho de pensar que la joven a la que deseaba y por la que el corazón le latía con fuerza iba a desposarse con otro lo martirizaba. Y, cuando se disponía a responder, Aiden se le adelantó e indicó mirando a la pelirroja, que estaba muy callada:

—De acuerdo. Pero el caballo de Demelza se queda aquí.

Al oír eso, la joven maldijo en silencio.

Su intención era escapar, pero, viendo que Aiden parecía ir un paso por delante de ella, afirmó sonriendo:

—Me parece perfecto que se quede aquí.

Su respuesta en cierto modo desconcertó al escocés, que, tendiéndole la mano, indicó:

—Monta.

Sin dudarlo, aquélla montó delante de él en su caballo y declaró con una sonrisa:

—Gracias por pensar en *Unne*. El descanso le vendrá bien.

Aiden no contestó. Esa sonrisa y su buena disposición no podían deparar nada bueno. Entonces, recordando algo que había visto varias veces y por lo que nunca le había preguntado, dijo:

—¿A qué se deben las pesadillas que tienes por las noches?

Al oírlo, el cuerpo de la joven se envaró. No imaginaba que nadie la hubiera visto nunca, ni oído, y replicó:

—No sé de qué hablas.

Acostumbrado a su reticencia para todo, el highlander insistió:

—Aunque tu aspecto ha mejorado y tus ojeras casi han desaparecido, he visto cómo te despiertas sobresaltada en mitad de la noche con la respiración acelerada. Y eso sólo ocurre cuando...



—Si no te importa, eso no es cosa tuya.

A Aiden le molestó que lo interrumpiera. Ninguna mujer, a excepción de ella, se había atrevido nunca a interrumpirlo de esa manera. Pero, sin querer complicar más el momento, señaló:

—Apóyate en mí..., no muerdo.

La seguridad que él siempre demostraba, contestara ella lo que contestase, la inquietó y, echando mano de la suya propia, lo miró y replicó con una sonrisa:

—Pues llevad cuidado, señor..., quizá yo sí.

Brenda, que observaba a Alastair desde el suelo para que la invitara a montar junto a él, tosió con disimulo. Pero, al ver que éste se lo pedía a Hilda, maldijo para sus adentros. Sin embargo, sonriendo como solía hacer Demelza para ocultar su verdadero estado de ánimo, miró a Gareth y éste, sin dudarlo, le tendió la mano, momento en que ella subió con él y murmuró con coquetería:

—Gracias, Gareth. Eres muy amable.

A partir de ese instante, el humor de Alastair fue de mal en peor.

Ver a Brenda hablando y riendo con Gareth no le apetecía en absoluto, pero lo aguantó con disimulo. No había otra.

## CAPÍTULO 24

Un buen rato después, cuando llegaron al pueblo, se sorprendieron de lo animado que estaba. Las calles estaban llenas de gente visitando el gran mercado, que, aun siendo de noche, seguía abierto.

Algunos escoceses, Moses entre ellos, se dispersaron, tenían sus propios planes, mientras que Aiden y otros de sus hombres continuaron hasta una taberna donde el highlander sabía que preparaban un buen guiso. Las mujeres querían cenar y aquel sitio era una excelente opción.

Al llegar frente al local, se detuvieron y, cuando ayudaron a las mujeres a desmontar, éstas se alejaron unos pasos mirando con curiosidad a su alrededor.

¡Qué animado estaba aquello!

Hilda, consciente del peligro que corría su niña, se acercó a Demelza y cuchicheó:

—No es buena idea que estés aquí.

—¡Qué bullicio! —exclamó Brenda sorprendida.

Pero Hilda, preocupada, insistió:

—Hija, alguien podría reconocerte. Viggo te busca. Es una temeridad estar aquí.

La joven asintió, sabía que aquélla llevaba razón, pero repuso mirando a la gente:

—Si queremos escapar, estamos en el sitio idóneo.

Aiden, que las observaba con disimulo mientras murmuraban, se disponía

a acercarse a ellas cuando Alastair gruñó, y él, mirándolo, le soltó:

—Si estás así por lo que imagino, ¡aclárate las ideas!

Alastair resopló. En la vida se había sentido tan desconcertado como en ese momento. Y, mientras veía cómo un mendigo tropezaba ante las mujeres y caía al suelo, respondió:

—Hay demasiada gente aquí, ¿no crees?

Los dos amigos seguían hablando cuando Demelza, conmovida al ver al mendigo en el suelo, rápidamente se agachó para ayudarlo. Y entonces su corazón se desbocó cuando unos ojos azules y cansados la miraron y oyó:

—Mis súplicas han sido escuchadas por Odín.

Boquiabierta y paralizada, la joven murmuró:

—Harald...

Al ver al que fue marido de Ingrid allí, vestido con harapos, Hilda reaccionó con rapidez y, agachándose también, le preguntó mirando con el rabillo del ojo:

—Muchacho..., ¿qué haces aquí?

Brenda, que observaba en silencio, al darse cuenta de que hablaban el idioma que su abuela le enseñó, murmuró:

— *Hold kjeft...*, alguien podría oíros.

—¿Hablas noruego? —preguntó Hilda sorprendida de que les pidiera que se callaran en esa lengua.

— *Ja*.

Sin dar crédito, las mujeres se miraron, cuando Demelza preguntó:

—¿Y por qué no lo habías dicho?

—Porque no me lo habíais preguntado y era interesante saber qué pensabais de mí cuando me llamabais «niña torpe» —sonrió Brenda, que, mirando a aquél, musitó—: Harald, no nos conocemos, pero soy Adnerb y tengo sangre vikinga como tú. ¡Es un placer conocerte!

—Por todos los santos, ¡niña, calla! —protestó Hilda.

Pero la joven, deseosa de ayudar, continuó:

—Ve a Inverness. Busca a mi padre, Callum McAllan, y él te ayudará. No tengas miedo. Habla con él. Dile de dónde vienes, pero bajo ningún concepto le digas que me has visto, y te echará una mano.

Demelza, con el corazón desbocado, olvidándose de eso, quiso abrazarlo. Harald estaba vivo. ¡Frente a ella!

—¿Qué... qué haces aquí? —susurró—. ¿Estás loco?

Sonriendo por primera vez en muchos meses, Harald murmuró:

—Te perdí, pero ya te he encontrado. Le prometí a tu hermana que cuidaría de ti, y así será hasta mi último aliento.

Emocionada, la joven sonrió, cuando oyó a Aiden gritar su nombre.

Volvió la cabeza y, al ver que éste le indicaba que entraran en la taberna, iba a decir algo cuando Harald habló:

—Debes continuar con esos escoceses. Ellos te protegerán hasta que pueda hacerlo yo. Abre los ojos, Demelza. Estás en peligro.

—Pero, Harald...

—Dem... —insistió él levantándose—. Hazme caso. No te separes de ese McAllister y ya hablaremos.

Dicho esto, encorvado como un viejo y cojeando, se alejó de ellas.

Con gesto desconcertado, la joven dejó de mirarlo. Si seguía haciéndolo podía despertar sospechas, y, sintiendo cómo Hilda le daba la mano, se dejó guiar por ella.

Aiden, que la observaba, supo que algo ocurría al verla parpadear repetidamente. Y, al pasar por su lado, la paró y, cogiendo su barbilla, la miró a los ojos y preguntó:

—¿Estás bien?

Confundida por el momento vivido, la joven se apresuró a asentir y respondió con un escueto:

—Sí.

Alastair, que caminaba con ellos, abrió la puerta de la taberna e indicó con mofa dirigiéndose a Brenda:

—Detrás de vosotras.

Hilda entró, después Demelza y, al hacerlo, Brenda gruñó: —Oh, ¡qué caballeroso!

—Pasad de una vez..., *lady* Brenda —siseó él.

Al oír eso, la joven se paró y soltó con sorna:

—Mejor *lady* *Cállate*, me gusta más.

Alastair maldijo. Aquella sabía sacarlo de sus casillas, cuando ella, con el rostro arrebolado por la indignación, prosiguió:

—Lo que haces por dinero, Alastair Matheson, ¡es horroroso! Espero que con lo que mi padre te dé por mí seas infeliz..., muy infeliz.

El guerrero resopló. Aquella mujer, con sus mordaces a la vez que graciosos comentarios, no sabía si lo hacía reír o lo enfadaba más. Por ello, cuando ella pasó levantando el mentón, miró a Aiden y farfulló:

—No veo el momento de llegar a Inverness y perderla de vista.

Aiden, aún confundido con respecto a Demelza, asintió. Lo de los ojos de aquella muchacha era increíble. Cambiaban de tonalidad según su estado de ánimo, y el color verde azulado que había visto momentos antes lo tenía despistado. Nunca los había visto así.

No obstante, sin querer pensar más en ello, miró a Gareth y a Ivo, que se quedaban en la entrada, e indicó:

—Vigilad bien los caballos.

Éstos asintieron.

Una vez en el interior de la taberna, al ver llegar a los guapísimos Aiden y Alastair, las camareras los saludaron encantadas.

Y Brenda, al ver cómo una mujer de pelo oscuro se acercaba a Alastair en exceso, musitó sin poder evitarlo:

—*Hore!*

Al oír que la llamaba «perra» en noruego, Demelza sonrió, cuando la rubia murmuró:

—Siento unas irrefrenables ganas de matar.

Demelza, todavía conmocionada por el encontronazo con Harald, sonrió y murmuró empujándola:

—Vamos a la mesa que hay junto a la ventana, cierra tu piquito de oro y sentémonos.

Aiden saludaba con candor a las mujeres del local, pero, a diferencia de otras veces, miró a su alrededor. Algunos parroquianos miraban a Demelza y a Brenda con gesto de deseo. El hecho de que vistieran pantalones, marcando así sus curvas, los provocaba, y eso lo inquietó. Debía estar atento para evitar problemas.

Una vez las mujeres se sentaron, Demelza murmuró aún temblando:

—Hilda, ¡está vivo!

La mujer asintió y repuso apretando la mano de la joven:

—Te lo dije, mi niña..., te lo dije.

Emocionadas y felices como llevaban mucho tiempo sin estarlo, ambas sonrieron. Durante un rato cuchichearon sobre el tema, hasta que Demelza, viendo cómo Brenda observaba a una mujer que le revolvía el pelo a Alastair, musitó:

—Mi consejo es que no mires más.

—Lo intento, pero mis malditos ojos lo buscan —gruñó aquélla.

La pelirroja asintió. A pesar de su alegría por saber que Harald estaba bien, sus ojos también buscaban a Aiden, y ver cómo una de aquéllas pasaba su mano sin ningún respeto por el trasero del escocés la incomodó.

¿Qué le ocurría?

¿Por qué le molestaba, si Aiden y ella no eran nada?

Dejando de mirar para no enfadarse más, apartó la vista y se fijó en la postura del hombre que estaba sentado a la mesa de al lado. Temblaba. Sus temblores eran evidentes, aunque él intentaba disimularlo. Lo observó con curiosidad y se fijó en la postura de sus hombros, que era extraña. Semioculto por su capucha, su gesto era hosco y, por cómo apretaba la mandíbula, sin duda sentía dolor.

—¡Lo odio! —rezongó Brenda mirando a Alastair.

—Niña..., tranquilízate —musitó Hilda.

Pero Demelza ya no podía prestar atención a otra cosa. La forma en que el hombre de al lado estaba sentado y el modo en que encorbaba su cuerpo le recordó a la vez que su hermano Haakon, tras caerse del caballo, regresó con el brazo herido. El dolor que Haakon le describió que sentía en aquel momento era terrible, aunque, gracias a su padre y a los conocimientos de éste, todo acabó bien.

En ese instante, Brenda se levantó y Hilda fue tras ella. Demelza las miró y vio que, seguidas por Aiden y Alastair, entraban en la cocina.

Pero ¿adónde iban?

Incapaz de levantarse, volvió a mirar al hombre que a su lado sabía que

sufría y preguntó:

—Señor, ¿os encontráis bien?

El desconocido, de pelo canoso y ropas harapientas, la miró desde debajo de su capucha. Sus ojos eran tan oscuros como la noche.

—Sí —afirmó temblando.

Demelza no lo creyó. Y, agachándose para mirarlo a los ojos, musitó sin pensar en su propia seguridad:

—Sé que estáis dolorido. Me lo dice la tensión de vuestro cuerpo. Y si vos me...

Sin dejarla terminar, el hombre le dio la espalda. No tenía ganas de hablar.

Viendo cómo aquél temblaba, la joven insistió sin darse por vencida:

—Podría intentar solucionar lo que os ocurre.

De nuevo él negó de malos modos y, mirándola, respondió:

—No merezco ayuda...

No continuó. No podía. Pensar que su amigo Denzel había muerto en la última emboscada le resultaba demasiado doloroso, y murmuró:

—Déjame en paz, muchacha.

La desesperación en la voz de aquel hombre sorprendió a Demelza, aunque más le había sorprendido su mirada. Tenía una mirada triste, pero limpia y sana. E, incapaz de callar, musitó: —No sé por qué decís eso, seguramente tendréis vuestras razones. Pero vuestra mirada me hace saber que lo ocurrido no fue algo que vos provocasteis —y, pensando en sus propios fantasmas, añadió—: En ocasiones pasan cosas imposibles de evitar. Cosas que nos hacen daño y que incluso pueden acabar con nuestra vida. Sin embargo, ahí estamos nosotros para demostrar que, le pese a quien le pese, y suceda lo que suceda, seguiremos luchando y defendiendo lo que nos dicte nuestro corazón.

Al oírla, el hombre se volvió. Sus palabras llenas de positividad eran justo lo que necesitaba en ese momento. Y, mirando a la joven de extraño acento que quería ayudarlo a pesar de su sucio aspecto, preguntó:

—¿Por qué quieres ayudarme?

Al oírlo, Demelza esbozó una sonrisa.

—Porque lo necesitáis y, si yo puedo, ¿dónde está el problema?

El escocés sonrió al oír su respuesta. Tenía una hija de la edad de aquella muchacha, a la que había enseñado esos mismos valores. Pero, bajando la voz, murmuró:

—Apenas tengo unas monedas para...

—Olvidaos de las monedas —lo cortó ella y, levantándose, se puso tras él y preguntó—. ¿Puedo tocaros?

El anciano asintió y Demelza, sin dudarlo, tocó su hombro y su brazo. El desconocido jadeó dolorido y ella, consciente de que le sucedía lo mismo que le había ocurrido a su hermano, indicó:

—Sé cómo solucionarlo. ¿Cómo os llamáis?

—Malcolm.

—Malcolm, soy Demelza y lo que os voy a hacer os va a doler, ¿entendido?

Aquél asintió. Lo que fuera con tal de dejar de sentir aquella agonía, cuando la muchacha, mirándolo, dijo poniendo una mano en su hombro y agarrando su mano:

—Contaré hasta tres y después daré un buen tirón.

Rabioso de dolor y agradecido a partes iguales, el hombre asintió, cuando la joven dijo:

—Uno..., dos...

Pero antes de llegar a tres, tiró con todas sus fuerzas del brazo y el hombre, conteniendo un grito agónico, se retorció en su asiento, mientras ella regresaba al suyo.

Nadie los miró.

Nadie se había percatado de lo ocurrido, y cuando Hilda y Adnerb, tras unos instantes, regresaron de la cocina bajo la atenta mirada de Aiden y Alastair, el hombre murmuró mirando a Demelza:

—Dijiste que contarías hasta tres...

La pelirroja sonrió y, guiñándole un ojo, cuchicheó recordando a su padre:

—Lo sé. Pero la cuestión era pillaros desprevenido.

El hombre sonrió y afirmó moviendo el brazo con normalidad:



—Lo conseguiste, muchacha. Lo conseguiste. Muchas gracias por tu buen hacer.

Contenta por aquello, Demelza declaró complacida:

—Como habría dicho mi padre, señor, la ayuda y la humanidad se ofrecen de corazón.

El desconocido asintió al oírla y no dijo más.

Pasados unos minutos, la comida tardaba y Hilda, al ver a una camarera pasar por su lado, dijo poniéndose en pie:

—Deja ese plato aquí.

La joven, sin dudarle, caminó hacia ellas y, cuando se disponía a dejarlo frente a Demelza, el hombre que había sentado a la mesa de al lado le preguntó:

—Disculpa, muchacha, ¿podrías traerme un plato como ése?

La chica lo miró y, al ver su aspecto sucio y harapiento, musitó:

—Dudo que puedas pagarlo.

El comentario molestó a Demelza, que, antes de que el hombre dijera nada, miró a la camarera y le soltó:

—No dudes tanto y ponle ese plato de estofado a ese hombre, que te lo ha pedido con respeto y educación. Y, en caso de que él no pueda pagarlo, ten por seguro que te lo pagaré yo. Así que ¡sírvele, vamos!

Dicho esto, la camarera dejó el plato en la mesa del hombre de malos modos.

—De nuevo, gracias, Demelza —dijo él sonriendo.

—Disfrutad del guiso, señor —respondió ella satisfecha—. Huele de maravilla.

Al ver aquello, Hilda susurró dirigiéndose a ella:

—No hables, hija. Acuérdate de tu acento.

La joven asintió. Hilda tenía razón, y la mujer, consciente del hambre de aquélla, indicó levantándose:

—Voy a pedir más estofado con patatas y pan para las tres.

—¡Al final lo mato! —gruñó Brenda, que no dejaba de vigilar a Alastair.

Una vez a solas, Demelza se sumió en sus propios pensamientos. Que Harald estuviera cerca de ella era algo bueno. ¡Extraordinario! Pero que él le

hubiera pedido que permaneciera con los escoceses la enfadó, porque quería decir que no podía escapar.

De nuevo, sus ojos se dirigieron hacia Aiden. Era un hombre gallardo, alto, moreno y con unos increíbles ojos que, cuando sonreía, conseguían iluminarle el rostro. Con curiosidad, miró después a las mujeres que estaban junto a él. Todas iban limpias, aseadas y su atuendo era femenino y sensual; nada que ver con ella, que vestía como un hombre, por no hablar de su cabello.

Molesta por pensar en aquello, al mirar hacia la ventana cerrada, vio su reflejo en el cristal y se retiró el pelo del rostro con cierta coquetería. Su apariencia no era muy agradable, y estaba pensando en ello cuando Brenda murmuró:

—Si no lo veo, no lo creo. Tú, siendo femenina. ¡Muerdo de amor...!

—Odio que mueras de amor —gruñó ella ofuscada.

Brenda sonrió y, mirándola, indicó:

—Humedécete los labios así.

Sin saber por qué, Demelza hizo lo que le decía, cuando la rubia explicó:

—Unos labios húmedos son muy tentadores y atraen las miradas. He de enseñarte a ser engreída y vanidosa.

—¡Brenda! Yo no quiero ser lechuguina —protestó la joven.

—Sí, Demelza, sí —rio la rubia—. Has de ser presumida, creída y, como tú dices, lechuguina. Te comportas como un guerrero y eres una mujer.

Molesta, la aludida hizo un ruido con la garganta y Brenda añadió:

—¡Oh, no! Ese ruidito que has hecho no es nada femenino. Tenlo en cuenta.

—¿Y quién te ha dicho que quiero ser femenina?

Con una sonrisa, la muchacha rubia le apartó con mimo el cabello del rostro, mientras murmuraba ignorando su gesto de enfado:

—Tienes unos ojos maravillosos que merecen ser admirados, por lo que deberías retirarte el pelo de la cara. Y, en cuanto a tus facciones, son delicadas a la par que dulces, aunque te empeñes en mostrar continuamente tu ferocidad.

Demelza parpadeó, cuando Brenda indicó con cariño:

—El día que peinemos ese pelo, lo adornemos con cintas de colores y te pongas un bonito vestido, estoy convencida de que romperás muchos corazones.

Aquello, que habría dicho en otra época su hermana Ingrid, la hizo sonreír, y se disponía a hablar cuando la otra cuchicheó:

—Aunque intuyo el corazón que deseas romper...

Demelza levantó las cejas y aquélla añadió:

—Tengo ojos, y, aunque parezco tonta e inútil en ciertas lides, soy consciente de que te gusta Aiden McAllister tanto como a mí me agrada el burro de Alastair. ¿O me equivoco?

Demelza no contestó, y Brenda, al oír las risotadas de las mujeres que rodeaban a los dos highlanders, musitó con enfado:

—Si yo estuviera aseada, peinada, con un lindo vestido y en una fiesta, te aseguro, que la que se iba a reír sería yo y el que se iba a enfadar sería ese zopenco. Pero, por desgracia, no es así, y me siento como tú, deslucida y sucia.

Molesta porque otra persona pudiera leer eso en ella, Demelza cuchicheó:

—No digas tonterías.

—Ah, no..., no..., no, querida... No digas tonterías tú. Hablo de realidades.

Ver el gesto de Brenda cada vez que Alastair le sonreía a una de aquellas mujeres hizo que se percatara de que ella sentía la misma rabia al ver a Aiden sonreír. Pero, consciente de que aquello era imposible por muchos aspectos, cuchicheó:

—Él nunca se fijaría en mí.

—¿Por qué? —preguntó Brenda.

Demelza sonrió y, comparándose con las bonitas mujeres que allí había, indicó:

—A la vista está, ¿no?

—Eres bonita, aunque escondes tu belleza —repuso su amiga meneando la cabeza—. Y, además, tienes algo que ellas no tienen y que siento que ese hombre valora mucho, y eso se llama valor.

A Demelza le gustó que le dijera aquello.

—Y, por si no te has dado cuenta —añadió la rubia—, él te mira con interés cuando cree que tú no te percatas y...

—¿En serio? —pregunto rápidamente.

—Por supuesto —afirmó Brenda—. Quizá yo no entienda de lucha ni de espadas, pero sí entiendo de miradas y de cortejo. Madre lleva enseñándome ese arte toda la vida, y te digo yo que ese hombre te mira de una manera que no emplea con ninguna de éstas.

Aunque no sabía por qué, a Demelza le gustó saberlo, cuando de pronto alguien dijo:

—Disculpad, señoritas.

Al oír eso, ambas miraron a un hombre que estaba de pie frente a ellas. Y Brenda, al entender que Demelza no hablaba para evitar mostrar su extraño acento, se apresuró a preguntar:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

El desconocido sonrió y, apoyando las manos en la mesa, echó su cuerpo hacia delante y, acercando su rostro al de Demelza, preguntó:

—¿De dónde eres, hermosura?

Ella lo miró, pero no contestó. Cuando el tipo, alargando su mano, acarició el escandaloso pelo rubio de Brenda, ésta, dándole un manotazo, siseó:

—Eh..., sin tocar.

Aquel individuo se relamió, y, clavando sus ojos en la pelirroja, preguntó:

—Ese corte de pelo, ¿a qué se debe?

Según dijo eso, la mirada de Demelza se oscureció, y el hombre, con una asquerosa sonrisa, afirmó aproximándose más a ella:

—Es cierto... El color de tus ojos cambia...

Según dijo eso, Demelza maldijo, y Brenda, entendiendo que tenían problemas, gruñó:

—Os rogaría, caballero, que os alejarais de nosotras ¡ya!

Pero él no se movió.

Cuando había visto aparecer a Demelza en la taberna no se lo podía creer.

Eran muchos quienes la buscaban, pero él la había encontrado, por lo que, enseñándole con cierto disimulo la daga que tenía en la mano, cuchicheó:

—Laug Iversent...

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Brenda al oírlo e intuir de qué iba todo aquello.

—Hola, *vinga* —musitó el tipo mirándola.

Tratando de conservar la calma, Demelza observó que el hombre canoso y harapiento de al lado lo había oído. Pero, sin quitarle ojo al tipo que estaba frente a ella, siseó:

—Si no quieres morir, sal ahora mismo de aquí y aléjate de mí.

Aquél estiró el cuello, cuando Brenda, posando sobre la mesa la daga que se había sacado de la bota, declaró:

—Debes saber que estoy enojada, mucho. Y, cuando pasa eso, nada bueno puede ocurrir.

Sorprendida por su arranque, Demelza la miró. Y, al ver su gesto de enfado, ignorando a aquel tipo, que no le daba ningún miedo, preguntó:

—¿Estás muy enfadada?

—Mucho —resopló Brenda.

—¿Tanto como cuando te llaman fea?

—¡Más! —gruñó al ver a Alastair sonreír.

El hecho de que aquellas dos lo ignoraran y no se encogieran de miedo ante lo iba a ocurrir, desconcertó al hombre. Y, de pronto, Demelza, olvidándose de dónde estaban y con quién, agarró la cabeza del tipo y la golpeó contra la mesa con toda su rabia para después sisearle en la oreja:

—Soy Demelza Ovesen..., y has hecho enfadar a mi hermana.

El golpe atrajo las miradas de todos, y a Hilda se le cayó la bandeja de las manos.

—Pero ¿qué...? —musitó Aiden al levantar la mirada. No pudo terminar la frase.

—¡Cuidado, muchacha! —advirtió el hombre canoso que había en la mesa de al lado al ver las intenciones del tipo.

Aiden, junto a Alastair, se apresuró a llegar hasta la mesa, pero le resultó imposible. La gente les cortaba el paso y no podían avanzar.

¡Se encolerizó!

Con determinación, Demelza forcejeó con aquél, que sangraba por la

nariz, cuando lo oyó murmurar en noruego:

—Viva o muerta, vendrás conmigo.

—Lo dudo —respondió ella.

Brenda, nerviosa, intentando ayudar a su amiga, cogió la daga que había dejado sobre la mesa y, abalanzándose sobre el hombre, se la clavó en la mano, mientras en susurros decía:

—*Døgenikt... åtseleter... dum... skrytepave.*

Boquiabierta al oírla insultar en noruego, Demelza la miró, mientras el tipo, dolorido, chillaba y Brenda siseaba con gesto fiero:

—Te advertí que estaba muy enfadada.

El hombre, al ver la daga atravesando su mano, se la sacó con fuerza y, poniéndola contra el cuello de Demelza, gruñó en gaélico:

—Malditas... malditas seáis ambas. Y tú..., Laug...

Sin pensarlo, Demelza, al saber el nombre que iba a pronunciar, agarró la cabeza de aquél, la giró con brusquedad y el tipo cayó al suelo sin vida un momento después.

La gente a su alrededor no daba crédito.

Demelza y Brenda se miraron y esta última, temblando como una hoja, preguntó:

—¿Lo... lo has matado?

—Sí —afirmó la pelirroja acalorada—. Le he partido el cuello.

Su amiga asintió. Pero, consciente de la realidad de Demelza más que nunca, indicó:

—Era él o tú. Decidiste bien.

En ese momento, Aiden y Alastair llegaron por fin hasta ellas y el primero preguntó preocupado mirando a la pelirroja:

—¿Estás bien?

Ella afirmó con la cabeza, y él insistió:

—Pero ¿qué ha pasado?

Demelza, al ver que todos la miraban, no abrió la boca, y Brenda, consciente de por qué no lo hacía, indicó:

—No... no lo sabemos. Estábamos sentadas esperando la comida y... y ese hombre se abalanzó sobre nosotras y... y..., bueno...

—¿Estás herida? —se preocupó Alastair al ver sangre en su mano.

La muchacha rubia, al sentir como aquél cogía su mano para ver la gravedad de lo ocurrido, pestañeó. Era la primera vez que se preocupaba por ella en varios días. Y, en un tono cálido, musitó humedeciéndose los labios:

—Quizá..., no sé..., puede...

La gente a su alrededor murmuraba. Aquella pelirroja le había partido el cuello al tipo del suelo de una manera feroz.

Entonces, el hombre harapiento de pelo canoso que estaba sentado en la mesa de al lado intervino, hablando oculto bajo su capucha:

—Yo lo he visto todo. Ese sinvergüenza era un vikingo. Lo oí hablar en noruego. —Todo el mundo se revolucionó. ¿Un bárbaro entre ellos?—. Atacó a las muchachas con la daga y ellas tuvieron que actuar en defensa propia.

Oír eso hizo que todos alabaran la destreza de las jóvenes, y más contra un vikingo. Y Demelza, sin saber si hacía bien o mal, se lo agradeció. Si alguien había oído en su totalidad lo que habían hablado había sido él. Momentos después, el tabernero ordenó sacar el cuerpo del vikingo de su local.

Aiden, que todavía no entendía lo ocurrido, acercándose más a Demelza, que tenía sangre en el cuello por el ligero corte de la daga, murmuró:

—Me preocupas. Pero ¿es que tú atraes los problemas?

La joven, sorprendida por su inquietud, iba a decir algo cuando Hilda, que le curaba la herida del cuello, afirmó alterada:

—Por el amor de Dios, señor... ¡La gente está loca..., loca!

—¡Especialmente los vikingos! —aseguró Aiden con furia.

Oír eso a la joven la hizo resoplarse. Odiaba que pensara así de su pueblo y, sin poder callarse, replicó:

—Locos hay en todas partes, ¿no crees?

Aiden, que observaba la sangre en su cuello, meneó la cabeza pero no contestó. Estaba enfadado consigo mismo por su despiste. Debería haber estado más atento.

Cuando Hilda terminó su cura y se marchó nuevamente a por algo de comida, al ver que Brenda seguía hablando con Alastair, Demelza murmuró:

—Miedo me da la noche que me espera... Sin duda, ¡morirá de amor!

Al ver a aquellos dos, Aiden asintió.

—Y él morirá de frustración.

Después, sentándose junto a la pelirroja, volvió a centrar toda su atención en ella.

—¿Por qué siento que tu vida siempre es así?

—¿Así? ¿Cómo?

El highlander, sin querer separarse de su lado, sonrió. Ella lo entendía perfectamente, por lo que murmuró con voz cálida:

—Pelirroja salvaje..., sabes muy bien de lo que hablo.

Oír esas palabras que tanto significaban para ella, junto a la bonita e inquietante sonrisa de aquél, hizo que todo su cuerpo vibrara y, tras humedecerse los labios, Demelza afirmó sonriendo:

—Me gusta que me llames así.

Aiden se sorprendió al oír esa confidencia, acompañada de ese gesto tan femenino y esa sonrisa sincera, y preguntó:

—¿Te gusta que te llame «pelirroja salvaje»? —Ella asintió, y él, complacido, añadió—: ¿Puedo preguntarte por qué?

Suspirando, la joven lo miró a los ojos y contestó con sinceridad:

—Porque así me llamaba mi familia.

El highlander asintió.

Aquella confidencia, que no esperaba, sentía que le había salido del corazón. Ella nunca hablaba de su pasado, y menos aún de su familia, y, consciente de ello, preguntó:

—Nunca he oído a Hilda, *tu madre*, llamarte así.

Demelza soltó una risotada. Ese hombre era muy sagaz.

—Aiden... Aiden... —murmuró.

Ahora el que soltó la risotada fue él.

Ambos eran sagaces y espabilados. Y, necesitado de que aquel momento de tregua entre ellos continuara, confesó:

—A mí me gusta mucho cómo pronuncias mi nombre.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?



Complacido con aquella charla que mantenían, incapaz de mentirle, declaró:

—Porque lo dices de una manera diferente. Nadie lo pronuncia como tú.

—¡Aiden! —repitió ella, y él asintió.

Con una complicidad extraña, ambos se miraron. Se atraían. Y él, haciendo caso omiso de la gente que los rodeaba, aseguró:

—Siento no haber estado atento a ese tipo.

—No pasa nada.

—Sí. Sí pasa. Estás a mi cargo y yo...

—No estoy a tu cargo —lo cortó ella—. Viajo contigo, pero sé defenderme sola.

Oír eso hizo sonreír al highlander, que, asintiendo, declaró:

—No me cabe la menor duda de que sabes defenderte sola, pero, insisto, debería haber estado más atento a quien estaba a tu alrededor.

Divertida, ella cuchicheó entonces con cierto retintín:

—Estabas ocupado —y, al ver su expresión de sorpresa, añadió—: Se te veía muy a gusto rodeado de esas mujeres.

Que se hubiera fijado en ello en cierto modo le gustó. Eso significaba que lo observaba como él a ella. Y, acercándose un poco más, musitó:

—Quizá si tú no me rehuyeras...

Demelza, al entenderlo, abrió la boca y, con mofa, susurró imitando a Brenda:

—Oh, Dios, señor..., ¡¿qué barbaridad estáis intentando decir?!

Aiden soltó una carcajada. Aquella mujer era deliciosa. Y, cuando iba a hablar, ella añadió.

—Te recuerdo..., Aiden..., que dijiste que yo no era lo que deseabas.

El highlander asintió. La deseaba. La deseaba demasiado y, conteniendo las ganas que sentía de acercar su boca a la suya y besarla como aquel día en la taberna, afirmó en un tono íntimo y cálido:

—Retiro lo dicho.

Demelza parpadeó. No esperaba oír eso. No imaginaba que sería capaz de ser tan sincero. Y, al ver cómo él sonreía con la mirada, meneó la cabeza y murmuró:

—Y luego dices que los vikingos están locos...

Aiden volvió a reír a carcajadas. Esa mujer lo hacía reír.

—Me gustaría saber de ti —comentó a continuación.

—¿De mí?

—Sí. Conocerte.

Consciente del peligroso juego al que estaba jugando, ella se apresuró a adoptar otra expresión y otra actitud. Y, pasándose la mano por el pelo, respondió:

—No hay nada que debas saber.

Al ver el cambio que se había originado en ella al decir que quería conocerla, Aiden insistió:

—¿Por qué dices eso?

—Porque estoy segura de que nada te gustaría.

—Eso nunca lo sabrás si no me lo cuentas —replicó el highlander, que se sentía atraído como un imán por ella.

Demelza sonrió. Estaba claro que entre ellos había algo especial, pero, consciente de que aquello nunca podría ser, musitó acabando con la magia del momento:

—No olvides que, una vez lleguemos a Inverness, nuestros caminos se separarán para no volver a encontrarse nunca más.

Sus palabras y su seguridad aplastante lo desconcertaron.

—¿Tan segura estás de ello?

Con cierto pesar, la joven asintió. Los separaban demasiadas cosas.

—Totalmente segura.

Aiden deseaba conocerla, deseaba besarla, y algo en el modo en que ella lo miraba le hacía saber que el sentimiento era mutuo. Pero, cuando fue a preguntar, Hilda apareció y, dejando un plato de estofado sobre la mesa, indicó:

—Aquí tienes, cariño..., come.

Su intromisión hizo que ambos regresaran a la realidad. El bonito momento había pasado, y Aiden, levantándose confundido, señaló:

—Tu madre tiene razón. Come.

Dicho esto, se dio media vuelta y se encaminó hacia la barra, donde, tras pedirse algo de beber, se preguntó qué era lo que le ocurría con aquella pelirroja salvaje.

Instantes después, a Demelza se le unió Brenda, y Hilda, poniendo ante ella otro plato de comida, la animó:

—Vamos, come tú también.

Mientras daban buena cuenta del estofado, las jóvenes se miraban a los ojos y parecían entenderse, conscientes ambas de que el altercado podría haber acabado muy mal.

—Lo que ha ocurrido —cuchicheó Demelza sonriendo— no ha sido muy femenino...

—Pero sí efectivo.

Ambas rieron, y luego la pelirroja afirmó:

—Eres valiente, Brenda, más de lo que crees.

Encantada de oír eso, la joven musitó:

—¿Lo dices en serio?

Demelza asintió. Y, recordando como aquélla lo había llamado, inútil, tonto, fanfarrón y carroñero en noruego, afirmó:

—Tan en serio como que sabes insultar muy bien en..., ya sabes.

—Mi abuela me enseñó, para horror de mi madre.

De nuevo sonrieron y prosiguieron comiendo. No había más que decir.

Poco después, cuando en la taberna se aclaró lo sucedido y a las muchachas se las exculpó de todo, al ver Demelza que el hombre harapiento de las barbas blancas se levantaba para marcharse, fue hasta él y dijo:

—Gracias, Malcolm.

El anciano la miró y, con una sonrisa, musitó al ver que Aiden los observaba:

—Gracias a ti por tu bondad y tu gratitud. No todos comparten un plato de buen guiso ni se preocupan por el dolor de un viejo harapiento. —Ambos rieron por aquello, cuando él, bajando la voz, añadió—: Muchacha, ten cuidado. Estando donde estás siendo quien eres puede ser muy peligroso para ti, a no ser que alguien valeroso te proteja.

—Sé protegerme sola —aseguró ella.

El anciano asintió, no le cabía la menor duda, pero insistió señalando a Aiden:

—Aun así, la protección de un hombre nunca viene mal, Demelza.

Dicho esto, y tras esbozar una encantadora sonrisa, el anciano se marchó.

La joven agradeció la advertencia que aquel hombre le había hecho aun sabiendo que era vikinga.

¿Por qué su vida siempre tenía que ser tan complicada?

Aiden, que la había observado hablar con aquel desconocido, se apresuró a acercarse a ella.

—¿Lo conoces? —le preguntó.

Demelza negó con la cabeza. Después se encogió de hombros y, finalmente, suspirando, murmuró:

—No. Pero sin duda sería un buen amigo.

Esa noche, cuando regresaron de nuevo al campamento, Alastair y Brenda volvieron a discutir. Tras lo ocurrido, parecía haber llegado la paz entre ellos, pero una vez todo se solucionó, Alastair volvió a levantar una barrera de indiferencia entre ambos que lógicamente a la rubia le molestó.

## CAPÍTULO 25

Transcurrieron dos días, durante los cuales Aiden fue testigo de cómo, de nuevo, Demelza lo rehuía. La joven parecía haber olvidado su acercamiento aquella noche en la taberna, y eso lo desconcertaba.

Ya más cerca de Inverness, pasaron por una granja para recoger las treinta ovejas que Alastair había comprado.

Demelza, que estaba junto a Hilda sobre su caballo mirando con detenimiento las ovejas, murmuró:

—Hilda, ¿ves lo mismo que yo?

La mujer, que, como ella, observaba el rebaño, afirmó:

—Sí, hija. Lo veo.

Brenda, que luchaba contra el viento, que mecía sus cabellos, miró a su alrededor al oírlas y preguntó:

—¿Qué veis que yo no veo?

Hilda y Demelza sonrieron, y la segunda musitó bromeando:

—¿Además de tu inquietante pelo?

Brenda maldijo. Su pelo, aquel que adoraba y que le llegaba por debajo del trasero, le resultaba más problemático cada día que pasaba.

—Ni me lo recuerdes... —gruñó.

De nuevo, Hilda y Demelza rieron.

—Hablábamos de las ovejas —explicó la mujer.

—¿Y?

—¿No ves nada raro? —preguntó Demelza.

Brenda observó a los animales con atención. Para ella eran todos iguales. Nada los diferenciaba, a excepción de la suciedad de su lana, y repuso: — Pues no... ¿Qué he de ver?

La pelirroja, acercándose entonces montada en su yegua hacia el caballo de la joven, dijo señalando:

—En ese grupo hay al menos tres ovejas que no me gustan nada.

Hilda miró hacia los animales que Demelza le indicaba.

Ambas eran conocedoras del tema, pues habían vivido en una granja de ovejas y cabras.

—Tienen las ubres muy oscuras y están al doble de su tamaño —explicó Demelza—. Mal asunto.

Brenda, que a su lado miraba a los animales sin ver nada que llamara su atención, al ver cómo Aiden y Alastair hablaban con el dueño de aquéllos, musitó:

—¿Y por qué ellos no se dan cuenta de lo que decís?

Demelza sonrió y, sin dudarlo, afirmó:

—Porque creo que ellos entienden de caballos y no de ovejas. Y están tan ciegos que las van a comprar sin molestarse en examinarlas primero. Un gran error.

—Un terrible error —convino Hilda.

Durante un rato, Brenda, con la ayuda de Hilda, comprobó por sí misma el mal estado de las ubres de aquellas ovejas.

—Habría que decírselo a Alastair —cuchicheó a continuación.

—Yo no —respondió Demelza.

—¿Por qué?

La joven, sintiéndose ninguneada y vigilada durante todo el camino, musitó:

—Primero, porque odia a los vikingos, y...

—Los odia por algo que yo los odiaría también —replicó la rubia.

Demelza asintió. Sin duda, su amiga tenía razón, pero, sin querer rebatírselo, prosiguió:

—... y, segundo, porque no me ha preguntado.

Convencida de lo que era justo y lo que no, Brenda farfulló mirando a

Alastair, que sonreía:

—Ay, pobre... Lo odio por cómo se comporta conmigo, pero siento pena por lo que le pueda pasar.

Demelza y Hilda sonrieron al oírla. La pobre muchacha estaba enamoradita perdida, y entonces la primera la animó:

—¿Por qué no se lo dices tú?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pero... pero si yo no entiendo de cabras.

—Son ovejas —la corrigió Hilda sonriendo.

Brenda hizo un mohín. Aquella aventura le estaba haciendo ver lo limitada que era para todo.

—Además —murmuró en noruego—, ¿acaso creéis que ese tonto cabezota hará caso de algo que yo diga?

—¡Brenda, por el amor de Dios! ¿Qué haces? —la regañó Hilda.

Demelza asintió divertida.

Desde que la joven les había confesado que sabía noruego, cuando hablaban de aquéllos y Hilda no estaba delante, lo hacían en ese idioma, y la pelirroja musitó siguiéndole el juego:

—Recuerda, Adnerb. Aunque no nos entienden, es mejor que no nos oigan.

—¡Por Odín! ¡¿Es que queréis matarme de un disgusto?! —protestó Hilda.

Las dos jóvenes sonrieron y volvieron a hablar en gaélico.

—Si ese tonto cabezota no te hace caso —cuchicheó Demelza—, antes de una semana se arrepentirá de no habértelo hecho y tendrá que pedirte perdón.

—Dentro de una semana ya no estaremos juntos...

Hilda asintió. Según había oído, al cabo de cinco días llegarían a Inverness, e insistió:

—Pues, si no estáis juntos, piensa que dentro de una semana se acordará de ti y se sentirá fatal por no haberte escuchado.

A Brenda le resultó terrible oír eso, pero, al entender lo que aquella decía, preocupada, se interesó:

—¿Tan grave es?

Demelza y Hilda asintieron, cuando la segunda insistió:

—Díselo. No creo que sea tan patán como para, al menos, no fijarse en lo que le vas a indicar.

Rápidamente, Brenda comenzó a atusarse el cabello. Debía estar presentable para cuando la mirase. Y Demelza, al ver que el tiempo pasaba y aquélla continuaba colocándose el pelo, gruñó:

—¿A qué esperas?

La joven, al oírla, supo que se estaba alargando demasiado, cuando, sin moverse del caballo, gritó:

—¡Alastair!

El highlander la oyó, pero no la miró y continuó a lo suyo.

—¡Alastair! —volvió a gritar.

En esta ocasión, Aiden miró a su amigo y, al ver su gesto ceñudo, señaló:

—Creo que te llaman.

El otro negó con la cabeza, cuando oyó de nuevo:

—¡Alastair! Sé que me estás oyendo.

Aiden y él se miraron, y el primero musitó con mofa:

—Atiéndela. Quizá sea importante.

Alastair miró a su amigo y, resoplando, se volvió hacia la joven de cabellos rubios como el sol. A continuación, mirándola sin atragantarse por su belleza, le espetó con gesto fiero:

— *Lady Cállate*, sois tan molesta como un odioso vikingo. ¡Callaos, pues!

No me interesa nada de vos.

Acto seguido, Aiden y él soltaron una risotada.

La palabra *vikingo* siempre era despectiva en boca de ellos, algo que a Demelza le molestaba cada vez más. Así pues, Hilda, mirándola, musitó al ver su gesto fiero:

—Recuerda dónde estamos.

La joven asintió, y Brenda, furiosa por lo que Alastair acababa de soltarle, manifestó:

—Tu insolencia algún día será castigada.



—¡Tiemblo sólo de pensarlo! —se mofó él.

En busca de aliento, la joven miró a Demelza. Ésta estaba seria, pero con un gesto la animó a decir lo que pretendía en un principio.

—Sé que quizá creas que no entiendo —comenzó Brenda—, o que no sé, o que puede que lo que yo te diga sea algo que...

—¡Al grano! ¿Qué quieres? —la cortó Alastair.

La rubia, a cada segundo más cansada de la antipatía que aquél le demostraba, al ver su gesto incómodo, movió la cabeza y pensó en guardar silencio. Pero no podía, se trataba del futuro de aquel cabezota, y finalmente dijo:

—Deberías mirar bien antes aquello que vas a adquirir.

Al oírla, Aiden y el vendedor también la miraron y, con gesto de mofa, Alastair musitó recordando su mentira:

—Ahhhh..., es verdad, ¡la experta granjera! —Y, al ver cómo ella tomaba aire, preguntó—: ¿Acaso estas ovejas no son lo suficientemente esponjosas para tu gusto?

Verse tratada como una tonta y entender su burla la hicieron mirar a Demelza, y, clavando sus ojos en ella, susurró bajando la voz:

—Siento unas irrefrenables ganas de matarlo.

Eso hizo sonreír a las mujeres. Brenda era deliciosamente graciosa.

Entonces, Demelza, consciente de que debían advertir de lo que pasaba, murmuró:

—Olvida el enfado y díselo. Si no lo haces, te arrepentirás el resto de tu vida.

Brenda asintió y, tragando la impotencia que sentía, al verse tratada como una inútil, miró de nuevo a Alastair, que no le quitaba ojo, e indicó:

—Aunque no te lo mereces, debes saber que hay varias ovejas que no están en buenas condiciones.

Sorprendido, él levantó una ceja y preguntó:

—¿Palabra de granjera experimentada?

La joven se movió inquieta en su montura. Soltarle un impropio sería muy fácil, pero, buscando la frialdad que estaba aprendiendo de Demelza, levantó el mentón y declaró:

—Advertido quedas.

El vendedor, al oír eso, protestó. Su ganado estaba bien. Pero Aiden, al ver cómo Demelza y Hilda cuchicheaban mirando las ovejas, indicó recordando que ellas provenían de una granja:

—Hagámoslo. No nos llevará mucho tiempo.

Alastair maldijo.

¿Qué sabía aquélla de ovejas?

—Demelza —llamó entonces Aiden.

La joven, al oír su nombre, lo miró, y él preguntó:

—¿Entiendes algo de ovejas?

Con gesto inocente, ella negó con la cabeza. Lo último que pensaba hacer era ayudar a alguien que odiaba a los vikingos, y respondió:

—No, señor. Sólo de patos.

Por su gesto inocente y el modo en que Hilda había desviado la mirada comprendió que sabían más de lo que estaban dispuestas a reconocer y, mirando a su descolocado amigo, indicó:

—Examinemos esas ovejas.

Tras la revisión, obligaron al vendedor a cambiarles cinco de ellas por otras con mejor aspecto. Poco después, cuando el grupo se marchaba ya con la nueva mercancía, Alastair pasó con su caballo cerca de Brenda y, al ver que ella lo miraba a la espera de algo, dijo con acritud:

—Gracias.

A la joven le gustó oír eso, pero, cuando se disponía a contestarle, él clavó los talones en los flancos de su animal y se alejó a toda prisa.

—Maldito cabezota —resopló ella.

Hilda y Demelza se miraron y sonrieron. Sin duda, aquellos dos eran tal para cual.

## CAPÍTULO 26

Los tres días siguientes, la lluvia lo complicó todo. Llevar el rebaño de ovejas junto con los caballos a menudo era tarea complicada, pero hicieron lo que pudieron.

Por su parte, Demelza observaba a Moses con disimulo. No conseguía entender a ese hombre.

Muchas eran las noches en las que, cuando se despertaba a causa de sus pesadillas y salía de la tienda, el guerrero siempre estaba cerca, acechando.

Por su parte, Moses se había acostumbrado a que ella se tumbara a su lado algunas noches a contemplar las estrellas. Al principio hablaban poco, pero, día a día, la confianza entre ellos había ido haciéndose más extensa, aunque siempre sentían que, llegados a un punto, ambos se frenaban.

¿Qué ocurría?

Desde la noche que le había entregado las hierbas para su dolor de muelas, muchos otros habían acudido a ella o a Hilda en busca de sanar o, al menos, de aliviar sus males.

Hilda los ayudaba encantada. Aquellos hombres eran buenas personas y, como tal, había que tratarlos, y lo hacía con cariño y devoción.

En silencio, Demelza vigilaba a su manera. Sabía que Harald andaba cerca, aunque no se dejara ver ni oír, y eso le gustaba.

Una noche, mientras Moses y ella contemplaban las estrellas, de pronto un sonido que la pelirroja reconoció la hizo sentarse. Al verla, Moses la miró y preguntó al notarla alarmada:

—¿Qué ocurre?

Ella le ordenó callar. Y, consciente de haber oído de nuevo el sonido de alerta de Harald, se levantó y, cogiendo su espada, señaló:

—Alguien se acerca.

Moses, sin entenderla, iba a levantarse también cuando oyó gritar a Gareth:

—¡Mi señor, nos atacan!

De pronto, el silencio de la noche se vio roto por unos feroces gritos.

Unos hombres sucios y harapientos, provistos de palos y espadas, irrumpían en el campamento, cuando Aiden, saliendo de su tienda, gritó al ver aquello:

—¡Coged las espadas!

Lo que en un principio era una noche tranquila se convirtió de pronto en una auténtica batalla campal.

Todos luchaban, todos peleaban, y Demelza, sin dudarlo, se sumó a los demás.

Al oír el estruendo, Brenda y Hilda sacaron sus cabezas por la ranura de la tienda y se miraron despavoridas al ver lo que ocurría.

—Creo... creo que será mejor que nos quedemos aquí —murmuró la mujer.

Brenda parpadeó asustada.

Su primer instinto fue meterse bajo tierra, pero, viendo a Demelza luchar espada en mano, algo afloró en su interior y, cogiendo la suya, declaró:

—Hilda..., necesitan mi ayuda.

—Pero, niña...

Una vez la joven salió de la tienda, miró a su alrededor.

En su vida se había visto en otra igual, y, retirándose su escandaloso pelo del rostro, murmuró apretando con fuerza la espada:

—Soy valiente..., soy valiente...

Un desconocido rápidamente se puso ante ella y, mirándola, murmuró:

—Qué succulento manjar tenemos aquí...

Nerviosa y aterrada, Brenda, a quien las manos le temblaban, preguntó:  
—¿Qué... qué queréis?

El hombre, encantado de haberse encontrado con ella, musitó sin dejar de moverse:

—Las ovejas, los caballos y, por supuesto, a ti entre mis piernas.

Oír eso y sentir la sucia mirada de aquél hizo que a Brenda se le erizara todo el vello del cuerpo y, sin dudarlo, se lanzó al ataque. Con fuerza, se defendía de aquel hombre cuando Demelza, al verla, corrió hacia ella y, quitándole de encima al tipo que la atosigaba, le preguntó:

—Pero ¿qué haces?

—¡¿Tú qué crees?! —respondió la rubia.

Y, cuando la pelirroja clavó sin piedad su espada en el estómago de aquél, Brenda musitó:

—Ese hombre me dijo que venían a por los caballos y las ovejas y... ¡Oh, Dios, no quiero repetirlo!

Demelza asintió. Saber que no venían a por ella en cierto modo la tranquilizó. Aiden y sus hombres no podían enterarse de que la buscaban.

—Regresa con Hilda a la tienda —indicó—. ¡Te van a matar!

Pero la sangre a Brenda ya se le había revolucionado y, segura de lo que hacía, afirmó:

—No, si antes los mato yo.

Al oírla, Demelza sonrió. Día tras día, la evolución en ciertos aspectos de Brenda era más que evidente, y, sonriendo, afirmó:

—No lo puedes negar..., su sangre corre por tus venas.

Brenda asintió, e, instintivamente, ambas se dieron la vuelta y prosiguieron luchando para defender los caballos y las ovejas de Aiden y de Alastair.

Al ver a las dos mujeres batallar con aquel arrojito, Aiden las miró sin dar crédito, aunque su atención se centró en Demelza.

La fiereza y la contundencia que aquélla mostraba en cada movimiento eran inigualables. Para ser una mujer, era muy diestra con la espada. Y, cuando abatió al hombre que tenía frente a ella y, dándose media vuelta, fue a por otro, el highlander parpadeó boquiabierto.

Pero ¿de dónde había salido aquella fiera?

Alastair, por su parte, al ver a Brenda enfrentándose con un tipo, corrió

hacia ella y, poniéndose en medio para continuar él con la lucha, le gritó:

—Pero ¿qué demonios estás haciendo?

Al oírlo, la joven se apresuró a replicar:

—Por todos los santos... ¡Ayudando! ¡¿No lo ves?!

—Ve a ponerte a resguardo. ¡Ya!

Pero ella se negó. No pensaba hacer lo que él le pedía, y Alastair, al ver aquello, maldijo. Con fiereza, acabó con aquel individuo y, una vez lo hizo, se volvió hacia Brenda y gruñó:

—Te he dicho que...

La muchacha, al ver que un tipo aparecía por detrás de él asiendo con las dos manos la espada, empujó a Alastair, que cayó al suelo, y, sin dudarle, hincó su espada en el cuerpo de aquel individuo, que, abriendo los ojos, cayó hacia atrás.

Boquiabierta, lo miró. Había matado a un hombre. Y, cuando Alastair se levantó y se puso a su lado, ella, reaccionando, lo miró y gruñó sin querer pensar en nada más:

—¿Qué tal si dejas de darme órdenes y acabamos con esto de una vez?  
¿O

acaso temes que me ocurra algo y no poder cobrar tu recompensa?

Y, sin prestarle más atención, la joven se dio media vuelta y atacó a otro hombre. Eso sí, Alastair ya no pudo quitarle los ojos de encima, y no precisamente por la recompensa.

Demelza, totalmente concentrada, acababa con todo malhechor que se ponía ante ella. Llevaba tiempo sin manejar la espada. Llevaba tiempo sin sacar aquella parte de ella que a su padre tanto le gustaba, y, hambrienta de sangre, se dejó llevar.

Era letal, lo sabía, y, cuando vio que un hombre tiraba a Moses al suelo y éste perdía su espada, corrió hacia aquél. Como una fiera, se situó entre ambos y, sin dudarle, clavó la suya en el pecho de aquél, que murió instantáneamente.

Moses la miró boquiabierto y murmuró:

—Gracias.

Demelza asintió y, dándole un puntapié a la espada para acercársela,

indicó:

—Vamos..., continuemos.

La ferocidad de aquellos que pretendían llevarse el ganado se fue apagando. Los hombres de Aiden eran buenos combatiendo.

Demelza fue en busca de Brenda. La muchacha respiraba con dificultad junto a la tienda, y, acercándose a ella, preguntó:

—¿Estás bien?

La joven asintió y afirmó mirando las palmas de sus manos:

—¡Oh, Dios...! Me las he despellejado.

La pelirroja observó sus manos, que ya no eran suaves y delicadas. Y, cuando se disponía a decir algo, Alastair apareció a su lado y dijo mientras le entregaba unas vendas:

—Ve con Hilda. Es necesario que te las cure.

Dicho esto, corrió hacia unos hombres para blandir su espada, cuando Brenda murmuró:

—Oh..., qué gallardo y valiente es... ¡Mue...!

—Sí, lo sé. Mueres de amor —se mofó Demelza, que, empujándola, insistió—: Ahora ve con Hilda.

Cuando aquélla desapareció, la pelirroja miró a su alrededor. El campamento parecía recuperar la tranquilidad, y buscó a Aiden.

¿Dónde estaba?

Pocos eran los malhechores que continuaban vivos, cuando oyó ruido de espadas chocando a su espalda. El sonido provenía del lugar donde estaban los caballos.

*¡Unne!*

Rápidamente, se dirigió hacia allí y vio que quien luchaba era Aiden, que blandía su espada con maestría contra dos tipos. Y, sin dudarlo, corrió hacia él.

Al verla llegar a la carrera, el highlander gritó:

—¡Demelza, aléjate de aquí!

No obstante, ella negó con la cabeza. Aiden necesitaba ayuda. Y, sin dudarlo, se apoyó en una piedra, dio un salto para acercarse a él y, una vez cayó a su lado, musitó mirándolo con una sonrisa y la mirada oscura:

—Lo siento por ti, pero una mujer te va a ayudar.

Boquiabierto, él observó cómo la joven, sin perder fuerza tras la carrera y el salto, se enfrentaba a uno de los tipos mientras los caballos se movían a su alrededor asustados. Pero, consciente de que debía acabar con su atacante para ayudarla, se centró en aquél.

Poco después, cuando el tipo yacía ya en el suelo, buscó con la mirada a la joven. Los caballos se lo impedían, pero, guiándose por el sonido de los aceros al chocar, los localizó.

Concentrada, Demelza luchaba con furia con aquel tipo. De nuevo, Aiden pudo comprobar su tenacidad, la regularidad de sus estocadas y su agilidad al moverse. No conocía a nadie que luchara así. Ni él mismo sabría hacer muchos de sus movimientos, cuando, de pronto, con una fuerza que lo dejó perplejo, vio que se pasaba la espada de la mano derecha a la izquierda y, como si de una lanza se tratara, la arrojaba clavándola en el pecho de aquél.

Pero ¿dónde había aprendido aquella muchacha a luchar así?

Ella, sin percatarse de que Aiden la observaba, con sangre fría, se acercó hasta el hombre, apoyó el pie en su estómago y sacó su espada de su cuerpo ya sin vida. Después miró a su alrededor hasta encontrar a *Unne*. La yegua estaba sana y salva y, acercándose a ella, la muchacha apoyó su frente sobre la suya y murmuró en noruego:

—Tranquila, todo está bien. Estamos bien.

Aiden observaba todavía con la respiración entrecortada a aquella pelirroja con la cabeza llena de trencitas junto a su yegua. Eran muchas las veces que había visto a la muchacha hacer ese gesto con *Unne* para comunicarse con ella.

De pronto, oyó unos pasos rápidos y, al volverse, vio que se trataba de Moses. Éste había visto correr hacia allí a Demelza y, al ver a su señor, se detuvo. Aiden lo miró con gesto hosco.

—Señor —dijo Moses—, Demelza intuyó el ataque antes que nadie.

—¿Qué? —preguntó el highlander sorprendido.

—Ella me avisó antes que Gareth. Es la verdad, mi señor. Fui testigo.

Aiden asintió. Aquella mujer no paraba de sorprenderlo, y, mirando a su hombre, indicó:



—Regresa al campamento. Yo volveré con ella.

Una vez Moses desapareció, el escocés continuó mirando a la joven, que seguía junto a su yegua, cuando de pronto ella levantó la vista al cielo, abrió los brazos y gritó:

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien!

Sin entender por qué exclamaba aquello, Aiden echó a andar en su dirección.

—Demelza...

En ese instante resonaron a lo lejos los gritos de victoria de los guerreros de Aiden, lo que significaba que la batalla había acabado. El highlander se acercó a ella y preguntó:

—¿A quién le dices que estás bien?

Confundida y alterada por lo que había ocurrido, la joven lo miró. Sus ojos seguían oscuros. Había gritado para que Harald lo supiera, pero, sin decir la verdad, murmuró:

—Simplemente necesitaba decirlo.

Aiden, sin entenderla, asintió, pero preguntó:

—Moses me ha dicho que intuiste el ataque antes de que Gareth diera la voz de alarma.

Ella se tocó una de las trencitas de su cabeza. Aquello era cierto, pero, tratando de quitarle importancia, repuso:

—Fue cuestión de suerte. Oí un ruido y me alarmé. ¡Nada más!

El guerrero no sabía qué pensar.

Intuía que allí había algo más, se lo decía el color de sus ojos. Pero, admirando a aquella joven, que cada día le hacía replantearse infinidad de cosas, preguntó:

—¿Quién te ha enseñado a luchar de ese modo?

La muchacha cabeceó y, necesitada de ser sincera, respondió:

—Mi padre.

Acercándose más a ella, Aiden indicó:

—Tu padre debió de ser un buen guerrero.

Eso hizo sonreír a la joven, que, asintiendo, aseguró:

—El mejor.

De pronto, Aiden se percató de que ella tenía sangre en el rostro, y, tocándola con premura, preguntó tembloroso:

—¿Te encuentras bien?

Los ojos de Demelza, oscuros como la noche, comenzaron a aclararse y, respirando con dificultad por el esfuerzo que había hecho, asintió. Pero, al ver que él también tenía sangre en la mejilla, preguntó preocupada mientras *Unne* se acercaba a *Haar*:

—¿Te han herido?

Cuando sus manos tocaron la sangre para cerciorarse de que no era suya, un chispazo de energía surgió entre ambos. Se miraron a los ojos y entonces, Aiden, acercando su boca a la de ella, la besó y Demelza se dejó hacer.

Aquel beso, cargado de tensión, ardor y necesidad a la luz de la luna, rodeados por los caballos, había sido muy deseado por ambos desde hacía tiempo. Sus bocas secas y sedientas, no sólo de agua, se paladearon, se disfrutaron, y cuando Aiden dejó caer su espada al suelo y cogió a la joven entre sus brazos, ambos supieron que sería difícil detener aquello.

Un beso..., dos...

Una caricia..., tres...

Un gemido..., seis...

La necesidad que tenían de tocarse, de besarse y de poseerse de pronto se hizo insoportable y, cuando el deseo los hizo entender que o paraban o ya nada podría frenarlos, se miraron a los ojos y Aiden musitó:

—Te deseo tanto que...

Acelerada porque ella también lo deseaba, la joven puso su mano sobre sus labios para que no continuara hablando. No, aquello no debía seguir. Y, desasiéndose de sus brazos, una vez sus pies tocaron el suelo, dio un paso atrás y murmuró:

—No puede ser.

Aiden, incapaz de entender sus reticencias, cuando sus ojos y su cuerpo cada vez que se juntaban le indicaban otra cosa muy distinta, preguntó:

—¿Por qué no puede ser?

Cada vez más confundida por todo lo que aquel hombre la hacía sentir, Demelza musitó incapaz de callar:

—Porque soy aquello que detestas.

Sin entender sus palabras, Aiden iba a preguntar cuando ella añadió:

—He de regresar con Hilda. Estará preocupada.

Confundido y sin saber cómo reaccionar, el highlander asintió.

—Sí. Será mejor que vayas con ella.

Acalorada y desconcertada, pero seguida por el escocés, Demelza regresó sin rozarlo al campamento, donde los hombres, al cruzarse con ella, le dieron las gracias por su valentía. Al oír sus comentarios, Aiden se sintió bien. Le gustó que sus hombres agradecieran a la muchacha lo que había hecho. Y, una vez ella siguió su camino hacia la tienda, Alastair indicó acercándose a su amigo:

—Esos tipos venían a por los caballos y las ovejas.

Aiden asintió y Alastair, al ver su gesto, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Aiden lo miró.

Demelza lo trastocaba, pero, sin querer dejar ver más de lo que él mismo quería reconocer, tras indicarle a su amigo que estaba bien, ordenó dirigiéndose a sus hombres:

—Quiero un informe de daños ¡ya!

Cuando Demelza entró en la tienda donde estaban Hilda y Brenda, la primera, al verla, preguntó con preocupación:

—Mi vida, ¿estás bien?

La pelirroja soltó su espada y asintió, momento en el que Brenda, a quien Hilda le estaba vendando las manos, afirmó:

—Oh, Dios, Demelza, ¡he luchado! ¡He sido valiente y he luchado!

Su amiga sonrió. Y, entendiendo cómo se sentía aquella ya no tan inocente joven, afirmó:

—Sí, Brenda. Y yo muero de amor por ti, porque eres una guerrera.

## CAPÍTULO 27

Tras aquella batalla, de la que salieron victoriosos, los escoceses comenzaron a mirar a Brenda y a Demelza con otros ojos. Sin duda, las mujeres eran valientes, y a ellas les gustó ese reconocimiento.

Sin embargo, de nuevo la pelirroja parecía rehuir a Aiden. Cada vez que se acercaban, que se besaban, ocurría lo mismo, algo que él no conseguía entender. Con disimulo, el highlander observaba el trato de aquélla con Moses y veía la extraña relación entre el tipo más raro y callado del campamento y ella. Trató de entenderla, pero a lo único que llegó fue a que, como ambos eran raros, sus propias rarezas hacían que se entendieran.

Por su parte, Alastair, tras lo ocurrido, se acercaba a Brenda para preocuparse por el estado de las heridas de sus manos. Ella, encantada, al principio disfrutó de esas atenciones, pero cuando intentó acercarse más a él y el escocés la cortó diciéndole que se preocupaba por ella sólo para que la mercancía le llegase en buenas condiciones a su padre, ésta se enfadó y, de nuevo, las discrepancias entre ambos volvieron locos a todos.

Mientras tanto, Aiden seguía siendo consciente de las pesadillas de Demelza. Las veía. Lo sabía y no decía nada, pero no paraba de preguntarse qué era lo que la asustaba, y qué ocultaba.

Aquella muchacha de extraño corte de cabello no era como Brenda. No buscaba continuamente que nadie se preocupara por ella, ni estar bella, ni que escucharan sus quejas. Era más bien al revés. Intentaba hacerse notar apenas y no protestaba por nada, aunque su manera de estar alerta en todo momento

le hizo saber a Aiden que no podía fiarse de ella, pues sin duda intentarían escapar en cuanto pudieran.

Una noche, estaba pensando en ello sentado a los pies de un árbol cuando Demelza, saliendo de su tienda, se encaminó hacia el lugar donde el cocinero hervía agua y, tras echar con un cazo un poco en un cuenco, se dirigió hacia Moses.

Durante un rato, aquéllos charlaron con cordialidad. Estaba claro que la joven se había ganado a muchos de sus hombres, Moses entre ellos, y juntos estuvieron hasta que ella le tendió el cuenco con premura y luego se alejó de él.

Al ver la prisa que llevaba, Aiden se puso en pie y divisó cómo, en la oscuridad, se internaba en el bosque.

Pero ¿adónde iba?

Intentando que nadie se fijara en él, Aiden rodeó un par de tiendas, hasta que enfiló el camino que había tomado la joven, pero no la vio. Parecía haberse desvanecido.

\*\*\*

Demelza, que había oído un ruido que para ella había sido vital durante muchos años, se dirigió sin dudarle hacia él.

Con cautela, salió del campamento y, cuando vio que nadie la seguía, se dejó guiar por el sonido, hasta que finalmente Harald apareció ante ella, y la muchacha, lanzándose a sus brazos en busca de cobijo, murmuró:

—Estaba muy preocupada por ti.

El vikingo asintió, y, abrazándola con todo el cariño del mundo, musitó mientras las telas que lo cubrían caían al suelo:

—Tan preocupado como yo por ti.

En silencio, permanecieron abrazados unos segundos, hablándose en silencio, y, cuando se separaron, ella dijo:

—Gracias por avisar la otra noche.

Harald sonrió y musitó negando con la cabeza: —Esos escoceses tienen mucho que aprender aún.

Divertidos, ambos sonrieron, cuando ella, contemplando sus preciosos ojos azules, se disponía a preguntar algo, pero él, consciente de lo que necesitaba oír, musitó:

—Les di sepultura a todos. Todo está bien, Demelza.

La joven asintió. Saber aquello era importante para ella.

—Me volví loco cuando me enteré de vuestro rapto —añadió él—. ¿Hilda y tú estáis bien?

Sin querer preocuparlo, la joven asintió.

—Sí, tranquilo. ¿Y tú?

Harald, a quien estar en Escocia no le estaba resultando fácil, suspiró.

—Estos escoceses son un poco complicados —ambos rieron de nuevo—, pero no sería justo si no dijera que también he dado con buena gente y con noruegos que se ocultan para no tener problemas.

—Ellos no están al corriente de mi procedencia —explicó entonces Demelza—. Si lo supieran, no sé si serían tan...

—Pues, para no saberlo —lo cortó él—, he visto cómo el tal Aiden McAllister se preocupa por ti, y algo me hace intuir que a ti no te desagrada.

Sorprendida por lo que Harald hubiera podido ver, la pelirroja gruñó:

—Pues has visto mal. Muy mal. —Y, como no quería seguir hablando de aquello, añadió—: La abuela de Brenda, la joven que nos acompaña, era vikinga. Ella sí sabe de dónde venimos y podemos contar con su ayuda y su discreción. Y, como te dijo, puedes ir a la fortaleza McAllan de Inverness, su padre te ayudará.

De nuevo, ambos sonrieron, cuando éste musitó:

—No sabía cómo localizarte tras tu rapto, hasta que oí que alguien te había visto en Escocia y... entonces vine como pude y te encontré. Debemos regresar a Noruega. Aquí no tenemos nada.

Demelza sonrió, no había nada que deseara más que aquello. Pero entonces la mirada de Harald se ensombreció y él declaró: —Dem..., no soy el único que está en Escocia.

De inmediato, ella comprendió qué quería decirle y, demudándose, preguntó:

—Viggo está aquí, ¿verdad?

Harald asintió.

—Quiere matarte —siseó con rabia.

—Lo sé. Alguno de sus esbirros ya lo han intentado, pero yo lo mataré antes —afirmó ella convencida.

Su cuñado sonrió con tristeza al oír eso. Ésa era la fuerte Demelza que siempre había conocido, y, pasando su mano por su mejilla, musitó:

—Me recuerdas tanto a ella...

Con pesar, ambos se miraron, cuando el sonido de unas ramas al quebrarse los puso en alerta. Harald, echándose de nuevo las sucias telas que estaban en el suelo por encima, susurró:

—Ahora vete. Te seguiré de cerca, y no se te ocurra alejarte de ese McAllister.

Y, dicho esto, desapareció de su vista.

Demelza cerró los ojos y sonrió. Que Harald estuviera vivo era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. Y, de pronto, el cielo se iluminó. Una luz verde lo atravesó y, emocionada, musitó echando a correr:

—Ingrid...

## CAPÍTULO 28

Aiden, que se dejaba guiar por los sonidos, se inquietó al verla correr.

¿Adónde iba?

Dudaba que quisiera escapar, pues no se iría sin Hilda, sin su supuesta madre.

Pero ¿por qué corría?

De pronto, el sonido de unos cascos de caballo lo puso en alerta y, al mirar hacia atrás, vio a *Unne* y a *Haar*, que pasaron casi rozándolo.

Sin entender qué sucedía, Aiden aceleró su carrera. Sus propios pasos no se oían con el sonido de los caballos. Corrió y corrió sin perder de vista a la joven, hasta que ella de pronto se detuvo y, tras saludar a los caballos, que estaban a su lado, miró al cielo y se dejó caer al suelo.

Ajena a la cercanía de Aiden, Demelza contemplaba el cielo. Por primera vez desde que había llegado a tierras escocesas, los colores de la aurora boreal parecían querer bailar, y los observó emocionada. Ingrid estaba allí.

Rosas..., verdes..., blancos..., aquel baile del que tantas veces había disfrutado con su hermana la hizo emocionarse, y, sin poder evitarlo, unas lágrimas se desbordaron de sus ojos.

—¡No! —maldijo retirándose con brusquedad.

Sola, en la oscuridad de la noche, lejos de su tierra y acompañada por aquellos dos caballos, Demelza pensó en su familia y en el triste destino que le esperaba. Debía dejar a Brenda a salvo para poder continuar su camino.

Encontrar a Viggo para matarlo o morir ella.



Estaba pensando en ello cuando las luces del cielo, tal como habían aparecido, se esfumaron, y la muchacha murmuró con voz trémula: —Ingrid, baila. Baila eternamente, hermana.

Escondido tras un árbol, Aiden la miraba. ¿Qué le ocurría?

Pensó en acercarse a ella, cuando, de pronto, *Haar* y *Unne*, a modo de protección, se tumbaron al lado de la joven.

Perplejo por lo que observaba, el highlander parpadeó. Los caballos sólo se acostaban cuando se sentían cómodos, seguros y confiados. Para ellos esa posición era tremendamente vulnerable, y Demelza, sin pedírselo, lo había conseguido.

Sin quitarle el ojo de encima, Aiden vio cómo la joven, con mimo, mientras contemplaba el cielo, tocaba las cabezas de aquéllos, y entonces, cerrando los ojos, sonrió. Sonrió de tal manera que a él se le aceleró el corazón. Nunca había visto una expresión tan dulce, afectiva y bonita. Ni siquiera Annabelle sonreía así.

Estaba observándola cuando un murmullo incoherente le llegó a los oídos.

Demelza decía algo. Hablaba. ¿Qué dialecto escocés parloteaba? Prestó atención. Aguzó el oído, pero le resultó imposible. No entendía lo que decía.

Finalmente, la joven se levantó, y, tras revolverse el pelo con gracia, los caballos se levantaron imitándola.

Complacida por el mimo y la protección que había recibido de los animales en un momento tan íntimo y especial para ella, acercó su frente a la de *Haar*. Habló con él durante unos instantes y el caballo cabeceó. Después lo hizo con *Unne*. La yegua pareció entenderla y cabeceó también, y la joven sonrió.

—¿Cómo lo haces?

Al oír aquella voz, la joven se sobresaltó. Estaba tan concentrada en su pena, en sus recuerdos y en los animales que no había estado alerta por si había alguien cerca, y respondió feliz de haberse alejado de Harald:

—¿A qué os referís, señor?

El highlander, acercándose a ella, la miró a los ojos. Aún los tenía vidriosos y húmedos, algo raro en ella, e indicó con una suavidad que a

Demelza la inquietó:

—Aiden. Estamos solos.

Ella asintió, pensó en Harald y a continuación musitó con docilidad mirando al suelo:

—De acuerdo..., Aiden.

Su nombre. Cada vez que ella decía su nombre éste sonaba de un modo especial. Su forma de pronunciarlo era diferente por el modo en que arrastraba la primera letra, y le gustaba. Le encantaba oírlo de su boca.

Pero el rostro de Demelza era triste. Y, cogiendo con su mano la barbilla de aquélla, hizo que lo mirara y le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Ella no respondió, odiaba que pudiera haber visto su parte vulnerable, cuando él, sin apartar sus ojos de su rostro, insistió:

—¿Qué puedes estar recordando para que la tristeza te inunde de este modo?

La muchacha dio un paso atrás, pero al ver que él se acercaba de nuevo a ella en busca de una explicación, sin saber por qué, indicó:

—Recordar a los seres queridos siempre es...

No pudo continuar. Las malditas lágrimas de nuevo querían salir. Pero, tragándose las, junto con la emoción, iba a decir algo más cuando él preguntó:

—¿Eso es lo que te hace despertar por las noches sobresaltada?

Demelza no contestó. Estaba claro que seguía sin fiarse de él, y Aiden insistió:

—En ocasiones, llorar es bueno. ¿Por qué te contienes?

La joven resopló y, levantando el mentón, afirmó:

—Yo no lloro.

—¿Por qué?

Ella pensó en su padre. En el hombre que le había enseñado la diferencia entre la debilidad y la fortaleza, y respondió escuetamente:

—Porque no.

Sus palabras volvieron a sorprenderlo. Por lo general, las mujeres solían ser más lloronas que los hombres. Pero, intentando llegar a ella, musitó:

—Permíteme decirte que hasta el guerrero más bárbaro, fiero y terrible

llora. Y quien diga lo contrario miente.

Al oír eso, la joven lo miró y, levantando las cejas, preguntó:

—¿Tú lloras?

Aiden sonrió. Él había dejado sin responder esa pregunta días antes. Y, bajando la voz, cuchicheó:

—Esto lo diré aquí y ahora, pero, una vez dicho, lo negaré, ¿entendido?

— Ella asintió—. ¿Recuerdas cuando te conté que tuve que sacrificar a mi caballo? Pues su pérdida me hizo llorar. Llorar en soledad.

A Demelza le gustó saber que el highlander le había confesado aquello tan íntimo y, pensando en su padre y en el dolor que muchas cosas le habían ocasionado en la vida, murmuró:

—Supuestamente, los hombres no lloran.

—Hacerlo no resta valor, ni hombría, aunque se crea lo contrario.

—Eso que dices es bonito...

—No sé si es bonito o no —sonrió aquél—, pero es una realidad.

En silencio, ambos se miraron y sonrieron.

Aiden la hacía sonreír. Aquel highlander que guardaba las distancias ante sus guerreros, en la intimidad, le estaba demostrando que era un hombre afectuoso y cercano, y más cuando, quitándole un mechón rojo del rostro con mimo, musitó:

—Cuando el corazón gobierna sobre la razón, no se puede hacer nada para ir en contra.

A la joven sus palabras le llegaron al corazón, cuando de pronto *Haar* se acercó hasta su dueño y, con el hocico, le dio en el hombro. Ese gesto, tan inusual en el animal, hizo que Aiden lo mirara, y Demelza, al ver su expresión de desconcierto, susurró:

—Junta tu frente con la de él.

Sin dudarle, Aiden hizo lo que ella le pedía mientras la oía decir:

— *Haar* te nota cercano en este instante. Te siente en paz. Permítele que perciba el latido de tu corazón, que te roce y te huela. Háblale. A *Haar* le gusta que le hablen con cariño, no sólo dándole órdenes. Y recuerda: vigila tu cuerpo, tu tensión, o eso lo tensará a él.

Hechizado por todo lo que ella susurraba a su lado, el escocés se dejó

llevar. Apoyó su frente en la del animal y no dijo nada. Sólo disfrutó del placer de escuchar los latidos de su propio corazón y de sentir el del animal.

Así estuvieron unos minutos, hasta que finalmente el caballo se movió y, cuando alejó su cabeza de la de él, Aiden lo acarició sonriendo.

—Muy bien, amigo. Muy bien.

Demelza, inmóvil, había observado el momento, y, al ver que *Haar* buscaba con la mirada a *Unne* e iba con ella, murmuró:

—Entrégale una prueba de amor y contarás con su fidelidad.

—¿Una prueba de amor?

—Sí.

—¿A un caballo?

—Sí, a un caballo. ¿Por qué no? —afirmó sonriendo.

Divertido por lo que aquélla decía, Aiden parpadeó e insistió:

—Pero ¿eso no es lo que las mujeres solicitáis a los hombres?

Recordando a su hermana, Demelza suspiró y respondió pensando en ella:

—Imagino, aunque no es mi caso.

Necesitado de saber más sobre aquella enigmática mujer, él inquirió:

—¿Nunca has solicitado una prueba de amor?

—No.

—¿Por qué?

—Porque nunca he deseado las atenciones de un hombre.

Su rapidez al contestar y sus ojos le dijeron que no debía continuar por ahí, cuando él, para que ella volviera a mirarlo con confianza, preguntó:

—Volviendo al caballo..., explícate. ¿A qué te refieres con eso de la prueba?

Demelza sonrió.

—Una prueba de amor es algo que, si se entrega desde el corazón, hará ver, sentir y percibir tu lealtad, tu amor, tu amistad, tu honestidad, tu confianza y un sinfín de cosas más.

Él la miró boquiabierto. Verla tan relajada hablando con él era maravilloso, y, encantado con el momento que estaba viviendo, preguntó a continuación:

—¿No decías que no sabías de caballos?

La joven rio y, suspirando, respondió:

—Y no sé, pero tengo buena sintonía con los animales.

—¿Con los patos? —se mofó él.

—Esencialmente con los patos y las ocas —declaró sin dudar.

Hechizado, y sin dejar de sonreír, Aiden siguió los movimientos de *Haar*.

Haber compartido aquel momento tan íntimo con él había sido una de las mejores cosas que le habían pasado en los últimos tiempos.

Una vez el animal se detuvo junto a la yegua de Demelza, mirando a la joven preguntó:

—Algo me dice que, además de patos, entiendes de ovejas, ¿verdad?

Ella sonrió. Sin duda no había podido engañarlo. Entonces, él, al comprender que no iba a contestar, dijo simplemente:

—Gracias.

—¿Por qué, Aiden?

De nuevo escuchó su nombre. Cada vez que ella lo decía, algo en su interior se revolvía y su corazón se desbocaba como nunca en su vida. Se acercó más a ella. Demelza no se movió. No podía.

¿Qué le ocurría?

Y entonces, Aiden, sin saber por qué, posó su frente sobre la de la joven, como había visto que ella hacía cientos de veces con su yegua, y, en un tono tremendamente íntimo, murmuró:

—Por implicarte en la lucha como te implicaste el otro día. Por decir mi nombre como lo dices, y por enseñarme a apreciar algo tan único y especial como los sois tú y tu mirada.

Sin moverse, y con las frentes unidas, ambos se miraron a los ojos en silencio, hasta que Aiden, sintiendo que un vendaval se levantaba en su interior, murmuró:

—No sé qué me ocurre contigo, pero...

Acalorada como en su vida, Demelza cerró los ojos. La atracción era mutua.

Como en otro tiempo le había contado su hermana, ahora era a ella a quien le sudaban las manos, el corazón se le aceleraba y la necesidad de tocar al highlander era tremenda. Pero, consciente de que aquello no podía ser por

muchos motivos, dio un paso atrás.

Sintiendo que su gesto era debido al miedo y a la desconfianza, Aiden volvió a dar otro paso hacia ella. Se negaba a alejarse, la atracción que sentía era irresistible. Y, cuando la muchacha no se movió, posando su mano en su cintura, murmuró:

—¿Por qué me atraes tanto..., pelirroja salvaje?

Ella lo miró. La atracción era mutua.

—No me llames así... —susurró.

Él sonrió y, aspirando el aroma de su piel, insistió:

—¿Por qué, si me dijiste que te gustaba?

Demelza recordó el momento en el que, sin saber por qué, le había abierto su corazón, y, consciente de que no podía pasar nada de lo que imaginaba, musitó:

—Aiden..., no lo hagas.

Incapaz de hacerle caso, y saltándose todos los límites que había autoimpuesto desde que aquella mujer había aparecido en su vida, él posó su boca sobre la de ella y, sin rozarla, musitó deseoso de ganarse su confianza:

—Me hechizas..., me atraes..., me tientas... —Con mimo, paseó sus labios sobre los de aquélla e insistió deseoso de más—: Pero, a pesar de todo lo que me haces sentir, nunca haría nada que tú no desearas tanto como yo.

Exaltada como en su vida, a Demelza se aceleró la respiración, e, incapaz de callar, musitó:

—Yo no ruego.

Eso hizo que Aiden sonriera. Recordaba haberle dicho eso mismo a ella.

Y, convencido, afirmó:

—Yo, por ti, rogaría.

Al oír eso, a Demelza se le aceleró más aún si cabe el corazón.

La atracción que sentía por Aiden nunca la había sentido hacia Viggo, a pesar de que aquél había sido su marido.

Aiden no la besaba; sólo la tentaba, la invitaba a tomar sus labios. Ese acto, que tanta repulsión le causaba con Viggo, con Aiden era tentador.

Terriblemente tentador y deseable. Y, finalmente, incapaz de contener aquel loco deseo, la muchacha posó sus labios sobre los de él y, al sentir su

tibieza, sin dudar lo besó.

El chispazo que sintieron en aquel instante los hizo temblar a ambos, y Aiden, complacido porque ella hubiera dado el primer paso, se dejó llevar con tiento.

Demelza era cálida, apetitosa, al tiempo que escurridiza. No era una mujer de la que aún pudiera fiarse, pero con una irresistible posesión, la apretó contra él y la disfrutó.

Sus respiraciones se aceleraron, sus manos se tocaron y, cuando un gruñido de satisfacción salió de la boca del highlander, la joven se asustó y, con brusquedad, se separó de él.

El miedo y el desconcierto que él vio en sus ojos le resultó completamente nuevo, y, sin moverse, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Los malos recuerdos de los momentos íntimos con su marido se apoderaron de la mente de Demelza. No. No quería volver a pasar por aquello, y, negando con la cabeza, murmuró:

—No..., *señor...*, no es buena idea.

Que lo llamara de ese modo cuando estaban solos le extrañó.

¿Por qué? ¿Y por qué aquella mirada asustada?

Ella dio entonces otro paso hacia atrás y susurró:

—No debemos continuar. Es... es mejor... dejarlo aquí.

Aiden, creyendo entender de pronto aquel miedo en su mirada, maldijo.

¿Quién había sido el animal que le había hecho daño?

Pero, dando un paso adelante para acercarse de nuevo a ella, dijo mirándola a los ojos:

—Nunca..., escucha, Demelza... Nunca haría nada que tú no quisieras.

La joven cerró los ojos y, sin saber por qué, preguntó:

—¿Lo prometes?

Boquiabierto por lo que le decía, que sin duda ratificaba lo que imaginaba, Aiden aseguró:

—Por supuesto, Demelza. Por supuesto que lo prometo.

Aquellas palabras, aquel hombre y su mirada no tenían nada que ver con Viggo. Si con este último sólo sentía repulsión, con Aiden era todo lo

contrario. Y, necesitada de un cariño que nunca necesitó, olvidándose de sus miedos, se acercó a él y, enredando la yema de sus dedos en aquel espeso pelo oscuro, lo atrajo hacia sí para besarlo con gusto y posesividad.

Aiden cada vez entendía menos.

Pero ¿por qué con aquella mujer todo era así?

Y, sorprendido pero deseoso de aquel contacto, la apretó contra su cuerpo y ahondó en el beso.

Extasiada por los miles de cosas que aquel hombre la hacía sentir, la joven se entregó. Y, cuando él la cogió entre sus brazos de nuevo para pegarla a él, de pronto se oyó:

—Señor... ¡Mi señor...!

Aquellos gritos llamaron la atención de ambos, que rápidamente se miraron a los ojos. El mágico y excitante momento que se había originado entre ellos se había acabado, y ninguno sabía qué decir.

Las voces de aquel hombre se oían cada vez más cercanas, cuando Aiden, mirándola, dijo tocándose el pelo con confusión:

—Hablaemos de esto más tarde, ¿entendido?

La joven, azorada como en su vida, asintió, cuando Aiden la soltó con pesar en el suelo y ella rápidamente dio dos pasos para alejarse de él. Debían recomponerse antes de que el hombre llegara hasta ellos. Instantes después, Gareth apareció y los miró con curiosidad.

—Señor —dijo al cabo—, Scott ha visto merodear unos lobos cerca del campamento, y falta una oveja.

Aiden se alarmó al oír eso. Los lobos eran un gran problema. Y, asiendo a Demelza del brazo, le indicó señalándole la yegua:

—Monta y regresemos.

Cuando los tres llegaron al campamento, una vez Demelza desmontó de su caballo y Aiden y su hombre del suyo, Alastair se acercó a ellos.

—Están localizados en aquella dirección —indicó. Aiden miró hacia el lugar donde señalaba y él continuó—: Son una manada de cuatro. No hay más.

El highlander asintió y, mirando a dos de sus hombres, dijo:

—James, Kenneth, venid con nosotros. El resto quedaos aquí.



Demelza, al ver que cogían el arco y las espadas, todavía acalorada, le preguntó al escocés:

—¿Qué vais a hacer?

Al oírla, Aiden la cogió del brazo y la alejó unos pasos.

—Con respecto a lo que ha ocurrido...

—Eso no me interesa, no hay por qué hablar de ello, puesto que no va a volver a suceder —lo cortó. Él se disponía a replicar, cuando la pelirroja insistió—: Sólo me interesa saber qué vais a hacer con esos lobos.

Molesto por el rechazo que veía en sus palabras y en su mirada, él repuso: —Ve con las mujeres.

Pero Demelza, sin moverse, insistió levantando la voz:

—He preguntado qué vais a hacer.

Al oírla, Alastair, fastidiado por haber perdido una oveja, contestó:

—Matarlos antes de que vuelvan a hacer otra de las suyas.

—¿Y si no han sido ellos quienes se han llevado la oveja?

Aiden meneó la cabeza al oírla.

—Los lobos nunca traen nada bueno. Y ahora, por favor, ve con las mujeres.

No obstante, ella no se movió, e insistió:

—Pero...

Al ver cómo sus hombres lo observaban, Aiden levantó entonces la voz y ordenó:

—Moses, llévatela.

El guerrero se acercó de inmediato a la joven y, molesto por tener que hacer aquello, murmuró:

—Demelza, tengo que...

—Tranquilo, Moses —lo cortó ella enfadada—. Ya camino yo solita.

Una vez ella echó a andar hacia la tienda en la que se encontraban Hilda y Brenda, Alastair se aproximó a su amigo y, bajando la voz, preguntó:

—¿De dónde venís la pelirroja y tú?

Aiden no contestó, y su amigo insistió:

—¿Qué hacías tú con esa mujer?

Al recordar lo ocurrido, sin embargo, sonrió como un tonto y, mirando a

su amigo, respondió:

—Vayamos a por esos lobos.

## CAPÍTULO 29

En el interior de la tienda, Demelza se movía inquieta.

¿Y si en su búsqueda daban con Harald?

Aquello la martirizó, pero después, pensando, intuyó que nunca lo harían.

Si hasta el momento no se habían percatado de que los seguía, sin lugar a dudas, no iban a descubrirlo ahora.

Pero entonces pensó en aquellos lobos.

En el lugar de donde ella provenía, había lobos buenos y lobos malos. No le gustaba que se juzgara a toda la especie por la problemática que ocasionaban algunos, por lo que gruñó:

—No lo veo justo. Quizá esos animales no...

—Oh, por favor... —chilló Brenda de pronto.

Hilda y Demelza miraron a la joven, y ésta, que se estaba peinando, al ver un enredo que había arrancado con el peine, exclamó:

—¡Mi pelo! Voy a quedarme calva...

Demelza resopló al oírla. La obsesión de aquélla por su pelo la superaba.

—¿Qué tal si piensas en otra cosa que no sea tu maldito cabello o la piel de tus manos?

Boquiabierta, Brenda parpadeó e indicó tocándose:

—Pero... pero ¿cómo no voy a pensar en algo que me preocupa tanto?

—¡Por Odín! —murmuró Demelza desesperada.

Decidió dejar de prestar atención a lo que la muchacha seguía diciendo sobre su cabello, cuando de pronto la oyó comentar:

—Demelza, los lobos son asesinos.

—¡No!

—¿Cómo que no? —insistió la joven peinándose.

—En eso estás equivocada —afirmó la pelirroja.

Hilda, que sabía del porqué de su afirmación y de la vehemencia de Demelza al defender a aquella especie, iba a decir algo cuando la joven soltó:

—¿Recuerdas que te hablé de *Wulf*?

—Sí —afirmó Brenda.

—Pues *Wulf* era mi lobo.

Boquiabierta, Brenda dejó de peinarse y, como si le hubieran descubierto otro mundo, preguntó:

—¿Tenías un lobo?

—Sí.

—¿En serio?

Demelza miró a Hilda y asintió.

— *Wulf* se crio en casa con nosotros. Era cariñoso, intuitivo, leal, nos ayudaba a cuidar de las ovejas y las cabras. Y fue mi más fiel compañero, hasta que Viggo lo mató por defenderme.

Al recordarlo, Brenda asintió y, a continuación, preguntó sorprendida:

—Cuando me hablaste de *Wulf*, dijiste que era un caballo.

—Lo dijiste tú, y reconozco que yo lo corroboré. Pero no. Era mi lobo.

La rubia asintió sin dar crédito. Demelza seguía sorprendiéndola. Pero, al ver su gesto, gruñó:

—¿En serio te sorprendes de que quieran acabar con esos lobos cuando tú lo solucionas todo matando?

Demelza resopló, e, intentando entender lo que aquélla había dicho, indicó:

—Mato a quien lo merece.

—Pero también se puede dialogar antes de...

—¿Se podía dialogar con los tipos que nos atacaron en mitad de la noche?

Consciente de la respuesta, Brenda respondió:

—No. Eran ellos o nosotros.

Demelza asintió. Al fin parecía que la muchacha comenzaba a entender

las cosas. Y, mirándola, dijo:

—Comprendo la educación que has recibido. Tus formas y tus modales.

Pero intenta comprender tú la mía. En el lugar de donde yo vengo, quien la hace la paga. No hay más.

Brenda asintió. Aquello mismo le había dicho su abuela cientos de veces, y, mirándola, musitó en noruego:

—Como decía la bárbara de mi abuela, quien la hace la paga.

—¡Exacto!

—Muchachas, por Dios —les recriminó Hilda—. ¡No utilicéis ese lenguaje!

Demelza y Brenda sonrieron.

—Soy escocesa como tú, Brenda —añadió Hilda—. Pero, después de convivir con esos bárbaros, como tú los llamas, he aprendido que si haces algo mal debes pagar por ello.

—Pero ¿ha de ser con la muerte siempre? —insistió Brenda.

Demelza, que pensaba en un modo de ayudar a aquellos lobos, insistió sin levantar la voz:

—Aquí el tema es que, por el mero hecho de ser lobos, esos hombres van...

La risa escandalosa de Gareth en el exterior interrumpió su conversación.

Y, tras abrir la tela de la tienda para ver qué ocurría, de pronto las mujeres vieron que aquél se acercaba con una oveja y decía:

—¡La encontré!

Ver al animal vivo le hizo saber a Demelza que debía hacer algo y, cerrando de nuevo la tienda, dijo mirando a Brenda:

—¿Lo ves? ¿Ves cómo los lobos no se la habían llevado? —y, después, dirigiéndose a Hilda, añadió—: Sal y distráelos.

—¿Qué vas a hacer?

Demelza la miró, y la mujer, al entenderla, musitó: —Hija...

—Pero ¿adónde se supone que vas? —musitó Brenda dejando el peine sobre una manta.

La muchacha pelirroja, alterada por los acontecimientos, las miró a ambas y protestó:

—He de ser rápida o matarán a esos lobos por algo que no han hecho.

Hilda, consciente de que aquélla saldría de la tienda, con o sin su ayuda, dándose por vencida, se dirigió a Brenda e indicó:

—Ven conmigo y repite todo lo que yo diga o haga.

—Pero...

—Brenda —la cortó Demelza—. No tengo tiempo para tonterías.

—Los lobos no son ninguna tontería.

La pelirroja asintió, pero, necesitada de salir, insistió:

—Por favor...

Tras un gracioso mohín, Brenda accedió y, siguiendo a Hilda, salió de la tienda. Segundos después, desde el interior, Demelza vio a Moses y a Gareth hablar con aquéllas y, sin ser vista, salió y echó a correr. Debía llegar a tiempo.

Guiada por las pisadas de los escoceses y por el ruido que hacían, corrió todo lo deprisa que pudo. Pero, para su desgracia, cuando llegó, vio a tres lobos muertos en el suelo.

Horrorizada, se apresuró hacia el lugar donde estaban Aiden y Alastair y, acercándose a ellos, gritó:

—¡Parad!

Los highlanders maldijeron al verla. ¿Qué hacía allí?

—La oveja ha aparecido —insistió ella.

Alastair ni se movió, y Aiden, acercándose a ella, gruñó:

—¿No te dije que te quedaras con las mujeres?

—La oveja ha aparecido —repitió la joven sin amedrentarse—. No han sido los lobos.

Los escoceses tenían acorralado a un precioso lobo gris y blanco que les enseñaba con ferocidad los dientes. Demelza lo miró, y, al conectar con su mirada, supo que el animal estaba dispuesto a morir.

—Dejadlo. Dejadlo en paz —insistió.

Aiden trató de sujetarla, pero ella, tras darle un puntapié en la espinilla, se soltó y, acercándose al lobo, que la miraba con fiereza, murmuró:

—Tranquilo, tranquilo...

Alastair y Aiden se miraron preocupados. ¿Qué hacía aquella loca?

—¡Quédate quieta, mujer! —siseó Aiden nervioso.

Pero Demelza no escuchaba, sólo miraba al lobo, que la observaba con los dientes ensangrentados. Y, al ver que junto a aquél había un par de cachorros muertos, murmuró:

—Pero... pero ¿qué habéis hecho?

Horrorizada, iba a dar un paso más cuando el animal se abalanzó hacia ella, momento en el que Aiden lanzó una flecha que le atravesó el cuerpo.

Cuando el lobo cayó a los pies de la joven, soltó un aullido que le llegó al corazón. Y, cuando vio al animal arrastrarse para regresar junto a sus cachorros muertos, gritó:

—¡¿Cómo?! ¡¿Cómo habéis sido capaces de hacer esto?!

Con el corazón acelerado por lo que había estado a punto de ocurrir, Aiden la agarró del brazo y voceó:

—¡Estás loca!

—¡Suéltame!

—Pero ¿es que tú no le temes a nada? —insistió aquél.

La joven lo miró y, sin dudarlo, negó con la cabeza.

—Pero ¿no ves que ese lobo podría haberte matado? —insistió él furioso.

De un empujón, Demelza se soltó de su mano y, mirándolo, musitó frenética:

—Os dije que la oveja estaba viva. Ellos no se la llevaron —y, señalando a la loba, insistió con rabia—: Habláis con desprecio de los vikingos, pero vosotros sois peores que ellos. Esta loba defendía a sus cachorros... ¿Por qué...? ¿Por qué no la habéis dejado en paz? ¿Por qué habéis tenido que matar también a los cachorros?

—Porque los lobos nunca traen nada bueno. Son como los vikingos: mejor muertos que vivos —contestó Alastair, que sonreía junto a Aiden.

Según dijo eso, Demelza lo miró fijamente y, con la rabia instalada en su semblante, siseó:

—Espero que algún día tengas que tragarte tus palabras.

Sin entender el motivo de su terrible enfado, Aiden se acercó a la joven, y ella, apartándose, soltó:

— *Señor...*, no me toquéis.

Aiden se detuvo. No la tocó.

Quería volver a tener entre sus brazos a la Demelza cariñosa, suave, entregada.

Pero ¿qué le ocurría?

Ella, ajena a lo que aquéllos pensarán, se acercó a la loba, que apenas se movía, y, arrodillándose junto a ella, posó la mano sobre su cabeza y la acarició con mimo. Su fin estaba cerca.

Estaba tocándola cuando, a su lado, uno de los cachorros se movió. Era blanco. Pequeño. Diminuto. Y Demelza, sin dudarlo, lo cogió. Aquel cachorrillo no podía tener más de dos meses. Y, al sentir a Aiden a su lado, siseó:

—Si a ti o a cualquiera de tus hombres se os ocurre matar a este lobo, juro por mi vida que lo vais a lamentar.

Aiden y Alastair se miraron y, cuando este último se disponía a contestar, Demelza, mirando a la loba, que había muerto, murmuró cerrándole los ojos con sus propias manos:

—Yo lo cuidaré. Te lo prometo.

Después, ante los ojos de todos, la joven se restregó contra la loba muerta.

Necesitaba impregnarse de su olor para que el cachorro lo reconociera y la aceptara. Su padre le había enseñado esa clase de cosas cuando encontraron a *Wulf*, y a Demelza se le quedaron muy marcadas.

A continuación, cuando se levantó del suelo con el pequeño lobo blanco en brazos, todos la miraban. Nadie criaba un lobo. Aquello era de locos.

Todos los temían. Por ello, Aiden dijo:

—Suelta a ese animal.

—No.

—Demelza... —insistió con furia.

—He dicho que no —respondió ella con la misma rabia.

—Es un lobo —murmuró Alastair.

—¿Y?

Todos se miraron. Nadie entendía lo que la joven pretendía hacer, cuando Alastair añadió:



—Los lobos no conviven con las personas.

Ella lo miró retadora, no pensaba soltar al animal, cuando Aiden intervino:

—Demelza, ese animal crecerá. Sus mandíbulas son poderosas. Es un depredador y...

—... es prescindible como un vikingo, ¿verdad?

Sin entender a qué venía eses comentario, el escocés insistió:

—Si lo llevas al campamento, él...

—¡Es un cachorro! —gruñó molesta—. ¿Acaso temes a un cachorro?

Los hombres se miraron entre sí, y Demelza, levantando el mentón, prosiguió:

—Dijiste que quien estaba vigilada era Brenda y que yo podía irme cuando quisiera. Pues bien, si el lobo no viaja conmigo y con el grupo, Hilda y yo viajaremos con él en soledad.

Alastair parpadeó, aquello era una locura. Pero Aiden, incapaz de alejarse de la muchacha, y menos aún tras lo ocurrido un rato antes, dijo acercándose a ella:

—¿Eres consciente de que me pones en una difícil tesitura?

La joven lo miró y afirmó:

—Sí.

Aiden comenzó a moverse desesperado mientras sus hombres lo miraban con seriedad.

¿Qué debía hacer?

Y, tomando una decisión en caliente, sin importarle la mirada de los demás, declaró:

—Ese maldito animal no es de mi agrado. Y si permito que sigas con nosotros hacia Inverness es porque es un cachorro y porque, una vez lleguemos allí, ambos os quedaréis. Eso sí, al más mínimo problema...

—Al más mínimo problema —cortó Demelza dolida al oír sus palabras—, seré yo quien me aleje de ti.

Dicho esto, la joven caminó con el cachorro de lobo blanco en sus manos en dirección al campamento, sin entender por qué le dolía tanto saber que aquél la excluía de su vida.

## CAPÍTULO 30

Al día siguiente, los hombres de Aiden miraban al lobo de reojo. Aquel animal, aun siendo un cachorro, era algo peligroso para todos, no tenía cabida en el grupo, y, aunque lo aceptaron, muchos criticaron la actitud de Aiden, Moses el primero.

¿Por qué lo permitía?

El pequeño lobo, al que Demelza llamaba en la intimidad *Nidhogg*, que en la mitología vikinga significaba «dragón que habita en las raíces del mundo», era *Lyle* frente a todos los demás, un nombre que había elegido Brenda.

Aiden y Demelza, tras su encuentro en el bosque, parecían rehuirse.

Ninguno estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, a pesar de que en la distancia se vigilaban, se buscaban, y, cada uno a su manera, recordaba aquellos besos cargados de deseo, lujuria y, ¿por qué no...?, de excitación.

La relación entre Alastair y Brenda seguía siendo fría, distante, y eso a la joven la martirizaba. Sólo quedaban dos días para llegar a Inverness. Lo que sentía su corazón, y toda ella, cuando miraba a Alastair era aquello que siempre había deseado, y no sabía qué hacer para llamar su atención. Lo que la muchacha no sabía era que, aun sin mirarla, él estaba al tanto de sus movimientos.

En silencio iban cabalgando cuando Aiden, al ver cómo Alastair miraba con disimulo hacia atrás, murmuró:

—Está bien. No te preocupes.

Su amigo, al oírlo, se estiró y no dijo nada. Hasta que, pasado un rato, preguntó:

—¿Llora?

Aiden sonrió y, al volver la cabeza para comprobar lo que su amigo le había preguntado, tras mirar a la joven, se fijó en Demelza, que observaba a su alrededor con curiosidad, y respondió:

—En este instante, *lady Cállate* está tranquila.

Al oír eso, Alastair sonrió, y Aiden aconsejó:

—Deja de llamarla así o la harás enfadar aún más.

Su amigo asintió. Lo martirizaba saber que la joven lloraba, pero más lo martirizaba la decisión que había tomado. Sabía que llevar a aquella muchacha ante su familia y con el hombre que aquéllos habían elegido para ella no era una buena opción, y menos sabiendo que ella había huido de él.

Pero ¿cómo no hacerlo cuando ésta lo había tomado por tonto?

Sus pensamientos lo martirizaban.

En venganza por la osadía de Brenda, quería demostrarle lo duro que era, aunque su dureza, según se acercaban a Inverness, comenzaba a tambalearse.

Él no era así.

Una vez llegaron a los alrededores del lago Ness, Aiden decidió que debían pasar la noche allí. Por ello, tras encontrar un pequeño pueblo y acomodar a los caballos y las ovejas a las afueras, Alastair bajó de su caballo con gesto tosco. Aiden, que estaba a su lado, al desmontar, lo miró e indicó:

—Si sigues así, mis hombres te cogerán más miedo que al lobo.

Alastair lo miró y, mofándose, dijo:

—¿Miedo al lobo?... —Y, asiendo una manta, repuso—: Todavía no entiendo por qué ese maldito lobo viaja con nosotros. Bueno, sí..., para ser sincero sí lo sé —matizó, haciendo que Aiden mirara al cielo—. Ese animal es un peligro para todos, y lo sabes. Sabes que cuando reciba la llamada de la naturaleza habrá que matarlo.

Aiden cabeceó. Él tampoco entendía por qué lo había permitido. Pero el caso es que allí estaba, con Demelza. Y, consciente de que lo hacía por ella, y por tenerla cerca, la miró y, al ver que ella desmontaba de su yegua, murmuró con cierto resquemor:

—No te apures. Mañana llegaremos a Inverness. Y ya ni el lobo ni ellas serán nuestra responsabilidad.

Alastair asintió confuso.

En ese instante se acercó Douglas, el cocinero, e Ivo, y, tras hablar con ellos, cuando éstos se marcharon, Aiden dijo:

—Me acercaré al pueblo a por lo que piden.

—¿Te importa que no te acompañe y aproveche para darme un baño en el lago? —preguntó Alastair.

Él negó con la cabeza y su amigo se alejó.

Una vez se quedó solo vio que *Haar*, su caballo, se movía nervioso.

Estaba claro adónde quería ir, y Aiden, sujetándolo con fuerza, musitó furioso por querer lo mismo que él:

—No, amigo. Déjala tranquila.

Sus hombres montaban rápidamente el campamento, mientras el cocinero sacaba varios conejos de una gran bolsa. Sin perder tiempo, Hilda se acercó y, tras ayudarlo a limpiarlos, los comenzó a cocinar. Necesitaba sentirse útil.

Sentadas sobre una roca, Demelza y Brenda observaban a los hombres moverse a su alrededor mientras el pequeño lobo dormitaba sobre su dueña.

Era imposible dar un paso sin que Moses o Gareth las persiguieran, especialmente a Brenda, que, desmoralizada, murmuró:

—Tengo las manos destrozadas.

Demelza volvió la cabeza hacia ella y, al ver que se las miraba, fue a decir algo cuando aquélla prosiguió:

—Madre estará muy enfadada. No sólo por lo que he hecho, sino por el estado de mi piel y mi cabello. Y cuando vea las palmas de mis manos..., ¡uf...!

—Brenda...

—Madre siempre dice que una mujer decente ha de ser femenina y aseada, y yo... yo..., ¡mira qué pintas que tengo!

Demelza sonrió. Tanto ella como Brenda vestían como hombres y su limpieza no era la de una *lady*.

—Sé positiva —cuchicheó—, y piensa que...

—¡Oh, Dios..., mañana estaremos en mi hogar! —farfulló desesperada.

Consciente de la desazón de la joven, la pelirroja insistió:

—Cuanto antes llegues, antes podrás volver a ser una mujer aseada de piel suave y cabellos sedosos.

Brenda asintió, pero, desmoralizada, musitó:

—Sí, pero ¿a qué precio? Alastair desaparecerá de mi vida y nunca más lo volveré a ver. —Y, sorprendiéndola, añadió endureciendo el tono—: Mataré a mi prometido.

Al oír eso, Demelza la miró, y aquélla insistió:

—Decidido, ¡lo mato!

—¡Brenda! —rio—. Pero ¿qué estás diciendo?

La joven resopló desesperada.

—Me estoy volviendo loca, Demelza. No quiero casarme con ese hombre.

¡Me niego! Pero... pero en cuanto llegue, mi madre insistirá en que se celebre esa boda, antes de que Brochan se eche para atrás.

—Quizá con tu huida se lo haya replanteado...

Brenda negó con la cabeza y, con un gesto que le hizo saber que no mentía, musitó:

—Nunca lo hará. Una vez me acorraló contra una pared y, mientras sentía su apestoso aliento en mi cuello, dijo que me deseaba porque nunca había estado con nadie que tuviera sangre vikinga.

Demelza, entendiéndola, asintió y, molesta por saber aquello, susurró:

—Tranquila. No pienso consentirlo.

En ese instante, las jóvenes vieron a Alastair que se alejaba con una manta sobre su hombro, y Brenda, molesta por la cabezonería de aquél, protestó:

—Maldito tozudo.

Demelza asintió. En algunas cosas no eran tan diferentes los escoceses de los vikingos. Y, cuando se disponía a hablar, aquélla gruñó: —La realidad es que no tenemos adónde ir. Ni tú, ni yo.

Con pesar, la pelirroja asintió. La realidad que se les presentaba era dura, complicada. Y, entendiendo los miedos de la joven, repuso:

—Sobre eso quería hablar contigo.

—Tú dirás —musitó Brenda.

Demelza tomó aire y, aprovechando que Hilda no estaba, empezó a decir:

—Hilda cree que estaremos contigo unos días en tu casa para luego proseguir nuestro camino. Pero la verdad es que seré yo sola quien me vaya, y necesito que ella se quede allí contigo, que la protejas y la quieras.

Al oír eso, su amiga musitó mirándose las palmas de las manos, que cada día estaban mejor:

—Pero ¿qué tontería estás diciendo?

—Brenda...

—Podéis quedaros en Inverness las dos. Mi padre te protegerá. No tenéis que regresar a...

—Brenda...

—En Inverness estarás a salvo de maleantes que quieran apresarte para llevarte ante tu marido.

—¡No es mi marido! —gruñó ella furiosa.

Su mirada rabiosa hizo que Brenda comprendiera su equivocación.

—Lo siento... —musitó—, lo siento..., siento la equivocación.

—¡Déjalo! —la cortó aquélla. No quería hablar de su situación.

En silencio permanecieron unos instantes, hasta que Brenda, incapaz de callar lo que pensaba, insistió:

—Hilda se volverá loca si te vas. La vas a destrozar, ¿o acaso no lo sabes?

Demelza asintió. Sabía el dolor que aquello le provocaría a la única madre que había tenido, e indicó:

—No puedo llevarla conmigo. No quiero que nada le ocurra, y yo... yo...

—Ah, no..., ¡no vuelvas a decirme que vas a morir, porque no te lo voy a permitir!

Demelza sonrió.

—Mi presente depende de mí. El futuro no —suspiró, e insistió—: Prométeme que cuidarás de Hilda cuando yo no esté. Por favor..., por favor.

Brenda, consciente de la locura de aquélla, afirmó sin querer pensar más en ello:

—Por supuesto que la cuidaré. —Y, desesperada por lo que aquélla decía,

insistió—: Pero piénsalo, también puedes continuar tu viaje junto a Aiden y Alastair, e ir a sus tierras en Keith.

—No.

Entonces, acercándose a su amiga, la rubia bajó la voz y murmuró:

—Piénsalo. Aiden podría ser un buen marido para ti. Además, es tan guapo y gallardo que...

—Pero ¿qué tontería estás diciendo?

La joven escocesa suspiró cuando Demelza, terminando de hacerse unas trencitas en el pelo, musitó:

—Él no me interesa.

—¡Mientes muy mal!

—¡No miento!

Brenda sonrió y, finalmente, la pelirroja señaló:

—Seguro que alguna o muchas mujeres lo esperan a su regreso.

—Según me dijo Alastair, el día que di un paseo con él, ambos están solteros.

La pelirroja sonrió para sus adentros, pero, incapaz de disfrutar de ello, afirmó:

—Ya sabes que yo no creo en el amor.

—Demelza, Aiden McAllister es un buen partido, y dudo mucho que no quieras casarte con él.

—¡Pero ¿qué dices?! —gruñó—. Lo último que necesito es un marido. Ya tuve uno que casi me mata, y, como no lo consiguió, aún quiere matarme.

Brenda negó con la cabeza.

—Aiden no es así. Él puede protegerte. No permitirá que...

—No necesito que me proteja nadie —la cortó—. Sé hacerlo yo sola.

La joven de cabellos rubios asintió, no le cabía la menor duda, pero insistió:

—Demelza, te buscan para matarte. Si te encuentran, te apresarán para llevarte ante ese maldito hombre, y eso... eso... es muy peligroso. ¿Durante cuánto tiempo evitarás que ese tal Viggo te encuentre y acabe con tu vida?

Sin poder evitarlo, la muchacha resopló. Su amiga llevaba razón, y, acariciando al lobo, que dormitaba sobre ella, afirmó:

—Con un poco de suerte, antes lo encontraré yo y morirá.

—¡No seas tozuda! Y piensa que ese homb...

Pero la joven se interrumpió de golpe. Aiden había aparecido ante ellas montado en su caballo y, mirándolas, preguntó curioso:

—¿A qué se debe ese repentino silencio?

Las jóvenes intercambiaron una mirada.

—A nada en especial —repuso la pelirroja.

Aiden asintió y, sin querer darle más vueltas al asunto, exigió:

—Demelza, ven conmigo.

La joven negó con la cabeza. Su negativa, acompañada de su mirada retadora, irritó a Aiden, que insistió:

—No lo voy a repetir.

Brenda, al oírlo, empujó a la joven, que, sin muchas ganas, se levantó con el lobo en brazos.

—Allá donde vamos, tu peculiar amiguito no puede venir —dijo él entonces—. Déjaselo a *lady* Brenda hasta que regresemos.

Demelza cerró los ojos y maldijo.

¿Quién era aquél para organizar su tiempo?

Pero, cuando iba a protestar, Brenda, cogiendo con mimo al cachorro, indicó:

—Ve. Yo cuidaré de *Lyle* hasta que regreses.

A continuación, Demelza, agarrando la mano que Aiden le tendía, montó con él en el caballo, y, cuando fue a preguntar, él se le adelantó y anunció:

—Tu yegua se queda aquí.

Con mal gesto, la joven miró hacia adelante.

*Haar* comenzó a trotar y ella, sin mirarlo, preguntó:

—¿Adónde vamos, señor?

—Al pueblo.

Saber eso la inquietó. Estaba visto que los lugares concurridos no eran buenos para ella, y esta vez, mirándolo, repuso:

—Preferiría quedarme en el campamento y...

—Y yo prefiero que vengas conmigo —sentenció él.

Demelza resopló. Estaba claro que tenía que ir sí o sí. Aiden sonrió al



oírla, mientras disfrutaba del roce de sus cuerpos y de su maravilloso olor.  
Demelza olía a vida.

\*\*\*

Una vez Brenda se quedó a solas con el cachorro, miró a su alrededor. Por un lado, estaba Hilda, con el cocinero, riendo mientras preparaban la comida.

Por otro, los guerreros que hablaban, y, tras mirar hacia el lugar donde se había marchado solo Alastair, no lo dudó. Metió a *Lyle* en la tienda y se fue tras él.

Tenía que quemar todas las naves antes de llegar a su destino. Tenía que ser como Demelza si quería conseguir sobrevivir.

## CAPÍTULO 31

Mientras Brenda caminaba por el bosque, iba tocándose el cabello con desesperación. ¿Cómo podía tenerlo tan mal?

Luego miró sus botas y resopló.

Si Alastair la viera con los bonitos vestidos que solía utilizar y el pelo arreglado, sin duda alguna caería rendido a sus pies. Pero allí estaba ella, como diría su madre, asalvajada y vestida de sucio guerrero.

Estaba pensando en ello cuando vio al hombre que no se quitaba de la cabeza de pie al fondo. Estaba frente al lago, quitándose la ropa.

—Oh, Dios... —murmuró la joven.

Alastair, mirando al horizonte, se quitó la camisa, y Brenda se fijó en los músculos de sus brazos, en su espalda ancha, y musitó acalorada dándose aire con la mano:

—Por san Fergus.

Boquiabierta estaba mirándolo tan sólo vestido con el pantalón cuando él, ajeno a que tenía visita, comenzó a desabrochárselo. Brenda, asustada, rápidamente se dio la vuelta. No estaba bien quedarse mirando.

¡Eso no era de señoritas decentes!

Si su madre o cualquiera se enteraba de lo que estaba mirando, la tacharían de lo que no era.

Pero la curiosidad podía con ella...

Alastair, aquel guerrero granjero, tan diferente de cualquier otro hombre que hubiera conocido nunca, podía con ella.

¿Miraba? ¿No miraba?

Y, una vez se decidió a hacerlo, se dio media vuelta y vio que Alastair se lanzaba al lago desnudo.

Durante un rato lo observó nadar y lavarse escondida entre la maleza.

Aquel hombre desnudo era increíble, tremendamente atractivo.

Desde su posición, vio dónde aquél había dejado la manta y sus ropas y rápidamente ideó un plan. Así pues, se tiró al suelo para no ser vista, reptó por él como había visto hacer a Demelza y, una vez cogió la ropa y la manta, se las llevó.

Con las pertenencias de Alastair en su poder, y, quitándose las hierbas que se le habían quedado pegadas a la ropa, volvió a mirar al lago, donde él se alejaba nadando. Brenda levantó entonces el mentón y se dirigió hacia la orilla.

Una vez allí, miró hacia los lados y, al ver una roca, se acercó a ella y se sentó en ella. A continuación, se quitó las vendas de las manos y decidió esperar. Tarde o temprano, él tendría que salir del agua.

Inquieta, observó cómo el escocés, en un momento dado, se detenía, daba media vuelta y regresaba nadando. Hasta que, de pronto, paró y, mirándola, preguntó:

— *Lady Cállate*, ¿se puede saber qué haces ahí?

Azorada, pero sin demostrarlo, la joven repuso:

—Veo que nadas muy bien.

Alastair se acercó un poco más hasta hacer pie en el lago, y, con gesto hosco, preguntó:

—¿Por qué no llevas las vendas en las manos?

Brenda, moviéndolas, se las miró e indicó:

—Porque llevarlas limita mis movimientos, y ya están mucho mejor.

Una vez dijo eso, ninguno habló, hasta que Alastair indicó:

—He de salir del agua.

Sin moverse, ella lo apremió:

—Pues sal.

Alastair la miró boquiabierto. El descaro de aquélla era tremendo.

—Por si no te habías dado cuenta, estoy desnudo.

Brenda recorrió con la mirada cada milímetro de sus hombros y, tragando su apuro con disimulo, respondió como lo hubiera hecho Demelza:

—Pues, fíjate..., aunque no lo creas, ¡me había dado cuenta!

Sin dar crédito a la poca vergüenza de la rubia, el highlander preguntó:

—¿Qué pensaría tu prometido si supiera lo que estás haciendo?

Sin querer pensar en él, pero sí pensando en ella, Brenda replicó:

—Sinceramente, no creo que pensara nada bueno. Pero ¿sabes?, no me importa nada lo que él piense de mí. Quizá por eso me marché.

Alastair, furioso al recordar a aquel hombre, miró hacia el lugar donde había dejado su ropa, y, cuando iba a protestar, ella dijo:

—Pues sí. La tengo yo.

El highlander gruñó:

—Dámela ahora mismo si no quieres que me enfade.

—Pero ¿no estás enfadado ya?

—Brenda...

— *Lady Cállate* para ti.

Asombrado por la osadía de aquélla, Alastair meneó la cabeza sin entender cuando Brenda insistió:

—Vas a escucharme y, si la única manera de que lo hagas es no entregándote la ropa, ¡que así sea!

A Alastair le hizo gracia su manera de decir aquello mientras temblaba por el miedo que sentía, pero, sin demostrar lo tonto que ella lo hacía ponerse, finalmente repuso:

—Muy bien. ¿Qué quieres?

—Quiero que me escuches.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo?

—Pues estás discutiendo conmigo.

Alastair cerró los ojos.

Nunca había conocido a una mujer más complicada que aquélla. Y, calmando su propio nerviosismo, cruzó los brazos sobre el torso desnudo e indicó:

—De acuerdo. Escucharé.

Brenda sonrió al oír eso y, mordiéndose los labios, comenzó a decir:

—Siento haberte mentido. No soy una mentirosa, pero... pero no podía contarte la verdad en lo referente a mí porque sabía que, si lo hacía, dejarías de mirarme del mismo modo, cosa que así ha sucedido.

Alastair no dijo nada, y ella prosiguió:

—Siempre he querido casarme por amor. Encontrar a esa persona especial a la que tomar la mano y despertar con él. Pero madre...

—Tu madre vela por ti...

—No —lo cortó—. Mis padres, o, concretamente, mi madre vela por sus propios intereses. Siempre me ha tratado no como a una hija, sino como algo que debía cuidar, hasta que pudiera hacer un buen trueque.

A Alastair lo apenó oír eso, y, sin moverse de su sitio, escuchó sus penas, sus anhelos, sus carencias. La vida de aquella muchacha, encerrada en su hogar, no era la que nadie querría llevar, por muy bien que viviera.

—Y aunque sé que no soy mañosa en nada y poco puedo hacer...

—No digas eso —la cortó.

Brenda suspiró y, encogiéndose de hombros, afirmó:

—Es la verdad, Alastair. Vivir lo que estoy viviendo junto a Demelza me hace ver lo inútil que soy para muchas cosas. Aunque, bueno, reconozco que el valor está llegando a mí. Pero... pero... si me comparo con ella..., ¡no sé hacer nada! Ni siquiera sé desenredarme el cabello yo sola...

Alastair rio al oír eso, y Brenda, con un gracioso mohín, afirmó:

—Conocer a Demelza me ha hecho darme cuenta de mi realidad. Ella es fuerte, valiente. Podría sobrevivir sola en los caminos, mientras yo moriría de hambre y de frío. Es más, si no llego a conocerla cuando esos hombres nos tuvieron cautivas, ya estaría muerta y descuartizada en cachitos en cualquier bosque.

A Alastair no le gustó imaginar aquello, pero, cuando iba a replicar, ella añadió:

—Y ahora, tras contarte mi penosa a la par que angustiosa vida, sólo espero que me perdones antes de llegar a Inverness y disculpes mis mentiras o mis omisiones. No obstante, quería que vieras en mí a una mujer interesante y atrevida, no a una tonta que no sabe hacer nada.

En silencio, se miraron.

En silencio, se tentaron.

Estaba claro que entre ellos había algo más, cuando el highlander preguntó:

—¿Alguna otra cosa que deba saber de ti y hayas omitido?

La joven pestañeó.

Sabía la aversión que aquél sentía por los vikingos y por qué. E, intuyendo que aquello podía provocar de nuevo su distanciamiento, musitó:

—No. Creo... creo que te lo he contado todo. Aunque, bueno...

Oír eso a Alastair lo puso en alerta, cuando ella prosiguió:

—La verdad es que... esto... que te voy a decir una señorita que se precie no debería decirlo, pero necesito que sepas que me siento irresistiblemente atraída hacia ti como nunca me he sentido atraída por un hombre.

—Brenda...

—Y, no. Yo no regalo mis besos a nadie. Bueno, para ser sincera, una vez a Wilson McDorman... ¡Oh, qué muchacho ese Wilson! Pero eso fue hace tiempo.

—¿Wilson McDorman? —preguntó él frunciendo el entrecejo.

Al oír eso, la joven sonrió y musitó encogiéndose de hombros:

—Sólo fueron un par de besos..., poco más.

—¿Poco más?

Retirándose con gracia el pelo del rostro, la muchacha, nerviosa, prosiguió:

—Pero nada que ver con tus calientes besos. Eso fue...

—Brenda...

—Fue... ¡Oh, Dios! ¡No sé qué fue! Pero te besé, me besaste, y sentí el deseo de mucho más y... y entonces quise que tú... que tú y no Brochan me...

—¡Brenda, para! —gruñó aquél.

Al oírlo, la joven lo miró, y éste indicó con gesto de apuro:

—Te rogaría que pararas. Soy un hombre.

Su gesto le hizo saber a la joven que debía hacerlo y, apurada, murmuró:

—¡Oh, Dios! Cuando estoy nerviosa hablo y hablo. Aunque, vale, pararé.

Pero, por favor, dime que no volverás a llamarme *lady Cállate* y que me perdonas por mis mentiras. Es que, si no lo haces, no podré vivir, y ya

bastante tengo con tener que casarme con Brochan como para saber que tú no me has perdonado.

Con una sonrisa, Alastair asintió. Aquella muchacha era diferente.

—Te perdono, Brenda —afirmó—, y no volveré a llamarte de ese modo.

La joven cerró los ojos y sonrió al oírlo.

Pasara lo que pasase a partir de ese instante, le daba igual. Alastair la había perdonado. Y, al abrirlos y ver cómo la miraba, musitó:

—Ahora creo que debería entregarte tu ropa, ¿verdad?

Alastair asintió y, cuando aquélla se dirigió tras unos árboles para coger la ropa y la manta, sonrió. Aquella muchacha le gustaba mucho, tanto que comenzaba a replantearse entregarla en Inverness.

Una vez la joven dejó la ropa frente a la orilla, lo miró e indicó:

—Ya puedes salir.

Consciente de su desnudez, el highlander se mofó:

—Lo haré encantado. A mí no me importa que me veas desnudo.

Al oír eso, Brenda se puso roja como un tomate y replicó apurada:

—Creo... creo que mejor me daré la vuelta.

Una vez ella se volvió, el escocés salió del agua divertido e, ignorando la manta para secarse, cogió el pantalón y se lo puso. Era mejor hacerlo antes de que otras cosas se le pasaran por la mente, y con Brenda... sin duda eran muchas.

Mientras lo hacía, pensó en todo lo que aquélla le había contado, y por fin entendió el proceder de la joven, a pesar de su inconsciencia. Al mismo tiempo, comprendió que él nunca podría darle la vida que aquella muchacha llevaba y con seguridad se merecía. Él sólo era un guerrero, ahora propietario de una vieja granja, que estaba dispuesto a levantar. Nada que ver con la cómoda vida que aquélla podía llevar en la fortaleza con sus padres.

Una vez tuvo el pantalón y las botas puestos, al ver que Brenda luchaba con su descontrolado y maravilloso pelo, se acercó a ella y parándose a su espalda, murmuró:

—Escucha, Brenda...

—¿Estás vestido?

Alastair sonrió y, tras mirar sus pantalones, afirmó:

—Sí.

Nada más decir eso, la joven se volvió y, al encontrarse con el torso desnudo de aquél, tragó saliva y preguntó abriendo mucho los ojos:

—Pero ¿no decías que estabas vestido?

El highlander volvió a sonreír. La inocencia de aquélla era deliciosa. Y, cogiendo su camisa, se la puso por encima y afirmó:

—Lo estoy. Te aseguro que lo estoy.

Brenda suspiró. Tenerlo medio desnudo ante ella era una pura tentación, cuando, sin moverse, indicó:

—Me alegra haber aclarado lo ocurrido contigo...

—Pero...

—Pero ¿qué?

—¿Me vas a dejar hablar?

—Te estoy dejando —gruñó ella.

Alastair meneó la cabeza. Aquella muchacha era un torbellino de preguntas.

—Me estás interrumpiendo —replicó.

—¿Yo?

—Sí..., tú...

Brenda levantó las cejas con gesto de sorpresa. Aquel gesto se le antojó delicioso a Alastair, cuando ella preguntó:

—Dijiste que no había ninguna mujer esperándote a tu regreso, ¿verdad?

Él pensó en Moira. Pero, consciente de la fría relación que mantenía con ella, indicó:

—Así es. No hay nadie esperándome.

Ella sonrió, una sonrisa que a Alastair le llenó el alma y el corazón y, sin apartar sus ojos de ella, musitó:

—En tu caso no se puede decir lo mismo...

La sonrisa de Brenda desapareció. Entonces, el escocés, hecho un mar de dudas, añadió:

—Siento por lo que estás pasando. Espero que, una vez regreses a tu hogar, encuentres una buena solución.

—Dudo que de hoy a mañana la encuentre.



Alastair suspiró. Él también lo dudaba.

—No quiero casarme con Brochan... —susurró ella entonces mirándolo a los ojos—, no...

Aquellas palabras retumbaron en la mente de Alastair, él tampoco lo quería, y musitó:

—Me alegro de saber que tu familia está viva y siento que la relación con tu madre sea...

—Complicada —lo cortó ella.

—También me alegra que no vayas regalando tus besos a cualquiera y...

No pudo continuar. Brenda, ignorando todo lo que su madre le había enseñado durante años, se empinó y, posando su boca sobre la de aquél, le dio un dulce a la par que rápido beso en los labios. Cuando se separó, murmuró mirándolo:

—Sí. ¡Soy una descarada! Pero no sé qué me ocurre contigo, Alastair, pero es verte y querer besarte, algo que con Brochan nunca me ha ocurrido, ni ocurrirá. Contigo..., en cambio, contigo iría al fin del mundo. Pero ¿no lo ves? ¿No ves que mi corazón late desbocado por ti?

Hechizado por la joven, él asintió y, sin poder contener un segundo más el deseo que sentía, la asió de la cintura, la atrajo hacia sí y, posando su boca sobre la de ella, la besó sin pensar en Brochan. No en ese momento.

Brenda permitió aquella posesión. Su boca era de él, como la de él era de ella. Un beso. Dos..., cuatro..., y cuando acabaron en el suelo y sus manos revoloteaban por sus cuerpos, Alastair murmuró mirándola:

—Me pongo enfermo al pensar que estás prometida.

Azorada a la par que asustada, la joven asintió y, deseosa de vivir aquel momento, musitó:

—Muerdo de amor...

Él la miró confundido, y, sin poder retener su lengua, susurró mirándola a los ojos:

—Yo sí que muerdo de amor.

Oírlo decir aquello era bueno, y Brenda insistió:

—Bésame y no lo pienses.

De nuevo hubo besos, cargados de deseo, de necesidad, y cuando Alastair

sintió que su cuerpo le pedía más, recapacitando, se detuvo. No debía continuar.

—Lady Brenda... —musitó.

—Brenda —corrigió ella cubriéndole el rostro de dulces besos.

Totalmente rendido ante la joven que estaba tumbada sobre él, el escocés insistió:

—Brenda..., no soy lo que tus padres querrían para ti.

Oír eso la hizo parar, y, segura, indicó:

—Pero eres lo que yo quiero para mí.

Alastair se incorporó entonces con ella sentada a horcajadas sobre él y siguió diciendo:

—Mi vida no tiene lujos. Mi hogar es humilde y...

—¿Quién quiere lujos, teniéndote a ti?

Cada vez más asombrado por lo que aquella joven era capaz de decir, tras un nuevo beso de ella, Alastair insistió:

—Brenda..., me gustas..., claro que me gustas. Y pensar que otro es el que ha de casarse contigo me vuelve loco. Pero, precisamente porque siento algo muy poderoso por ti, y deseo tu bienestar, no puedo pedirte que dejes tu acomodada vida y vengas conmigo. Sería muy egoísta por mi parte... y...

La joven, emocionada por lo que oía, sonrió y, poniendo un dedo sobre sus labios para acallararlo, murmuró con una sensualidad que lo dejó sin palabras:

—Alastair, sé egoísta. Sé tan egoísta como estoy siéndolo yo.

—¿De qué hablas?

Brenda, tan consciente como él de sus propias carencias, indicó:

—Sé que no soy la mujer que te convendría para tu granja, pero quiero ser esa mujer. Soy egoísta. Pienso en mí y en lo que deseo. Por ello, me gustaría que tú también fueras egoísta y pensaras en lo que deseas. Quizá tú y yo no seamos la pareja idónea por la infinidad de cosas que nos separan, pero sé que, si nos damos una oportunidad, podríamos ser muy felices juntos.

—¡Sería una locura!

—¡Bendita locura!

Ambos rieron. Lo que estaba ocurriendo en ese instante entre ellos era

una auténtica locura.

Entonces, de pronto, la joven vio algo que sobresalía del bolsillo de la camisa del escocés. Parecía un colgante. Y, tras cogerlo y leer lo que en él ponía, preguntó demudándose:

—¿Quién es Moira?

Él, al ver el colgante que tiempo atrás había comprado en el mismo sitio donde conoció a Brenda, iba a hablar cuando ella, levantándose, gruñó:

—¡Te odio! ¿Quién es Moira?

—Brenda...

—¿Brenda?! Ah, no..., prefiero ser *lady Cállate* a partir de este momento —y, al ver cómo él la miraba, voceó—: ¿Acaso tienes algo que contarme?

Alastair suspiró y, levantándose del suelo, iba a agarrar a la joven cuando ésta, separándose de él, siseó:

—Yo aquí, abriéndote mi corazón, diciendo cosas que una mujer decente no debería decir nunca y... y... ahora resulta que tú también tienes secretos.

¡Oh, Dios! Qué razón tiene Demelza en lo referente a no fiarse de los hombres.

Consciente de que la joven se merecía una explicación, Alastair se disponía a dársela cuando ella, furiosa, le soltó con fuerza una patada en la espinilla. Al sentir el golpe, él gruñó:

—¿Se puede saber por qué lo has hecho?

—¡Moira! ¿Por qué tienes un colgante con un nombre de mujer en tu poder?

Él iba a responder, pero ella, furiosa por lo que acababa de descubrir, se alejó de él y exclamó:

—Eres... eres... ¡Olvida todo lo que he dicho!

—Brenda...

—Lady Brenda para ti —gritó caminando de regreso al campamento con su largo pelo ondeando al viento.

Aquello era indignante.

Alastair, furioso y molesto por lo sucedido, corrió tras ella y, cuando la tuvo entre sus brazos, ignorando las patadas que la rubia intentaba darle, la miró a los ojos y dijo:

—Yo tengo un pasado, como lo tienes tú. ¿Entiendes mejor ahora mi enfado al saber que estabas prometida?

—¿Estás prometido?

Él negó con la cabeza.

—Moira es una joven a la que he estado cortejando. Y si compré este colgante para ella fue para...

—¿Para qué? —gritó frenética.

Al ver la furia, el desconcierto y la desilusión en la mirada de aquella, Alastair comprendió qué era la verdadera pasión. Brenda no sólo era locura, era pura pasión, intensidad, sentimientos, algo de lo que Moira carecía. Y, sin soltarla, musitó:

—Lo compré para pedirle que fuera la señora de mi granja...

—Oh, Dios..., qué humillación. ¡Suéltame! —voceó enfadada.

Aquello era terriblemente humillante para ella, pero Alastair, convencido al cien por cien de la decisión que había tomado, repuso mirándola a los ojos:

—No. No voy a soltarte.

—¡Te odio! —gritó ella.

—No, *cielo...*, no me odias —afirmó él sonriendo mientras la sujetaba para que no lo arañase.

Enfadada como nunca antes en su vida, la joven intentó soltarse, hasta que, cansada, paró, y él declaró mirándola a los ojos:

—Mi adorada a la par que inquietante Brenda, tras conocerte, desconcertarme y volverme loco, gracias a la pasión que albergas y que despiertas en mí, me he dado cuenta de que no quiero soltarte. Y no quiero hacerlo porque me niego a permitir que otro que no sea yo bese tu boca, camine de tu mano o despierte cada mañana a tu lado. Porque a quien tienes que besar y con quien tienes que despertar y caminar es conmigo, sólo conmigo porque, como dices tú..., ¡muero de amor!

Brenda, al oírlo, dejó de forcejear. Alastair le estaba diciendo unas cosas maravillosas, cuando prosiguió:

—No sé si será una locura lo que tú y yo sentimos sin apenas conocernos, pero estoy dispuesto a ser tan egoísta como me has pedido. Y si te vas a casar con alguien será conmigo, sólo conmigo, y no con ese tal Brochan.

La joven, con los ojos anegados en lágrimas, apenas si podía respirar. No sabía si había entendido bien lo que el escocés le había dicho. Al ser consciente de su confusión, él la soltó y, cuando vio que ella no se movía, posó una rodilla en el suelo y preguntó mirándola a los ojos:

—Brenda, ¿te casarás conmigo esta noche antes de llegar a Inverness?

Boquiabierta, por el giro de los acontecimientos, ella no supo qué decir. Si se casaba con aquél, todos sus problemas se resolverían.

—Di algo, por favor —insistió Alastair.

Brenda, que había esperado aquel mágico momento toda su vida, retirándose el pelo de la cara, murmuró:

—Mi cabello..., mi aspecto en general no es el mejor para contestar a una pregunta como ésa...

Él sonrió complacido. Aquella muchacha era increíble.

—Estás preciosa aquí y ahora, y con eso me vale —afirmó.

Encantada y atontada por todo lo que aquél la hacía sentir, finalmente la joven declaró con una bonita sonrisa:

—Sí, Alastair. Deseo casarme contigo.

## CAPÍTULO 32

Una vez Aiden y Demelza entraron en el pueblo, él se percató de que la muchacha casi se tapaba por entero con la piel que llevaba. Eso llamó su atención, y en un momento dado preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre de qué?

Con una sonrisa tonta, él miró aquellos ojos tan bonitos y preguntó:

—¿Por qué tengo la sensación de que te escondes?

Oír eso la molestó. Lo último que deseaba era que él pudiera sospechar algo, y, estirándose, replicó:

—Te equivocas. No sé de qué hablas.

Aiden no dijo nada, cuando de pronto a lo lejos vio un grupo de hombres que se alejaban con sus caballos y de inmediato los reconoció. Aquel grupo estaba compuesto por el padre de Brenda, su prometido y varios hombres más. Sin lugar a dudas, regresaban a Inverness.

El highlander detuvo su caballo y, por el modo en que el cuerpo de Demelza se tensó, supo que ella también los había reconocido. En silencio, observaron cómo aquéllos se alejaban, cuando Aiden murmuró en su oído:

—¿Crees que debería decirles que...?

—¡No! —se apresuró a contestar ella.

Estaban mirándose a los ojos cuando él insistió:

—Pero vamos hacia Inverness. Brenda está con nosotros y...

Apenada e intranquila por su amiga, Demelza negó con la cabeza, e,

intentando arañar algo más de tiempo para buscar una solución, musitó:

—El destino de Brenda ya está escrito. Sé benevolente con ella y dale al menos un día más de libertad.

—Mañana llegaremos a Inverness.

—Pues regálale esta noche —insistió.

El highlander asintió y, mirando aquellos preciosos ojos que tanto lo atraían, preguntó:

—¿Qué harás tú cuando lleguemos allí?

Demelza suspiró, no lo tenía nada claro, e indicó:

—Estaré unos días con Brenda, pero luego continuaré mi camino.

—¿Regresarás a las Orcadas? —preguntó Aiden.

Recordando que le había dicho que ella y Hilda eran de allí, la joven asintió. Odiaba tener que mentirle, pero no podía decirle que, una vez consiguiera que Hilda se quedara con Brenda, ella y Harald buscarían a Viggo para, posiblemente, morir después.

Continuaron su camino en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que, al llegar frente a una gran tienda, Aiden se detuvo y, tras desmontar y ayudar a bajar a la joven, murmuró asiéndola de la mano:

—Acompáñame. Tenemos que comprar varias cosas.

En cuanto entraron en la tienda, todos los miraron, y rápidamente oyeron a alguien mencionar el nombre del hermano de Aiden.

—Creo que voy a tener que comenzar a preocuparme por las malas compañías de las que me rodeo —se mofó Demelza.

—Deberías —sonrió Aiden—. Sin duda..., deberías.

Y, mirando a la tendera, que lo observaba con cierta reticencia, le pidió lo que necesitaba y ella se afanó a preparárselo.

Con curiosidad, Demelza miró a su alrededor y, al ver una bonita tela de color azul, se acercó a ella y la tocó. Estaba pensando que sin duda a su hermana Ingrid le habría gustado cuando oyó a su lado:

—¿Te agrada?

La joven asintió, y Aiden indicó:

—¿Te gustaría que la comprara para ti?

Sentir que se preocupaba por ella la hizo sonreír, pero negó con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero ya me proporcionas todo lo que necesito.

Oír eso a Aiden le hizo gracia. Sin duda, aquélla no era una mujer caprichosa. Y, aunque algo en él le decía que deseaba darle caprichos, se contuvo. Así era mejor.

Con curiosidad, Demelza prosiguió paseando por la tienda. Allí había desde queso a carne en salazón, telas, especias, calzado o joyas, y, curiosa, estaba admirando la mercancía cuando la tendera indicó:

—Tengo unas alhajas maravillosas. No dejes de mirarlas, muchacha.

Demelza se acercó al lugar donde la mujer le indicaba. Las alhajas escocesas eran parecidas a las nórdicas, y una de aquéllas llamó su atención.

Acercándose más, se fijó en una en concreto. Aquel broche labrado en plata con una piedra negra como la noche en su centro era muy parecido al de su padre. Con curiosidad, se acercó más y más y comprobó que no es que se pareciera, sino que era exactamente igual.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

No. No podía ser cierto lo que imaginaba.

Y, atraída como un imán, lo tocó mientras su respiración se aceleraba.

Momentos después, lo cogió y, sin dudarlo, le dio la vuelta. El enganche estaba torcido y detrás, grabado en noruego, decía: «Antes de entrar en un lugar, fíjate por dónde se puede salir».

Demelza comenzó a temblar.

¿Cómo había podido llegar aquel broche allí?

Bloqueada por tener en sus manos aquello que para su padre había sido tan especial, y que había perdido junto a toda su familia aquella fatídica noche, inconscientemente, se llevó el broche a los labios y lo besó.

Su padre. Sus hermanos. Su vida. Aquel broche era parte de su pasado, y tembló, de rabia, de pena y de angustia.

—¿Qué te ocurre? —oyó de pronto a su lado.

Al abrir los ojos se encontró a Aiden junto a ella, e, incapaz de contener sus emociones, abrió la mano y susurró enseñándoselo:

—Mi padre tenía uno muy parecido.

Según dijo eso, supo que debería haber callado, pues podría traerle problemas.



Entonces, la tendera se acercó a ellos y, al ver la alhaja en las manos de aquélla, comentó:

—Es un broche muy bonito.

Aiden miró a Demelza. De nuevo tenía aquel color verde azulado en la mirada. Eso significaba sorpresa. Y, quitándole el broche de las manos, al darle la vuelta vio el extraño grabado, y preguntó:

—¿Qué se supone que pone aquí?

Demelza no respondió, no debía hacerlo. Y la tendera, mirando lo que Aiden le señalaba, afirmó:

—No lo sé, señor.

El escocés lo miró, y, seguro de lo que decía, afirmó endureciendo el tono:

—Este grabado es pagano, mujer. ¿Vendes cosas vikingas?

La tendera esbozó una sonrisa. No era la primera vez que vendían algo así.

—Señor —repuso—, nos dedicamos a comprar y a vender. La artesanía nórdica es muy apreciada por estos lares, y, si una pieza así cae en nuestras manos, no dudamos en comprarla para luego venderla.

Sin querer oír nada más, Aiden soltó entonces el broche con desprecio y musitó:

—No deseo saber más, mujer. Dime cuánto he de pagarte por lo que te he pedido.

La tendera asintió e indicó dándose media vuelta:

—Acompañadme. Lo tengo en el mostrador.

Demelza se echó a temblar.

No podía marcharse de allí sin el broche de su padre, y, mirándole, susurró:

—Te... te rogaría que compraras ese broche.

—No.

—Por favor —insistió sin moverse—. Juro que te lo pagaré...

Aiden, parándose, se volvió y preguntó:

—¿Que me lo pagarás? ¿Cómo, si no tienes una moneda?

Ella se removió en el sitio. Él tenía razón, pero repuso:

—Trabajaré para pagártelo. Lo prometo.

—¡Ni hablar! Y ahora, venga, ¡vámonos!

—¡No! —gritó ella levantando la voz.

Todos los presentes los miraron, y Aiden, encolerizado, clavó sus oscuros ojos en ella y siseó:

—Si vuelves a chillarme o a desobedecer una orden, lo vas a lamentar, ¿me has oído?

Demelza no contestó, y el escocés, dándose media vuelta, prosiguió caminando. Desesperada, fue tras él e insistió cogiéndolo del brazo:

—Por favor, compra ese broche.

—¡He dicho que no!

—¿Por qué? —inquirió consternada.

Aiden, sin mirarla, respondió con aspereza:

—No quiero nada vikingo cerca de mí.

Demelza jadeó incómoda. Aiden odiaba a su pueblo con todo su ser. Y, necesitada de saber por qué, preguntó:

—¿Por qué odias tanto a los vikingos?

Molesto por su pregunta y por su comportamiento, él dudó si contestar o no. Pero, al ver que ella lo observaba en espera de una explicación, finalmente aclaró:

—Como a muchos de nosotros, esos bárbaros sangrientos y salvajes me arrebataron a personas que quería... ¿Cómo no iba a odiarlos?

Demelza suspiró y no dijo más. Vikingos y escoceses se odiaban por el mismo tema y poco podía hacer.

Pero aquel cabezota la iba a privar de lo único que deseaba en el mundo, además de matar a Viggo. Y, sin dudarlo, regresó junto al broche y, al ver que Aiden y la tendera hablaban, lo cogió rápidamente y se lo guardó.

Aquello era suyo, pertenecía a su familia y nadie se lo iba a arrebatar.

Con disimulo, se acercó hasta Aiden, que proseguía hablando con la mujer, y, cuando aquélla se alejó, Demelza preguntó mirándolo:

—¿Nos vamos?

—Un instante.

Ella se revolvió inquieta y, necesitando salir de allí, anunció:

—Te espero fuera.

No obstante, él negó con la cabeza. La última vez que lo había esperado junto a su caballo había tenido un extraño percance con un hombre que intentó robarle, y, agarrándola del brazo, preguntó:

—¿A qué se deben estas prisas?

Demelza intentó mantener la calma.

—Necesito que me dé el aire —respondió.

Aiden levantó una ceja. Y, al ver cómo los ojos de aquélla se tornaban grises, maldijo entre dientes.

—¡Mientes! —Y, al ver su mano derecha cerrada en un puño con fuerza, inquirió—: ¿Qué llevas ahí?

Molesta por haber sido descubierta, pero sin querer dar su brazo a torcer, la pelirroja gruñó:

—Nada.

Pero él insistió:

—Demelza, ¿qué llevas en la mano?

—Nada —volvió a decir ella.

Aiden y ella se retaban con la mirada, cuando él acercó su rostro al suyo y siseó:

—Mi hermano fue un ladrón, entre otras muchas cosas, pero yo no lo soy, y no quiero que, por ir contigo, se me acuse a mí de ladrón. Así pues, te lo preguntaré por última vez: ¿qué llevas escondido en la mano?

Molesta por haber sido descubierta y no haber escondido mejor el broche, Demelza pensó que no podía marcharse sin él, y entonces decidió hacer algo que Brenda le había enseñado y que nunca imaginó que haría. Así pues, cerró los ojos, pensó en su padre y, cuando la emoción la embargó, al sentir una lágrima correr por su rostro, sollozó abriendo la mano:

—Aiden..., por favor.

Él maldijo al ver el broche, pero, al percatarse de las lágrimas de la joven, algo en su interior se encogió. Demelza era dura, ella nunca mostraba sus sentimientos. Y, desconcertado por todo, sin querer compadecerse de ella, le quitó el broche de las manos y siseó:

—Tú lección de hoy es: nunca subestimes a un escocés.

Las lágrimas no habían surtido el efecto deseado. Y, al ver cómo Aiden dejaba sobre el mostrador aquel broche que tanto significaba para ella, la joven iba a decir algo cuando él gruñó:

—Sal y espérame fuera, ¡ya! Y procura no meterte en ningún lío o lo pagarás.

—Pero...

—¡He dicho ya! —bramó.

Consciente de que, hiciera lo que hiciese, nada lo haría cambiar de opinión en cuanto al broche, la joven, enfadada, se dio media vuelta, se limpió las lágrimas y salió de la tienda.

Una vez fuera, el aire fresco le dio en el rostro y, acercándose a *Haar*, murmuró entristecida:

—Sólo quería el broche de mi padre..., sólo eso.

## CAPÍTULO 33

Regresaba afligida al campamento. Había tenido en la mano algo que había pertenecido a su padre, algo suyo, pero aquel cabezota escocés se lo había arrebatado de nuevo.

Estaba pensando en ello cuando Aiden, incapaz de callar un segundo más, preguntó:

—¿Ya se te ha pasado el sofoco?

Demelza no lo miró.

Le había resultado humillante fingir que lloraba y no conseguir su propósito. Sin duda, ella no tenía el arte de Brenda.

—Recuerdo que me dijiste que tu padre te enseñó a no robar —comentó él entonces.

Que el escocés mencionara al hombre que más había querido en el mundo y que le había enseñado todo lo que ella sabía en la vida hizo que lo mirara.

Y, con la emoción de su recuerdo latente, indicó:

—Mi padre me enseñó muchas más cosas, además de a no robar. Sin duda, él no estará muy orgulloso de lo que hice hoy, pero... pero te pedí... te supliqué que lo compraras para mí. Ese broche era importante y...

—¿Por qué? ¿Por qué era importante?

—Porque sí. Porque estoy convencida de que nunca volveré a ver uno igual que ése.

Aiden la miró sin dar crédito. Ni en un momento como ése era capaz de sincerarse con él.

Apenas sabía nada de ella. Nunca hablaba de su pasado. Evitaba responder cuando él o cualquiera le preguntaban. ¿Qué ocultaba?

Y, parando a *Haar* en medio del bosque, se bajó del caballo y, una vez ella estuvo también en el suelo, como siempre, se separó de él. Aiden resopló y luego preguntó cansado:

—¿Por qué haces siempre eso?

—¿El qué?

Él dio un paso al frente, se acercó a ella y, mirándola a los ojos, contestó:

—Separarte de mí.

Demelza no se movió, y él insistió:

—¿Qué temes?

—No sé de qué hablas.

—Sabes perfectamente de lo que hablo. ¿Qué temes? ¿Por qué te despiertas por las noches sobresaltada? ¿Por qué te encoges si me acerco más de la cuenta a ti? ¿Por qué tengo la sensación de que siempre estás alerta?

Y cuando, confundida por sus preguntas, ella iba a alejarse de nuevo, el escocés preguntó asiéndola del brazo con delicadeza:

—¿Acaso yo te trato mal o me porto mal contigo?

—No.

—Entonces ¿por qué siento que no te fías de mí?

La joven lo miró. Le habría gustado poder hablar con él. Sincerarse.

Quizá si se hubieran conocido en otro momento y en otras circunstancias, todo habría sido diferente. Pero la realidad era la que era, y confesarle que era vikinga era un gran error.

Al ver su gesto confundido, Aiden supo que se estaba acercando y, necesitado de su proximidad, musitó:

—Te prometí que nunca haría nada que no desearas, ¿lo has olvidado?

A la joven le gustó oír eso, siempre había sido así, y respondió:

—No. No lo he olvidado.

Aiden, sintiéndose como un tonto por los sentimientos que lo desbordaban y por no lograr entender a aquella mujer, añadió desesperado:

—No sé qué temes. No sé de qué huyes. No sé qué no me cuentas. Pero sí sé que me ocultas cosas que creo que debería saber, ¿o acaso me equivoco?

Demelza negó con la cabeza, tenía razón en todo lo que decía, e, incapaz de no comunicarse con él, murmuró:

—Aiden..., sé que buscas respuestas. Pero, créeme, es mejor que no te las dé. Si te las diera, quizá...

—¿Quizá qué? —insistió Aiden.

La joven resopló. El momento no era fácil, y, como pudo, soltó:

—Quizá ya no me mirarías como me miras.

El highlander cada vez entendía menos. Ninguna mujer lo había desconcertado como lo hacía ella.

Pero la realidad era que no podía quitarse de la cabeza a Demelza, aquella extraña joven que siempre estaba metida en problemas. Y, necesitado de sincerarse, comentó sin pensar en sus palabras:

—Dijiste que le entregara pruebas de amor a mi caballo para que confiara en mí, ¿verdad?

—Sí.

Aiden la miró a la espera de algo que no llegó, e, incapaz de callar un segundo más, preguntó:

—¿Me estás diciendo que un caballo es capaz de entender esas pruebas de amor y tú no?

Ella parpadeó boquiabierta.

¿A qué se refería?

Cuando, de pronto, aquel hombre, abriendo su corazón de par en par, declaró:

—Por tenerte cerca estoy permitiendo que me retes, que me grites, que me mientas, que casi me mates, que me robes. Incluso estoy permitiendo que ese maldito lobo viaje con nosotros a pesar de lo que mis hombres piensen.

— Ella asintió y él prosiguió—: No soy tonto, Demelza, y también sé que Hilda no es tu madre, ¿verdad?

—Aiden...

—Al menos dime que en eso último tengo razón.

La joven tomó aire y, dispuesta a ser sincera, afirmó:

—No me parió, pero para mí es mi madre.

Él asintió. Que Demelza fuera capaz de afirmar algo así le hacía ver que

comenzaba a confiar en él un poco, cuando, incapaz de callar un segundo más, dijo:

—Pienso en ti cada instante del día. Te observo constantemente y sonrío como un tonto si te veo sonreír. Me preocupo si no duermes, si te despiertas sobresaltada o si tu gesto está serio y pensativo. Por mi pasado, nunca creí en amoríos y temas de corazón, e incluso cuando vi a mis amigos atontados con sus mujeres nunca los entendí, hasta que, de pronto, te conocí a ti.

Ella parpadeó sin poder decir nada, cuando él prosiguió:

—Júzgame. Ríete de mí por lo que acabo de confesarte, pero me estoy volviendo loco cada vez que pienso que mañana he de dejarte en Inverness y he de separarme de ti —y, al ver que ella sólo lo miraba, exclamó levantando la voz—: ¡¿No tienes nada que decir?!

Demelza no reaccionó. Nunca habría imaginado que un hombre como aquél pudiera decirle cosas tan maravillosas, cuando él, dando un paso atrás, musitó:

—Está claro que estoy haciendo el tonto y que tú no sientes nada por mí.

A la joven se le aceleró el corazón al oír eso de su boca. Aquel hombre, tan diferente de lo que había sido su marido, sentía algo por ella. Aquel escocés le estaba abriendo su corazón de una manera que nunca habría imaginado. Y, cuando Demelza se disponía a hablar, él dio un paso atrás para alejarse de ella, se metió la mano bajo la piel de su abrigo, sacó una pequeña caja y, tendiéndosela, dijo ceñudo:

—Toma tu maldito broche.

Según oyó eso, Demelza miró lo que le tendía y, tras cogerlo, lo abrió. ¡Lo tenía! ¡Tenía el broche de su padre!

Emocionada y conmovida por todo lo que aquél la hacía sentir y por aquel detalle tan maravilloso, miró al escocés y, dejándose llevar por el corazón, se le acercó y preguntó:

—¿Lo has comprado para mí?

—¿Tú qué crees? —gruñó él molesto por la absurda pregunta.

Demelza cerró los ojos y, de pronto, la imagen de Ingrid y ella tumbadas en el suelo, mirando al cielo, regresó a su mente. Recordó cuando su hermana, mirándola, le había dicho: «Algún día llegará ese hombre especial



que te regalará una preciosa y excepcional prueba de amor, y sabrás que él y sólo él es el dueño de tu corazón».

Y, sí, ese hombre había llegado y, como decía Brenda, ¡moría de amor!

Aunque era complicado, si no imposible, que sucediera algo entre ellos.

No obstante, Demelza, refugiándose en sus brazos como nunca antes lo había hecho, se apretó contra él y murmuró emocionada:

—Gracias..., gracias..., gracias...

El highlander sonrió al sentir aquel abrazo tan anhelado. Aquella extraña muchacha conseguía que hiciera cosas que nunca pensó que haría, e, incapaz de no aprovechar aquella cercanía, la besó en la frente y murmuró mientras contemplaba el azul zafiro de sus ojos:

—Es para ti. Sólo para ti.

Demelza se puso entonces de puntillas y le dio un delicado beso en los labios. Aiden era un hombre cariñoso, fiel y atento, como lo había sido su padre, y, feliz de haber conocido eso que una vez su hermana encontró, murmuró:

—Ésta ha sido una preciosa prueba de amor.

Sorprendido porque ella lo hubiera entendido como tal, Aiden sonrió, cuando la joven declaró:

—Eres bueno, Aiden McAllister. Eres un escocés maravilloso, atento, galante y un sinfín de cosas más. Alguien a quien me ha encantado conocer y a quien llevaré siempre en mi corazón, y si no fuera por mis circunstancias...

—¿Circunstancias? ¿Qué circunstancias?

Demelza sonrió, le dio otro dulce beso en los labios y prosiguió:

—Y, con respecto a tus pruebas de amor, gracias por todas y cada una, pero... pero... no soy digna de ellas. Tú te mereces una buena mujer que...

—¿Qué tonterías estás soltando?

Que dijera aquello a Aiden le resultaba indignante, cuando ella, poniendo un dedo sobre sus labios para que callara, insistió:

—No soy lo que tú crees, ni seré nunca lo que deseas.

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso? —Y, recordando algo a lo que había dado mil vueltas en su mente, insistió—: ¿Por qué una vez me dijiste que eres lo que detesto?

Demelza cerró los ojos.

Por primera vez en su vida, quiso ser una simple muchacha enamorada, y, acercando su boca a la de él, murmuró para acallarlo:

—Aiden McAllister, no hablemos más y bésame.

Incapaz de negarse, él obedeció.

Sentirla tan dulce, tan cálida, tan entregada, era algo nuevo para él y, cuando el beso acabó, al percibir cómo el deseo se acrecentaba entre ambos, se disponía a hablar cuando ella le pidió:

—Continuemos..., Aiden...

Un beso...

Dos...

Siete...

Abrazados, sus cuerpos cayeron al suelo. Una vez allí, Aiden iba a hablar de nuevo cuando ella, dejándose llevar por la pasión, se apoderó de sus labios y lo acalló. No quería que hablara, sólo deseaba disfrutar del momento, un bonito momento que siempre pudiera recordar.

Las caricias se intensificaron, y, cuando la excitación de Aiden fue tremendamente evidente, lejos de asustarse, Demelza paseó la mano por encima de su pantalón y dijo:

—Como bien me prometiste, no me harás nada que yo no quiera.

Acalorado y tremendamente excitado al entenderla, él la miró.

—¿Estás segura?

La joven asintió.

Loco y embobado por el modo en que aquélla lo hacía sentir, una vez los pantalones de ambos desaparecieron y las manos de Aiden tocaron la tibieza sedosa y cálida de aquella mujer, al ver que ella jadeaba, él murmuró:

—Demelza, creo que...

—No..., no pares.

—Pero...

—No me harás daño. Continúa...

Su invitación detuvo a Aiden, cuando ella, necesitada de decir al menos una verdad, susurró:

—Estuve casada.

—¿Cómo?! —preguntó él sorprendido.

Demelza lo besó. Toda ella eran demasiadas sorpresas. Y, mintiendo, afirmó una vez el beso acabó:

—Él está muerto..., no pienses que entrego mi cuerpo a cualquiera.

Aiden asintió y, celoso porque otro hubiera puesto las manos sobre aquella mujer, al sentir cómo ella abría sus piernas para él, se colocó en posición mirándola a los ojos y, al notarla tensa, musitó con mimo:

—Eh..., pelirroja salvaje..., mírame...

La joven obedeció. A continuación, Aiden besó con mimo su frente, después la punta de su nariz y finalmente su boca. Quería y necesitaba que aquel momento fuera para ella tan especial como lo era para él, y, sintiéndola temblar no sólo de excitación, susurró:

—Te mereces un comfortable lecho y no... —Ella volvió a temblar, y, con gesto protector, él musitó—: Tranquila, cielo..., tranquila...

Oír eso hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas de emoción. Viggo y Aiden, por suerte, no tenían nada que ver. Uno era brutalidad y el otro, dulzura. Uno era terror y el otro, amor. E, intentando calmar sus miedos y sus inseguridades, Demelza sonrió y murmuró acercando su boca a la de él:

—Te deseo más que nada en esta vida...

Hechizado, excitado y enloquecido por lo que aquella le decía, el highlander, con delicadeza, colocó su erecto pene en la húmeda entrada de Demelza. El simple roce los hizo jadear, y, cuando él poco a poco comenzó a entrar en ella, Demelza se arqueó, clavando sus dedos en la piel de aquél.

Ese movimiento por parte de ella a Aiden le pareció la cosa más sensual del mundo. Aquella muchacha, que se empeñaba en ser siempre una fiera guerrera, era dulce, cálida, sensual. Algo que él había sido capaz de ver, a pesar de todas las trabas que ella le ponía. Y, al sentir que lo miraba a los ojos, sonrió y se deshizo cuando ella le devolvió la sonrisa.

Gustosa y entregada, Demelza disfrutó entre los brazos del escocés. Aiden era cuidadoso, atento, suave, nada que ver con la mala bestia de Viggo. Un beso. Dos. Un susurro. Una caricia. Y su cuerpo se rindió. Se relajó hasta tal punto que sus caderas adquirieron vida propia, y, necesitada de todo él, se movió y entonces fue él quien jadeó.

Por primera vez, Demelza disfrutaba del roce de dos cuerpos. Disfrutaba de besos, de caricias, de miradas cómplices cargadas de deseo, y, cuando el éxtasis estalló entre los dos dejándolos felices y satisfechos, Aiden la besó con dulzura y, tras apartarse de encima para no aplastarla, se tumbó a su lado.

Permanecieron en silencio durante unos segundos, hasta que ella buscó su mano y se la agarró. A Aiden le gustó que ella tomara la iniciativa, y sonrió.

Saber que había estado casada había sido toda una sorpresa. Si él tuviera una mujer como aquélla, no querría perderla de vista. Pero, entonces, algo en su interior se despertó.

¿Y si las reacciones de Demelza eran por culpa de aquél? ¿Podía ser que huyera de él?

Sin poder evitarlo, volvió la cabeza para mirarla.

La joven contemplaba la luna. Estaba preciosa, Demelza era exquisita. Y, sin poder remediarlo, se fijó en la marca que aquélla tenía en la mejilla.

¿Cómo se la había hecho? ¿Y si había sido su marido?

A cada instante más molesto por las cosas que pasaban por su cabeza, necesitado de respuestas, Aiden preguntó:

—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

La expresión de Demelza cambió. Hablar de aquello no le resultaba fácil.

Pero él, mirándola, imploró:

—Si vas a contar una mentira, prefiero que no hables.

Ella asintió. Y, tras pensar lo que aquél quería, necesitada de apoyarse en alguien, musitó:

—Apenas fueron unos meses y...

El trote de un caballo que se acercaba los puso en alerta, y Aiden, levantándose, señaló el pantalón de ella e indicó cogiendo el suyo:

—Vístete, ¡ya!

Rápidamente ambos lo hicieron, y cuando él sacó su espada y Demelza su daga de la bota, ante ellos aparecieron Alastair y Brenda sobre el caballo de él. En silencio, los cuatro se miraron, y Alastair, al ver la camisa por fuera del pantalón de su amigo y el cabello de Demelza repleto de hierbas, preguntó en tono burlón:

—Pero ¿qué ocurre aquí?

Demelza suspiró y, al ver la sonrisa acusadora de Brenda, terció:

—Tú mejor... no digas nada.

La joven sonrió, cuando de pronto la pelirroja, al caer en la cuenta, preguntó:

—¿Qué hacéis juntos y adónde os dirigís?

Alastair, bajándose del caballo, para después ayudar a Brenda, dijo acercándose a Aiden:

—Tengo que hablar contigo.

El highlander, molesto por la interrupción, y sin entender qué hacían aquellos dos juntos, asintió, y, cuando los dos hombres se alejaron, Brenda cuchicheó mirando a su amiga:

—Vaya..., vaya... Pero ¿no decías que...?

—¡Cállate!

Divertida, la joven de pelo rubio musitó entonces quitándole unas hojas del cabello:

—Uis..., la primavera todo lo altera, ¡qué curioso!

Demelza suspiró y, al ver a aquélla sonreír, gruñó:

—¿De qué te ríes?

—De tus mejillas encendidas y tu pantalón a medio abrochar.

Rápidamente, la pelirroja se percató de que tenía razón y, cuando se disponía a replicar, oyó:

—Ay, Demelza, lo que tengo que contarte...

Ella miró a su amiga y, con mofa, preguntó:

—Que mueres de amor, ¿verdad?

Brenda sonrió y, mientras aquélla se abrochaba el pantalón, cuchicheó:

—Algo mejor... ¡Me caso!

Demelza la miró y, sin entender nada, iba a decir algo cuando aquélla prosiguió emocionada:

—Alastair y yo... ¡nos casamos! Vamos al pueblo en busca de un cura que oficie la ceremonia y os necesitamos como padrinos.

—¡¿Qué?!

—Hilda, Moses y el resto están preparando una buena cena para celebrarlo cuando regresemos. ¿No te parece una idea increíble?

A Demelza se le erizó el vello de todo el cuerpo. La última vez que había estado en una boda había sido terrible. Pero no, no debía pensar en eso.

Aquello era el pasado y no volvería a ocurrir. Y Brenda, viendo su desconcierto, miró a Alastair y a Aiden, que lo escuchaba sin dar crédito, y afirmó:

—Si me caso con Alastair hoy, mañana, cuando llegemos a Inverness, seré una mujer con marido y lo que hay con Brochan se romperá.

—Pero ¿te has vuelto loca?

La joven rubia asintió y, con un gracioso gesto, afirmó:

—¡Sí!

—Pero Brenda, tus padres...

—Mi madre se desmayará y seguramente estará dos meses en cama. Y mi padre, una vez conozca a Alastair, me perdonará. Lo sé, Demelza, lo sé.

La pelirroja asintió boquiabierta. Lo que aquellos dos querían hacer era una auténtica locura, que, dependiendo de cómo fuera Brochan y los padres de aquélla, podría salir mal.

—¿Le has hablado a Alastair de la sangre que corre por tus venas? — preguntó entonces bajando la voz.

Brenda negó con la cabeza.

—No —musitó.

—¡Pero...!

—Demelza, ¡calla!

—Él odia todo lo que tenga que ver con los vikingos. En realidad, te llamas Adnerb... ¡Si ni siquiera sabe tu verdadero nombre! ¿Qué estás haciendo?

Lo había sopesado. Pero, incapaz de querer pensar en otra cosa más que en el amor que sentía por aquél, cuchicheó:

—Tengo miedo. Si se lo cuento, quizá ya no quiera casarse conmigo.

¿Cómo voy a hacerlo?

—¡Pero, Brenda, él...!

—Lo sé..., sé lo que vas a decir, pero me quiere. Ha dicho que me quiere, y creo que me perdonará. Y... y soy tan feliz en este momento, me siento tan viva y tan fuerte que no quiero estropear este maravilloso momento.

—Brenda..., recapacita.

—Lo malo es mi pelo. ¡No sé qué hacer con él!

—Brenda... —regañó.

—Vale..., vale... —gruñó aquélla.

Las dos mujeres se miraron en silencio. Sin hablar se estaban entendiendo, cuando Demelza musitó:

—¡Estás loca! Cuando Alastair se entere de...

—¿De qué tengo que enterarme? —preguntó el aludido acercándose con su amigo.

Las dos muchachas se miraron, y Brenda se apresuró a responder:

—De que no entiendo de ovejas. Si te dije aquello aquel día fue porque Demelza me informó.

Todos la miraron. Estaba más que claro que ella no entendía nada de ovejas.

—¿No decías que lo tuyo eran los patos? —terció Aiden burlón.

Demelza sonrió y, con apuro, afirmó sin saber realmente qué responder:

—Y las ocas..., no lo olvides.

Entonces, Alastair soltó una carcajada. Y, asiendo a Brenda por la cintura, le dio un beso en los labios y afirmó:

—Aiden ha accedido a ser mi padrino. ¿Se lo has pedido tú a Demelza?

Brenda sonrió y, mirando a su amiga, preguntó:

—¿Serías mi madrina?

Todos la miraron.

¿En qué lío se estaba metiendo Brenda?

Y finalmente, sonriendo, a pesar de la que estaba segura que se iba a liar, Demelza asintió.

—Claro que sí.

Emocionada, Brenda chilló y la abrazó mientras Alastair montaba en su caballo. Y, en ese momento, le cuchicheó al oído:

—Tú me has enseñado a vivir el presente. El futuro ya llegará.

Oír eso hizo sonreír a la pelirroja, cuando Alastair, asiendo a Brenda para sentarla ante él, dijo:

—Vamos. Montad. Tenemos que encontrar un párroco que quiera officiar

la boda.

—¿Estás seguro? —preguntó Aiden.

Alastair, encantado, miró a Brenda, que ante él sonreía, y afirmó:

—Como nunca en mi vida, amigo.

Aiden asintió y, tras montar en su caballo, le tendió la mano a Demelza, que de inmediato la aceptó.

Cuando la joven se acomodó frente a él, mientras el caballo de sus amigos se encaminaba ya hacia el pueblo, Aiden preguntó esperando que ella como siempre lo rehuyera:

—¿Estás bien?

Al entender el motivo de su pregunta, la joven afirmó con la cabeza.

—Mejor que nunca.

Aiden sonrió. Esa respuesta tan positiva era mucho más de lo que esperaba, y, tras besarla en los labios, preguntó:

—¿Crees que hacen bien?

La joven suspiró al oírlo, y, sabiendo lo que él pensaba, contestó:

—Viven el presente. Él futuro ya llegará.

—Eso es un gran error.

—¿Por qué?

—Porque hay que valorar las consecuencias —indicó él—. Si algo me ha enseñado la vida, tras ser el hermano de quien soy, es a valorar las consecuencias derivadas de los actos que no meditas en el presente.

Demelza asintió. Entendía que tenía parte de razón, pero, pensando que la vida había que vivirla, afirmó:

—En ocasiones, para ser feliz, hay que dejarse llevar por la locura y la pasión, y creo que ésta es una de esas ocasiones.

Aiden sonrió. Y, recordando lo que decían antes de que llegaran sus amigos, murmuró:

—Aunque estoy feliz por ellos, siento que nos interrumpieran. Por lo que te emplazo a hablar en otro momento con franqueza y tranquilidad.

—Ya hablaremos —aseguró ella.

Le debía muchas explicaciones que seguramente nunca le daría, pero, viviendo el presente, dijo:



—Me gustas mucho, Aiden McAllister..., mucho.

Encantado por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos, él la besó y, cuando sus bocas se separaron, afirmó:

—Siento algo muy especial por ti.

Oír eso a Demelza le dio vida, y, sacando su lado sarcástico, preguntó:

—¿Tanto como para no pensar en el futuro y casarte conmigo esta noche? Según dijo eso, hasta ella misma se asustó.

Pero ¿qué había dicho?

Y Aiden, que no esperaba en absoluto esa pregunta, tras rascarse la cabeza, murmuró:

—Bueno..., pues..., la verdad..., no creo que...

—Era broma, Aiden, ¿cómo nos vamos a casar? —se mofó ella siendo rápida, e, incapaz de callar, murmuró—: Tus bonitos ojos sonríen, aunque tu boca no lo hace, ¿te lo habían dicho alguna vez?

Una carcajada llenó el aire, y Aiden, dándole un cálido beso en los labios porque así le apetecía, respondió:

—No. Pero me gusta oírlo de tu boca.

Un nuevo beso. Otro... Otro... Cuando, parándose, el escocés preguntó, al ver la mirada serena de aquélla:

—Y, volviendo al tema de nuestros amigos, ¿debería saber algo importante antes del enlace?

Sin mudar su sonrisa, ella negó con la cabeza. Nunca delataría a Brenda, aunque sabía que eso le traería más problemas. Sin embargo, necesitada de que algo bonito saliera de todo aquello, lo besó y declaró:

—Sólo que *lady Cállate* está locamente enamorada de él. ¡Y que con seguridad lo volverá loco mientras mueren de amor!

Y, dicho esto, Aiden sonrió y azuzó a su caballo.

\*\*\*

El enlace entre Alastair y Brenda lo ofició el párroco del pueblo en la vicaría, y, cuando regresaron al campamento, ya como marido y mujer, lo celebraron hasta altas horas de la madrugada.

Demelza, la novia y Hilda bailaron con todos aquellos escoceses, y, por una noche, la pelirroja se permitió olvidarse de sus problemas y simplemente se dedicó a ser feliz. Bailó, cantó y disfrutó de la compañía de los demás mientras se dejaba cortejar y agasajar por Aiden, que no dudó a la hora de hacerlo delante de todos, algo que les gustó a sus hombres.

## CAPÍTULO 34

A la mañana siguiente, nada más despertar, lo primero que hizo Aiden fue pensar en Demelza. La noche anterior, tras un encuentro furtivo en el bosque en el que de nuevo volvió a desatarse la pasión incontrolable entre ambos, ella decidió regresar junto a Hilda. No quiso pasar el resto de la noche con él en su tienda, pese a que le tocaba dormir a la intemperie.

¿Por qué?

Pues porque Hilda y ella les prestaron su tienda a los recién casados, que necesitaban intimidad.

Aiden, que no pudo descansar en toda la noche, sólo podía pensar en cómo aquella joven de cabellos rojos lo observaba mientras se hacían el amor. Sus ojos, su manera de mirarlo, todo en ella era caliente y perturbador.

El highlander cerró los ojos y se regañó.

¿Qué hacía pensando otra vez en aquello?

E, incómodo, se levantó, salió de su tienda y miró hacia el lugar donde sabía que aquella cabezota descansaba a la intemperie. Seguía dormida enrollada en su manta, y, como un tonto, sonrió.

Aquella muchacha estaba haciendo que se replantease muchas cosas, demasiadas. Tantas que ni él mismo entendía por qué lo hacía, pero el caso es que ahí estaba, tomando decisiones.

De pronto, Demelza se movió, y, como si un imán lo atrajera, Aiden fue hacia ella y se sentó a su lado. Le gustaba contemplar cómo despertaba, y, con mimo, acarició su rostro y saludó:

—Buenos días.

La joven, al sentir su dulce caricia, acompañada de su bonita voz, sonrió sin abrir los ojos y musitó desperezándose:

—Buenos días, señor.

—Aiden —corrigió él.

Sorprendida, Demelza abrió los ojos y se sentó con el pelo por la cara.

Pero ¿dónde estaba durmiendo?

Y, mientras veía a los hombres pasar por delante de ella, iba a hablar, cuando él, sorprendiéndola, le dio un beso en los labios delante todos, que bramaron felices.

—A partir de ahora seré siempre Aiden para ti.

Boquiabierta por sus palabras y por el beso, Demelza lo miró y susurró:

—Pero tus hombres...

—De mis hombres me encargo yo, ¿de acuerdo?

Ella, confusa, asintió como una tonta.

El rostro de Aiden y sus palabras le hacían sentir una vez más lo mismo que la noche anterior, y supo que estaba cometiendo un error de nuevo. Aun así, no rectificó, cuando él feliz preguntó:

—¿Lo pasaste bien anoche?

Demelza asintió y musitó recordando lo acontecido:

—Fue una fiesta increíble.

A él le gustó verla tan receptiva y, mirándola con detenimiento, afirmó:

—Pues cuando lleguemos a Keith, a mi hogar, la fiesta que organizaremos será aún mayor.

—¿A Keith?

Aiden, que había pasado la noche pensando en aquello, asintió.

—Sí, a Keith. Primero nos acercaremos a Inverness para informar a los padres de Brenda del enlace, y posteriormente *todos* —dijo recalcando la palabra— iremos a mis tierras en Keith, donde te casarás conmigo y seremos marido y mujer.

—¿Cómo?!

—Lo que has oído.

—¿Has dicho que yo me casaré contigo?

—Sí.

—Lo dudo.

—No lo dudes —replicó él con seguridad.

Demelza se puso repentinamente seria. Nadie decidía por ella.

—No eres mi padre, ni tampoco mi dueño —gruñó molesta—. Y no me casaré contigo si yo no lo he decidido así. Y en cuanto a...

Aiden aproximó su boca a la suya. La besó con deseo, propiedad y devoción, y, cuando sus labios se separaron, afirmó:

—Serás mi mujer.

Ella negó con la cabeza. No volvería a casarse con nadie por obligación.

—Eso habrá que verlo —resopló.

El escocés sonrió al oírla. Le gustaba su carácter combativo, y decidió guardar silencio.

Demelza, por su parte, se retiró el pelo del rostro. Su plan se iba al traste.

Ya no sólo Brenda no viviría en Inverness, sino con Alastair, por lo que ella debería acompañar a Hilda hasta la granja de aquél, y encima ahora Aiden quería casarse con ella.

Pero ¿qué locura estaba ocurriendo?

Estaba dándole vueltas al asunto cuando Aiden, al intuir qué pensaba, dijo:

—En cuanto a las Orcadas...

—Iré —lo cortó ella.

El highlander, que ya imaginaba que sería así, repuso:

—Por supuesto que irás, pero conmigo. Tu marido.

—No.

—Sí.

Demelza maldijo. Aquello era imposible.

—No insistas en eso del marido —replicó—. Y no necesito que nadie me acompañe. Que tú y yo intimáramos anoche no da pie a nada más. No exijo nada, y sólo espero que tú tampoco lo hagas, ¿entendido?

Consciente de su independencia, y molesto porque no lo necesitara, él no se movió. Aquella cabezota era un hueso duro de roer, y, dispuesto a salirse con la suya en todo lo que tenía en mente, informó:

—Te acompañaré. Y lo haré, porque...

—Aiden..., no... no es necesario.

El enfado de aquél crecía por segundos al sentir su desapego, y, clavando su oscura mirada en ella, sentenció:

—Iré. No se hable más.

La joven cerró los ojos. Todo se complicaba.

¿Por qué la vida se lo ponía todo tan difícil?

Estaba pensando en ello cuando lo oyó decir:

—Eh..., pelirroja salvaje...

Demelza abrió entonces los ojos y él, con una sonrisa que a ella le deshizo el corazón, murmuró:

—Estás muy bonita cuando despiertas.

Aquel piropeo, y aquellos ojos sonrientes tocaron de nuevo el corazón de la joven y, cuando se disponía a responder, él metió la mano por debajo de la manta y le acarició con deseo la cara interna de los muslos. Demelza tembló de excitación. Aiden la hacía temblar, y no precisamente de miedo.

—¿Quieres que escandalicemos a tus hombres? —murmuró sonriendo.

Divertido por la complicidad que existía entre ellos, a pesar de las barreras que él tenía que saltar continuamente para llegar hasta ella, Aiden retiró la mano y dijo conteniendo sus apetencias:

—Anoche, cuando te enrollaste en la manta, te dormiste rápidamente.

—Creo que bebí de más.

Él sonrió, aún recordaba los besos y los momentos vividos la noche anterior, e indicó:

—En cuanto a lo que te he propuesto, tenemos que hablar...

—Si te refieres a nuestro matrimonio, olvídalo.

Aiden asintió. Sin duda no había sido buena idea decirle aquello nada más despertar, pero sin darse por vencido indicó:

—Levántate. Come algo y, durante el día, buscaremos el momento para hablar de ello.

A continuación, volvió a darle otro caliente beso en los labios y se alejó en dirección a donde estaban sus hombres.

Sin poder remediarlo, Demelza lo siguió con la mirada, mientras sentía

cómo su corazón latía a toda velocidad. De pronto, la palabra *amor* adquiría significado para ella, y se asustó. ¿Cómo podía estar enamorada de un escocés y un escocés de ella?

Estaba pensando en ello cuando Hilda se le acercó.

—Por el amor de Dios, Demelza, ¿qué es lo que no me has contado? —exclamó, y, al ver cómo la miraba, añadió—: Oh, hija..., es tan buen mozo, tan atento, tan amable y protector, que no me puedo creer la suerte que has tenido.

Demelza resopló al oírla.

¿Por qué le estaba dando a Aiden pie a aquello?

Y, cuando se disponía a responder, Hilda añadió a toda prisa:

—Voy a ayudar a Douglas a preparar la comida. Luego hablamos.

En cuanto se fue, Demelza volvió a tumbarse y se tapó la cabeza con la manta.

No podía estar sucediéndole aquello.

Los separaban demasiadas cosas. Cosas importantes que, una vez él las supiera, seguramente no llegaría a perdonarle.

Molesta, maldijo. Ella no quería engañar a Aiden como lo estaba haciendo Brenda.

En ese instante, oyó que alguien tosía a su lado.

Al saber de quién provenía aquella tos, rápidamente se destapó la cabeza para encontrarse con la mirada guasona de Brenda. Estaba radiante, feliz, sonriente. Y, complacida de saber que todo estaba bien, Demelza la saludó:

—Buenos días, señora Matheson.

Rápidamente, Brenda se tumbó a su lado y, cogiendo la manta, la echó por encima de las dos.

—Ay, Demelza —cuchicheó mirándola—, nunca pensé que... que...

Ella sonrió. Hablar de la intimidad en el lecho conyugal siempre era complicado, e, intentando ayudarla, preguntó:

—¿Fue paciente y considerado?

Brenda asintió emocionada. Alastair había sido todo lo que ella siempre había imaginado, y, sonriendo, musitó:

—Oh, Dios mío..., sentí mi cuerpo explotar.

—¿Moriste de amor?

Ambas rieron, cuando aquélla cuchicheó gesticulando:

—Y cuando vi eso... eso tan... tan... ¡Oh, Dios...!

—¡Brenda!

La joven, aún sorprendida por aquella faceta de la vida conyugal de la que tan poco le habían hablado, insistió:

—Pero ¿eso es siempre así? ¿Cada vez que... va a crecer tanto?

Demelza soltó una carcajada. No lo podía remediar, y, llorando de risa, afirmó cambiando de idioma:

—Sí, Adnerb..., crecerá cada vez que...

—Oh, Dios... —asintió emocionada.

Los comentarios de la recién casada ante lo que acababa de descubrir junto a Alastair eran ingeniosos a la par que ocurrentes y, durante un buen rato, las dos, ocultas bajo la manta, rieron a carcajadas, hasta que de pronto oyeron:

—Cariño..., ¿qué haces ahí metida?

Las jóvenes se miraron, y Demelza cuchicheó:

—Es tu maridito.

Roja como un tomate, Brenda asintió y dijo sin descubrirse la cabeza:

—Mi vida, estoy hablando con Demelza.

Mirando hacia el suelo, donde estaban aquellas dos, el highlander suspiró.

—Recoge tus cosas cuando puedas. Partimos para Inverness.

—De acuerdo...

Durante unos segundos, ambas guardaron silencio y, al oír que las pisadas de aquél se alejaban, Brenda farfulló:

—Muero de vergüenza cuando lo miro. Lo que hicimos fue... fue... tan... íntimo que...

—¡No quiero saber! —la cortó Demelza riendo. Y, al ver el gesto de su amiga, añadió—: Lo que hicisteis son cosas de marido y mujer. Y, si juntos las disfrutáis, ¡mejor!

Brenda sonrió y afirmó mordiéndose el labio:

—Te aseguro que las disfruté tanto que los muslos aún me...

—¡Brenda! —rio Demelza.



Estaban divertidas cuando la joven desposada preguntó:

—¿Y tú qué?... Vi que Aiden y tú os internabais en el bosque.

Demelza asintió, y luego musitó confundida:

—Sólo puedo decir... ¡Oh, Dios mío!

—¡Oh, Dios mío! —rio Brenda.

Contenta de hablar de aquello como habría hecho con su hermana Ingrid, Demelza suspiró necesitada de sincerarse.

—Esta mañana me ha despertado. Me ha dado un beso delante de sus hombres y luego ha dicho que nos vamos a casar.

—¡Oh, Dios mío! Aiden y tú, ¡casados! —musitó la joven parpadeando.

De nuevo rieron por sus comentarios, hasta que Demelza bajó la voz al máximo y cuchicheó:

—Pero no puede ser, y me siento mal. Muy mal.

—¿Por qué?

—Porque no estoy siendo sincera con él y él conmigo sí. Y... y siento que el corazón se me desboca cuando está cerca de mí porque me gustan sus atenciones, sus besos, sus miradas cómplices, pero... pero no puedo. No debo casarme con él. Yo tengo obligaciones que...

—Déjate de tonterías, Demelza.

—Soy todo lo que detesta Aiden y... y... sus hombres, ¿no te das cuenta?

—Eres una excelente mujer..., piénsalo así.

—Brenda, respeto que tú escondas ciertas cosas de tu vida a Alastair, pero yo no debo. Soy quien soy y vengo de donde vengo. No puedo ignorarlo. No puedo mentir el resto de mi vida diciendo que soy de las Orcadas y, bueno..., además está Harald. Él está aquí por mí. Y luego está lo de Viggo. Odiaría que ese mal hombre le hiciera daño a Aiden. Si algo le ocurriera por mi culpa, yo...

—Demelza. Tú me has enseñado a vivir el presente sin miedo alguno, ¿por qué no lo vives tú también?

—No temo por mí, sino por las personas que me rodean, ¿no lo entiendes?

—Y, al ver el gesto de aquélla, insistió—: Aiden tiene razón. Lo que hagamos en el presente puede traer consecuencias en el futuro y yo... yo...

—¿Acabas de decir que Aiden tiene razón?

Al percatarse de sus palabras, Demelza asintió sorprendida.

Por primera vez dejaba de ver aquello que su hermano siempre había defendido del presente para entenderlo como Aiden le había explicado, y murmuró tocándose la cabeza:

—Oh, Dios..., estoy mal... Esto no puede estar pasando.

Brenda sonrió divertida.

—No estás mal. ¡Estás enamorada y muriendo irremediabilmente de amor!

Horrorizada, la joven pelirroja se retiró el pelo del rostro. Y de pronto fue consciente de que todas las cosas que su hermana le decía que sentía en lo referente a Harald le ocurrían a ella cuando pensaba en Aiden.

—¿Tan profundos son tus sentimientos hacia él? —oyó entonces que le preguntaba Brenda.

Demelza asintió, consciente por primera vez de quién era su máxima debilidad. La realidad la había desbordado. Estaba intentando pasar de puntillas por aquel trance, pero Aiden, con su persistencia, su cariño y su entrega, no se lo estaba poniendo fácil.

—Pues entonces —suspiró su amiga— has de valorar si prefieres quedarte anclada en un pasado que nada bueno puede traerte o vivir junto a él tu presente y tu futuro. A ver, Demelza, me has dicho muchas veces eso de que lo que tenga que ser será. Y, en cuanto a Harald, deberías hablar con él y sincerarte. Si él ha conocido el amor, sabrá cómo te sientes, y dudo que quiera separarte de Aiden.

—Pero...

—Y, antes de que digas nada más, déjame añadir que no conocí a tu padre ni a tus hermanos, pero estoy segura de que ellos querrían que fueras feliz y te sintieras querida y protegida. Aiden te ofrece todo eso: felicidad, un hogar, protección. ¿Por qué no bajas la guardia y piensas por una vez en tu vida?

Demelza suspiró mirando a su amiga. Aquella muchacha parecía otra distinta de la que había conocido, y susurró:

—¡Increíble!

—¿Increíble, qué?

Y, sonriendo, porque lo necesitaba y le apetecía, musitó:

—Increíble que aún no me hayas hablado de tu pelo.

Dicho esto, las dos siguieron riendo bajo la manta, mientras, no muy lejos de allí, los highlanders las observaban.

—Miedo me dan esas risas —musitó Alastair.

—Y a mí —convino Aiden, evitando comentar lo que había hablado con Demelza.

Alastair, todavía en una nube por las decisiones que había tomado en las últimas horas, dijo entonces mirándose el anillo que llevaba en el dedo:

—Ahora sólo queda bregar con los padres de Brenda y el que fue su prometido, que no creo que se tomen muy bien nuestra boda.

Aiden lo miró. El gesto preocupado de su amigo lo hizo sonreír, y dijo para tranquilizarlo:

—Hablares con ellos y lo entenderán. Tranquilo.

Una nueva risotada de las muchachas llamó de nuevo su atención. Estaban observándolas cuando aquéllas se sentaron y destaparon sus cabezas. Pero, al ver que ellos las miraban, volvieron a reír a carcajadas y a taparse de nuevo.

—Mejor no preguntemos de qué hablan... —declaró Aiden sin dejar de sonreír como un tonto.

—Mejor —asintió Alastair, feliz como nunca en su vida.

## CAPÍTULO 35

La llegada a Inverness fue más rápida de lo que en un principio Brenda deseaba.

Durante el camino, la joven parlanchina se fue apagando y una rara intranquilidad se apoderó de ella, cuando Demelza, acercándosele montada en su yegua al caballo en el que aquélla iba, cuchicheó:

—Deberías hablar con Alastair ¡ya!

Brenda la miró y, gesticulando, musitó:

—¿Y qué le digo?

—Dile la verdad —suspiró la pelirroja.

—No me atrevo —murmuró ella con gesto preocupado.

Demelza meneó la cabeza. Se avecinaba tormenta.

—Pero... ¿acaso crees que no lo va a descubrir? —insistió.

Brenda maldijo, y más aún al ver a Hilda gesticular. La martirizaba pensar en el enfado de Alastair, y, espoleando a su caballo, se alejó de Demelza en el momento en que ésta murmuraba:

—Menuda cabezota estás tú hecha también.

Aiden, que observaba a Demelza como siempre, al ver su raro comportamiento, se acercó a ella con el caballo.

—¿Qué ocurre?

—Nada —musitó la joven acariciando a *Unne*.

—Demelza...

—Que no ocurre nada..., ¡nada!

Aquel «nada», acompañado de aquella sonrisa, hizo entender a Aiden que algo no estaba bien, e indicó:

—Demelza..., te lo estoy preguntando con tranquilidad. Odio las sorpresas, y más si no son agradables.

La joven se agobió. Sin lugar a dudas, lo que se avecinaba no iba a ser nada agradable, y, azuzando a *Unne*, dijo mientras se alejaba:

—Luego hablamos. Hilda me llama.

Aiden maldijo al verla marcharse y, en voz baja, murmuró:

—Maldita sea, pelirroja. ¡¿Qué ocurre ahora?!

Al ver a su mujer incómoda, Alastair acercó su caballo al de ella y, asiéndola como si fuera una pluma, la levantó de su montura y la sentó delante de él. Brenda lo miró con gesto acobardado, y entonces él susurró dándole un beso en la frente:

—Tranquila, cielo. Yo hablaré con ellos.

A la joven le dolió ver su mirada, su sonrisa, y sentir su protección.

¿Cómo podía haber llegado a esa situación?

¿Cómo podía haber omitido algo tan importante?

Y, por ello, con un hilo de voz, preguntó:

—¿Tú me quieres?

Él sonrió al oír eso. Adoraba a aquella mujer como nunca había adorado a nadie, y con seguridad afirmó:

—Más que a mi vida.

Brenda sonrió emocionada y, sin quitarle el ojo de encima, indicó:

—Nunca olvides que mi amor eres tú. Sólo tú.

Complacido, Alastair le dio un dulce beso en los labios. Adoraba a su mujer. Quizá no fuera lo que él algún día había imaginado, pero era la dueña de su corazón y nada podría remediarlo.

En silencio, y sumidos en sus pensamientos, siguieron trotando junto al grupo, cuando a lo lejos apareció el hogar de Brenda. La fortaleza McAllan.

Todos se pararon a observarla, y Demelza, a lomos de su yegua, susurró:

—Es enorme.

Aiden, que se había detenido junto a ella, silbó al oírla.

—¿Ése es tu hogar, Brenda? —preguntó Hilda boquiabierta.

La joven asintió mirando aquel lugar que había sido su cárcel.

—Sí.

Sorprendentemente, aquella fortaleza amurallada y sus tierras eran mucho más extensas de lo que ninguno había imaginado, y, al sentir la mirada pasmada de Alastair, la joven lo tranquilizó con un gesto. Aquella fortaleza amurallada era para poner nervioso a cualquiera.

Después de que Brenda les hubo indicado dónde podían acomodar a las ovejas y a los caballos para que descansaran, Aiden ordenó a sus hombres que se quedaran en el campamento. A continuación, él, junto a Alastair y su mujer, y Hilda con Demelza, que llevaba al cachorro de lobo metido en una especie de bolsa a su espalda, prosiguió el camino.

Una vez la comitiva se fue acercando al portón de entrada, la enorme puerta de la casa se abrió y por ella salieron varias personas. Brenda, al ver a su padre, tragó saliva. Su gesto era serio, ceñudo, tan ceñudo como el de su madre, y musitó:

—Son mis padres y mis hermanos.

Alastair asintió. A pesar de lo nervioso que estaba por dentro, por fuera no se le notaba nada, y, agarrando con fuerza a su mujer, susurró:

—Todo irá bien.

—Eso espero... —repuso ella.

Aiden, al ver a aquel hombre al que había conocido días antes observándolos desde la puerta de su casa, acercó su caballo al de su amigo y le indicó:

—Déjame que lo salude yo primero.

Alastair asintió y, una vez llegaron frente a ellos y detuvieron sus caballos, nadie se movió, hasta que Aiden dijo:

—Buenas tardes, Callum McAllan..., ¿me recuerdas?

El hombre asintió.

—Bienvenido a mi hogar, Aiden McAllister.

Pero el hombre sólo tenía ojos para su hija. Su preciada hija. Y, sin poder evitarlo, con la emoción en la garganta, preguntó:

—Adnerb, tesoro mío, ¿estás bien?

—¡Callum! —protestó la mujer que estaba tras él.

Oír aquel nombre de boca de su padre emocionó a la joven, a pesar del gesto ceñudo de su madre.

Alastair, que la sujetaba, preguntó entonces sorprendido:

—¿Adnerb?!

La aludida miró a Demelza, que suspiró, y, volviéndose hacia su marido, musitó:

—Me llamo así.

—¿Qué?! —murmuró él, cuando la muchacha se deshizo de sus manos con diligencia, se bajó del caballo y corrió hacia su progenitor.

—Padre... Lo siento, perdóname... perdóname, pero no podía casarme con Brochan... Por favor, padre..., entiéndelo..., por favor.

Sin moverse, todos observaron cómo la joven abrazaba a su padre, que la besaba en el rostro mientras la mimaba y la acunaba con verdadero amor, momento en el que Alastair preguntó mirando a Demelza:

—¿Sabías que se llamaba Adnerb?

Ella lo miró con apuro, y Aiden, que ya la iba conociendo, afirmó al ver también mirar a Hilda hacia otro lado:

—Sin duda lo sabían. Ambas lo sabían.

Alastair frunció el ceño molesto. ¿Por qué Brenda no se lo había contado?

Tan sorprendido como su amigo, Aiden iba a añadir algo cuando se percató de que Demelza y el hermano de Brenda que había conocido en la taberna intercambiaban una mirada cómplice.

—Pelirroja... —murmuró—, por si no lo recuerdas, odio las sorpresas.

Demelza suspiró, sin duda aún le quedaban muchas por descubrir.

Brenda abrazó entonces a sus hermanos, que la recibieron con verdadero cariño. Estaban felices, dichosos, y sonreían de felicidad.

Desde donde se encontraba, Demelza se fijó en la frialdad de su madre y le recordó de inmediato a Urd. Durante los besos y los abrazos de su familia, aquélla no se movió y, cuando lo hizo fue para acercarse a Brenda y soltarle un bofetón sin mediar palabra.

—Toda la vida cuidando de ti... ¡Desagradecida! —escupió.

—Madre...

—Qué genio tiene esa mujer —murmuró Hilda.

—Demasiado —gruñó Demelza conteniéndose.

—Toda la vida enseñándote a ser una señorita, cuidando tu piel, tus modales, tu virtud y... y... mira cómo vienes. Pareces un sucio y apestoso guerrero. Y tu pelo..., ¡oh, Dios mío, ¿qué le has hecho a tu bonito cabello?!

Al ver aquello, Alastair se bajó rápidamente del caballo. No iba a permitir que nadie le hablara de ese modo a su mujer, y Aiden lo siguió.

Pero entonces Brenda, sin saber por qué y sin derramar una sola lágrima, se sacó la daga que llevaba oculta en la cintura.

—¡Adnerb! —gritó su padre al verla.

La joven los miró a todos sorprendida por su propio arranque y, tras pedirle a Alastair tranquilidad con la mirada, clavó sus ojos en su madre y comenzó a decir:

—Madre, nunca he sido tu orgullo, ni lo seré. Pero si algo he aprendido en este tiempo que he estado fuera de aquí es a conocerme, a valorarme y a respetarme, algo que...

—Por todos los santos —gruñó aquélla sin escucharla mientras miraba horrorizada la daga—. ¿Qué piensas hacer?

—Madre...

—No sólo regresas sucia, mal vestida y fea, sino que también portas un arma en tus manos. ¡Oh, Dios..., qué uñas y qué manos! ¡Suelta eso inmediatamente!

Nada más oír aquello de «fea», Demelza se alarmó. Malo, malo... Cuando Brenda murmuró:

—Madre, no te soporto.

Y, guardándose con chulería la daga en el cinto, tomó la mano de Alastair, que cada vez entendía menos, y declaró:

—Padre, madre, hermanos..., os presento a Alastair Matheson. Mi marido.

Según dijo eso, la madre se llevó la mano a la cabeza y gritó:

—¡Nooooooooo!

—Síiii —afirmó Brenda.

—Nooooo.

—Que síii.



La mujer se tambaleó y, en un hilo de voz, musitó con dramatismo:

—Pero... pero estás prometida...

—Ya no —respondió ella.

—Pero tu prometido es Brochan.

—Ahora soy la esposa de Alastair Matheson —afirmó Brenda.

La mujer se dio aire con la mano. Y, antes de que cayera al suelo, con una calma que los dejó sorprendidos a todos, su marido Callum pidió:

—Cameron, Angus..., hijos, sujetad a vuestra madre, que se va a desmayar.

Ellos se apresuraron a cogerla y, al segundo, la mujer se desplomó.

—¡Bendito sea Dios! —se asustó Hilda bajándose rauda de su caballo para ayudar.

Con resignación, los muchachos, junto a una preocupada Hilda, la llevaron al interior de la casa, mientras Aiden, Alastair y Demelza no entendían nada, cuando Brenda dijo mirándolos:

—Es lo de siempre. Disgusto, desmayo, y ahora vendrán los reproches, los lloros y el sarpullido.

Sin poder evitarlo, todos sonrieron, y Demelza murmuró bajándose de su yegua:

—Era cierto lo que decías cuando hablabas de ella.

—Ya ves que sí. Madre es muy peculiar.

Alastair, mientras veía que el padre de la muchacha saludaba a Aiden con afabilidad, preguntó dirigiéndose a su mujer:

—¿Por qué me has ocultado que te llamas Adnerb?

La joven tragó con dificultad y a continuación musitó en un tono de voz tranquilo:

—Adnerb es Brenda al revés.

Alastair parpadeó, no entendía nada, cuando Callum, el padre de la joven, retirando a su hija hacia un lado, miró al highlander y preguntó:

—¿De verdad te has casado con mi hija?

—Sí, señor —respondió él alto y claro.

—¡¿Tú?! —exclamó él.

—Sí, ¡yo! —aseguró.



Acalorada y acorralada, la joven musitó con un gracioso gesto:

—Cosas tuyas...

Aiden, que estaba tan extrañado como su amigo, al encontrarse con la mirada de Alastair se encogió de hombros. Entendía tan poco como él.

De pronto, Demelza se volvió hacia la derecha y se quedó sin habla.

A pocos pasos de ellos, su cuñado Harald se acercaba llevando de las bridas a un corcel. Iba limpio, aseado y tenía buen aspecto.

¿Cuándo había llegado?

El vikingo, con tiento y tranquilidad, miró a Demelza mientras se acercaba al grupo. Sus claros ojos azules le pidieron prudencia, y ella, sin pestañear, lo entendió y miró hacia otro lado.

Como le había dicho Brenda, una vez Harald llegó a Inverness y Callum McAllan supo de dónde venía, lo ayudó sin problemas. Eso sí, en ningún momento le habló de ellas. Nadie debía saber que se conocían.

Cuando el vikingo llegó hasta aquéllos, Brenda miró a Demelza con disimulo porque ella también lo había reconocido, y, al ver su caballo, exclamó feliz:

— ¡*Ross!*

Todos miraron al animal; aquel caballo oscuro con la mancha blanca en el cuarto trasero era el mismo que le habían robado.

—Este hombre, Harald, lo encontró —informó Callum—. Lo cuidó y Ross lo guio hasta casa. Y lo mejor de todo es que es un herrero excelente.

Aiden asintió al oírlo, pero, al ver que Demelza bajaba la vista al suelo, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Rápidamente, la joven levantó la cabeza y él, al observar que el color de sus ojos era azul zafiro, supo que estaba sorprendida y desconcertada.

Entonces, ella, intentando disimular cómo se sentía, respondió parpadeando en busca de que le saliera alguna lágrima:

—Nada... Es sólo que me he emocionado al ver a *Ross*.

Sin entender a qué se debía su bajo estado de ánimo, Aiden la observaba cuando Callum preguntó acercándose a ella:

—¿Qué llevas en la espalda, muchacha?

Demelza se volvió, y él, al ver al animal dormido, murmuró con una sonrisa:

—Santo Dios... Dicen que los lobos son peligrosos.

—No más que las personas —replicó ella con seguridad.

Su comentario le hizo gracia a Callum, que comentó:

—Tú eres la joven de los ojos bonitos. Te recuerdo de la taberna. ¿Cuál era tu nombre?

—Demelza.

El hombre asintió y, al recordar como ella y Aiden se habían besado y éste la protegía de la mirada de Brochan, preguntó dirigiéndose al highlander:

—¿Esta preciosidad es tu mujer?

Esa pregunta lo pilló tan de sorpresa que Aiden no supo qué responder.

Estaba confundido con todo lo que estaba oyendo. Y Demelza, al ver su gesto, tomó la delantera e indicó:

—Oh, no, señor. No somos nada de eso. Simplemente él me liberó junto a su hija y los acompañó en el camino. En breve nuestros destinos se separarán, pues yo continúo camino a las Orcadas.

Aiden arrugó el entrecejo al oírla. Pero ¿qué estaba diciendo?

Callum parpadeó.

—No me lo puedo creer —murmuró boquiabierto.

—Padre..., habla como la abuela —musitó entonces Gordon con una sonrisa.

Según dijo eso, Demelza fue consciente de su error: había hablado demasiado. Y Brenda, percatándose de lo que iba a ocurrir, y dispuesta a impedirlo, se acercó a su padre y dijo asiéndolo del brazo:

—Creo... creo que es mejor que entremos.

—Pero ella... —protestó el hombre.

—Tenemos sed —insistió su hija.

De nuevo, Aiden se puso en alerta. ¿Qué quería decir Callum que su hija no le permitía?

Estaba pensando en ello cuando uno de los hermanos de Brenda se colocó junto a Demelza y, con galantería, saludó:

—Soy Cameron, hermano de Adnerb, y me alegra que una mujer tan

bonita como tú visite nuestro hogar.

Ella, apurada, tras cruzar una mirada con Harald, sonrió, cuando otro de los jóvenes caminó hacia ella y, tomando su mano, se la besó e indicó:

—Un placer conocerte, Demelza. Soy Angus.

Después, se acercaron los otros dos hermanos de Brenda.

Todos estaban contentos de tenerla allí, y Aiden, al verla rodeada por aquellos cuatro, se sintió incómodo. No le hacía gracia que mirasen y cortejasen a la que quería que fuera su mujer.

Entonces, Callum, deshaciéndose de la mano de su hija, se acercó a Demelza con una sonrisa que le tocó el corazón y dijo:

—Primero Harald y ahora tú...

Acalorada, Brenda se dio aire con la mano.

—Padre, creo que...

—Adnerb, ¿tú lo sabías? ¿Sabías lo de Demelza?

Todos la miraron.

La muchacha se puso roja como un tomate, y, sintiéndose entre la espada y la pared, afirmó sin poder remediarlo:

—Sí, padre. Claro que lo sabía.

—Oh..., oh... —murmuró la pelirroja, dándole a entender por gestos a Harald lo que estaba a punto de ocurrir.

Aiden y Alastair se miraron.

Pero ¿qué pasaba allí, que ellos no se enteraban de nada?

¿Y a qué se debía ese «Oh..., oh...» de Demelza?

E, incapaz de callar un segundo más, Aiden asió a la joven del brazo para acercarla a él y retirarla de los jóvenes, e iba a preguntar cuando un emocionado Callum musitó dirigiéndose a él:

—Muchacho, si antes te respetaba, ahora te respeto más aún. Y a ti también, Alastair. Que quieras a mi hija y la protejas me llena de orgullo y de tranquilidad. No todos los escoceses aceptan, aman y cuidan a los vikingos con tanta complacencia.

Según dijo eso, Aiden y Alastair se miraron. ¿Vikingos?

—Padre... —intervino Brenda asustada—, entremos en...

Alastair asió entonces a su mujer de la mano y, tirando de ella, la miró a

los ojos y señaló:

— *Mi vida...*, estamos hablando. No interrumpas.

De pronto, Aiden miró a Demelza.

Sin saber por qué, en su mente todo comenzó a encajar, y, cuando iba a preguntar, Callum miró a la joven de pelo rojo y le preguntó en noruego:

—¿De dónde eres?

El corazón de Demelza se aceleró y miró a Harald, que observaba en silencio. Después miró a Aiden. Su gesto de enfado y de malestar lo decía todo. Pensó en mentir, en ocultar su procedencia. Pero no podía, algo en ella le impedía seguir haciéndolo. Y, suspirando, respondió en el mismo idioma que aquél:

—Señor, soy de Ski, un lugar cercano a Oslo.

Al oírla, Aiden exclamó alterado al no entender nada:

—¿¡En qué idioma hablas?!

Callum lo oyó, pero, incapaz de dejar de parlotear, indicó en gaélico:

—Mi madre era de Bergen, ¿lo conoces?

Sentir la mirada incómoda de Aiden la estaba matando. Aquella revelación lo estaba cambiando todo.

—Sí, señor —asintió—. Conozco Bergen.

Aiden no lo podía creer.

¿Demelza era vikinga? ¿Pagana?

Estaba pensando en ello cuando Alastair, comprendiéndolo todo como su amigo, preguntó a su suegro con gesto fiero:

—¿Vuestra madre era de Bergen?

—Sí.

—¿Era vikinga? —insistió Alastair.

Callum asintió y, al oír el rugido furioso de aquél, musitó mientras levantaba las manos al cielo y miraba a su hija:

—Adnerb... —y, leyendo el susto en su mirada, preguntó sin dar crédito—: Por Odín, ¿qué has hecho, hija?

El silencio se apoderó del lugar.

Ninguno sabía qué decir, cuando los hermanos de aquélla, viendo el panorama, intercambiaron una mirada y Gordon se apresuró a decir:

—Creo que es mejor que entremos en casa por si madre nos necesita...  
Pero nadie se movió.

La incomodidad era aplastante, cuando Alastair, acercándose a su mujer, farfulló:

—¿Tienes sangre vikinga?

Apurada y colorada como un tomate, Brenda se tocó su revuelto cabello y afirmó:

—Sí.

El bramido de frustración que soltó el highlander debió de oírse en toda Escocia, y más cuando, mirándola, voceó colérico:

—¡¿Y cuándo pensabas decírmelo..., *Adnerb*?!

La joven se encogió y él insistió mirando también a Demelza:

—¿Cuándo ibais a confesar que sois vikingas?

Brenda no contestó, no le salían las palabras, cuando la pelirroja, para echarle una mano sin importarle sus propias consecuencias, mintió mirando a aquellos dos escoceses ceñudos:

—Si ella no os contó la verdad fue porque yo le dije que no lo hiciera.

—¡¿Que tú se lo dijiste?! —exclamó Alastair.

Brenda, al oír eso, no lo pudo consentir y, plantándose ante su marido, declaró:

—Eso no es cierto.

—Cállate, Brenda —farfulló Demelza sintiendo la mirada oscura de Aiden.

—No, no me voy a callar —gritó aquélla y, mirando a Alastair, añadió—: Si no te conté la verdad fue porque yo decidí callármela. Cuando Demelza se enteró de que me iba a casar contigo, me rogó que fuera sincera. Pero...

pero... ¿cómo serlo? Sé cuánto odias a los vikingos por lo que te ocurrió, pero te quiero, Alastair, y tú me quieres y...

—Y, sabiendo que lo que más odio en el mundo es a un vikingo, tú vas y te casas conmigo. ¡Perfecto, querida Brenda! O, mejor, a partir de ahora te llamaré... *Adnerb*.

La incomodidad era extrema. Callum no comprendía nada. Los hermanos de la joven tampoco. Harald, que apenas entendía el idioma, estaba

desubicado. El problema era gordo, cuando Aiden, mirándolos, pidió:

—Callum, ¿podrías dejarnos a solas unos minutos?

El hombre dudó. Su gesto ya no era tan amable como un rato antes, cuando Alastair, intentando respetar aquellas canas, insistió:

—Señor, si no os importa, me gustaría hablar con mi mujer sin que haya nadie de vuestra familia delante.

Callum suspiró. El escocés tenía derecho a pedirle aquello; era el marido de su hija. Por ello, y con pesar, tras hacer una seña con la cabeza a sus hijos, los cinco se alejaron.

Lo hicieron todos excepto Harald. Él no entendía el idioma, pero algo le hacía comprender la situación. Demelza lo necesitaba y él estaba allí para ayudarla.

Ofuscado, al ver que aquel tipo rubio y grande los observaba con los brazos cruzados, Aiden se dirigió a él de malos modos:

—¿Y tú qué? ¿Acaso no me has oído?

Harald no se movió. Asentó bien los pies en el suelo. No pensaba dejar a Demelza a solas con aquél. Y, cuando Aiden se acercó a él con agresividad, la joven pelirroja se apresuró a interponerse en su camino y soltó mirando al escocés:

—No te entiende.

Aiden maldijo y, recordando lo que el padre de Brenda había dicho segundos antes, lo miró con mal gesto. Otro maldito vikingo.

—Ni se te ocurra tocarlo —siseó entonces Demelza.

Aquella advertencia, dicha por ella, lo encolerizó más y, mirándola, bramó:

—¿Acaso vas a decirme qué he de hacer?

Tan furiosa como él, viendo que quería pagarlo con aquél, ella musitó:

—Si tocas a Harald por ser vikingo, te aseguro que, como vikinga, no me quedaré quieta.

Aiden levantó una ceja.

Siempre había oído que las mujeres vikingas eran tan fieras como ellos.

Ahora entendía aquella manera de ser de Demelza.

—¿Me atacarías a mí para defenderlo a él? —preguntó desconcertado.



Esa maldita pregunta le rompió el corazón a la joven.

Adoraba a Aiden. Él era el hombre que la había hecho sonreír y disfrutar de la vida como nunca, pero Harald era su familia, lo único que tenía. Y, sin dudarlo, afirmó:

—Sí.

Enojado por oír eso, que no entendía, Aiden miró a su amigo, cuando Brenda, incapaz de callar, declaró:

—Aiden, Harald es su cuñado.

—¿Cómo?! —bramó el escocés.

—¡No, Brenda! —terció la pelirroja.

Pero aquélla, desoyendo a su amiga, prosiguió:

—Harald fue quien avisó a Demelza el día del ataque. —Y, retorciéndose las manos, añadió—: Gracias a él y a su vigilancia, pudimos con esos hombres que nos atacaron y...

—¿Este vikingo nos vigilaba? —preguntó Aiden enfurecido.

—Sí.

—¡No me lo puedo creer! —farfulló Alastair boquiabierto.

—Pues créetelo.

—¡Brenda! —gruñó Demelza, y, mirándola, inquirió—: ¿Por qué no te callas de una vez?

Desesperada, y viendo el desastre que se le venía encima, la joven meneó la cabeza y murmuró en noruego:

—Porque creo que ya hemos mentido demasiado y, nos guste o no, ha llegado el momento de decir la verdad. Y... y para que entienda que Harald es alguien de tu familia.

—¡Maldita sea! —gruñó Alastair al oírla.

Y, antes de que pudiera decirlo él, Aiden, molesto por no enterarse de lo que aquéllas hablaban, bramó:

—¡Hablad en gaélico!

Demelza maldijo. Todo aquello no podría haber salido peor. Y, volviéndose hacia un descolocado Harald, dijo mientras se descolgaba la bolsa donde tenía al lobo:

—Llévatelo. Luego te buscaré.

Con gesto protector, el vikingo asió la bolsa y, tras mirar a Aiden, que lo observaba con seriedad, finalmente murmuró dirigiéndose a la muchacha:

—Si ese escocés te toca para hacerte daño..., lo mato.

Demelza asintió.

—Tranquilo. Antes lo mato yo.

—¡Demelza, pero ¿qué dices?! —la regañó Brenda.

A punto de estallar de indignación al ver que aquéllos hablaban un idioma que no entendía, Aiden bramó:

—¡He dicho que habléis en gaélico!

La vikinga, sin hacer caso a nadie, sin miedo, miró al hombre que sabía que daría la vida por ella e insistió en noruego:

—Márchate y llévate a *Nidhogg*. Luego hablamos.

—¿Segura?

—Sí, Harald. Segura.

Dicho esto, el vikingo clavó sus impactantes ojos claros en los oscuros de aquel highlander que los observaba con cara de enfado. Ambos eran hombres de palabra, hombres de honor. Y, finalmente, el vikingo, tras haberse hecho entender con la mirada, se dio media vuelta y se marchó.

—Exijo saber de qué has hablado con él —dijo entonces Aiden enfadado.

Consciente de que sólo Brenda los había entendido, Demelza indicó sin medir las consecuencias:

—No he hablado de nada que te incumba.

Su respuesta irritó a Aiden más aún.

Pero ¿es que aquella mujer no sabía dónde estaba el límite? Y, molesto, preguntó:

—¿Alguna vez has dicho alguna verdad?

Demelza lo miró.

Como bien había imaginado, en el momento en que se enterara de su procedencia todo cambiaría. Y lo primero que había cambiado había sido su mirada. Ya no la miraba del mismo modo. Por ello, afirmó consciente de que todo estaba perdido:

—Por supuesto que sí. Aunque nunca sabrás cuándo.

Alastair los escuchaba sin dar crédito, e, incapaz de callar, musitó:

—Tu osadía te va a traer muchos problemas, Demelza.

—Ya los tengo —replicó ella sin moverse.

Una vez estuvieron los cuatro a solas, ninguno habló, sólo se miraban, cuando Brenda, sollozando, murmuró mirando a su marido:

—Lo siento, mi vida..., lo...

—¿Adnerb?

—Sí...

—¿Vikinga?

—Pero...

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido engañarme así? —insistió él molesto.

La joven suspiró. Se sentía fatal.

—Lo... lo siento —murmuró—, pero tenía miedo de...

—¿Miedo? —gritó él, y, asiéndola del brazo, indicó—: Tú y yo vamos a hablar de lo que es el miedo, querida Adnerb.

Demelza, al ver cómo se la llevaba, se disponía a ir tras ellos cuando Aiden se interpuso en su camino.

—Por tu bien, déjalos. Son marido y mujer y tienen que hablar.

La joven no se movió. Le gustara o no, él tenía razón, y, al ver cómo la miraba, musitó:

—Te dije que saber de mí no te iba a gustar.

El highlander asintió al recordarlo, y, cuando ella se le acercó para intentar explicarse, sin saber por qué, él dio un paso atrás.

—¿Qué... qué haces? —preguntó Demelza dolida.

Disgustado y molesto, Aiden siseó con la voz ronca:

—Lo mismo que llevas haciendo tú desde que te conocí.

Demelza suspiró y, necesitada de su cercanía más de lo que ella quería, murmuró mirándolo:

—Aiden...

—Vikinga, ladrona y mentirosa... ¿Qué más?

Oír eso le dolía, aun sabiendo cómo debía de sentirse aquél. Lo que había

descubierto había sido una gran decepción para él. Y, al ver su frialdad, guardando sus sentimientos, sacó aquel lado crudo e impersonal que tan bien dominaba e indicó señalando a sus amigos, que discutían a escasos pasos de allí:

—Míralo por el lado bueno. Al menos, no te has casado conmigo.

A Aiden oír eso le supo de nuevo a provocación y, tensando las venas del cuello, siseó:

—Sin duda eres bárbara por tu molesta osadía. Y doy gracias al cielo de haberme enterado antes de haber cometido ese irreparable error.

Dicho esto, y necesitado de espacio para aclarar sus ideas, se encaminó hacia su caballo. Deseaba perderla de vista.

Demelza lo seguía apenada con la mirada cuando Alastair pasó furioso por delante de ella y Brenda gritó sujetándolo:

—Alastair...

Enfadado, él se deshizo de malas maneras de su mano y, con la furia en la mirada, le espetó:

—Aléjate de mí, Adnerb.

—Pero, Alastair, sigo... sigo siendo Brenda y...

—Adnerb. Tu nombre es Adnerb —matizó él.

Esa manera tan tajante de decirlo hizo que la joven se parase, pero, necesitada de ser escuchada, insistió:

—De acuerdo, me llamo Adnerb y... y mi padre está preparando una fiesta por...

—¿Tú crees que estoy yo para fiestas? —bramó Alastair.

Brenda suspiró. Se sentía fatal, pero insistió:

—Te he dicho que lo siento, que lo hice mal. ¿Qué más quieres que haga?

Alastair se dio media vuelta e, incapaz de callar, soltó:

—No quiero que hagas nada. Ya has hecho bastante. Pero ahora, querida Adnerb, permíteme que yo decida lo que quiero hacer o no.

Y, ofuscado, se volvió de nuevo y continuó su camino.

Hecha un mar de lágrimas, Brenda no se movió ni insistió. Las cosas que aquél le había dicho habían sido duras, hirientes. Sin duda se las merecía, pero su dureza le había roto el corazón.

Demelza tampoco se movió. Quizá lo mejor era que se marcharan.

Cuando los dos highlanders se subieron a sus corceles y se alejaron sin mirarlas, notó que Brenda le daba la mano y, mirándola, oyó que decía: —*Dum...! Dum...! Dum!*

Oírla llamar «tonto» a Alastair en noruego, sin saber por qué, hizo sonreír a Demelza, que murmuró en el mismo idioma:

— *Bleklager.*

Ambas se miraron.

Demelza había dicho «lo siento», y Brenda farfulló:

—Me odia. Me odia y no va a querer volver a saber nada de mí.

—Eso lo dice porque está enfadado, pero se le pasará. Alastair te quiere, te quiere tanto como tú lo quieres a él, y cuando recapacite...

—Llevo sangre vikinga, Demelza...

La aludida asintió, pero, consciente de la verdad, repuso:

—Eres una buena persona, Brenda...

—Adnerb. Te ruego que a partir de este instante me llames por mi nombre —corrigió aquélla. Ya no había nada que ocultar.

Demelza asintió, entendiéndola a la perfección, y prosiguió:

—Alastair sabe que eres buena, y, aunque está enfadado, espero que su corazón lo haga recapacitar. Ya lo verás.

Adnerb se secó las lágrimas de los ojos y musitó mirándola:

—Siento haber desvelado lo de Harald, pero...

—No te preocupes. Has hecho bien. Harald es mi familia y a la familia hay que cuidarla y protegerla. Además, a esos escoceses engreídos les ha venido muy bien saber que si sus caballos y sus ovejas no corrieron peligro fue gracias a Harald.

Ambas se miraron. Sus corazones estaban rotos. Y, cuando Demelza creyó que Adnerb iba a comenzar a llorar, Hilda salió por la puerta y preguntó al ver a los escoceses, que se alejaban:

—Pero ¿qué ha ocurrido?

Demelza tomó aire y le contó lo acontecido a la mujer, que las miraba asustada, cuando Adnerb suspiró:

—Amo a Alastair y mi corazón llora por él, pero mi cabello y yo

necesitamos un baño con urgencia.

Oír eso a Demelza la hizo sonreír y, sin querer pensar en nada más, afirmó:

—Nosotras también necesitamos ese baño.

## CAPÍTULO 36

En el campamento, la situación era tensa.

El regreso de Alastair y de Aiden sin las mujeres extrañó a los hombres, que observaban cómo aquéllos gesticulaban enfadados y no entendían nada.

—No puede ser. ¡No me lo puedo creer! —gruñía Alastair.

Aiden, que tampoco daba crédito a lo acontecido, afirmó con frialdad:

—Pues siento decirte que lo es.

—¿Cómo puedo estar casado con una vikinga? —bramó su amigo.

Aquello atrajo las miradas de varios de los hombres, cuando Alastair insistió fuera de sí:

—No... no entiendo cómo no me he dado cuenta. ¡Cómo no nos hemos dado cuenta!

Aiden resopló. Aquél tenía razón.

Aunque desde el principio intuía que Demelza ocultaba algo, nunca habría imaginado que pudiera tratarse de nada parecido.

—Alastair —murmuró—, en cuanto a Brenda...

—¡Brenda! Pero si se llama Adnerb... ¡Adnerb!

—Adnerb, Brenda..., ambas son la misma persona.

—Me ha engañado. Ella sabía de mi aversión por esos bárbaros y, aun así, se ha casado conmigo. Estoy casado con una vikinga cuyo nombre es Adnerb. ¿Cómo crees que me siento?

—Imagino que mal —afirmó intentando mantener la calma a pesar de lo defraudado que se sentía él también.

No era fácil.

No era plato de buen gusto saber que aquellas dos no sólo habían jugado con ellos, sino que encima les habían mentido en algo tan importante. Los vikingos y los escoceses no se llevaban. No se soportaban. Ellos mismos habían luchado en más de una ocasión contra aquellos paganos.

Sin embargo, intentando mantener la calma, Aiden murmuró:

—Alastair, has de hablar con...

—¡No quiero hablar con ella! Ni siquiera deseo volver a verla.

—Alastair...

—Se casó conmigo engañándome, ¿acaso nuestro enlace es verdadero?

¿O, por el contrario, podré anularlo?

Aiden no supo qué responder. Quizá aquello anulara el enlace.

No obstante, él tenía sus propios quebraderos de cabeza. Demelza, la mujer que había conseguido hacerle pensar en el amor y hablar como un tonto, ¡era vikinga, una maldita vikinga! Y, pensando en ella, insistió:

—Aun así..., has de hablar con tu mujer. ¿O acaso quieres regresar a casa sin ella?

Alastair no contestó, no podía, y Aiden insistió:

—Da igual que se llame Brenda o Adnerb. Valora lo que sientes por ella y...

—No sé, Aiden... No sé ni qué pensar.

Los hombres, que los escuchaban sin poder remediarlo, comenzaron a arremolinarse. Entre ellos cuchicheaban sin entender nada, hasta que de pronto Alastair gritó de nuevo enfadado:

—Pero ¿cómo hemos podido estar viajando con esas paganas y no habernos dado cuenta? ¡¿Cómo?!

Según su amigo soltó aquello, Aiden miró a sus hombres, que los rodeaban. Maldijo al distinguir sus gestos desconcertados, cuando Gareth preguntó:

—Mi señor, ¿es cierto?

Y, cuando se disponía a responder, Ivo insistió levantando la voz:

—¿Esas mujeres son vikingas?

Alastair resopló al oír eso, y Aiden, adelantándose, se plantó ante sus



hombres y declaró:

—Os merecéis una explicación que aún no soy capaz de daros. Pero, sí, al parecer, son vikingas.

De pronto, se oyó un murmullo generalizado. Los vikingos no eran bien recibidos entre ellos por distintos motivos.

—Aun así —añadió Aiden—, han estado con nosotros y me gustaría que...

Ivo escupió al suelo con rabia y, mirándolo, siseó:

—Muerte a los vikingos. No importa si es hombre o mujer.

Oír su tono de desprecio molestó a Aiden y a Alastair por primera vez.

Aquellas muchachas eran vikingas, pero ¿realmente se merecían aquel odio?

Y, cuando Aiden se disponía a reaccionar, Moses siseó empujando a Ivo:

—Modera tus comentarios, y más cuando se trate de Demelza, Brenda o Hilda.

—¡Pero son vikingas! —insistió aquél.

—¡Son mujeres paganas, Moses! —gritó Sean.

El aludido afirmó con la cabeza, pero, tras mirar a su señor, que lo observaba con curiosidad, insistió:

—Ivo, Hilda te cuidó cuando lo necesitaste. A ti, Gareth, te arregló la ropa. En cuanto a ti, Sean, se preocupó por tu problema en la piel. Y a todos...

¿nos cuidó con cariño y cocinó para nosotros! ¿Acaso nos envenenó? —A continuación, los miró a todos e insistió—: Y, en cuanto a Brenda y a Demelza, ¿acaso es mentira que defendieron los caballos y las ovejas sin pensar en sus vidas? ¿Trataron de mataros por ser vikingas mientras dormíais?

Nadie dijo nada. Nadie se movió.

—Me gustan los vikingos tan poco como a vosotros —añadió Moses al cabo—, pero esas mujeres nos han demostrado que son buenas personas, y como tales deberíamos tratarlas.

A partir de ese instante se inició un debate sobre el tema entre los hombres mientras Aiden los escuchaba. Intentaba entender tanto una parte como la otra, pero cuando fue a hablar alguien gritó:

—¡Se acerca un jinete!

Todos levantaron la mirada. Alguien se acercaba solo hasta ellos.

Rápidamente, todos empuñaron sus espadas, cuando Alastair dijo en alto al distinguirlo:

—Es el padre de Bren... Adnerb.

—¡Un vikingo! —gruñó Ivo.

Las quejas de los hombres de Aiden se hicieron oír, cuando éste indicó levantando la voz:

—Ese hombre se llama Callum McAllan y será bienvenido en este campamento, esencialmente porque estamos en sus tierras. ¡¿Queda claro?!

—Pero, señor... —gruñó otro de sus hombres.

—¡¿Queda claro?! —insistió él levantando la voz.

Al sentir su dura mirada, Ivo retiró la mano de su espada e indicó bajando la voz:

—Iré... iré a ver si los caballos tienen suficiente agua.

Una vez él se alejó, el resto se dispersó también, y, cuando quedaron solos Aiden y Alastair, este último murmuró observando cómo Callum se acercaba:

—¿A qué vendrá ahora?

Aiden suspiró.

—Sin duda, a entender lo que ha pasado.

Segundos después, aquél llegó frente a ellos y Aiden saludó:

—Buenas tardes, Callum.

El hombre, ya no tan afable como por la mañana, asintió y preguntó mirándolos:

—¿Podemos hablar?

Al ver que Alastair asentía con la cabeza, Aiden le dijo que sí. Callum bajó de su caballo y los siguió.

Una vez entraron en la tienda de Aiden, Callum, que estaba tan inquieto como ellos, se apresuró a decir mirando a Alastair:

—Se cómo debes de sentirte, muchacho, pero...

—¿Lo sabéis? —bramó aquél—. Oh, no... creo que no os lo podéis ni imaginar. Vuestra hija... me ha engañado. Me ha tomado por un tonto, y,

conociendo ciertas cosas personales e importantes para mí, aun así, ¿se ha casado conmigo!

Callum cabeceó. Había hablado largo y tendido con su hija y ésta le había contado lo que ocurría. Y, mirando a Alastair, insistió:

—Sé que lo que le ocurrió a tu familia fue terrible, y entiendo tus recelos en cuanto a los vikingos, pero...

—No..., no los entendéis, señor, ¡creedme que no!

Callum, al ver la rabia en la mirada de Alastair, dijo entonces sin dejarse achantar:

—Mi madre fue secuestrada en Bergen por unos escoceses que mataron a su madre y a su hermano. Después la trajeron aquí, donde fue vendida como esclava. Durante meses fue maltratada y humillada, hasta que mi padre la encontró medio muerta en la ladera de un río y, sin saber de su procedencia, la recogió y la llevó junto a su familia, que la cuidó. Como imaginarás el miedo, la rabia y el odio que mi madre podía albergar hacia los escoceses podían ser muy similares a los que tú albergas por los vikingos. Pero la diferencia entre mi madre y tú es que ella supo distinguir entre personas buenas y personas malas, sin importar que fueran de aquí o de allí.

Esa revelación sorprendió a los highlanders, cuando Callum prosiguió:

—Mis padres se enamoraron. Se casaron a pesar de las dificultades que suponía la procedencia de mi madre, y de esa unión nací yo. Y, sí, tengo sangre vikinga, pero también la tengo escocesa, como la tiene mi hija Adnerb, que heredó el nombre de su abuela, por mucho que se empeñe la gente o tú mismo en ignorarlo. Y, dicho esto, quiero que sepas que entiendo tu enfado, muchacho. Mi hija no ha sido sincera contigo y no te ha dado la opción de elegir, como así debería haber sido. Por ello, y entendiendo tu incomodidad por estar unido a ella, he venido a decirte que si lo deseas haré que vuestra unión se anule esta misma noche.

Alastair se quedó sin palabras al oír eso.

Por muy enfadado que estuviera con aquélla, pensar en anular el enlace lo incomodaba. Él quería a la muchacha. Apenas la conocía, pero sin duda sentía algo muy fuerte por ella. Estaba dándole vueltas cuando el padre de aquélla insistió:

—Piensa en lo que te he dicho. Si así lo deseas, mi hija dejará de ser tu mujer antes del amanecer.

Confundido y desconcertado, Alastair asintió y luego, mirándolos, dijo:

—Si no os importa, necesito respirar un poco de aire fresco.

Y, dicho esto, el highlander de pelo claro salió de la tienda.

—Siento lo ocurrido —murmuró entonces Callum dirigiéndose a Aiden —.

Lo siento mucho.

El escocés asintió. El gesto de aquél le indicaba que no mentía.

—La situación no está siendo nada fácil para Alastair —musitó.

—Lo entiendo. Créeme que lo entiendo. Pero, si me lo permites, te diré que he crecido pensando que las personas no han de juzgarse antes de conocerse, especialmente porque siempre me han prejuizado a mí. Como mis padres me enseñaron, hay gente buena y mala en el mundo, y ni todos los escoceses son buenos, ni todos los vikingos son malos.

Aiden asintió. A él mismo lo prejuizaban por ser el hermano de quien era y lo comprendía mejor que nadie.

—Tienes razón —declaró—. Pero también has de entender que en los tiempos que vivimos no hacemos más que oír fechorías de los vikingos y...

—Si vivieras en Noruega, oirías fechorías de los escoceses. ¿O acaso no sabes que quienes secuestraron a Hilda y a Demelza, en su tierra, eran escoceses?

Ese dato, que Aiden desconocía, lo hizo parpadear, cuando aquél continuó:

—Fueron llevadas a la fuerza de su hogar, como lo fue mi hija, a manos de unos escoceses. Y, si vosotros no llegáis a cruzaros en su camino, habrían vivido la misma agonía que mi madre.

Imaginar la angustia que la madre de aquél tuvo que pasar, y que probablemente las muchachas habrían pasado, no era agradable, y, pensando en Demelza y en lo poco que sabía de ella, murmuró:

—Desconocía lo que me cuentas. Demelza me dijo que unos escoceses las raptaron en las Orcadas y...

Callum negó con la cabeza y, clavando sus ojos en él, insistió:

—Te mintió. Y, aunque hizo mal, tuvo que hacerlo para protegerse.

¿Cómo habrías reaccionado tú o tus hombres si hubierais sabido que era una vikinga? ¿Acaso la habrías ayudado o quizá la habrías vejado y humillado?

Aiden no contestó. En el fondo sabía que lo que aquél decía era cierto, cuando el hombre murmuró con gesto triste:

—La fortaleza de esa muchacha es increíble. Con lo que ha vivido, otra mujer, en su lugar, se habría hundido.

Necesitado de saber verdades, Aiden comenzó a preguntarle a Callum, y éste le contó sin dudarle. Sin parpadear, el highlander atendió a todo lo que aquél le contaba, mientras se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Conocer la verdad de lo ocurrido a Demelza era duro, dramático. Que la muchacha hubiera visto morir a su familia ante ella era horrible, aterrador, hasta que aquél calló y Aiden preguntó confundido:

—¿Tú sabías que Harald era su cuñado?

Callum negó con la cabeza.

—No, no lo sabía. Me he enterado hace un rato porque él me ha buscado y me lo ha contado. Pero ¿sabes? Que ese hombre, sin preocuparse de su propia seguridad, esté en Escocia para buscarla y protegerla por la promesa que le hizo a su mujer, me hace saber que es una buena persona. Una persona con corazón, con honor, y una persona de la que uno se puede fiar.

Aiden asintió. Sin duda, aquél tenía razón.

—Harald —prosiguió Callum— también me contó que el que fue marido de Demelza la busca para matarla y está aquí, en Escocia.

Aiden parpadeó sin dar crédito. Pero ¿su marido no estaba muerto?

Y, antes de que pudiera preguntar, el hombre agregó:

—Ese sinvergüenza que aún se cree su marido y...

—¿Que aún se cree su marido? —dijo Aiden interesado.

—Demelza y ese tal Viggo están divorciados. —A ver el gesto de Aiden, Callum añadió—: El pueblo vikingo acepta el divorcio si ocurren determinadas cosas que...

—¿Qué cosas? —preguntó él sin poder evitarlo, mientras notaba cómo su cuerpo se tensaba por lo que intuía que iba a oír.

Avergonzado por hablar de aquello, Callum bajó la voz y contó todo lo que Harald le había relatado.

A cada palabra que oía, el corazón de Aiden se ralentizaba. Ahora entendía los miedos, la rabia, las pesadillas y la frustración de Demelza.

Pero ¿por qué tortura había pasado?

Según escuchaba a Callum, su rabia se encendía. A cada palabra quería proteger, cuidar y mimar a Demelza como nunca lo había querido y eso lo confundía más y más, hasta que siseó:

—He de hablar con Harald.

—¿Con Harald?

—Y te necesito a ti para que nos ayudes a entendernos.

Callum asintió. Conocer la historia de la muchacha parecía haber cambiado el concepto que Aiden tenía de muchas cosas, y gustoso afirmó:

—Será un placer, muchacho. Pero...

—Callum —lo cortó él—. Sólo quiero hablar con él. Nada más.

El hombre de pelo cano asintió y a continuación murmuró estrechando su mano:

—No sabes cuánto me alegra oír eso.

Con gesto serio, ambos se miraron, y luego Callum cuchicheó bajando la voz:

—Ojalá pudieras ayudarme con el marido de mi hija. Ese muchacho me gusta para ella, y me consta que Adnerb está muy enamorada de él.

Aiden movió el cuello incómodo, y, conociendo a su amigo, indicó:

—Llegados a este punto, no sabría qué decirte. Me consta que Alastair ama a tu hija, pero...

—Su sangre vikinga, ¿verdad?

El highlander asintió. Y Callum, consciente de que quizá el futuro para su hija no fuera todo lo bonito que él quisiera, preguntó:

—¿Vendréis a la fiesta de esta noche?

Aiden lo pensó. Todo su interior luchaba contra sí mismo, pero, necesitado de hablar con Harald, afirmó:

—Allí estaremos.

Un buen rato después, cuando Callum se hubo marchado, Aiden le daba

vueltas a lo que había descubierto. Le resultaba difícil asimilar todo por lo que había pasado Demelza, y, necesitado de hablar, se fue a buscar a su amigo. Tenía que hablar con él.

Esa noche, Aiden y Alastair, junto a sus hombres, tras darse un baño en el lago y rasurarse las barbas, se encaminaron hacia la morada de Callum McAllan. Había una fiesta y, aunque su humor no era el mejor, querían disfrutar de ella.

## CAPÍTULO 37

En la fortaleza de Callum McAllan, la actividad era frenética.

Adnerb, que finalmente había recuperado su nombre ante todos, tras darse un buen baño en el que lloró como llevaba tiempo sin hacerlo por lo mal que había hecho las cosas con todo el mundo, se armó de valor y fue a hablar con su madre.

Como era de esperar, la mujer no se lo puso fácil. Todo eran reproches, sermones, críticas. Pero aquella experiencia había ayudado a la joven a comprender la importancia relativa de las cosas, y todas las quejas de su complicada madre le daban igual.

El fallo había sido suyo y lo asumía como tal, pero cuando su madre volvió a hablarle de Brochan, cuando Alastair la repudiaba, mirándola con una fiereza que nunca había tenido, le hizo saber que prefería ingresar en un convento el resto de su vida a plantearse de nuevo el enlace con aquél.

Al oírla, la mujer lo aceptó. Si su hija antes valía poco por su sangre vikinga, tras lo ocurrido, quizá lo mejor sería que entrara en un convento y olvidarse del tema.

Una vez acabó la desagradable charla con aquélla, Adnerb salió de la estancia y suspiró. La relación con su madre siempre había sido difícil y aquello lo había vuelto imposible. Estaba claro que nunca se entenderían.

Nunca.

Estaba pensando en ello cuando, al abrir la puerta de su propia habitación, se quedó sin habla al ver a Hilda y a Demelza. La muchacha de pelo rojo



estaba preciosa, ataviada con un vestido azulón que se ceñía perfectamente a su cuerpo. Complacida, sonrió, y se disponía a halagarla cuando ésta murmuró:

—Qué bonita estás, Brenda...

—Llámame Adnerb —corrigió ella—. Soy Adnerb a partir de hoy, le pese a quien le pese.

Demelza sonrió y, sin apartar sus ojos de ella, insistió:

—Estás preciosa, Adnerb. Y tu pelo se ve ¡maravilloso!

Con un gesto femenino, y tras atusarse el cabello, que volvía a estar desenredado y adornado con flores, la aludida arrugó la nariz y afirmó con una sonrisita:

—¡Lo sé!

—¡Adnerb! —la regañó Hilda.

La joven sonrió y, olvidándose de sus penas, levantó el mentón y cuchicheó:

—Me regañes o no, sé que estoy bonita. ¡Preciosa! Y mi pelo se ve espectacular, a la par que limpio y sedoso.

—¡Pero ¿cómo eres tan creída?! —se mofó Demelza.

Adnerb meneó la cabeza y, guiñándole un ojo, afirmó:

—Tú estás preciosa.

La aludida, tocándose con mimo el pelo, que le había arreglado Hilda, suspiró.

—Preferiría volver a ponerme mi ropa.

—¡Tu ropa! Hija, por Dios, no digas tonterías —se quejó la mujer—. Esa ropa no era tuya. Era de un ladrón al que se la robamos nosotras.

Demelza asintió, pero insistió mirándose en el espejo:

—Pero ¿no veis lo ridícula que estoy así vestida?

—¿Ridícula por qué? —preguntó Adnerb.

—Parezco... parezco... —murmuró ella con gesto hosco.

—¿¡Femenina?! —sugirió Adnerb.

Demelza asintió con un resoplido. Aquel vestido acentuaba su cintura, sus caderas e incluso sus pechos, aspectos de su físico que ella nunca había querido potenciar. Y, ahuecándose el escote, iba a protestar cuando Hilda

afirmó:

—Efectivamente. Pareces una mujer. Tienes curvas, belleza y un sinfín de encantos, mi vida. ¡Eres una mujer! —y, entregándole un lienzo, añadió—: Guárdate este pañuelito, quizá lo necesites durante la noche.

—No lo voy a necesitar.

—Guárdatelo —insistió aquella—. Nunca se sabe cuándo podrías necesitarlo.

—No pienso estornudar —protestó la joven.

Ella y Adnerb sonrieron, cuando esta última declaró con gracia:

—Eres una preciosa mujer que atraerá miradas. Las primeras, las de mis hermanos, que están como locos por bailar contigo esta noche.

Demelza suspiró y, mirando de nuevo el escote de su vestido, donde se guardó el pañuelito, murmuró:

—Es que...

Para acallarla, Hilda cogió el colgante que la pelirroja se había quitado y que tan importante era para ella y, poniéndoselo, dijo:

—Este escote lucirá tu precioso talismán de la suerte.

Al ver el colgante en su cuello, el gesto de Demelza se dulcificó. Sin duda a su hermana Ingrid le habría encantado verla así, y, dándose por vencida, afirmó:

—De acuerdo. Pero mañana quiero de nuevo los pantalones y...

—Los he quemado —mintió Hilda.

El gesto de la muchacha cambió y, cuando Hilda se marchó de la habitación, Adnerb cuchicheó tocando el anillo que aquella lucía en el dedo y que ella le había regalado:

—Tranquila. Mis hermanos tienen pantalones, que robaré para ti.

Eso hizo asentir a Demelza, que, mirándose en el espejo, se puso el broche que Aiden le había comprado y que pertenecía a su padre. Una vez lo colocó en un lado del vestido, preguntó:

—¿En serio no estoy ridícula?

Adnerb sonrió y afirmó cogiéndola de las manos:

—Estás bella. Tan preciosa que, cuando Aiden venga y te vea, no podrá apartar sus ojos de ti.

—Lo dudo —se mofó ella—. Vi en sus ojos la decepción al conocer mi procedencia. No creo ni que venga a la fiesta. Debe de odiarme.

Adnerb se encogió entonces de hombros y murmuró guardando su pañuelito en la cinturilla de su vestido:

—Mi padre fue a hablar con ellos y, aunque no me lo ha asegurado, cree que hay posibilidades de que esos cabezotas aparezcan.

A Demelza le gustó saberlo, pero, pensando en su cuñado y en el cuidado que debía tener con aquéllos, repuso:

—He de hablar con Harald, ¿sabes dónde está?

—Seguramente en las caballerizas. Por cierto, mi padre y él tuvieron una charla.

Demelza asintió con la cabeza.

Le gustara o no, sabía que era lo mejor. Se habían acabado las mentiras. Y, tras guiñarle un ojo a aquella muchacha, a la que ya quería, salió a toda prisa de la habitación.

En su camino vio entrar en el salón donde se iba a celebrar la fiesta a personas que no conocía. Todos la miraron encantados, y Demelza, sonriendo, los saludó con la mano. Los invitados comenzaban a llegar.

Sin mirar hacia atrás, corrió a las caballerizas y sonrió al ver a Harald al fondo. Aquél estaba agachado tocando a su lobo *Nidhogg* con mimo.

Sin necesidad de moverse, el vikingo supo que Demelza había entrado; los ojos del lobo se lo dijeron. Y, sin mirarla, musitó en noruego:

—No sabes cuánto me alegra que estés aquí.

Demelza sonrió y, cuando Harald se volvió a mirarla, preguntó al ver su gesto desconcertado:

—¿Qué ocurre?

Harald parpadeó boquiabierto.

Nunca había visto a Demelza tan bonita, tan espectacular. Así vestida era en extremo femenina, y, asintiendo, afirmó:

—Estás preciosa.

Al oírlo, la joven sonrió y, parpadeando como hacía Adnerb, declaró con gracia:

—¡Lo sé!

Harald, divertido, soltó una carcajada y, abriendo los brazos, acogió a Demelza con mimo y musitó mientras la besaba en la cabeza:

—Pelirroja salvaje, Ingrid estará muy feliz por ti. Mucho.

La joven asintió y, cuando se separó de aquél, preguntó mirando al lobo dormir:

—¿Qué tal se ha portado *Nidhogg*?

El hombre miró al animal y sonriendo afirmó:

—Ha comido, ha jugado y ahora está dormido.

Demelza sonrió. Aquel lobo blanco era una preciosidad. Y, recordando algo, preguntó:

—¿Es cierto que el padre de Adnerb ha hablado contigo?

—Sí —asintió Harald—. Es un buen hombre. Me ayudó sin dudarle cuando me presenté ante él y le dije quién era, y, llegados a este punto, se merecía la verdad.

Demelza lo entendió, y a continuación preguntó:

—¿Qué sabes de Viggo?

El gesto de Harald cambió y musitó con pesar:

—Lo encontré, Demelza.

—¡¿Qué?! —murmuró la joven en un hilo de voz.

—Encontré el poblado donde él y sus hombres se escondían, pero, al llegar, sólo hallé muerte y destrucción.

Demelza maldijo. Y, cuando iba a decir algo, él señaló el broche que aquélla llevaba prendido en el vestido e indicó:

—Uno de sus hombres dejó ese broche allí a la espera de que tú lo encontraras. El plan de Viggo era que ese tipo te interceptara en la tienda y te llevara ante él para matarte, pero le fue imposible. Aiden le dio miedo. Y, cuando ese highlander y tú os marchasteis de la tienda, yo me ocupé de él. Al parecer, Viggo siempre ha sabido dónde estabas, y si no os atacó es porque en cierto modo teme a Aiden McAllister. Sabe quién fue su hermano y algo en él le dice que enfrentarse a Aiden no sería bueno.

Demelza se agobió. Lo último que quería eran problemas para los que la rodeaban.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? —preguntó.

Harald respondió apoyando un pie en un madero:

—El hombre que llevó el broche a esa tienda me lo dijo antes de morir, como me dijo dónde se escondía Viggo.

Demelza asintió.

—Has de saber que entre los hombres que te acompañan hay uno que informa a Viggo de vuestros movimientos —señaló entonces Harald.

La joven parpadeó sin dar crédito. Saber que Viggo tenía a alguien entre los hombres de Aiden era terrible, peligroso.

—Si no lo he matado es porque espero que Aiden lo mate por ti —añadió él.

Demelza cerró los ojos. Temía preguntar el nombre de aquél.

Todos, absolutamente todos los hombres que habían convivido con ella aquellos días habían sido amables, encantadores, e, incapaz de soportar aquello, dijo imaginando de pronto de quién podía tratarse:

—Tenemos que irnos de aquí.

—Ahora no, pelirroja.

—Debo encontrar a Viggo y matarlo.

—Ahora no. Acabo de decirte que no sé dónde está.

—Pero, Harald...

—Demelza —la cortó él—, ese hombre se rodea de gente peligrosa y sin escrúpulos como él. Nosotros sólo somos dos. Nos guste o no, tú y yo no podemos con todos ellos. Marcharnos de aquí, de la protección que Callum o Aiden nos ofrecen, sería una temeridad. Temo por tu vida y...

—Da igual, Harald..., yo temo por la vida de estas personas que nos ayudan. No podemos permitir que Viggo se acerque a ellos. No puedo consentir que... que pase otra vez lo que pasó y...

Harald puso entonces un dedo sobre sus labios para acallarla e indicó:

—Tu única opción hoy por hoy es continuar junto a ese highlander que te mira embobado. Mientras estés a su lado estarás protegida. Piénsalo. Eso nos dará tiempo a saber dónde se esconde Viggo y...

—Pero, Harald, no quiero que Aiden o sus hombres tengan problemas. No me perdonaría que les ocurriera algo por mi culpa. Bastante deben de odiarme ya por ser vikinga como para que, encima, mi condición les

complique la vida. No. Me niego.

—¿No quieres saber el nombre del tipo que informa a Viggo de tus movimientos?

Agobiada, lo pensó. Ya lo sabía. Y, negando con la cabeza, murmuró:

—Dentro de un par de días nos iremos de aquí y...

—Demelza, ¿me estás escuchando?

Pero la joven ya no escuchaba.

La rabia de sentir a Viggo cerca y el temor a que hiciera daño a quienes la habían ayudado podía con ella, y, necesitada de encontrarse con aquél, replicó:

—Por supuesto que te he escuchado, pero creo que tú a mí no.

Harald maldijo. Aquella cabezota nunca cambiaría. Y, mirándola, murmuró deseoso de saber:

—En cuanto a ese McAllister...

—¿Aiden?

Harald asintió y, al ver su sonrisa, Demelza resopló y preguntó poniéndose las manos en la cintura:

—A ver, ¿qué ocurre?

Divertido al ver a la joven en una tesitura en la que nunca la había visto, cuchicheó:

—No sé. Dímelo tú.

Demelza, boquiabierta por lo que leía en sus ojos, iba a protestar cuando él afirmó:

—Veo cómo te miraba. Te compró el broche y vi...

Bloqueada, ella cambió su postura y protestó al recordar:

—Por todos los dioses, Harald, ¿qué viste?

El vikingo meneó la cabeza sonriendo.

—He visto cómo os besáis, y te conozco, Demelza. Nunca te he visto sonreírle a un hombre así. Te gusta, como tú le gustas a él y...

—¡Harald! —gruñó mientras él reía.

Boquiabierta por lo que aquél contaba y su gesto guasón, la muchacha no supo qué decir, cuando aquél insistió:

—Quizá hayas encontrado la felicidad que Ingrid te vaticinó, aunque sea

al lado de un escocés.

Oír eso le puso el vello de punta.

Lo que había tenido con Aiden había sido lo más bonito que le había pasado en la vida, pero eso había cambiado. Ahora que él sabía cuál era su procedencia, todo aquello era pasado, e indicó:

—Te equivocas.

—Algo me dice que no me equivoco. Soy un hombre, Demelza. Y sé la diferencia entre mirar a una mujer o a tu mujer. Y ese hombre te mira como a su mujer.

A cada instante más descolocada, la joven murmuró:

—Ahora que sabe que soy vikinga, ya no me mirará.

Harald se encogió de hombros y, con seguridad, afirmó:

—Tonto sería si no lo hiciera.

Dicho esto, Demelza iba a hablar cuando Hilda entró en las caballerizas.

—Demelza, vamos. La madre de Bren... Adnerb quiere verte.

—¿Para qué?

—No lo sé, hija. Pero por cortesía has de ir —insistió la mujer.

Acto seguido, Demelza miró a Harald y musitó bajando la voz:

—Hablares más tarde. Y, en lo referente al hombre del grupo de Aiden que le pasa información a Viggo, prométeme que no lo comentarás con nadie.

—Dem...

—¡Prométemelo por Ingrid! Yo hablaré con él y lo solucionaré.

Aunque no muy convencido, Harald finalmente asintió.

—Lo prometo.

Dicho esto, Demelza volvió a mirar al lobo, que dormía, y, tras sonreírle a su cuñado, se marchó.

## CAPÍTULO 38

Cuando Aiden, Alastair y varios de sus hombres llegaron hasta la puerta de la gran fortaleza, se apearon de sus caballos. *Haar* estaba nervioso. Había oído a *Unne* y estaba como loco por ir tras ella. Aiden, que era consciente de ello, lo sujetó.

Callum McAllan, al ser avisado de la llegada de aquellos particulares invitados, salió a recibirlos con una gran sonrisa, y Aiden, dirigiéndose a sus hombres, dijo ignorando sus miradas de recelo:

—Recordad, comportaos en todo momento.

Aquéllos asintieron ofuscados cuando Callum saludó al llegar frente a ellos:

—Sed bienvenidos a mi hogar, que ahora es vuestro también. Pasad al salón. Allí tenéis bebida, comida y a algunas invitadas deseosas de conoceros.

Los hombres observaron a su señor y, tras dirigirles una mirada de advertencia, Aiden les indicó:

—Id. Ahora iré yo también.

En cuanto se alejaron, Callum miró a Alastair y murmuró:

—Gracias por venir, muchacho.

El highlander asintió con gesto serio, cuando aquél preguntó:

—¿Has pensado ya en lo que te propuse?

Alastair tragó con dificultad. Adoraba a la hija de aquél, la quería, pero era incapaz de saber si podría perdonar lo que había ocurrido.



—Sí —afirmó.

—¿Y qué has decidido? —insistió Callum esperanzado.

Alastair miró a su amigo, después se miró las manos y finalmente, levantando el mentón, indicó:

—Será mejor que anule el enlace.

En cuanto oyó aquello, Callum se entristeció. Sin duda, su hija iba a sufrir.

Y Aiden, sorprendido por la decisión de su amigo, preguntó mirándolo:

—¿Qué haces?

Alastair sacudió la cabeza confundido.

—Simplemente, lo que he de hacer.

Sin entenderlo, Aiden se acercó más a él y musitó para que Callum no lo oyera:

—Creí que querías a Adnerb. Creí que...

—Y es cierto, pero, por mucho que la quiera, no puedo ignorar que su gente mató a mi familia.

—Pero, Alastair...

—No, Aiden. No insistas.

Aunque apenado por la decisión que había tomado su amigo y que sabía que lo haría infeliz, el highlander asintió. Si él no quería hablar más del tema, debía respetarlo. Y, mirando a un triste Callum, fue a hablar cuando aquél se le adelantó:

—De acuerdo, muchacho. Hablaré con el consejo esta noche y, una vez acabada la fiesta, el divorcio entre Adnerb y tú será efectivo.

Alastair asintió. Eso sería lo mejor. Y, tras un tenso silencio, finalmente Aiden preguntó:

—Callum, ¿sabe Harald que quiero hablar con él?

El hombre asintió, y, sin querer pensar en lo que su hija había decidido hacer si aquél la repudiaba, afirmó:

—Vamos, nos espera en las caballerizas.

Callum echó a andar y los dos escoceses lo siguieron, cuando Aiden, mirando a su ceñudo amigo, preguntó:

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Alastair resopló, pero, sin querer dar su brazo a torcer, afirmó:

—Por supuesto que sí.

Harald estaba al fondo de las caballerizas, jugueteando con el lobo. Al verlos, metió al animal en un lugar de donde no pudiera escapar y, tras decirle Callum algo en noruego, se preparó para hablar con aquéllos.

Mirándose con cierto desafío, Harald y Aiden dialogaron teniendo como intérprete a Callum, que intentaba mediar entre ellos como podía. El escocés preguntó todo lo que quiso acerca de Demelza, y Harald, al principio cohibido y después algo más relajado, respondió omitiendo lo que le había prometido a Demelza.

Sin conocer realmente al escocés, el vikingo sabía que la única oportunidad que su querida cuñada tenía de salir ilesa de aquello era aquel hombre y, como fuera, intentaría que la ayudara.

Una vez Aiden hubo satisfecho su curiosidad, Harald dijo dirigiéndose a Callum:

—Ahora pregúntale a él qué es lo que quiere de Demelza.

Al oír eso, el hombre parpadeó, y Harald insistió:

—Por favor. Me gustaría saberlo.

Aiden los observaba sin entender nada, cuando Callum murmuró:

—Harald quiere saber qué quieres tú de Demelza.

A Alastair le hizo gracia oír eso y, cuchicheando en dirección a su amigo, apostilló:

—Eso..., responde. ¿Qué quieres tú de Demelza?

Aiden, incómodo al ver que aquellos tres hombres lo observaban, respondió intentando mantener la frialdad:

—Dile que lo único que quiero es ayudarla.

Callum lo comunicó y Harald, al oírlo, asintió e indicó con gesto fiero:

—Pues dile que, si sólo quiere eso, que no la vuelva a besar ni a tocar, porque, si lo hace, lo mataré.

Callum abrió unos ojos como platos, y Aiden se apresuró a decir al ver su gesto incómodo:

—Quiero saber qué ha dicho. Palabra por palabra.

McAllan se secó el sudor de la frente. Aquello no estaba siendo fácil para

él. Y, meneando la cabeza, tradujo:

—Dice que, si sólo quieres protegerla, no quiere que la vuelvas a besar ni a tocar, porque, si lo haces, te mata.

—Su osadía es propia de un vikingo —siseó Alastair al oírlo.

Aiden rio con provocación al oír eso. Sin entender lo que aquel otro había dicho, Harald se estiró e insistió sin importarle que llevara todas las de perder:

—Dile a ese escocés que, si la roza, lo mato. Repíteselo.

Callum negó con la cabeza. No pensaba repetir aquello.

Entonces, Aiden, sin entender nada a excepción del gesto del vikingo, afirmó mirando a Callum:

—Dile a este maldito bárbaro de ojos claros que tenga cuidado, no vaya a ser yo quien lo mate a él.

—¡Por todos los dioses! —murmuró Callum, a cada instante más acalorado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Harald sin pestañear.

Callum finalmente se lo tradujo y entonces el vikingo sonrió.

Durante unos segundos, Aiden y Harald se miraron a los ojos.

Quizá hablando no se entendieran, pero con la mirada se entendían a la perfección. Y ninguno dijo más. No hacía falta.

## CAPÍTULO 39

Una vez Demelza salió del cuarto donde la madre de Adnerb estaba hecha un mar de lágrimas en la cama, al encontrarse con su amiga esperándola, murmuró:

—Tu madre es el dramatismo personificado, y menudo sarpullido tiene por todo el cuerpo.

La joven rubia sonrió. Su madre siempre había sido así.

—¿Acaso crees que no lo sé? Bueno, ¿qué te ha dicho?

Comenzaron a caminar por el pasillo, cuando Demelza, ordenando en su mente todo lo que la mujer le había dicho, indicó:

—Además de repetirme lo mal que lo has hecho, lo decepcionada que está contigo y que espera que me vaya pronto de esta fortaleza, no ha tardado ni un segundo en decirme que he de cuidarme la piel, las manos..., y ya ni te cuento lo que ha dicho sobre mi cabello.

Ambas sonreían por aquello cuando vieron que Hilda se les acercaba.

—Niñas..., tenéis que bajar al salón.

—¿Ha venido Alastair? —preguntó Adnerb esperanzada.

Hilda, que había visto y hablado con los hombres de Aiden, afirmó:

—Sí.

Eso la hizo sonreír y, pestañeando, musitó:

—¿Y se lo ve muy enfadado?

La mujer la miró. No había visto a Alastair porque aún no había entrado en la fortaleza, pero sus hombres le habían comentado su estado de ánimo.

—No sé qué decirte, cielo..., no sé.

La joven meneó la cabeza. Estaba claro que no la iba a perdonar. Y, encogiéndose de hombros, declaró:

—De acuerdo. Si él decide anular nuestro matrimonio, he de aceptarlo sin rechistar por no haber sido sincera con él desde el primer momento.

—¿Anular tu matrimonio? —preguntó Demelza.

Adnerb asintió y, con sentimiento por lo que había hablado con Callum, afirmó:

—Mi padre le ha ofrecido esa posibilidad. Por mi engaño, a pesar de ser escocés, padre le ha dicho que podría solicitar el divorcio al consejo y...

Adnerb no continuó. No podía. Pero, a continuación, levantando la barbilla, afirmó tomando fuerzas:

—Da igual lo que yo piense o sienta, ahora ya nada depende de mí.

Según dijo eso, sintió que el corazón se le rompía en mil pedazos, y, al ver cómo las otras la observaban, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Hilda no dijo nada, pero Demelza, que ya la iba conociendo, repuso:

—¿No vas a llorar?

—No.

—¿Ni vas a dramatizar? —insistió.

Adnerb suspiró. Aquel viaje y su aventura, además de hacerle conocer el amor, le habían hecho entender muchas cosas de la vida.

—No y no —contestó—. Actué mal y, pase lo que pase, he de asumir las consecuencias y respetar las decisiones.

Demelza y Hilda se miraron al oír su respuesta. Cuando se conocieron, aquello habría sido motivo de un gran berrinche.

Pero entonces, Adnerb, parándose de repente, las miró y balbuceó con los ojos anegados en lágrimas:

—Si... Alastair solicita el divorcio, ¡creo que moriré!

Demelza asintió. Ésa sí..., ésa sí era Adnerb. Y Hilda, enternecida, abrió los brazos, donde la joven se refugió mientras la mujer musitaba:

—Ay, niña..., ya me extrañaba a mí que tú no llorases.

Con cariño, Demelza le tocó la cabeza mientras su amiga lloraba.

Entendía su pena, su dolor, pero también sabía que habría que respetar la decisión de Alastair.

Así permanecieron unos instantes, hasta que Hilda anunció:

—Voy a la cocina. Quiero ayudar a preparar la succulenta cena.

Una vez la mujer se marchó, al quedarse solas, Demelza con cariño susurró:

—No llores más.

—¿Y si ya no me quiere?

—Te quiere.

—Pero... ¿y si su cabezonería le impide escuchar a su corazón?

Aquella era una posibilidad. Alastair, como escocés, se sentía engañado y ofendido. Pero Demelza insistió:

—Adnerb, no sabes lo que Alastair querrá.

—Sí lo sé —afirmó ella—. Creo que lo sé y por eso estoy así.

La pelirroja suspiró y, cuando iba a decir algo, Adnerb, cuyo estado de ánimo cambiaba constantemente, dijo limpiándose las lágrimas con las manos:

—¡Se acabó! No estoy dispuesta a que me vea llorar.

—Ésa es la actitud.

—Si me cree una salvaje pagana, encontrará lo que cree.

—A ver, Adnerb...

—Demelza —la cortó—, ¿acaso crees que no piensan eso de ti y de mí?

En un primer momento, la aludida no dijo nada. No hacía falta. Y, encogiéndose de hombros, luego afirmó:

—Reconozco que soy vikinga y en cierto modo soy algo salvaje.

—¿Sólo algo salvaje, cuando todo lo solucionas matando? —se mofó Adnerb.

Demelza suspiró y, mirándola, insistió:

—Eso sólo lo hago cuando es su vida o la mía. Recuérdalo.

—Mataría a Alastair —farfulló aquella.

Al oírla, la pelirroja sonrió.

—A ver..., de momento vas a mantener la calma y no vas a matar a nadie.

Antes de dar nada por sentado, observa la actitud de Alastair hacia ti y en

cuanto a lo que desea. Pero mientras tanto... tranquilidad.

Su amiga asintió y, tomando aire, iba a bajar la escalera cuando preguntó:

—¿Tengo el cabello bien?

Demelza sonrió. Aquella muchacha era un carrusel de emociones. Y, mirándola, afirmó:

—Lo tienes precioso. Tan bonito que cuando te vea Alastair se va a volver a enamorar de ti.

La joven sonrió entonces con seguridad y musitó mientras comenzaban a descender por la escalera:

—Prometo mantener la calma y la tranquilidad.

En silencio, ambas bajaron, pero, cuando llegaron al último escalón Adnerb murmuró al ver a alguien entrar:

—Oh, no..., ahora no...

Rápidamente, Demelza miró hacia la puerta y divisó a Brochan, el que había sido el prometido de su amiga. Al verlas, él se dirigió hacia ellas sin dudarlo y, parándose frente a la que iba a ser su mujer, musitó:

—Adnerb, ¿es cierto que...?

—Sí —lo cortó ella. No hacía falta que continuara.

Brochan asintió con gesto huraño. Aquello había sido un auténtico despropósito por parte de ella, y, acercándosele, la asió del brazo y siseó:

—Eres mía. ¿Cómo has podido entregarte a otro?

A Demelza no le gustó oír eso y sentir la rabia de aquél, y, dándole un toque en la mano para que soltara a Adnerb, siseó:

—Sin tocar. —Y, cuando él la miró sorprendido, añadió—: Y no es tuya.

Brochan cambió entonces su tono por otro más íntimo y se dirigió a la pelirroja:

—¿Tú eres la vikinga que viajaba con ella?

El modo en que pronunció la palabra *vikinga* le hizo entender a Demelza el terrible futuro que Adnerb habría tenido a su lado, y, sin apartar sus ojos de él, afirmó:

—Sí.

Brochan sonrió. Recorrió ávidamente con la mirada el tentador cuerpo de Demelza, deteniéndose en sus pechos, e, ignorando a la que había sido su

prometida, preguntó:

—¿Deseas un marido que te proteja?

—¡¿Yo?!

—Sí, tú.

—No.

—Yo podría cuidar de ti... —insistió comiéndosela con los ojos.

Al oír eso, Demelza sonrió sin poder contenerse. El asco que aquel tipo y su mirada le provocaban le revolvió las tripas, e, incapaz de callar, balbuceó:

—No necesito protección. Y antes de tener un marido como tú lo mato.

Adnerb soltó una carcajada. Demelza la imitó, y Brochan, ofendido por la desvergüenza de aquéllas, siseó echando fuego por los ojos:

—Sois unas salvajes. No podéis disimularlo.

—Si eso lo dices como una ofensa, ¡te has equivocado! No hay nada que me guste más que oír que soy una *salvaje* —se mofó Demelza.

A cada segundo más enfadado con aquéllas, Brochan cogió a Demelza del brazo y la zarandeó, momento en el que ésta dejó de sonreír y, clavando sus impactantes ojos claros en él, siseó:

—Si no quieres morir aquí y ahora, yo que tú me soltaba.

El hombre no se movió. Y, cuando Adnerb fue a protestar, un empujón que alguien le propinó a Brochan por detrás lo hizo soltar a Demelza y tambalearse.

—Eh, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó alguien con voz autoritaria.

Al levantar la vista, Demelza se dio cuenta de que quien había empujado a Brochan había sido Harald. Su gesto le transmitía que estaba muy enfadado, y rápidamente le pidió calma con la mirada. Instantes después, Callum, Aiden y Alastair se acercaron a ellos.

Brochan miró a Harald de mala manera, pero cuando iba a hablar, Callum intervino sin darle opción:

—Brochan, te presento al marido de Adnerb, Alastair Matheson. Alastair, Brochan era el prometido de mi hija.

Aquellos dos hombres se miraron con rivalidad, mientras el corazón de la recién casada se desbocaba. Alastair estaba guapísimo. Aseado y afeitado, era un hombre increíblemente atractivo. Y, sin poder evitarlo, sonrió. Sonrió



complacida a su marido, que ni la miró.

En ese momento, Alastair sólo tenía ojos para Brochan. A aquel tipo, que, por su gesto, no estaba muy feliz por lo ocurrido, y, para dejarle claras ciertas cosas, se acercó a Adnerb sin dudarle, la asió por la cintura y dijo con toda la educación que pudo:

—Un gusto conocerte, Brochan.

El aludido asintió, pero, enfadado por todo, replicó:

—Si la situación hubiera sido diferente, podría decir lo mismo, pero no lo es.

Alastair asintió sin moverse. No pensaba ceder ni un centímetro de su espacio, cuando Callum, tenso por el momento, prosiguió:

—Brochan, él es Aiden McAllister y...

—¿El hermano de Jesse...?

—Sí, el mismo —lo cortó Demelza molesta por sus palabras.

Entonces, Aiden la miró y, con gesto fiero, preguntó:

—¿Qué ocurría aquí cuando hemos llegado?

Entrar y ver cómo aquél zarandeaba a Demelza lo había puesto frenético, aunque el primero en reaccionar hubiera sido Harald.

Demelza, de pronto consciente de lo que allí se podía organizar si no mediaba, se apresuró a responder:

—No ocurría nada. Sólo estábamos charlando.

—¿Seguro? —insistió Aiden sin creerla.

—Sí —aseguró ella, y luego, mirando a Harald, indicó hablando en noruego—: Y tú, cambia esa cara.

—¿Qué has dicho, mujer? —preguntó Aiden furioso.

Demelza lo miró. Y, sin achantarse por su gesto severo, indicó:

—Simplemente le he dicho a Harald que cambie la cara.

Callum, consciente de que el aire podía cortarse con un cuchillo, se llevó rápidamente a Brochan al interior de la sala, momento en el que Alastair soltó a su mujer. Adnerb estaba preciosa, encantadora. Verla aseada, arreglada y con aquel maravilloso vestido lo había dejado sin aire, y más cuando ella susurró mirándolo:

—Estás muy guapo y...

—Muerdo de sed —la cortó él alejándose de su lado sin permitirle que terminara la frase.

Cuando ya se marchaba, todos lo miraron, y Demelza, sin poder remediarlo, murmuró en noruego:

—Y luego dicen que los vikingos somos cabezotas.

Harald sonrió. Adnerb también, y en el mismo idioma contestó:

—Maldito escocés testarudo..., si pudiera, le abría la cabeza.

Aquello hizo reír a Harald y a Demelza, pero no a Aiden, que protestó con mal gesto:

—¿Se puede saber qué estáis diciendo?

Sin ganas de repetirlo, Adnerb tomó del brazo a Harald e insistió sin cambiar de idioma:

—Vayamos a tomar algo y a pasarlo bien. Si estos cabezotas escoceses no saben disfrutar de la vida, al menos hagámoslo nosotros.

Harald, tras cruzar una mirada con Demelza, que asintió, entró con Adnerb en el salón. Una vez solos, Aiden, sin cambiar su expresión de enfado, a pesar de lo confundido que estaba por ver a la pelirroja tan bonita, tan femenina, tan tentadora, protestó:

—Me engañas, mientes, me desafías, me tomas por tonto, hablas ante mí en otro idioma... ¿Qué será lo siguiente?

Demelza lo miró, y, recordando algo que él le había dicho, replicó con sorna:

—Tu lección de hoy es: nunca subestimes a una mujer vikinga.

Él parpadeó boquiabierto. La osadía de aquella no tenía límites. Y, bajando la voz, musitó:

—¿Ahora te estás riendo de mí?

Al oírlo, la joven se sintió fatal. Aiden no se merecía nada de todo lo que estaba ocurriendo, y, suspirando, murmuró:

—Me llamo Demelza Ovesen. Soy hija de un vikingo y una escocesa y me crie en Ski con una familia maravillosa —afirmó omitiendo a Urd—. Y si sé hablar tu idioma es porque Hilda, a la que considero mi madre, me lo enseñó de pequeña. Sé que no ha estado bien reservarme esa información, pero no podía hacer otra cosa. Los escoceses odiáis a los vikingos, y decir

que yo lo era no era una buena opción...

En silencio, Aiden la observaba con detenimiento.

Verla con el rostro totalmente limpio, el pelo peinado y vestida con un delicado y femenino vestido era algo que no se esperaba, y, desconcertado, la escuchaba mientras sentía que no podía hacer nada excepto admirarla.

Demelza, al ver su gesto y sentirlo tan callado, finalmente se interrumpió y preguntó sin apartar la mirada de él:

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Aiden reaccionó e, inconscientemente, dando un paso atrás que no le pasó desapercibido a la joven, respondió:

—Escucho lo que dices.

Demelza, que comprendió aquel paso atrás, asintió y a continuación dijo con cierto pesar:

—Siento haberte mentido.

—Permíteme que lo dude.

—De verdad que lo siento —repitió.

Aiden asintió. Y, necesitado de separarse de ella antes de que no pudiera contener sus impulsos para besarla, contestó:

—Más lo siento yo.

Dicho esto, se alejó de ella todo lo rápido que pudo con el corazón a punto de salirse por la boca, mientras Demelza lo miraba sin moverse y murmuraba en noruego:

—Tonto escocés.

## CAPÍTULO 40

Una vez Aiden entró en el salón, rápidamente localizó a Alastair.

Aquél bebía en una esquina del salón, junto a sus hombres, mientras observaba cómo Callum hablaba con Adnerb y ella asentía muy seria.

Sin hacer caso de las mujeres, que a su paso lo miraban con agrado, Aiden cogió de una mesa una jarra de cerveza. Estaba sediento. Demelza y todo lo que sentía por ella lo desconcertaba, y, cuando se acercó a su amigo, éste gruñó:

—Estamos rodeados de vikingos.

—Eso ya lo sabíamos cuando decidimos venir, ¿no? —repuso él.

Alastair asintió. Odiaba aquello, pero no podía dejar de buscar con la mirada a Adnerb, que estaba preciosa. Aquélla era su mujer, su bonita mujer.

Pero, apartando los ojos de ella, gruñó:

—No sé aún qué hacemos aquí.

Aiden asintió. Él tampoco lo entendía y, cuando fue a contestar, Gordon, uno de los hermanos de Adnerb, se acercó a ellos.

—Es agradable veros por aquí —comentó y, clavando la mirada en Alastair, musitó—: Siento que hayas cambiado de opinión en lo referente a mi hermana, pero lo respeto. Adnerb no procedió bien contigo y tú mereces tener tu oportunidad.

Alastair lo miró, y Aiden intervino ignorando eso último:

—Como le he dicho a tu padre, gracias por la invitación.

—Aquí —sonrió Gordon— todo el mundo es bien recibido.

Esa frase, dicha en ese momento, hizo que los dos highlanders se miraran, y Alastair, sin poder contenerse un segundo más, preguntó: —¿Las personas que nos rodean son lo que imagino?

Gordon entendió perfectamente la pregunta, y afirmó:

—Negarlo sería una ofensa para mí y sin duda también para ti. Por este salón corre sangre vikinga, pero también corre sangre escocesa.

Alastair y Aiden volvieron a mirarse, cuando aquél añadió:

—Somos muchos los que vivimos en Escocia y que tenemos que ocultar que tenemos sangre vikinga. Nosotros no elegimos vivir aquí o allí.

Simplemente nacimos e intentamos sobrevivir a pesar de que nadie nos lo pone fácil, porque para los vikingos somos escoceses y para los escoceses somos vikingos.

En ese instante se abrieron las puertas de otro salón y Callum anunció levantando la voz:

—Amigos, entremos a cenar.

Gordon, al oír a su padre, sonrió y dijo mientras se alejaba:

—Disfrutad de la comida. Espero que os guste.

Una vez se fue siguiendo a los invitados, Aiden miró a Alastair y, cuando iba a hablar, Brochan se acercó a ellos de nuevo y preguntó mirándolos:

—¿Criadores de caballos y de ovejas?

Los highlanders lo miraron, y Aiden, asintiendo, afirmó:

—Sí. ¿Por?

Brochan sonrió.

—Pues lo siento —musitó—, pero, en cuanto se sepa que Adnerb y Demelza son vuestras mujeres, nadie querrá hacer tratos con vosotros. Os espera un futuro muy negro.

Demelza, que no estaba muy lejos de ellos, cerró los ojos al oírlo. Le gustara o no lo que Brochan decía, era la cruda realidad.

—¿Acaso te hemos pedido consejo? —siseó entonces Alastair.

Brochan sonrió, y Aiden, asqueado por lo que aquél decía, le soltó:

—Aléjate de nosotros si no deseas que, aquí y ahora, el que no tenga un futuro seas tú.

Demelza se apartó entonces de ellos y de pronto vio a Moses. Se acercó a

él y, mirándolo a los ojos, preguntó con acritud:

—¿Qué estás haciendo?

El hombre, que en ese instante bebía una jarra de cerveza, dejó de hacerlo, cuando aquélla cuchicheó:

—Cuando Aiden se entere, ¡te matará, si es que no te mato yo antes!

Oír eso a Moses le puso el vello de punta, y en voz baja preguntó:

—¿Por qué dices eso, Demelza?

—Bien lo sabes, Moses, no soy tonta.

El guerrero, al sentirse descubierto, cerró los ojos y, cuando los abrió de nuevo, preguntó mirándola:

—¿Qué sabes?

Demelza maldijo y, sin querer responder a su pregunta, siseó:

—Advertido quedas, *åtseleter*.

Tras llamarlo con rabia «carroñero», se alejó ante la atenta mirada de aquél para aproximarse a Adnerb.

Una vez todos los invitados a la fiesta entraron en el salón, allí quedaron tan sólo Aiden, Alastair y sus hombres. Todos se miraban sin saber qué hacer. Si su señor no entraba, ellos tampoco lo harían.

Adnerb, que había hablado con su padre y éste le había dicho lo que Alastair había decidido hacer, intentaba tranquilizarse junto a Demelza, aunque no le era fácil. Había prometido que acataría su decisión con frialdad, pero, al ver que aquéllos dudaban sobre si entrar o no en el salón para cenar, musitó con rabia:

—¿En serio?

Y, antes de que Demelza la parara, aquella joven de pelo llamativo, cogiéndose la falda con las manos, caminó hasta aquéllos y dijo plantándose ante ellos:

—Sí. Me llamo Adnerb y tengo sangre vikinga porque mi adorada abuela lo era. —Ninguno dijo nada, y ella prosiguió—: Y ahora, odiadme a mí cuanto os plazca, pero no le hagáis el feo a mi padre de rechazar su invitación. —Y, mirando a Alastair, añadió—: En cuanto a ti, tranquilo, tendrás lo que has pedido esta misma noche.

—No veo el momento —siseó Alastair furioso.

Demelza, al ver la tensión entre ellos, miró de reojo a Moses e indicó:

—Adnerb, entremos al salón.

Pero aquélla no se movía, sólo miraba al que de momento era su marido.

Y, al ver que éste sonreía, siseó con desprecio:

—Acepto esa anulación. No me interesa estar casada con un hombre como tú.

Los escoceses se miraron desconcertados mientras el gesto de Alastair se oscurecía.

Entonces, Aiden, viendo el percal, dejó su copa sobre la mesa y dijo:

—Creo que lo mejor será que nos vayamos.

Los demás asintieron, pero Demelza, plantándose ante ellos, preguntó con autosuficiencia:

—¿Acaso teméis que los salvajes os matemos?

Eso hizo que todos la miraran.

Nadie respondió, y ella, clavando los ojos en Moses, insistió:

—¿En serio creéis que por llevar sangre vikinga somos tontos y no sabemos cuándo corremos peligro o no?

Incómodo, Moses se movió, y Aiden, ajeno a lo que ella pensaba, al ver el desconcierto en sus hombres, respondió con seguridad:

—Nosotros no tememos a nada.

Demelza sonrió al oírlo y, levantando el mentón, replicó clavando sus fríos ojos azules en él:

—¡Qué curioso! Nosotros tampoco. De ahí que Callum os haya invitado a su fortaleza y estéis aquí como unos invitados más, incluso provistos de vuestras espadas.

Los highlanders murmuraban, cuando la muchacha continuó ignorando a Aiden:

—Sí. Yo también soy vikinga. Y si estoy en estas tierras es porque unos escoceses como vosotros me secuestraron de malas maneras y me trajeron aquí. Dicho esto, ¿acaso no puedo yo pensar que los escoceses sois unos malditos salvajes que destruyen hogares y familias?

Los hombres se miraron entre sí. Nadie supo qué responder.

—Para vuestra suerte, mi concepto ha cambiado —continuó ella

envalentonada—. Quizá lo pensaba cuando vivía en Noruega, pero ahora, tras conoceros, sé que hay gente buena y mala en Escocia, como la hay en mi tierra. Entiendo que estáis en un lugar donde nunca imaginasteis estar, con personas que para vosotros no valemos nada. Pero ¿de verdad os hemos tratado mal u os hemos ofendido por ser escoceses? ¿O, por el contrario, habéis sido recibidos en esta fortaleza con amabilidad y Adnerb, Hilda y yo os hemos cuidado?

Nadie se movió. Nadie respondió. Cuando Adnerb, cada vez más enfadada, intervino:

—Oh, Demelza, déjalo. ¡Que se vayan!

Pero la joven, incapaz de no proseguir con lo que quería decir, clavó sus ojos oscuros por la rabia en Aiden, que la observaba en silencio, y espetó:

—Ni puedo ni quiero pedir perdón por ser la persona que soy, y menos por haber protegido mi vida ocultando una información que, dicha en otro momento, me habría costado la vida. Y, si tú o ellos sois incapaces de ponerlos en mi lugar, no seré yo quien me ponga en el vuestro. Ahora, si queréis marcharos, las puertas de la fortaleza están abiertas y nadie os retiene aquí.

Y, a continuación, la joven, con el corazón latiéndole a mil por las cosas que la mirada de Aiden le hacía sentir, se dio media vuelta e indicó mirando a su amiga:

—Adnerb, vayamos a cenar.

Una vez ellas se alejaron, los highlanders comenzaron a cuchichear, momento en el que Alastair murmuró acercándose a Aiden:

—Estoy tan impresionado que no sé ni qué hacer.

Él asintió. Las palabras de Demelza le habían tocado de una manera brutal el corazón, y, volviéndose hacia sus hombres, señaló:

—Ya sabéis toda la verdad de quiénes son ellas. Y, dicho esto, y sin que sirva de precedente, quiero saber qué opináis vosotros al respecto.

—Deberíamos irnos, señor. Aquí no hacemos nada —protestó Ivo.

Los hombres comenzaron a hablar y, sorprendidos, Alastair y Aiden fueron testigos de cómo la gran mayoría de ellos entendían a las jóvenes y se ponían de su lado. Ellos, en su situación, habrían hecho lo mismo.



Una vez los escucharon, Aiden se dirigió a Alastair:

—Ahora la última palabra la tienes tú. Estamos aquí por ti, por tu enlace o por la anulación del mismo con Brenda y...

—Adnerb —lo corrigió él.

Y, convencido de que no quería marcharse y de que debía hablar con la que era su mujer, añadió:

—Entremos. Todos tenemos hambre.

Dicho esto, los escoceses entraron en el gran salón, donde, al verlos, Callum sonrió.

Desde la mesa presidencial, Adnerb observó que Alastair se sentaba con su gente, pero no le importó. Tal y como estaba de nerviosa, prefería que Demelza estuviera a su lado, cuando ésta murmuró:

—Sé fuerte.

—Lo soy. Pero... pero odio que ese maldito cabezón no recuerde las cosas bonitas que me dijo y... y... ¡Bah..., olvídale! —protestó ella.

Demelza miró entonces a su alrededor.

—¿Sabes dónde está Hilda?

Adnerb negó con la cabeza, pero musitó:

—Ha dicho que iba a la cocina a echar una mano.

Demelza asintió. Conociendo a Hilda, seguro que estaría allí. Y, dispuesta a que la tristeza no les amargara la noche a ninguna de las dos, dijo:

—Escucha, Adnerb, lo que está hecho no se puede cambiar. Como habría dicho mi padre, hay que asumirlo y continuar nuestro camino, y por ello creo que ha llegado el momento de volver a disfrutar del presente, porque el futuro ya vendrá.

—Una más que acertadísima apreciación —asintió ella sonriendo a pesar de la tristeza que albergaba su corazón.

## CAPÍTULO 41

La opípara cena fue sabrosa y succulenta.

Las cocineras de Callum McAllan se esforzaron para agasajar a los invitados, y sin duda alguna lo consiguieron. El pan de cebada, legumbres y centeno, los exquisitos pescados ahumados y la carne asada hicieron que todos aplaudieran felices, y más aún cuando llegaron los postres, entre los que no faltó un exquisito pastel de frambuesas y moras.

Satisfechos, Aiden y sus hombres disfrutaban de aquellos manjares, cuando Moses afirmó levantando una jarra:

—Esta cerveza está exquisita.

Todos asintieron. La cerveza, hecha con cebada, miel fermentada y agua, era una maravilla, pero Gareth, incapaz de dar su brazo a torcer, afirmó:

—Si me dan a elegir, me quedo con la cerveza escocesa, aunque reconozco que ésta no está nada mal.

—Nada mal —cuchicheó Ivo, que ya llevaba varias copas de más.

Los hombres rieron por aquello, cuando comenzaron a oírse unas palmadas. Segundos después, Callum, junto a su hija, Harald y Demelza, se levantó ante los aplausos de todos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alastair.

Aiden, que seguía con la mirada a Demelza, se encogió de hombros. No entendía nada.

—No lo sé —respondió—. Ahora lo veremos.

Una vez aquéllos se colocaron en el centro del salón, comenzaron a sonar

unos golpes secos, a ellos les siguió el sonido de unas gaitas y, tras éstas, unas voces comenzaron a cantar.

Con gracia, Demelza y Adnerb empezaron a bailar alrededor de Callum y de Harald, que sonreían encantados. Aquello parecía una danza típica de su tierra, que ellos conocían y disfrutaban bailando.

Desde donde estaba, Aiden no le quitaba ojo a la pelirroja. Estaba preciosa con aquel vestido azulón y el cabello peinado. Su sonrisa y su rostro relajado le mostraban una faceta de ella que hasta el momento no había conocido, y disfrutando de ello estaba cuando vio que el resto de los presentes, hombres y mujeres, se levantaban y formaban varias filas.

¿Para qué lo hacían?

Sin moverse, Aiden se fijó en cómo los hombres observaban a Demelza.

Ver sus ojos, sus miradas y sentir que éstas recorrían el cuerpo de la joven al bailar le molestó.

¿Por qué tenían que mirarla así?

Intentando disfrutar del momento, volvió a clavar la vista en ella, en aquella joven problemática que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando.

Y, al verla sonreír y disfrutar, sonrió él también. Sonrió como un tonto.

A la primera pieza de baile le siguió una segunda y una tercera, y tanto Adnerb como Demelza danzaban con todo aquel que se lo pedía. Las filas se organizaban para bailar con los cuatro que habían abierto el baile, y posteriormente se formaron más filas para poder bailar primordialmente con las mujeres.

Los hombres de Aiden, integrados en la fiesta, comenzaron a danzar con las jóvenes que por allí había. Y Alastair, al ver a la que era su mujer bailar con todos menos con él, iba a quejarse cuando Aiden, que estaba tan molesto como él por ver a Demelza, gruñó:

—No protestes, ¿acaso no quieres anular tu matrimonio?

Alastair maldijo. El tiovivo de emociones que estaba sintiendo lo tenía en un sinvivir, y musitó:

—Creo que me he precipitado.

—Tú sabrás —afirmó su amigo sin apartar sus ojos de la pelirroja.

De nuevo comenzó otro baile y Alastair volvió a maldecir. Adnerb no lo

miraba, estaba claro que había acatado su decisión, y de pronto se asustó.

¿Y si ahora era ella la que no quería saber nada de él?

Sentir cómo otros ponían sus manos sobre la cintura de su mujer lo estaba sacando de quicio, y, al mirar a su amigo y ver su gesto, fue a hablar cuando éste se le adelantó:

—¿Sabes que llegué a plantearme casarme con ella?

Boquiabierto, Alastair lo miró.

Sabía que Demelza le gustaba, pero no hasta ese punto.

—Pero ya lo olvidé —añadió Aiden—. Sería inaceptable por demasiados motivos.

Alastair asintió y no dijo nada. Comprendía perfectamente cómo podía sentirse su amigo por dentro y decidió callar. Sin duda era lo mejor.

Durante un rato, los dos escoceses observaron danzar, reír y disfrutar en brazos de otros hombres a las mujeres que se habían clavado en sus corazones. No era fácil presenciarlo. Se sentían incómodos de ver su felicidad. Y, cuando Alastair no pudo más, siseó molesto:

—Creo que deberíamos llevárnoslas de aquí.

Al oírlo, Aiden sonrió.

A pesar de todas las barreras que se estaba poniendo, él también lo pensaba y, mirándolo, preguntó:

—¿No crees que estamos locos?

Alastair asintió mirando a su bonita mujer.

—Sin duda. Tenerlas a nuestro lado complicará muchas cosas.

—Lo sé —afirmó Aiden—. Pero no tenerlas a nuestro lado sería un error.

—Un grave error —matizó su amigo.

Según dijo eso, un hombre se sentó junto a ellos, y se dirigió a Alastair:

—Enhorabuena, muchacho. Ya me ha dicho Callum que eres el marido de Adnerb, aunque por poco tiempo.

El escocés asintió sin mucho humor, cuando aquél cuchicheó: —Me gustabas tú más que Brochan. Siempre consideré que era excesivamente mayor para la muchacha.

Alastair no contestó, y aquél, bebiendo de su cerveza, añadió:

—Es una pena que no quieras seguir casado con esa mujercita, cuando

podrías disfrutar de ella y de la poligamia, que, por si no lo sabes, está permitida en el pueblo vikingo.

Oír eso hizo que Alastair parpadeara. Lo había oído decir, pero nunca lo había creído.

—Soy escocés como vosotros —murmuró entonces el hombre bajando la voz— y, al casarme con Freya, ese dato fue lo primero que mi suegro me especificó. Acostarse con otras mujeres no sólo estaba permitido, sino que incluso era necesario.

—¿Qué?! —preguntó Aiden boquiabierto.

El hombre, que ya llevaba varias copas de más, sonrió y, levantándose, cuchicheó antes de marcharse a bailar:

—Y no sólo les está permitida a los hombres, sino también a las mujeres.

—¿Cómo?! —gruñeron Aiden y Alastair mientras veían a aquéllas reír y bailar con otros.

Con expresión de sorpresa e incomodidad, ambos agarraron sus jarras de cerveza y bebieron.

Lo que aquel hombre acababa de decir era una auténtica barbaridad.

De todos era sabido que los vikingos eran raros, muy raros. Permitían cosas como aquéllas, que para ellos eran impensables. Sus mujeres eran sólo suyas, como ellos eran sólo de ellas.

Durante unos segundos, ninguno habló, hasta que Alastair musitó mirando a su amigo:

—Entonces... ¿es cierto!

—Está visto que sí —repuso Aiden de mala gana—. No sólo eran habladoras.

Sin dar crédito, ambos menearon la cabeza para mirar a las mujeres que, ajenas a sus pensamientos, se divertían bailando con los hombres que gustosamente las invitaban a danzar, cuando Aiden, enloquecido de celos, musitó levantándose:

—Se acabó. Me da igual si es vikinga o escocesa. He de hablar con ella.

—Opino como tú —afirmó Alastair imitándolo.

Y, sin pensarlo más, los dos escoceses fueron a por sus mujeres.

## CAPÍTULO 42

Caminando entre la gente, los dos highlanders se separaron en busca de lo que necesitaban. Y, cuando Alastair llegó hasta donde quería, agarró a Adnerb de la cintura, la acercó a él y, mirando al tipo que danzaba con ella, soltó:

—Reclamo bailar con *mi* mujer.

La joven, sorprendida por aquello, y todavía furiosa con él, lo empujó para alejarlo de su lado.

—No reclames lo que en breve dejará de ser tuyo —declaró.

Alastair meneó la cabeza boquiabierto.

—Bren... Adnerb, ¿qué te parece si hablamos?

Nerviosa a la par que enfadada, la joven asintió e, invitándolo a seguirla, indicó:

—Muy bien, hablemos. Sígueme.

Y, sin más, desaparecieron del salón.

Al ver aquello, Aiden sonrió.

Él no era el marido de Demelza, no podía reclamarla como había hecho su amigo. Pero, incapaz de esperar un segundo más, se encaminó hacia el lugar donde ella bailaba y, sin esperar el turno de la fila de hombres que aguardaban, fue hasta ella y susurró agarrándola de la mano:

—Acompáñame.

La aludida lo miró dejando de bailar.

—¿Qué pasa?

—Ven conmigo.

—No.

—¿Qué?!

—Estoy bailando. ¿Qué ocurre?

Como un tonto, Aiden no supo qué decir. Nunca había cortejado a una mujer y menos aún había demostrado en público ese tipo de interés. Estaba atontado por ello cuando el tipo que bailaba con la joven, con una sonrisa, indicó señalando la cola:

—Amigo..., tienes que esperar tu turno.

Aiden miró hacia el lugar donde aquél señalaba. Allí había como unos diez hombres esperando. Y, sin soltar a Demelza, clavó la mirada en aquel tipo y le espetó:

— *Amigo...*, yo no tengo por qué esperar turno.

—¡Serás creído! —se mofó Demelza.

Aiden, al oírla, la miró y siseó:

—No me enfades, pelirroja salvaje...

Sorprendida por el cambio que se había obrado en él, ella replicó:

—No me enfades tú a mí...

El highlander maldijo sin dar crédito y, sin miramientos, insistió:

—Tengo que hablar contigo.

—¿Ahora?! —preguntó ella, acalorada por el baile.

Ver la mano de aquel desconocido sobre la cintura de Demelza estaba poniendo enfermo a Aiden, que, tirando de ella, gruñó mientras se la echaba al hombro:

—¡Sí, ahora!

Horrorizada por lo que aquel bestia escocés estaba haciendo, la muchacha pataleó sobre sus hombros mientras los asistentes los miraban, aplaudían y sonreían.

Aquello era humillante, tremendamente humillante para Demelza. Y, una vez traspasaron las puertas de la fortaleza y Aiden la soltó en el suelo, ella se separó de él de un empujón y siseó furiosa:

—Si vuelves a hacer algo parecido, juro que te mato.

—Baja esos humos..., vikinga.

—Cuando los bajas tú..., escocés.

Esta vez, Aiden sonrió al oír eso.

La luz de la luna se reflejaba en el bonito rostro de la joven, y, necesitado de ella, la acercó a su cuerpo con rapidez y, mirándola a escasos milímetros, susurró:

—Nunca haré nada que no desees, pero ahora deseo be...

No pudo terminar porque fue ella quien lo besó.

El deseo era mutuo. Abrasador. Insaciable.

Ambos se deseaban. Ambos se buscaban. Ambos se necesitaban.

Con propiedad, Aiden la apretó contra su cuerpo y, caminando con ella colgada de su cuello, dobló una esquina. Allí, entre las sombras, nadie los vería dar rienda suelta a su loca pasión.

Un beso..., dos..., cuatro...

Las manos de Aiden volaban bajo el vestido de la muchacha, y, cuando una de ellas subió lenta y tentadoramente por la cara interna de sus muslos, Demelza cerró los ojos y vibró, momento en que Aiden afirmó sonriendo:

—Tu lección esta noche será...

—¡Cállate o seré yo quien te haga saber cuál es tu lección! —ordenó ella excitada.

Sin miramientos, y sin importarle dónde estaban, la pelirroja le desabrochó el pantalón con premura, cuando aquél preguntó:

—¿Qué haces?

Ver la sorpresa en sus ojos le hizo gracia y, acariciando con mimo y decisión su duro pene, respondió sin dudarle:

—Disfrutar de ti.

Loco por lo que aquélla le hacía, sin pensar en nada más, el highlander agarró las calzas de la joven por debajo del vestido y se las arrancó. Ambos se miraron excitados.

Acto seguido, la izó entre sus brazos, la apoyó contra la fría y dura pared de la fortaleza y, una vez la tuvo donde quería, murmuró:

—De acuerdo, pelirroja salvaje..., disfrutemos juntos.

Dicho esto, mirándola a los ojos, colocó su ardiente y sedoso miembro en la deliciosa humedad de aquélla y Demelza jadeó mientras vibraba de placer.



Aiden comenzó a hundirse entonces en ella, una y otra y otra vez, y, tras un ardoroso beso que los hizo temblar a ambos, murmuró:

—Hago locuras por ti..., sólo por ti.

Demelza asintió acalorada mientras él, incapaz de frenar el deseo que sentía, salía y entraba de ella con deseo y desesperación, hasta que al cabo de un rato un increíble y maravilloso clímax se apoderó de ambos.

Tras unos instantes, cuando sus cuerpos pararon de moverse, se miraron a los ojos. Lo que ocurría entre ellos era mágico y especial y, sin hablar, volvieron a besarse con tranquilidad.

Luego ella bajó las piernas al suelo y Aiden musitó:

—No sé qué pensar.

Al oírlo, la joven levantó los ojos hacia él. Ya no la miraba del mismo modo que el día anterior. Y, cuando se disponía a decir algo, el escocés murmuró mientras le tocaba la cicatriz de la mejilla:

—Esto te lo hizo él, ¿verdad?

Sin entender bien su pregunta, ella no respondió, y Aiden, acercando su frente a la suya, musitó:

—Harald me ha contado de tu pasado.

—¿Has hablado con él? —preguntó la muchacha descolocada.

Aiden asintió.

—Callum medió para que pudiéramos entendernos. —Demelza asintió, y él añadió con voz rabiosa—: Sé que ese animal te maltrató y mató a tu familia. Y te juro por mi vida que, cuando lo encuentre, lo voy a matar con mis propias manos por haber osado hacerlo.

Oír eso en cierto modo le gustó a la joven.

Saber que Aiden haría todo aquello por ella era maravilloso, pero no. No podía ser. Ella tenía que matar a Viggo. Y, separándose de él bruscamente, exclamó:

—¡Tú no sabes nada!

Aiden la miró. Entendía su rabia, su frustración, sus miedos. Y, deseoso de estar con ella y de ganarse su confianza, murmuró:

—Demelza, da igual quién seas tú o quién sea yo.

—Te equivocas. No da igual —y, recordando las palabras de Brochan,

insistió—: Nadie permitirá que seamos felices, y tu negocio de caballos se...

—Lo que piensen los demás, teniéndote a mi lado, me da igual. ¿Acaso no lo ves?

Desarmada por ver que aquél estaba dispuesto a tirar todo su futuro por la borda por estar a su lado, la muchacha supo que no podía consentirlo. Si lo hacía, podía llegar el día en el que él, cansado de la situación, se lo reprochara. Y, no, no podría vivir con aquello. Así pues, con todo el dolor de su corazón, acarició su rostro y, cambiando su actitud cariñosa, buscó en su interior aquella que tanto odiaban quienes la querían y, mirándolo desafiante, soltó:

—Aiden, ¿qué deseas de mí?

Su pregunta y, en especial, su tono de voz lo pillaron desprevenido.

Con sus palabras, sus hechos, su preocupación, creía que le haría entender lo que deseaba de ella, y, molesto, contestó:

—¿Tú qué crees?

Horrorizada por el miedo que sentía por todo, pero dispuesta a lograr su propósito, Demelza replicó sonriendo con cierta chulería:

—Si lo que deseabas era quitarme las calzas, ya lo has conseguido.

—¡¿Qué?! —preguntó él descolocado.

Y, al ver su incomodidad, ella añadió tensando más aún la cuerda:

—¿Qué te parece si regresamos a la fiesta? Me gustaría seguir bailando, bebiendo y riendo con otros hombres interesantes que estaba conociendo hasta que tú te has metido por medio.

Su frialdad tras lo que había ocurrido...

Su desapego tras lo que habían hablado...

Aquella versión fría y egoísta de Demelza le hacía daño a Aiden, que, dando un paso atrás para alejarse de ella, preguntó:

—¿Realmente las vikingas sois así?

Al oír eso, ella levantó una ceja.

—¿Así, cómo?

Incómodo, él terminó de abrocharse el pantalón y, parapetándose en la misma frialdad que la joven, respondió:

—Acabas de hacer el amor conmigo y ya estás pensando en ir a divertirte

con otros...

Sin saber por qué, ella sonrió, y entonces él añadió:

—Ah..., olvidaba que tu pueblo permite la poligamia. Claro, ahora lo entiendo todo.

Cada palabra que él decía a ella le dolía más que la anterior. Aunque respetaba el tema de la poligamia y en su momento, cuando estaba casada con Viggo, le había venido bien que él se acostara con otras mujeres, no era algo que aceptara de buen grado. Pero, deseosa de incomodarlo, afirmó:

—Disfrutar de otros hombres siempre es enriquecedor. Si nos casáramos, gracias a la poligamia podríamos disfrutar de otros cuerpos, ¿no te parece tentador?

El gesto de Aiden se endureció más aún. Las venas del cuello se le hincharon. Y Demelza, tensando más y más la cuerda, se mofó:

—¡Por Odín! ¿He dicho algo que te haya ofendido?

Él la miró boquiabierto. Aquella vikinga era una descarada. Una desalmada. Y, enfadado con ella, y sin ganas de seguir escuchándola, siseó:

—Ni me atrae la poligamia ni quiero casarme contigo.

Demelza lo sabía. Sabía que llegaría ese momento, pero, incapaz de demostrar el daño que todo aquello le hacía, parapetándose en aquella frialdad que durante casi toda su vida había empleado, preguntó: —Pero ¿no decías que querías que yo fuera tu mujer? —De nuevo, él no contestó, y ella, sonriendo y separándose un paso, afirmó—: Ah, vale..., acabo de recordar que soy vikinga, pagana, bárbara. Soy todo eso que tanto detestas y...

—¡Cállate! —bramó Aiden ofuscado.

Si había ido a aquella fiesta había sido por ella.

Si la había separado de aquellos hombres con los que bailaba había sido para estar con ella.

Pero ahora, viendo sus fríos ojos, su insensible mirada y sintiendo su afilada lengua, el highlander cabeceó e indicó:

—No sé qué hago aquí, ni por qué intento hablar contigo una y mil veces.

Está claro que tú y yo nunca hemos estado destinados a entendernos, y creo que esto se ha de acabar aquí y ahora. Tú eres la última mujer con la que querría compartir mi vida.

—¿Pretendes ofenderme diciendo eso?

Aiden maldijo. Pero ¿es que aquélla no tenía límites? Y, cuando iba a contestar, Demelza se volvió para que no viera cómo el color de sus ojos se llenaba de pena y desesperación, comenzó a caminar hacia la casa e indicó:

—Muy bien. Ya está todo dicho. Regresemos a la fiesta.

Sin dar crédito, Aiden la siguió ofuscado. No cabía duda de que todo había terminado.

## CAPÍTULO 43

La celebración continuaba y todo el mundo disfrutaba de la bebida, la música y el bonito momento.

El consejo que Callum había requerido para solucionar el tema de su hija lo reclamaba. Debían arreglar el problema originado por Adnerb.

Con disimulo, Callum había observado cómo un rato antes su hija y el que era su marido se marchaban del salón. Sus gestos no parecían muy felices y los había oído discutir. Seguían enfadados. Ahora, el hombre, acercándose a Adnerb, que estaba junto a una mesa cogiendo una jarra de cerveza, le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

La joven, que había pasado un mal rato con Alastair porque lo que parecía que empezaba bien finalmente había acabado en desastre, tras dar un trago a su cerveza, musitó:

—No sabría decirte, padre.

Callum suspiró. Ver la tristeza tras haber conocido la dicha en la mirada de su hija no era agradable, y murmuró:

—He reunido al consejo. Me esperan y...

—Solicita la anulación, padre.

—¿Estás segura, hija?

Tras la conversación mantenida con Alastair, que había comenzado con besos apasionados pero terminado con reproches, la joven bebió un trago de su cerveza y, suspirando, afirmó:

—Sí, padre. Lo amo, pero lo hice mal y él nunca me lo perdonará.

Callum buscó a Alastair con la mirada, que estaba hablando con los guerreros de Aiden. Ese hombre le gustaba para su hija, e insistió:

—Quizá si hablarais de nuevo con más tranquilidad...

—¿¡Hablar?! —gruñó Adnerb—. Lo he intentado, padre. Pero es llegar a un punto y no poder parar de discutir. Se siente engañado. Me culpa de haberle mentado y...

—Es que lo engañaste, hija..., lo engañaste.

Ella asintió, sabía que tenía razón.

—He hablado con tu madre —prosiguió Callum—, y ella me ha dicho que prefieres ingresar en un convento a plantearte de nuevo otro enlace.

—Sí, padre..., es lo que deseo.

El hombre suspiró. Lo último que deseaba para su hija era una vida monacal y, dispuesto a evitar aquello, que sin duda sería un error, insistió:

—Escucha, Adnerb. Olvídate de Brochan. No permitiré que te cases con él, pero hablé con Joseph Vinal y su hijo Kirk estaría dispuesto a ser tu marido si tú quieres.

—¿Casarme con el hijo de Joseph Vinal?

—Sí.

—¿Con Kirk?

—Sí, hija, con Kirk.

Adnerb se sorprendió. En otro momento aquello habría sido una buena solución. Kirk era joven, agradable, aventurero, pero, tras pasar Alastair por su vida, ya nada podría ser igual.

Alastair, al ver a su mujer y al padre de ésta charlando, se inquietó.

¿De qué hablaban?

Y, separándose de los demás, cogió una jarra de cerveza y, con sigilo y sin ser visto, comenzó a acercarse a ellos.

Entonces, Callum vio bailar a Kirk y, señalándolo, dijo:

—Ahí lo tienes, Adnerb.

Ella lo miró. Era uno de los muchachos con los que había estado bailando y, sonriendo, cuchicheó:

—Kirk es muy guapo, padre. Y tiene buena planta.

Callum asintió.

—Creo que ese chico podría hacerte feliz una vez dejes de estar casada con Alastair. Y, lo mejor, no estarás lejos de casa, hija. Piénsalo.

—Sin duda, Kirk sería una buena opción y tendríamos preciosos niños rubios —se mofó Adnerb sonriéndole a su padre.

Alastair, que había escuchado la última parte de su conversación, preguntó entonces sorprendido y ofendido a partes iguales:

—¿En serio estás ya buscando con quien reemplazarme?

La voz molesta de Alastair sonó tras ella y Adnerb cerró los ojos. Después de la desastrosa discusión que habían tenido, aquello podía ser la gota que colmara el vaso, y, volviéndose a mirarlo, dijo:

—Alastair, no sé qué es lo que has oído, pero...

—Sé muy bien lo que he oído —replicó enfadado.

La joven maldijo. La decepción en los ojos de aquél era patente, e, ignorando que su padre estaba junto a ellos, insistió:

—Alastair...

—No me lo puedo creer... Ya estáis planeando una nueva boda. Pero ¿acaso vosotros no tenéis sentimientos? —exclamó Alastair colérico.

—Muchacho... —intercedió Callum—, a ver...

—Padre..., déjame a mí.

Pero Alastair se dio media vuelta y, enfadado como nunca antes en su vida, caminó hacia la puerta. Callum miró a su hija mientras ésta echaba a correr tras él. Al llegar a la puerta, la joven se colocó delante de su marido y soltó:

—¿Se puede saber por qué no me dejas explicarme?

Pero Alastair ya no razonaba. Ya no escuchaba.

Lo que había oído era indignante. Una ofensa para él.

Pero ¿con qué clase de mujer fría y calculadora se había casado?

Demelza y Aiden, que entraban en ese instante por la puerta, al ver a aquellos dos discutiendo, se apresuraron a ir hacia ellos, cuando oyeron a Alastair gritar:

—¡No necesito explicaciones! Sé lo que he oído. Y ahora..., corre hacia ese tal Kirk...

—Alastair, por favor..., no sabes lo que estás diciendo.

—Quítate de en medio, mujer.

A la joven le dolió la rabia con que lo dijo y, consciente de que ya nada volvería a ser como antes, siseó:

—Está visto que para ti vuelvo a ser *lady Cállate*.

El escocés la miró. Ella para él era muchas más cosas, pero, ofuscado, voceó:

—¡No haces más que darme quebraderos de cabeza!

La joven no se movió, y Aiden, agobiado por su propio problema, preguntó acercándose:

—Pero ¿qué os ocurre?

Alastair resopló y, necesitado de marcharse de allí, repuso:

—Ocurre lo que tenía que ocurrir. Esta mujer y yo ¡no nos entendemos!

Regreso al campamento y al amanecer tomaré rumbo a Keith contigo o sin ti.

Demelza miró a su amiga y Adnerb protestó:

—Ha oído algo, ha sacado sus propias conclusiones y no me deja explicarme. ¿Qué hago?

Aiden y Demelza se miraron retadores. Estaba claro que allí ninguno tenía futuro, cuando Alastair dijo mirando al padre de la que era su mujer:

—Callum, hazme saber que vuelvo a ser un hombre sin mujer en cuanto el consejo lo apruebe.

—¡Alastair! Pero, escúchame... —gruñó Adnerb.

—¡Cállate! —siseó él furioso. Y, deseoso de hacerle daño, soltó—: *Mi Moira me dará una vida más tranquila y sosegada que tú.*

—¡¿ *Tu Moira*?! —bramó la joven encolerizada.

Según la muchacha rubia dijo eso, Alastair se dio cuenta de su error, pero, incapaz de rectificar, asintió:

—Sí, ¡ *mi Moira*!

Enfadada al oír eso, la joven iba a responder cuando Alastair añadió:

—Y ahora..., ve a refugiarte en brazos de ese tal Kirk y olvídate de que yo existo.

Acto seguido, Adnerb, furiosa, cogió fuerza y, dándole una patada en la



espinilla que lo dobló en dos, gritó fuera de sí:

—¡Pues que seas muy feliz con *tu* Moira!

Y, dicho esto, la joven, con las lágrimas en los ojos, se dio media vuelta y se marchó a toda prisa del salón. Demelza, confundida por aquello, miró a Aiden. Con seguridad sería la última vez que pudiera verlo en la vida.

Durante unos segundos, ambos se miraron, hasta que finalmente éste, enfadado, siseó en dirección a su amigo:

—Vayámonos de aquí. Sin duda, ya nada nos retiene en este lugar.

A Demelza se le paró el corazón al oírlo, pero, sin mostrarle su dolor, se volvió y siguió a su amiga, en el mismo momento en que Alastair se incorporaba y con mal gesto murmuraba:

—Casi me rompe la pierna... ¡Será bruta!

Callum, que nunca había visto así a su hija, sorprendido por su arranque, iba a hablar cuando Alastair insistió mirándolo:

—Ve y habla con el maldito consejo. Quiero recuperar mi libertad y no volver a saber nada de tu hija.

—Pero, muchacho...

—¡Callum, por favor! —voceó aquél.

Una vez el hombre se marchó, Alastair, dolorido, salió de la fortaleza junto a Aiden.

Una vez fuera, su amigo preguntó:

—Pero ¿qué ha ocurrido? Lo último que vi es que os besabais y...

—La oí eligiendo marido junto a su padre.

—¡¿Qué?!

Enfadado como nunca, Alastair caminó hacia su caballo y, una vez llegó a él, siseó:

—Esa maldita pagana me está volviendo loco, y no estoy dispuesto a permitírselo.

Aiden no dijo nada. Entendía perfectamente las palabras de aquél, y, cuando montó en su caballo, Alastair le preguntó:

—¿Y Demelza?

Él movió la cabeza y, sin ganas de hablar, replicó:

—No es la clase de mujer que yo esperaba.

Cinco minutos después, todos los hombres de Aiden estaban en el exterior.

Lo pasaran bien o no en la fiesta daba igual. Ésta se había acabado para ellos.

## CAPÍTULO 44

Adnerb estaba hecha un mar de lágrimas en su habitación.

No llegaba a entender qué había ocurrido con Alastair.

—Sólo estaba bromeando con mi padre —dijo mirando a Demelza—, pero... pero ese escocés presuntuoso no ha querido escucharme y... ¡Oh, Dios! ¿Por qué todo tiene que salirme siempre mal? ¿Por qué?

La pelirroja suspiró y, entendiendo sus palabras, musitó:

—Tranquilízate. Hablaremos con él y...

—¡No! No tengo nada que hablar con él... ¡Que se vaya con... con *su* Moira! ¡Ay, Dios..., muero de penaaaaaaaaaaaaa!

La rabia al pronunciar ese nombre hizo que la pena de Adnerb se redoblara, y entonces su amiga murmuró abrazándola:

—Moira no significa nada para él.

—Pero ha dicho *¡mi Moira!*... ¡Lo ha dicho!

Demelza asintió, ella también lo había oído, y, segura de lo que decía, afirmó:

—Pero lo ha dicho para molestarte. Él estaba enfadado, dolido, y quería hacerte daño a ti.

—¡Lo odio!

Demelza sonrió. Sin duda, aquel tipo de odio era puro amor, y, consciente de lo ocurrido entre ella y Aiden, afirmó:

—Te quiere..., no lo dudes.

Adnerb se levantó de la cama y se encaminó hacia la ventana. Allí, se

sentó en el alféizar y, cuando Demelza se acercó a ella, murmuró observando el cielo iluminarse:

—Van a bailar los colores.

Al oír eso, Adnerb la miró, y Demelza, sonriendo al ver cómo el cielo se iluminaba en tonos verdes, violetas y blancos, apostilló:

—A mi hermana Ingrid y a mí nos encantaba tumbarnos en el bosque a mirar cómo los colores bailaban para nosotras.

—¿En serio?

Demelza afirmó con la cabeza y, a continuación, murmuró con pesar:

—En Noruega hay muchas leyendas que cuentan que esos colores son el reflejo de las espadas de las valquirias, las sonrisas de niños bailando o las almas de mujeres que murieron enamoradas y...

No pudo continuar. Recordar a su hermana era doloroso. Y Adnerb, cogiéndole las manos, musitó:

—Tranquila.

Demelza asintió, y su amiga, al ver su mirada, preguntó:

—¿Todo bien con Aiden?

La joven negó con la cabeza y, sin ocultar que ella lo había provocado, le contó lo ocurrido y, cuando terminó, musitó:

—Lo alejé de mí por su bien.

—Por todos los santos, Demelza, ¿qué has hecho?

La aludida miró aquel bonito cielo que tanto le gustaba observar y murmuró:

—Hice lo que tenía que hacer.

—Pero, Demelza...

—Escucha, Adnerb, siempre te he dicho que soy de las que piensan en el presente y que el futuro ya vendrá. Pero Aiden no y, por ello, pensé en su futuro y me di cuenta de que yo no debo estar en ese futuro.

Ambas se quedaron entonces en silencio, sumidas en sus propios pensamientos. La fiesta había terminado desastrosamente, pero allí estaban ellas, mirando los colores del cielo al iluminarse.

—¿Se ven tan bonitos como en Noruega? —preguntó Adnerb al cabo.

Demelza sonrió con pesar.

—Es parecido.

—¿Más bonito aquí o allí? —insistió ella.

Con una sonrisa en los labios porque el cielo y los colores que ante ellas tenían eran espectaculares, la pelirroja afirmó:

—En ambos sitios es precioso. No sabría decirte.

Volvieron a guardar silencio unos instantes, hasta que Adnerb declaró mirándola:

—Ingresaré en un convento. Lo he hablado con mis padres y...

—Pero ¿qué tontería estás diciendo?

La muchacha rubia la miró y asintió.

—Una vez deje de ser la mujer de Alastair no quiero ser la de nadie más.

He conocido el amor. He experimentado ese sentimiento que siempre soñé y... y, aunque mi padre ya ha encontrado con quien casarme...

—¿Brochan?

—No. Es un muchacho de mi edad, Kirk. Pero no quiero. Deseo mantener en mi recuerdo a Alastair. A mi amor.

De nuevo, ambas callaron mientras desde la ventana veían marcharse a los invitados. La celebración había acabado, cuando de pronto Adnerb, al ver salir a un grupo de hombres acompañado por su padre, susurró:

—El consejo se marcha.

Ambas entendieron qué quería decir aquello y, mientras observaban a un jinete que se alejaba, la muchacha añadió:

—Alastair ahora sabrá que vuelve a ser un hombre libre. Como yo soy una mujer sin marido.

Demelza miró a su amiga con tristeza. Sabía cuánto quería al escocés, e, incapaz de no decir nada, susurró:

—Lo siento, Adnerb. Lo siento mucho.

—Lo sé —repuso ella. Y, con los ojos anegados en lágrimas, murmuró—: Estoy triste, hundida, destrozada y...

—Y por eso mismo —la cortó Demelza— has de levantarte y seguir luchando por ti y por lo que quieres.

—Pero... ¿cómo? ¿Cómo hacer eso que me pides?

La joven pelirroja sonrió.

Ella misma no sabía cómo lo había conseguido en su vida tantas veces, pero con seguridad afirmó:

—Creyendo en ti. Cree en ti y lo conseguirás.

Adnerb asintió. Una lágrima rodó entonces por su rostro y, mirándola, murmuró:

—Ser o tener sangre vikinga y enamorarte de un escocés no es lo ideal, ¿verdad?

Pensando en su propia experiencia, Demelza negó con la cabeza.

—No —aseguró—. No es lo ideal.

Ambas sonrieron con tristeza cuando Adnerb, intentando alegrarse, afirmó:

—Aunque, bueno..., a pesar de esa eventualidad, mis abuelos se enamoraron y lo único que los separó fue la muerte.

—Mis padres también —convino Demelza con una triste sonrisa.

—Quizá... quizá por eso yo siempre he buscado el amor puro y verdadero —prosiguió Adnerb—. Ese amor sin barreras, sin límites, del que tanto me habló mi abuela.

De pronto, se deslizó un papel por debajo de la puerta de la habitación.

Demelza y Adnerb lo miraron, y esta última preguntó:

—¿Qué es eso?

Su amiga se apresuró a recogerlo del suelo y, enseñándoselo, dijo:

—Será para ti. Es tu habitación.

Adnerb, retirándose su escandaloso pelo rubio de los ojos, cogió el papel que aquélla le entregaba y, al abrirlo y leerlo, murmuró con gesto de susto:

—Oh, Dios..., ¡es para ti!

Sorprendida, la muchacha pelirroja asió aquello que su amiga le tendía temblorosa y leyó:

Demelza:

Tengo en mi poder a tu querida Hilda. Te espero al final del puerto de Inverness antes del amanecer.

S. M. L.

Sin dar crédito, la joven leyó otra vez la nota.

No, no podía ser. Aquello no podía estar ocurriendo. Hilda, no.

—¿Quién es S. M. L.? —preguntó Adnerb.

Demelza, que parecía en estado de *shock*, negó con la cabeza.

—No lo sé..., pero lo mataré.

Adnerb, al ver a la joven tan paralizada, cogió fuerzas y, haciendo que la mirara, pidió:

—Tranquilízate. A Hilda no le va a pasar nada.

Demelza temblaba, y la muchacha rubia, sintiendo que en ese instante ella debía ser la fuerte, musitó:

—Antes de alarmarnos, busquémosla por la fortaleza con disimulo. Nadie tiene que notar que pasa algo o se asustarán.

Sin hablar, las dos salieron de la habitación en busca de Hilda y, con precaución para no alertar a todo el mundo, la buscaron por la fortaleza, pero no la encontraron. Por ello, regresaron de nuevo al cuarto de Adnerb y, con la puerta cerrada, Demelza murmuró temblorosa:

—He de ir al puerto. Hilda... me necesita.

Su amiga, consciente de la gravedad del tema, asintió e indicó mirando la nota:

—Está en gaélico, por lo que el tal S. M. L. debe de ser escocés. Al menos sabemos que no es Viggo, aunque probablemente sea uno de sus esbirros, que te buscan.

Demelza asintió y afirmó sin saber quién era aquél o qué quería de ella:

—Eso lo único positivo que veo en todo esto.

No dispuesta a permitir que fuera sola a aquel sitio, Adnerb aseguró:

—Iré contigo.

—¡Ni hablar! —protestó Demelza.

—O voy contigo o no vas.

—¡Correrás peligro!

—¡Soy tu hermana!

—Adnerb..., piénsalo...

—He dicho que voy contigo —insistió ella.

—Pero Alastair se...

—Alastair —la cortó— ya no es nadie en mi vida. Recuérdalo.

Intentando mantener la mente fría, Demelza se retorció las manos y, sin

levantar la voz, siseó:

—Por todos los demonios, Adnerb, ¿para qué vas a venir conmigo? ¡Es peligroso! No sabemos quién es ese hombre ni cuáles son sus intenciones.

¿Acaso sabes luchar para defenderte?

—No. No sé luchar como tú —gruñó y, abriendo una cajita, añadió—, pero sé dialogar y tengo joyas valiosas que, si se las doy a ese tipo, quizá le valgan para olvidarse de lo que ofrecen por ti y soltar a Hilda.

Demelza miró lo que aquélla tenía en las manos. Sin duda, era un buen botín, y, pensando en Hilda, murmuró mirando sus pintas:

—Necesitamos ropa. No... no podemos ir así.

Adnerb soltó las joyas sobre el aparador y, tras darle un abrazo, afirmó:

—Iré a buscar ropa de mis hermanos. No te muevas de aquí.

Nerviosa, Demelza vio salir a la joven de la estancia mientras el corazón parecía querer salirse del pecho. Hilda, su Hilda estaba en peligro. Y ella se sentía culpable. Si no hubiera estado tan pendiente de Aiden, se habría percatado antes de su desaparición.

Maldijo sintiéndose fatal. Por su culpa... Por su falta de atención Hilda corría peligro.

Horrorizada, pensaba en ello cuando la puerta de la habitación se abrió y Adnerb volvió cargada con infinidad de prendas. Rápidamente, las dos jóvenes se quitaron los bonitos y delicados vestidos, dejándolos esparcidos por el suelo, y se vistieron con ropa de hombre, más cómoda para cabalgar.

Mientras se vestían, Demelza comentó:

—Harald me dijo que uno de los hombres que ha viajado con nosotros es un informador de Viggo.

Adnerb se paró y, sorprendida, preguntó:

—¿¡Qué?! Pero ¿quién es?

La joven pelirroja, preocupada por Hilda, bajó entonces la voz y susurró:

—Moses.

—¿¡Moses?! —exclamó boquiabierta Adnerb.

Demelza asintió y afirmó apenada:

—Sí. Siempre me observa y me vigila con disimulo. Hoy, cuando lo increpé en la fiesta y vi que lo había desconcertado... ¡Sé que es él!



Una vez acabaron de colocarse la ropa, se echaron unas pieles con capucha por encima y se percataron de que el escandaloso y largo cabello de Adnerb quedaba al descubierto. Era demasiado largo para esconderlo. Y, ni corta, ni perezosa, aquélla, asiendo la daga que ahora siempre la acompañaba, lo agarró con un movimiento seco y decidido y se lo cortó ante la cara de sorpresa de Demelza.

Boquiabierta al ver a su amiga con su pelo en la mano, la pelirroja exclamó:

—Pero ¿qué has hecho?

—Liberarme —murmuró ella en un hilo de voz.

Demelza no daba crédito, y, mientras veía a aquélla sonreír, musitó:

—Pero... tu pelo.

La joven asintió y, soltando en el suelo aquello por lo que tanto se había preocupado en otro tiempo y que tanto apreciaba su madre, declaró:

—Me lo iba a cortar igualmente en el momento en que ingresara en el convento, ¡¿qué más da?!

Sin dar crédito, Demelza terminaba de cubrirse bien con la piel cuando Adnerb murmuró mirándose al espejo:

—Además, no pretendo enamorar a nadie. ¿Qué más da mi aspecto?

Demelza no contestó, cuando aquélla preguntó mirándola:

—Tengo una curiosidad.

—Tú dirás.

—¿Qué vas a hacer cuando consigas acabar con Viggo?

Al oír eso, la joven pelirroja respondió sin dudarle:

—Regresar a Noruega.

—¿Volverías a hacer quesos?

—Posiblemente.

Adnerb asintió y a continuación preguntó dispuesta a todo:

—¿Me enseñarías a mí a hacerlos?

Cuando Demelza oyó eso, la miró y Adnerb aclaró:

—Aquí ya no tengo nada, excepto ingresar en un convento. Y he pensado que, si tú me dejaras, podría irme contigo, Hilda y Harald a Noruega y...

Emocionada por aquello, Demelza la abrazó y, segura de que quería a la

muchacha en su vida, afirmó:

—Tenerte a mi lado será un honor.

Ambas sonrieron por aquello, cuando, separándose, Demelza dijo poniéndose repentinamente seria:

—Pero de momento recuperemos primero a Hilda. El resto ya se verá.

—Exacto. Vivamos el presente —matizó Adnerb.

Una vez Demelza se ciñó el cinturón para que no se le cayeran los pantalones, al ver que su amiga se miraba en el espejo y se tocaba el cabello, afirmó:

—Eres bonita con el pelo largo y con el pelo corto.

Adnerb sonrió con tristeza, y mirando el aspecto de las dos vestidas de hombres, con el pelo por los hombros, murmuró:

—Escocesas o vikingas, somos dos desastres, ¿verdad?

Su pregunta hizo sonreír a Demelza, que declaró consciente de su realidad:

—Siento decirte que sí.

Adnerb se encogió de hombros, ya nada le importaba. Y, levantando el mentón, afirmó entregándole parte de sus joyas para que las guardara:

—No perdamos un segundo más. Vayamos a por Hilda.

Demelza sonrió y, mientras salía ya por la puerta, indicó:

—Tu abuela debe de estar muy orgullosa de ti.

Con toda la prudencia del mundo, las dos jóvenes recorrieron los pasillos de la fortaleza evitando a los sirvientes hasta que consiguieron salir de la misma.

Sin aliento, se dirigieron a las caballerizas. Necesitaban sus monturas.

Pero, al acercarse, vieron que junto a la entrada había dos hombres charlando que rápidamente Adnerb identificó como a dos de sus hermanos. Durante un rato esperaron a que aquéllos se marcharan, pero al ver que no se movían, Demelza murmuró inquieta:

—Debemos entrar en las caballerizas.

Adnerb observó a sus hermanos Angus y Cameron hablar y, dispuesta a hacer lo que su amiga decía, indicó:

—Cubrámonos las cabezas con las capuchas de las pieles y caminemos

como dos hombres. Ellos ni nos mirarán.

—¿Estás segura? —preguntó Demelza.

—Sí. Muy segura.

Instantes después, las dos mujeres, arqueando un poco las piernas y arrastrando los pies, comenzaron a caminar hacia las caballerizas. Al oír ruido, Angus y Cameron miraron hacia atrás, y, al ver a dos hombres, echaron a andar mientras continuaban charlando.

Una vez en las caballerizas, las dos muchachas rompieron a reír, y Demelza iba a decir algo cuando Adnerb declaró:

—Contigo tengo una buena maestra.

Sonriendo, las dos corrieron sigilosamente hasta sus caballos. *Unne* y *Ross* piafaron al verlas, cuando de pronto oyeron un ruido cerca de ellas.

Rápidamente, Demelza y Adnerb se agacharon.

¿Quién venía?

La pelirroja levantó la cabeza. Si era Harald, lo tendrían difícil para engañarlo, pero, por suerte, el ruido lo había hecho el cachorro de lobo.

Demelza lo cogió con cariño, lo estrechó contra su cuerpo y, cuando lo dejaba de nuevo en su redil, murmuró:

—Prometo regresar. Te lo prometo.

Con el mismo sigilo que habían entrado, salieron entonces de las caballerizas, y, cuando se vieron amparadas por los árboles, ambas montaron en sus caballos y Demelza pidió mirando a Adnerb:

—Ahora guíame hasta el puerto.

La joven asintió, y, sin perder tiempo, ambas fueron en busca de Hilda.

## CAPÍTULO 45

En el campamento, Alastair recogía sus cosas furioso. Pensar en Adnerb le resultaba muy doloroso, cuando Aiden insistió:

—Te equivocas una vez más.

—Dudo que me equivoque.

—¿Por qué no te paras, respiras y piensas en lo que...?

—Amigo, esa mujer ya se ha reído lo suficientemente de mí, ¿no crees?

Los hombres de Aiden los miraban en silencio desde la distancia. Lo que ocurría era del dominio de todos, pero simplemente observaban y callaban, nada tenían que decir al respecto, cuando Aiden insistió:

—Quizá lo que oíste no...

—¡Sé lo que oí!

Aiden asintió y, bajando la voz para que sólo su amigo lo oyera, preguntó:

—¿A qué vino mencionar a Moira?

Alastair resopló. Ni él mismo sabía por qué lo había hecho.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

Al ver las pocas ganas que su amigo tenía de hablar, Aiden finalmente se sentó a observarlo. Alastair movía sus cosas de un sitio para otro, sin ton ni son, cuando se oyó a uno de sus hombres gritar:

—¡Se acerca un jinete!

Aiden se levantó, Alastair se acercó a él y el primero señaló:

—Creo imaginar a qué viene.

Alastair no dijo nada, y, cuando el jinete llegó hasta ellos, tras mirar a los escoceses con precaución, dijo:

—Busco a Alastair Matheson.

—Soy yo.

El jinete, sin dudarlo, le entregó un pergamino al tiempo que le decía:

—Para vos, de parte de mi señor, Callum McAllan.

Dicho esto, el hombre se dio media vuelta y desapareció cabalgando por donde había llegado.

Los escoceses se quedaron mirando a Alastair.

Todos sabían lo que posiblemente decía aquel pergamino, y Aiden, al ver a su amigo paralizado mirando aquello, lo tocó en el hombro y pidió:

—Acompáñame.

En silencio, los dos se dirigieron hacia la tienda de Aiden, y, una vez dentro, éste dijo:

—Ábrelo y lee lo que pone.

Sin rechistar, su amigo hizo lo que le pedía, y, después de leer, declaró tirando el pergamino:

—Soy un hombre libre. Ya no estoy casado con Adnerb McAllan.

Aiden asintió y, al ver cómo aquél miraba al suelo, preguntó:

—¿Eso era lo que querías no?

Confundido, Alastair asintió.

—Sí.

De nuevo el silencio se apoderó del lugar cuando Aiden, seguro de su decisión, musitó:

—En cuanto recojamos el campamento podemos partir para Keith. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

Según dijo eso, Alastair fue consciente de que, sumido en su propio problema, no se había preocupado por su amigo.

—¿Tú estás bien? —le preguntó.

—Sí —afirmó Aiden sin querer hablar del tema.

—Demelza...

—Prefiero que ni la nombres —lo cortó.

Alastair asintió, pero, incapaz de no soltar lo que le rondaba por la cabeza, añadió:

—¿Eres consciente de que nos han roto el corazón dos malditas vikingas?

Aiden lo miró. Era una tontería negarlo, por lo que afirmó:

—De lo que soy consciente es de que nunca más volveré a pensar en las ridículas pruebas de amor y, mucho menos, le abriré mi corazón a nadie.

Ambos sonrieron, cuando Alastair, al ver la mirada triste de su amigo, preguntó:

—¿Estás seguro de que quieres partir?

Tras unos segundos de silencio, en los que Aiden luchó de nuevo contra sus sentimientos, pues era consciente de que era imposible intentar algo con Demelza, musitó:

—Sí, Alastair. Muy seguro.

De nuevo, se miraron. El modo en que se sentían por todo lo ocurrido era algo nuevo para ambos. Por ello, Alastair, incapaz de entender qué pasaba por sus cabezas, pidió necesitado de estar solo:

—Cuando me digas, estaré preparado.

Y, acto seguido, salió de la tienda, dejando a Aiden desconcertado.

Sentándose en el suelo, Aiden se sacó del pantalón el pañuelo de Demelza que él se había guardado en el bolsillo sin que ella se diera cuenta cuando se le había caído en el exterior de la fortaleza. Aparte de los recuerdos, aquello sería lo único que atesoraría de ella, de la mujer vikinga de extremo valor que le había roto el corazón. Se lo acercó a la nariz, e, instantáneamente, el maravilloso olor de la joven lo inundó. Y, sin poder evitarlo, cerró los ojos y murmuró:

—Pelirroja salvaje..., ¿cómo voy a vivir ahora sin ti?

## CAPÍTULO 46

Harald estaba tumbado en medio del bosque con los ojos cerrados.

Los colores danzando en el cielo, de los que un rato antes había disfrutado, era algo que a Ingrid, su mujer, le habría encantado ver.

Todavía recordaba los días con ella. Su risa. Su manera de disfrutar de la vida, su manera de quererlo. Toda ella había sido siempre alegría y tenacidad, y, emocionado, abrió los ojos y miró al cielo, que ya se había oscurecido, mientras murmuraba:

—Mi vida, bailarás eternamente para mí.

Y, acto seguido, acongojado y abatido por la terrible pérdida, rompió a llorar.

Se decía que los hombres no lloraban, pero él sí lo hacía. No podía controlar la terrible tristeza que la pérdida de su mujer le había ocasionado, y lloró con desconsuelo mientras sentía que necesitaba un abrazo de aquella mujer que ya nunca más podría dárselo.

Cuando finalmente se calmó y se secó las lágrimas, se levantó pesaroso.

Pensar en regresar a la fortaleza de Callum no era lo que más le apetecía, pero debía volver. Demelza estaba allí.

En su camino oyó cascos de caballos. El puerto de Inverness estaba cerca y sin duda era un lugar tremendamente concurrido.

Pensó en Demelza y sonrió. Aquella pequeña pelirroja había conseguido llegar sana y salva a tierras extranjeras, y saber que Aiden McAllister la protegía le daba algo más de tranquilidad.

Una vez llegó a las inmediaciones de la fortaleza, decidió acercarse a las caballerizas. Deseaba ver a *Unne* y al cachorro de lobo antes de irse a dormir.

Pero, al entrar, rápidamente llamó su atención no ver la yegua.

¿Dónde estaba?

Se acercó hasta su cuadra y, al ver que allí sólo estaba el pequeño lobo en su redil, se inquietó.

De inmediato, miró hacia el lugar donde debía estar el caballo de Adnerb y, al no verlo tampoco, murmuró:

—No, Dem... No..., no..., no...

A toda prisa, corrió hacia la fortaleza y, al entrar, vio que la fiesta se había acabado. Los criados recogían copas y platos. Y, dispuesto a buscar a Callum, se volvió cuando se lo encontró de frente con dos de sus hijos.

—Harald, ¿qué te ocurre? —preguntó el hombre al ver su gesto descompuesto.

—¿Dónde están Demelza y Adnerb?

Callum suspiró y respondió negando con la cabeza:

—Ah..., esas muchachas son complicadas, ¡muy complicadas!

—¿Dónde están?

—Creo que en la habitación de mi hija.

—Sí —afirmó Cameron—. Me consta que están allí porque las vi entrar tras la discusión con Alastair.

—Por Odín, ¡ni me lo recuerdes! —protestó Callum.

Sin tiempo que perder, ni de preguntar el motivo de la discusión, Harald corrió a la primera planta de la fortaleza.

Callum, Cameron y Gordon lo siguieron sin entender nada y, al llegar a un pasillo donde había varias puertas, Harald preguntó:

—¿Cuál es la habitación de Adnerb?

—Pero, muchacho, ¿qué ocurre? —preguntó Callum preocupado.

—¿Cuál es? —insistió Harald.

Rápidamente Gordon abrió una puerta y, sin dudarle, Harald entró. Allí no había nadie, y, al ver los bonitos vestidos tirados en el suelo, bramó:

—¡¿Dónde están?!

Gordon entendió de inmediato su preocupación y, cerrando los ojos,



musitó sin dar crédito:

—¿Otra vez?

—¿Otra vez, qué? —preguntó Callum entrando en el cuarto. Al ver aquello, el gesto se le descompuso y musitó—: La voy a matar. Esta vez la mato.

Pero Harald no lo escuchaba. Sólo pensaba adónde podrían haber ido aquellas dos, y, dirigiéndose a ellos, exclamó:

—Maldita sea..., ¿adónde han ido?

Preocupado, tras mirar a sus hijos y ver que ellos no sabían nada, Callum no supo qué decir, cuando Harald añadió:

—Sus caballos no están en la cuadra y...

—¡¿Qué?! —bramó Callum.

—¡Buscad a Hilda! ¡Rápido! —exigió Harald.

—Padre, ¿eso no es el cabello de Adnerb?

Todos miraron al suelo, donde estaba esparcido el precioso cabello rubio de la muchacha, y Callum musitó:

—Por el amor de Dios... Pero ¿qué ha hecho esta vez?

Entonces, Cameron y Gordon sonrieron, y el primero murmuró:

—Cuando se entere madre, ¡verás!

Alarmado, Callum comenzó a vocear.

¿Dónde estaba su hija?

¿Dónde estaba Demelza?

De pronto, la madre de Adnerb entró en la habitación alarmada por los gritos.

—Pero ¿qué ocurre?

Y, antes de que nadie pudiera decir nada, la mujer se fijó en el cabello que había en el suelo y, llevándose las manos a la boca, murmuró en un hilo de voz:

—Oh, Dios mío... Oh, Dios mío...

Callum suspiró y, acto seguido, pidió mirando a sus hijos:

—Cameron, Gordon, sujetad a vuestra madre, que se va a desmayar.

Y dicho y hecho. La mujer se desmayó y los muchachos la dejaron sobre la cama de Adnerb.

Harald no entendía nada. No comprendía adónde habían ido las jóvenes y, al ver que Hilda tampoco estaba allí, musitó dando una patada a los vestidos del suelo:

—Dem..., cuando te encuentre, te voy a matar.

Los vestidos y el pelo rubio de Adnerb volaron por los aires, y, al ver una nota que salía de debajo del montón de ropa, el vikingo la cogió. La leyó, pero no la entendió porque estaba en gaélico, y entonces pidió entregándosela a Callum:

—¿Qué pone aquí?

El hombre la cogió tembloroso y tradujo.

Demelza:

Tengo en mi poder a tu querida Hilda. Te espero al final del puerto de Inverness antes del amanecer.

S. M. L.

Una vez terminó de leerla en voz alta, miró a Harald y preguntó:

—¿Quién es S. M. L.?

Sin entender nada, él negó con la cabeza y, cogiendo el papel, repuso:

—¿Cómo ha llegado aquí esta nota?

Todos se miraron, nadie sabía nada, y, dirigiéndose a Callum, el vikingo pidió entonces:

—Reúne a tu gente. Habla con ellos. Interrógalos. Fuérzalos. Necesitamos saber quién ha entregado esta carta a las mujeres.

Callum asintió, y Harald, dándose media vuelta, comenzó a bajar los escalones de dos en dos, momento en el que Callum y sus hijos comenzaron a seguirlo mientras gritaban:

—¡Vamos contigo!

—No —exclamó él volviéndose.

—Pero es mi hija —insistió Callum.

Harald asintió, lo entendía, pero ellos no eran guerreros. Y, necesitado de discreción para que las mujeres no corrieran más peligro del necesario, repuso:

—Creedme si os digo que seréis más útiles quedándoos aquí.

—Pero...

—Iré en busca de Aiden McAllister y su gente. Ellos me ayudarán.

—Lo dudo —gruñó Callum.

—¿Por qué?

—Partían para sus tierras esta misma noche —y, al ver el gesto desconcertado de Harald, el hombre añadió—: Las cosas no han terminado muy bien entre ellos y las muchachas.

Harald asintió, pero, dejándose llevar por su instinto, aseguró:

—Me ayudarán.

Callum, Cameron y Gordon se pusieron nerviosos. Ellos querían ayudar, pero Harald bramó sin ganas de perder más tiempo:

—¿Queréis volver a ver viva a Adnerb, sí o no?

Aquéllos asintieron, y Harald, convencido de que así sería, afirmó marchándose:

—Pues entonces dejad que yo me ocupe de ello.

Y, dicho esto, corrió hacia la cuadra, de donde cogió un buen caballo, y partió raudo. Debía encontrar a Aiden McAllister.

## CAPÍTULO 47

Tras un rato de quietud y tranquilidad en el interior de la tienda, donde Aiden pudo ordenar sus ideas y sus prioridades, cuando salió se fijó en que sus hombres ya habían recogido el campamento.

Acercándose hasta Gareth, ultimó la formación del grupo y, luego, dijo dirigiéndose a los demás:

—Comprobad que estemos todos antes de partir.

Los hombres asintieron felices, estaban deseosos de llegar a sus casas, cuando Moses, acercándose a él, indicó:

—Mi señor, no encuentro a Ivo.

Sin darle importancia, Aiden repuso:

—¿No regresó con nosotros de la fiesta?

Moses negó con la cabeza.

—Lo vi bebiendo y tonteando con una moza en la fortaleza, pero, que yo recuerde, no lo vi volver.

Aiden asintió, sin duda su hombre y aquella muchacha estaban disfrutando de algunos placeres, e indicó molesto por tener que esperar:

—Le daremos tiempo. Ya regresará.

Moses asintió, y dándose media vuelta, se disponía a alejarse cuando se oyó:

—¡Se acerca un jinete!

Aiden sonrió.

—Ahí lo tienes —indicó dirigiéndose a Moses—. Ya vuelve.

Pero Alastair levantó la cabeza y, mirando a lo lejos, declaró:

—Ése no es Ivo.

Cuando todos miraron al jinete, supieron que Alastair tenía razón, y Aiden, al reconocerlo, murmuró sorprendido:

—¿Harald?!

Que el vikingo apareciera allí solo no podía significar nada bueno.

Cuando llegó frente a él y, tras saltar del caballo, Harald comenzó a hablar atropelladamente en noruego.

—No te entiendo —lo interrumpió Aiden.

Los hombres lo miraban con desconfianza. Aquel tipo alto, rubio y de ojos azules, no era su amigo. Un vikingo no podía traer nada bueno en su campamento.

Pero Harald insistía masticando las palabras:

—Demelza... Adnerb...

Aiden se tocó el pelo y asintió nervioso.

—Sí. Hablas de ellas.

—¿Qué han hecho ahora esas dos? —preguntó Alastair alarmado.

—No lo sé..., amigo..., no lo sé... —dijo Aiden desesperado.

Harald hablaba gesticulando. Sin duda ocurría algo grave, y, exasperado, Aiden bramó:

—¿No te entiendo, Harald! ¿No te entiendo!

El vikingo se pasó las manos por la cara desesperado.

¿Cómo podía comunicarse con aquéllos? No había cogido la nota que había encontrado en el cuarto de Adnerb. No había llevado nada consigo.

Pero de pronto oyó preguntar en noruego:

—¿Dónde están ellas?

Harald levantó súbitamente la cabeza.

Quien hablaba en su idioma era Moses, y de inmediato preguntó:

—¿Me entiendes?

El hombre asintió. Entonces, Aiden, tan incrédulo como el resto del grupo, inquirió:

—¿Entiendes a Harald?

Moses volvió a asentir e indicó sabiendo que todo cambiaría a partir de

ese instante:

—Mi madre era vikinga, señor.

Todos lo miraron sorprendidos.

¿La madre de Moses, vikinga?

Nadie sabía qué decir, nadie lo había sospechado nunca, cuando Harald, tocándole el brazo, le explicó lo que ocurría y éste, sin perder un segundo, miró a Aiden y tradujo:

—Mi señor, Demelza y Adnerb han desaparecido de la fortaleza.

—¿¡Qué?! —bramó él.

—Alguien les hizo llegar una nota en la que les indicaba que tenían a Hilda en el puerto y, al parecer, según teme Harald, ellas fueron en su búsqueda.

—Por todos los santos... —murmuró Alastair al oírlo.

Aiden se vino abajo. Aquellas dos estaban locas. Si la nota provenía del que había sido marido de Demelza, iban derechas a la muerte. Pero, intentando contener su nerviosismo, preguntó:

—¿Quién les mandó esa nota?

Moses y Harald hablaron de nuevo, y el primero indicó:

—No lo saben. Dice que está firmada por un tal S. M. L.

Sin tiempo que perder, Aiden asintió y, mirando a su hombre, a aquel que siempre era callado y distante con todos, preguntó:

—¿Ocultabas lo de tu madre por miedo a ser rechazado?

Moses afirmó con la cabeza.

—Sí, señor. Pensé que era lo mejor.

Aiden maldijo al entender lo que aquél decía, y, consciente de que tenía que conversar con él, añadió:

—Luego hablaremos. Ahora dile a Harald que vamos con él.

Moses asintió y, mientras se lo explicaba a Harald, Aiden dio órdenes a sus hombres y luego corrió hacia su caballo. Demelza, su Demelza, estaba en peligro. Estaba montando a lomos de *Haar* cuando Alastair, tan angustiado como él, gruñó:

—Como bien dijiste, esas dos vikingas son una enorme fuente de problemas.

Aiden lo miró. En sus ojos oscuros se veía el desasosiego que sentía, y, encolerizado, farfulló:

—Sí, amigo. Y, por lo visto, no me equivocaba.

Instantes después, Harald, Aiden, Alastair y más de la mitad de sus hombres cabalaron sin descanso. Ninguno sabía qué ocurría. Sólo sabían que las mujeres estaban en peligro.

## CAPÍTULO 48

Cuando Demelza y Adnerb llegaron al puerto, buscaron sin bajarse de sus caballos al hombre que las había emplazado allí.

Ocultas bajo sus pieles, los hombres que andaban por el puerto medio borrachos no podían distinguir que eran dos mujeres. Si eso ocurría, sus problemas se multiplicarían por mil, pero, vestidas con pantalones y ocultas bajo las pieles, nadie se percataba de ello.

Demelza observaba a todos a su alrededor y, recordando de pronto algo que su hermana Ingrid le había dicho, sonrió. Según Ingrid, iba a pedirle a Hamingja, su ángel de la guarda, que la protegiera y la ayudara a encontrar el amor. Y, sin poder remediarlo, murmuró en un hilo de voz:

—Hamingja, te compadezco por todo el trabajo que te doy.

Adnerb, ajena a lo que aquélla pensaba, también miraba a su alrededor.

Estaba nerviosa. Aquel tipo de cosas eran nuevas para ella, y, consciente de que llevaba todas las de perder si las atacaban, murmuró:

—¿Reconoces a alguien?

Demelza negó con la cabeza. Ya era la segunda vez que pasaban por esa parte del puerto y nada, ni rastro de Hilda ni de nadie que llamase su atención.

De pronto, una luz al fondo que salía de uno de los barcos llamó su atención, y, segura de que aquella señal era para ellas, declaró:

—Creo que esas luces son para nosotras.

—Yo también lo creo —afirmó Adnerb.



Ambas detuvieron sus caballos, miraron hacia el barco atracado y entonces Demelza susurró:

—En una nave de éstas llegué a estas tierras.

Su amiga asintió. Sabía perfectamente lo que aquélla quería decir con su comentario. Y, levantando el mentón, repuso:

—Iré contigo.

—Adnerb..., es peligroso.

—No tengo miedo.

Demelza la miró, y, al ver cómo le temblaban las manos, musitó:

—Mientes.

La rubia, clavando sus ojos en ella, tragó el nudo de emociones que pugnaban por salir de su garganta y a continuación dijo decidida enseñándole un dedo:

—¿Ves este anillo?

Al mirarlo, Demelza sonrió.

—Es nuestro anillo de hermanas y no me voy a separar de ti, ¿entendido?

—Pero, Adnerb...

—Me has enseñado el significado de las palabras hermana, amor, valor, amistad, generosidad..., y ahora que sé lo importante que es todo eso en mi vida, nada me va a apartar de ti y menos aún me va a detener. Vamos a ir hasta ese barco juntas. Juntas recuperaremos a Hilda o juntas moriremos.

—Adnerb...

—Demelza —la cortó—, claro que tengo miedo. Tengo el mismo miedo que tú. Pero ¿acaso me vas a decir que, si fuera el caso contrario, tú me dejarías sola a mí?

Demelza suspiró. Aquélla tenía razón, pero insistió:

—Quédate aquí, Adnerb. Temo por tu vida.

—Ni hablar. Yo voy contigo.

—No seas cabezota.

—Disculpa..., pero mi sangre vikinga está saliendo a relucir, ¿o qué esperabas?

Ese comentario hizo sonreír a Demelza, cuando aquélla, con una seguridad que nunca le había visto, indicó:

—Me da igual lo que digas, iré... y no se hable más. Y, si te pones cabezota, montaré en cólera y te vas a arrepentir de haberme llevado la contraria, ¿te enteras?! Porque si te sorprendió cuánto me enfadé el día que esa burda, piojosa y horrible tabernera me llamó fea, ni te imaginas cómo puedo ponerme ahora contigo si me sigues llevando la contraria.

Oír eso a Demelza volvió a hacerla sonreír. Aquélla había dicho las mismas palabras que su hermana Ingrid habría utilizado en una situación así.

Y, mirándola con orgullo, afirmó:

—De acuerdo. Acompáñame, guerrera.

Adnerb sonrió nerviosa y a continuación musitó levantando el mentón:

—Me gusta que me llames así.

Nuevamente retomaron el paso con sus monturas, mientras se adentraban en aquella zona del puerto oscura, desangelada y sombría.

De pronto, aparecieron de la nada tres hombres montados a caballo que comenzaron a trotar tras ellas, lo que hizo que Demelza maldijera. Estaban rodeadas.

Con gesto fiero, las jóvenes miraron a aquellos que las seguían impasibles, cuando Demelza murmuró:

—No te separes de mí y ten a mano lo que ya sabes.

—Ya lo tengo —afirmó Adnerb sintiendo su daga en la mano.

Según se acercaban al barco que había llamado su atención, vieron que en el exterior había varios hombres que las miraban a la espera de que se acercaran. Temblorosa, al sentir las miradas de aquéllos, Adnerb preguntó:

—¿Reconoces a alguien?

Demelza negó con la cabeza. Jamás en su vida había visto a aquellos hombres. Y, cada vez más consciente de que habían caído en una trampa, preguntó en noruego, buscando una vía de escape:

—¿Sabes nadar?

Adnerb miró la oscura, fría y sucia agua que rodeaba el barco y resopló:  
—Sí.

Demelza asintió, y la joven rubia, incapaz de callar, musitó:

—Estoy... estoy pensando algo horrible.

—¿Qué piensas? —preguntó Demelza con aplomo.

Adnerb, a la que le temblaba todo el cuerpo, susurró entonces:

—Pienso si no habremos caído en una trampa de Viggo y...

—Puede que estés en lo cierto —la cortó Demelza.

Ella también lo estaba pensando.

Quizá había sido una incauta, una irresponsable, por no haber pensado antes de actuar, y se había dejado engañar por quien la buscaba.

Pero Hilda, su Hilda, estaba en peligro, y no había nada que pensar. Por ello, y, apretando la daga que llevaba en la mano, miró a Adnerb y declaró:

—Si es así, ha llegado su fin, porque pienso matarlo.

Adnerb asintió. Estaba claro que, si se trataba de aquél, a quienes les había llegado el fin era a ellas, cuando, sorprendiendo a Demelza, susurró:

—Como te he oído decir en otras ocasiones: no hay dolor, sólo venganza.

Una vez llegaron a las inmediaciones del enorme barco, las jóvenes detuvieron sus caballos y los hombres que las seguían pararon también.

En silencio permanecieron sobre sus monturas, cuando los hombres que había en el muelle las miraron y entonces Demelza levantó la voz y preguntó sin miedo:

—Busco a S. M. L.

Los tipos sonrieron, y uno de ellos, en un perfecto gaélico, preguntó:

—¿Quién lo busca?

—Demelza Ovesen.

Los hombres asintieron, y a continuación oyeron:

—Y Adnerb McAllan.

Sin moverse de su sitio, las muchachas vieron cómo uno de aquellos hombres subía al barco por la pasarela para, segundos después, aparecer con alguien maniatado y encapuchado.

Rápidamente se alarmaron.

Pero no era Hilda. Era un hombre.

Y, una vez lo bajaron del barco y lo soltaron frente a ellas, el hombre que lo empujaba le quitó la capucha y Adnerb murmuró reconociéndolo:

—¿Ivo?!

El aludido, que tenía sangre en el rostro, levantó la cabeza, y Demelza, confundida y alterada, al verlo en aquella situación, murmuró:

—Por el amor de Dios, Ivo, ¿estás bien?

—Lo siento, Demelza —dijo él clavando sus ojos en ella—. Lo siento.

Pero ese hombre me interceptó, fue él quien me hirió en el muslo y me dijo que o lo ayudaba o mataría a mi mujer y a mis hijos.

A cada segundo más desconcertada, e incapaz de moverse de donde estaba, Demelza lo observaba boquiabierta cuando Adnerb preguntó:

—¿Qué hombre?

Ivo cerró los ojos. Odiaba decir aquel maldito nombre, pero murmuró:

—Viggo Iversent.

Entonces, el corazón de Demelza se aceleró.

No era Moses quien la había estado espiando, sino Ivo, y, viendo el percal y el lugar en el que estaban, le quedó claro que habían caído en una trampa.

Enfadada, molesta y dispuesta a morir, levantó el mentón. Había llegado el momento que había esperado durante tanto tiempo, y, tensa, preguntó:

—¿Dónde está ese malnacido?

—¡Aquí!

Al oír aquella voz, Demelza y Adnerb miraron hacia el barco y, al distinguir a Hilda junto a Viggo y a otro hombre, se quedaron sin palabras.

Hilda no estaba maniatada. Por el contrario, se hallaba de pie junto a un hombre alto y canoso que tenía buen aspecto. Nada que ver con Viggo, que estaba maniatado y golpeado.

Aquel gusano de gesto desagradable miró a Demelza y, con sangre en la boca, sonrió y siseó:

—Laug..., qué placer verte.

—¿Ése es Viggo? —preguntó Adnerb.

—Sí.

Incrédula por lo que veía, la muchacha pelirroja se bajó de su yegua y, agarrando su daga con fuerza, siseó segura de lo que debía hacer:

—Te voy a matar.

—Sigues tan guapa como siempre..., tan apetecible —insistió aquél.

Demelza sintió repugnancia al oírlo, y, con gesto bravo, replicó:

—Qué asco me das. Me pones enferma, Viggo, pero vas a morir. Por fin vas a morir.

Hilda, al oír eso y ver la rabia en la mirada de su niña, rápidamente corrió hacia la pasarela para bajar del barco, e, interceptándola, la abrazó.

—Hija, tranquila.

Demelza cerró los ojos al sentir su abrazo y preguntó:

—¿Estás bien, Hilda?

—Sí, mi vida. Estoy bien. Estoy bien.

Segundos después, Adnerb, que se había bajado de su caballo, las abrazó también, y, a continuación, Demelza, mirando a un desmadejado Viggo, iba a decir algo cuando el hombre canoso que había a su lado le dio una patada a éste que lo hizo caer al suelo e indicó al tiempo que le tendía las cuerdas que lo mantenían prisionero a otro hombre:

—Atadlo.

Luego se encaminó hacia ella.

Con curiosidad, Demelza lo miró.

¿Dónde había visto antes a ese hombre?

Su mente pensaba tan rápidamente como el hombre se le acercaba, y, cuando se paró a escasos dos pasos de ella, aquél sonrió.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que hiciste por mí. No sólo aliviaste mi dolor, sino que encima me diste tu plato de estofado.

Al recordarlo, Demelza asintió y, en un hilo de voz, y sin entender nada, murmuró:

—¿Vos sois S. M. L.?

—Sí.

—Pero si me dijisteis que os llamabais Malcolm.

Aquél asintió.

—Y así me llamo, Demelza.

Y, viendo el desconcierto en los ojos de la joven, prosiguió:

—Apareciste en mi vida en un momento complicado. Estaba solo y desesperado. Mi mejor amigo había muerto y me sentía culpable por no haber podido evitarlo. Pero, con tus palabras, tu humanidad y tu ayuda, conseguiste que despertara. Que regresara a mi hogar y volviera a ser el que fui.

—Cuánto me alegro, señor —murmuró ella sin entender nada.

—Y, como te dije aquel día en la taberna, ser quien eres y estar donde

estás puede acarrearle infinidad de problemas, a no ser que...

—Que un hombre fuerte y poderoso me proteja —finalizó ella.

Al oír eso, Malcolm sonrió y, seguro de sus palabras, afirmó:

—Sé que sabes protegerte y luchar. Tu padre adiestró a una buena guerrera. Y, aunque me consta que Aiden McAllister habría dado la vida por ti, quería agradecerte personalmente lo que hiciste por mí. Ahí tienes al hombre que te buscaba y a quien tú querías encontrar.

A cada segundo más boquiabierto por la amabilidad de aquel escocés, aun conociendo su procedencia, Demelza sonrió, cuando Hilda musitó:

—Ivo me engañó durante la fiesta y me sacó de la misma para llevarme hasta Viggo, pero sir Malcolm me salvó, hija. Le estoy muy agradecida.

El hombre sonrió. Por suerte, ya habían localizado a Viggo y, mientras vigilaban la fortaleza, al ver que se llevaban de allí a Hilda, decidieron tomar cartas en el asunto. Malcolm volvió a mirar a Ivo, que seguía de rodillas en el suelo, luego preguntó dirigiéndose a Demelza:

—¿Qué quieres que hagamos con él?

La joven miró al escocés y, al ver la desesperación en su rostro, murmuró: —Él sólo ha sido otra víctima de Viggo. Si no hacía lo que él decía, habría matado a su mujer y a su hija.

Ivo lloraba. Intuía que su fin estaba cerca. Lo que había hecho no tenía perdón. Pero se quedó sorprendido cuando aquélla dijo:

—Soltadlo. Por mi parte está perdonado. Ahora sólo falta que lo perdone su señor, Aiden McAllister.

Malcolm dio la orden a sus hombres y soltaron las manos de aquél, que no corrió, sino que se quedó allí parado a la espera del juicio de su señor.

Demelza, al verlo, sintió que debía ayudar a Ivo. Y Malcolm, al ver cómo ella paseaba su mirada del que acababan de soltar al que estaba atado al mástil de su barco, dijo:

—Como decimos por aquí, ojo por ojo y muerte por muerte.

Al oír eso la joven asintió. Aquel hombre la entendía.

—En mi tierra decimos quien la hace la paga, y él la va a pagar.

Malcolm, consciente de lo que esa muchacha había pasado por culpa de aquel mal hombre, asintió, mientras Viggo gritaba cosas terribles e

indignantes. Sabía que su fin estaba cerca y quería morir haciendo daño a la joven.

Demelza, por su parte, lo escuchaba. Cada agravio que él le dedicaba era para ella una razón más para matarlo, y, mirando al hombre que estaba frente a ella, declaró:

—Gracias, sir Malcolm. Nunca viviré lo suficiente como para agradeceros el regalo que me estáis haciendo.

Dicho esto, la joven comenzó a subir la escalera con paso seguro, y Hilda, parándola, dijo:

—Hija, no tienes por qué...

—Hilda..., seré yo quien acabe con su vida.

La mujer se retorció las manos angustiada mientras Viggo continuaba gritando cosas horribles. Y, dispuesta a distraer a su niña, dijo atrayendo su atención:

—Mi vida, este hombre es el poderoso sir Malcolm Luard McPilshen y me ha dicho que, si queremos regresar a Noruega, él mismo nos llevará hasta allí en uno de sus barcos.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

El hombre asintió.

—Será un honor llevaros de vuelta a vuestro hogar.

Demelza asintió, cuando Adnerb murmuró sorprendida:

—Oh, Dios... Sir Malcolm, mi padre os admira muchísimo.

—Un placer saberlo, joven Adnerb.

Encantada porque supiera su nombre, ella sonrió y, mientras se acercaba a Demelza, explicó quitándose la capucha:

—Sir Malcolm es íntimo amigo del rey de Escocia y es quien vigila las Highlands para evitar los saqueos y...

—Por todos los santos, muchacha... —la cortó Hilda—. ¿Qué le ha ocurrido a tu cabello?

Al oírla, la aludida suspiró y, viendo el gesto de aquélla, preguntó tocándose la cabeza:

—¿Tan horrible estoy?

Sin tiempo que perder, le contó lo ocurrido, mientras Demelza sólo tenía

ojos para Viggo y oídos para sus terribles palabras.

Asco. Rabia. Venganza. Muerte. Dolor.

Verlo y oírlo significaba todo aquello.

Aquel que había acabado con su familia sin ningún miramiento estaba ahora ante ella sucio, solo, atado y sin armas. Estaba pensando en cómo matarlo cuando comenzó a oír el ruido atronador de unos caballos al galope.

Todos los presentes se volvieron, y sir Malcolm gritó:

—¡A vuestros puestos!

Los guerreros escoceses rápidamente formaron una barrera para que nadie llegara hasta donde aquéllos estaban, cuando Demelza anunció reconociendo a Harald y a Aiden:

—No hay peligro. Son familia y amigos.

—Oh, mira..., si también viene el que fue mi marido —musitó Adnerb poniéndose de nuevo la capucha.

Sir Marcus, al oír a las jóvenes y reconocer a aquéllos, dio orden a sus hombres de que se replegaran y, cuando aquéllos llegaron hasta el muelle, Harald gritó al ver a Viggo atado y a su cuñada cerca de él:

—¡Dem...!

Tan alterado como aquél, y tirándose del caballo, Aiden miró a la pelirroja, que estaba en lo alto de la escalera, y gritó desenvainando su espada:

—Demelza, ¡detente ahí! ¡No sigas!

Acto seguido, él, Harald y Alastair, con sus espadas en ristre, se colocaron en posición de ataque, cuando se oyó:

—Mi señor, ¡es Ivo!

Cuando Aiden miró y vio a su hombre con el rostro lleno de sangre quedó aún más desconcertado, y, dirigiéndose con fiereza al guerrero de pelo blanco que estaba junto a Hilda y Adnerb, inquirió:

—¿Qué ocurre aquí?

—Mi señor, ¡os pido clemencia! —gritó Ivo arrodillándose.

Hilda, al entender el desconcierto de aquél, meneó la cabeza y trató de aclarar:

—Tranquilo, Aiden. Sir Malcolm nos está ayudando y...



—¿Sir Malcolm Luard McPilshen? —preguntó Aiden mirándolo de pronto.

—El mismo, muchacho —afirmó aquél tendiéndole la mano.

Conmocionado y sin dejar de mirar a Demelza, que permanecía inmóvil a pesar de los gritos que daba en noruego el hombre atado al mástil, le tendió la mano y murmuró:

—Sir Malcolm..., no entiendo nada.

El hombre, que comprendía perfectamente cómo podía sentirse aquél, rápidamente le explicó la situación mientras Aiden lo escuchaba boquiabierto.

Harald, a quien el corazón le martilleaba dentro del pecho, se acercó rápidamente hasta donde estaba Demelza. Igual que a ella, tener a Viggo a escasos pasos le revolvía las entrañas. La furia y la rabia por lo que aquel malnacido representaba hacían que quisiera estrangularlo con sus propias manos, pero, conteniéndose, miró a la muchacha y preguntó:

—¿Estás bien, Dem?

Ella asintió. Y, mirando con adoración a aquel que había cumplido la promesa que le había hecho a su hermana de cuidarla y protegerla, indicó:

—Ha llegado su día.

Harald asintió. Olvidó de golpe su enfado con la joven y, contemplando con desprecio a aquél, que cada vez gritaba con menos voz, afirmó:

—Que no es el nuestro.

—No. No es el nuestro —aseguró Demelza.

Rodeados de escoceses que hablaban entre ellos, Harald y ella los miraron y la muchacha murmuró:

—Nunca imaginé que estos brutos nos ayudarían.

—Ni yo —afirmó Harald—. Pero ya ves, pelirroja, al parecer no son tan mala gente.

—No. No lo son —susurró la joven mirando con cierta tristeza a Aiden, que hablaba con Malcolm.

Instantes después, Harald y Demelza se pusieron uno frente a otro, y, ante todas las miradas indiscretas que los observaban, juntaron sus frentes, se llevaron la mano al corazón y, mirándose a los ojos, murmuraron al unísono:

—No hay dolor, sólo venganza.

Una vez dicho eso, él dio un paso atrás. Estaba decidido: hacer aquello le correspondía a Demelza.

Aiden, acercándose entonces hacia donde ella estaba y ver que Harald se interponía en su camino, la llamó:

—Demelza.

Ésta lo miró con gesto fiero.

Aiden se percató del color oscuro de sus ojos. La muerte y la frialdad se habían apoderado de ellos. Y, sin poder acercarse porque Harald se lo impedía plantado en medio de la escalera del barco, le tendió la mano y pidió:

—Demelza, ven aquí.

La joven negó con la cabeza.

Nada en el mundo iba a impedir lo que su corazón le gritaba que hiciera.

Y, con una seguridad y una insensibilidad que al escocés le pusieron el vello de punta, declaró con la voz cargada de tensión:

—Tengo que matarlo.

Aiden maldijo. Intentó moverse para acercarse a ella, pero Harald era como un muro de piedra. Furioso, lo miró. El vikingo y el escocés midieron fuerzas con la mirada hasta que, finalmente, Aiden, viendo que era imposible, indicó mirando a la mujer que adoraba:

—Yo lo haré por ti.

—¡No!

—Demelza, te juré que si lo encontraba lo despellejaría por todo lo que os hizo a ti y a tu familia y...

—Aiden —lo cortó—, he de hacerlo yo. He de ser yo.

—¿Por qué? ¿Por qué has de ser tú? —exigió él.

La joven cerró los ojos. La respuesta era muy fácil. Y, al abrirlos, dijo mirándolo:

—Porque era mi familia y así lo prometí. Eran mi padre, mi hermana Ingrid, mis hermanos Daven y Haakon, mi cuñada Adnerb y mi sobrino, que no llegó a nacer. También mató a *Wulf*, mi lobo. A Urd, a mis vecinos. Todos ellos eran mi familia y murieron por el odio y el rencor que ese hombre tiene hacia mí.

—Demelza...

—Aiden, cuando un vikingo promete algo, lo cumple. Y yo lo voy a cumplir —interrumpió desesperada, y, mirando a su cuñado, insistió—: Harald, aun dentro de su dolor, tu rabia y tu frustración, porque ese desalmado mató a su mujer, mi hermana me concede la dicha de ser yo quien acabe con este carroñero. Y ni tú ni nadie lo va a impedir.

Harald y aquél se miraron. Pero, aun así, el highlander insistió:

—Entiendo lo que dices, Demelza, sin embargo...

Pero ella ya no deseaba oír nada más. No podía. No debía. No quería.

Llevaba demasiado esperando aquel momento de venganza y de muerte, y el momento había llegado.

Y, dándose media vuelta, empuñó la daga con fuerza entre sus dedos, y se aproximó a Viggo, que la miraba con gesto severo. Se le plantó delante y, sin dudarlo, a pesar de sus duras palabras, clavó su daga en el estómago de aquél con toda su fuerza y, mirándolo a los ojos con satisfacción, musitó mientras la retorció con rabia:

—Tu sangre... Tu muerte y tu dolor son mi recompensa. Nuestra recompensa.

Viggo jadeó abriendo los ojos mientras la sangre salía a borbotones de su estómago cayendo sobre las manos de Demelza, que ni se inmutó.

Dando un paso atrás, la joven contempló su agonía.

Disfrutó de ella como él había disfrutado de la de sus seres queridos. Y, estirando el brazo, desenvainó la espada y, con una mirada decidida, la asió con fuerza entre las dos manos, y, tras coger impulso, gritó como su padre le había enseñado:

—No hay dolor, ¡sólo venganza!

Segundos después, la cabeza de Viggo rodaba por el suelo, y Demelza, cerrando los ojos, soltó la espada y murmuró llevándose una mano al corazón:

—Lo he hecho, padre. Lo he hecho por todos y ya puedo descansar.

A continuación, se dio media vuelta y se encontró con Aiden y con Harald.

Ambos la miraban.

Ambos la esperaban.

Y ambos abrieron los brazos para recibirla y acunarla. Pero Demelza, deseosa de cerrar el círculo, corrió sin dudarlo a los brazos de Harald. Lo necesitaba. Nadie mejor que él entendía cómo se sentía en ese momento.

Aiden los observó sin dar crédito.

Aquel desplante delante de todo el mundo era lo último que pensaba aguantar. Que Demelza hubiera preferido los brazos de aquel vikingo a los suyos le resultaba indignante. Estaba pensando en ello mientras la oía hablar en noruego con aquél sin entender nada.

—Harald, lo he hecho..., lo he hecho.

El vikingo asintió abrazándola. Y, al ver la mirada del escocés, que estaba a su lado, sin poder comunicarse verbalmente con él, le hizo un gesto con la cabeza.

Por el modo en que lo miraba Aiden, supo que lo había entendido, pero el highlander no se movió. Harald volvió a mover la cabeza para que aquél se aproximara, pero el orgulloso escocés ni se acercó ni reclamó a la muchacha para acogerla entre sus brazos. Por ello, apretando los dientes, Harald echó a andar agarrado a ella para bajar del barco y afirmó ignorándolo:

—Sí, Demelza. Lo has hecho. Y ahora por fin vas a descansar.

Sin moverse de donde estaba, Aiden observó cómo aquel hombre se llevaba a Demelza. La rabia y la frustración porque ella hubiera buscado los brazos de Harald y no los suyos lo tenían conmocionado y, sintiéndose terriblemente mal, miró al cuerpo sin cabeza que estaba aún atado y murmuró:

—Se acabó.

Alastair, ajeno a lo que su amigo pensaba, con el corazón en la boca como todos por lo ocurrido, miró en dirección a la joven que junto a Hilda le daba la espalda y acercándose a ella musitó:

—Adnerb...

La muchacha maldijo al oírlo. Y, conteniendo todo lo que sentía por él, lo miró con toda la indiferencia que pudo y le espetó con frialdad:

—Para ti soy *lady Cállate*. ¿Qué quieres?

Verla allí, cuando lo cierto es que no pensaba verla nunca más, lo cautivó.

Adoraba a esa mujer. La amaba con todo su ser, y, cuando ella se quitó la capucha con chulería, Alastair parpadeó incrédulo y preguntó:

—Pero ¿qué le ha ocurrido a tu cabello?

Adnerb suspiró. Se sentía diferente y poderosa con el pelo corto, y, tras mirar a Hilda, que le pedía prudencia con los ojos, replicó sin ganas:

—Precisamente a ti no tengo que darte explicaciones.

—Adnerb, ¡soy tu marido! —repuso él ofendido.

La joven sonrió al oír eso y, envalentonada, contestó:

—Te equivocas. Tú no eres mi marido. No eres nada mío.

Y, mirando a Hilda, cuchicheó con gracia:

—¿Has visto ese guerrero de allí...? Oh, Dios, ¡qué gallardo y apuesto es!

—¡Adnerb! —bramó Alastair molesto.

La aludida lo miró entonces y, ocultando sus sentimientos porque con aquél de nada valían, gruñó moviendo con gracia la cabeza:

—Alastair..., tú elegiste. Y elegiste separarte de mí. Una vez el consejo ha decidido y ambos volvemos a ser libres, espero que te olvides de mí, como te aseguro que yo ya me he olvidado de ti.

Dicho esto, se alejó con desparpajo junto a Hilda, que, mirándola, musitó mientras seguían a Harald y a Demelza:

—Hija de mi vida, lo que te gusta hacerlo enfadar...

Adnerb, con el corazón roto por lo que había dicho, cuchicheó entonces en un hilo de voz:

—Ay, Hilda..., vámonos, que voy a llorar.

Boquiabierto y furioso, Alastair la observó alejarse, momento en el que Aiden se le acercó y sir Malcolm, consciente de lo que pasaba, señaló:

—Muchachos..., creo que vais a tener que enamorarlas de nuevo.

Ofuscado, Alastair no dijo nada, pero Aiden respondió dolido:

—No tengo que enamorar a nadie, y menos aún a una vikinga —y, subiendo a su caballo, indicó mirando a Ivo—: Monta con Gareth. —Luego miró de nuevo a sir Malcolm y, tras darle las gracias en silencio, se dirigió al resto de sus hombres y ordenó—: Vayamos al campamento y después regresemos a casa. A nuestro lugar.

## CAPÍTULO 49

Un mes después, Callum McAllan despedía a sir Malcolm a la entrada de su fortaleza.

Lo ocurrido en el puerto, como poco, era digno de ser recordado, y saber que ahora contaba con la amistad del que era la mano derecha del rey de Escocia le hacía saber que en cierto modo su vida y la de su familia iban a cambiar.

De entrada, dos de sus hijos, Cameron y Gordon, a pesar de su sangre vikinga, habían sido aceptados como guerreros del valeroso ejército escocés de Malcolm, y eso era un gran honor.

Una vez Callum habló con aquél algo en privado, sir Malcolm miró a Demelza, aquella joven valerosa que le había demostrado tener el arrojo de una mujer vikinga, y, sonriendo, dijo tocando la cabeza del cachorro de lobo que sostenía en brazos:

—¿Estás segura de que quieres partir para Noruega al amanecer?

La joven sonrió y afirmó segura de sus palabras:

—Sí, señor. Mi hogar está allí.

Malcolm asintió. No era hombre de meterse en problemas de amoríos, pero recordando a cierto escocés, repuso:

—Quizá estés equivocada. Tal vez tu hogar esté aquí.

Ella negó con la cabeza y, segura de su decisión, indicó dejando a *Nidhogg* en el suelo:

—Agradezco vuestro interés, pero prefiero regresar a Ski.

Una vez Malcolm se marchó junto a los dos hermanos McAllan para dejar listos los últimos preparativos del viaje, Adnerb salió por la puerta de la fortaleza y, acercándose a su padre, Harald y Demelza, musitó en noruego:

—Madre ha vuelto a desmayarse.

—Hija, pero ¿qué has hecho ahora? —gruñó Callum.

La muchacha, a quien la rebeldía de pronto le salía por los poros, gruñó levantando las manos:

—No he hecho nada.

—Adnerb...

La aludida sonrió ante el gesto guasón de Demelza y añadió mirando a su padre:

—De acuerdo, Le he dicho que voy a trabajar con Demelza haciendo quesos en su granja para luego venderlos, y, claro..., le ha horrorizado mi plan.

Callum suspiró, su mujer era insufrible, e indicó dirigiéndose a Demelza:

—No se lo tengas en cuenta a mi esposa.

—Tranquilo, señor —sonrió la vikinga observando a *Nidhogg* correr tras una lagartija.

De pronto, se oyó el ruido de unos caballos y Callum se giró rápidamente y perdió el equilibrio. Harald se apresuró a sujetarlo para que no se cayera, y Adnerb, mirándolo, preguntó al ver su gesto:

—Padre, ¿estás nervioso por algo?

Él suspiró y, mirando a su pequeña, respondió:

—¿Saber que te marchas a Noruega te parece poco?

Entonces, ella sonrió y abrazó a aquel hombre, al que adoraba.

—Te voy a echar mucho de menos —murmuró.

Callum asintió emocionado, quería la felicidad para su hija, y, cogiendo la mano de aquélla, la puso sobre su pecho y musitó:

—Yo también, pequeña, pero mientras nos sintamos aquí, nos seguiremos queriendo, estemos donde estemos.

Emocionada al ver aquello, Demelza tragó saliva. Aun habiendo pasado el tiempo, seguía añorando aquel tipo de contacto con su padre, y, sintiendo la mano de Harald, que cogía la suya, afirmó:

—Estoy bien.

Permanecieron en silencio unos segundos cuando Adnerb, soltándose de su padre, dijo:

—Por cierto, madre se empeña en que lleve toneladas de ropa, y no, no la necesito. Quiero comenzar una nueva vida en la granja de Demelza y no creo que allí vaya a tener tiempo para llevar delicados vestidos.

—No. Te lo puedo asegurar —afirmó la vikinga.

Todos sonrieron. El cambio que se había obrado en la joven era más que evidente. Había pasado de ser una muchacha miedosa e indecisa que vivía para su pelo, su piel y lo que su madre quisiera a ser una mujer con valor que vestía pantalones, llevaba el pelo corto y una espada colgada en el cinto.

Orgulloso de su hija, Callum se dirigió entonces a Demelza y aseguró:

—Es el vivo retrato de mi madre, ¡su vivo retrato!

Complacida, Demelza, al ver que Harald y el padre de Adnerb se alejaban para cuchichear algo, preguntó mirándola:

—¿Eres consciente de que si vienes con nosotros a Noruega nunca vas a volver a ver a Alastair?

Oír ese nombre a la joven le encogía el corazón. Era difícil y duro vivir sin él, pero consciente de su realidad musitó:

—Peor sería si me quedara aquí y llegara a mis oídos que se ha casado y es feliz. ¡Lo mataría!

—¡Adnerb! —rio Demelza.

—En Noruega —prosiguió aquella— no volveré a saber de él, y eso es justo lo que necesito. Pero si me quedo aquí ya sabes que tarde o temprano me llegará algo de él, y no, no quiero sufrir más.

Hilda, que en ese momento salía por la puerta, se dirigió al padre de la muchacha, que hablaba con Harald:

—Callum, vuestra esposa os reclama para hablar sobre Adnerb.

El hombre resopló. Y, mirando a la muchacha, declaró: —Hija, eres sólo una, pero hay que ver la guerra que me das con tu madre...

Una vez aquél desapareció en el interior de la fortaleza con Hilda, seguido por *Nidhogg*, la joven indicó con pesar:

—Es mejor que me vaya. Así mi madre podrá vivir tranquila y en paz.



¡Está histérica!

Oír eso apenó a Demelza, a la que de pronto se le llenaron los ojos de lágrimas y, sin poder contenerse, gruñó:

—No sé lo que me pasa. No lo sé...

Harald y Adnerb se miraron, y esta última dijo:

—Yo sé lo que te pasa.

—Y yo —afirmó el vikingo.

—Añoras a Aiden..., ¡eso es! —insistió Adnerb.

Demelza, al ver cómo Harald la miraba, se limpió las lágrimas de los ojos y musitó con rabia:

—Me avergüenzo de mí misma. No... no sé por qué lloro. No sé por...

—Porque estás sensible, y tienes sentimientos y corazón —la cortó Harald con cariño—. Y, cuando uno está enamorado, recordar a la persona que ama y no puede tener duele mucho. Por desgracia, lo sé, y me apena terriblemente que ahora seas tú quien llore por eso mismo.

Demelza abrazó a Harald, a aquel hombre por el que daría la vida, y, cuando el abrazo acabó, él declaró:

—Deberías haberlo abrazado a él aquel día. Vi su mirada y...

—Harald —lo cortó ella—. En aquel instante abracé a quien me pedía el corazón. Y si ese cabezón escocés no fue capaz de entender lo que allí acababa de pasar y que para nosotros era el fin de algo terrible y el comienzo de una nueva vida, no seré yo quien se lo explique.

El vikingo resopló, pero, seguro de lo que decía, insistió:

—Y te entiendo, pero...

—Si me entiendes —lo cortó ella—, dejemos de hablar de él.

—A ver, Demelza, creo que Aiden...

—¡No quiero hablar de él! —insistió—. Él tomó su decisión y así ha de ser.

Adnerb miró a Harald, y éste, encogiéndose de hombros y dándose por vencido, afirmó:

—De acuerdo.

En silencio permanecieron unos segundos, hasta que Demelza comentó para suavizar el ambiente:

—Y, hablando de nueva vida. Has cumplido una parte de lo prometido a mi hermana, pero ahora has de cumplir la otra parte que te queda.

—Oh, sí —terció Adnerb, que sabía de lo que hablaban—. Por supuesto que sí. Eres joven, valiente y gallardo, y has de encontrar a esa mujer que Ingrid te pidió.

Al oírlas, Harald negó con la cabeza y cuchicheó:

—De momento es imposible apartar de mi mente lo que aún está en mi corazón.

—No tienes que apartarlo, Harald. Sólo tienes que darte una nueva oportunidad de amar y ser feliz —declaró Demelza con cariño.

Él sonrió con una candorosa sonrisa y, bajando la voz, afirmó:

—Cuando lo hagas tú. Cuando tú vuelvas a darle una oportunidad al amor, quizá entonces yo lo piense.

—¡Pero, Harald...! —protestó la vikinga.

Él meneó la cabeza al oírla y sentenció:

—No, Demelza. Yo tampoco quiero hablar de ello.

Ella suspiró y calló, cuando Adnerb comentó:

—Sin duda somos un trío de bárbaros curioso.

Los tres se miraron. Cada uno sufría por amor a su manera, cuando Demelza insistió:

—¡Eso debe acabar! —Y, mirando a Harald, afirmó—: Mi hermana no me lo perdonará si no te ayudo a que te enamores. ¡Se lo prometí!

—Dem... —protestó él.

—Harald, te ayudaré a encontrar a ese alguien especial.

—¡Y yo! —afirmó Adnerb con una sonrisa.

Él soltó entonces una risotada y, alejándose de ellas, musitó:

—Me voy.

—¿Adónde vas? —preguntó Demelza.

El vikingo no respondió, y Adnerb preguntó:

—¿Vas a llevar a *Ross* y a *Unne* al barco?

—Luego.

—¿Luego? ¿Luego, cuándo? ¿Por qué no ahora? —insistió Demelza.

Al oír eso, el vikingo las miró y, al verlas a las dos con las manos en la

cintura, se mofó:

—Por Odín, no sé si regresar con vosotras a Noruega será una buena decisión.

Y, dicho esto, continuó su camino sonriendo, cuando Demelza gritó ajena a sus pensamientos:

—¡Es una excelente decisión! ¡La mejor!

Una vez las dos jóvenes estuvieron a solas, Adnerb miró a su alrededor y comentó sin poder evitarlo:

—¿En serio no piensan venir a despedirse de nosotras?

Al entenderla, Demelza respondió con una triste sonrisa:

—No, Adnerb. No van a venir. Los ofendimos. Los negamos. A nuestra manera, los llevamos al límite y ellos tomaron una decisión.

La joven de pelo claro suspiró. Sabía que Demelza tenía razón, y, bajando la voz, dijo:

—Lo voy a añorar eternamente.

—Lo sé —afirmó la pelirroja con tristeza pensando en Aiden y en el motivo de su tremenda sensiblería.

Llevaba días sospechando que estaba embarazada, pero callaba. Una vez llegaran a Noruega, si era cierto, lo contaría. Antes no. ¿Para qué?

Durante unos segundos ambas se quedaron calladas, hasta que Adnerb preguntó:

—¿Crees que Harald encontrará el amor algún día?

Demelza se encogió de hombros y, mirando a su amiga, respondió:

—Espero que lo encuentre. Sé que amaré eternamente a Ingrid, pero también sé que merece ser feliz.

—¿Y nosotras? ¿Nosotras seremos felices?

Demelza sonrió.

¿Cómo olvidar a un hombre como Aiden, que le había regalado tantos momentos para recordar? Si incluso podría haberle regalado un hijo...

Hasta que lo había conocido a él, el amor nunca había sido su prioridad, y con cariño musitó, consciente de lo mucho que a ella le iba a costar olvidarlo:

—No lo sé, Adnerb. Eso sólo el tiempo lo dirá.

Y, dicho esto, las chicas entraron en la fortaleza para cenar. Al amanecer

partirían hacia Noruega.

## CAPÍTULO 50

Demelza estaba sentada en el alféizar de la ventana, mirando las estrellas sin un ápice de sueño, mientras se acariciaba con cariño su inexistente barriguita.

¿De verdad crecía en su interior un bebé de Aiden?

De pronto, el vello de todo el cuerpo se le erizó y, sonriendo, se pasó las manos por los brazos mientras susurraba:

—Si estuviera aquí Hilda, diría que las hadas quieren advertirme de algo.

Estaba nerviosa, al amanecer partiría hacia el puerto y, desde allí, en uno de los barcos de Malcolm, regresaría a su hogar. A su querida Noruega.

Deseaba estar feliz.

Necesitaba estar contenta.

Se había caído mil veces en su vida y mil una se había levantado, pero esa vez era diferente; el desánimo y una extraña pena casi no se lo permitían.

Al igual que cuando fue sacada a la fuerza de Noruega dejó allí su corazón, ahora que ella se obligaba a regresar sentía que lo dejaba en Escocia.

Concretamente, con cierto highlander cabezón.

La noche era preciosa, perfecta. Parecía como si el cielo escocés quisiera despedirse de ella, y emocionada sonrió mientras observaba a *Nidhogg* dormir sobre la cama.

¡Qué bonitos recuerdos se llevaba de aquel país!

Sin querer llorar, bajando la mirada vio lo que tenía ante sí y, emocionada, lo tocó. Con amor, asió el colgante en forma de corazón que había sido de su hermana, regalo de Haakon, y, colocándoselo alrededor del

cuello, murmuró:

—Siempre estaréis conmigo. Siempre.

Tras eso, cogió el anillo que Adnerb le había obsequiado. El anillo de hermanas, como aquélla decía, y, tras colocárselo en el dedo, rio.

—Sigo pensando que es demasiado fino para mí. Pero doy gracias a la vida por haber encontrado a una hermana que me quiere y me respeta a pesar de mis imperfecciones.

Con una sonrisa, finalmente miró el broche que en un pasado perteneció a su abuelo y a su padre. Aquel broche que Aiden recuperó para ella y que sin duda fue una preciosa y bonita prueba de amor. Una prueba de amor que nunca olvidaría.

Aiden...

Ese hombre valeroso de ojos oscuros y maravillosos que cuando sonreía le demostraba lo buena persona que era.

Aiden...

Ese hombre que, con su paciencia y su tesón, la había hecho vivir, sentir y disfrutar del significado de la palabra *amor*.

Aiden...

Ese amor imposible de su vida que estaría eternamente en su corazón y que, pasara lo que pasase, siempre recordaría con una sonrisa.

Aiden...

Quizá el padre de su hijo...

En silencio, Demelza recordó todas y cada una de las maravillosas cosas que aquel escocés había hecho por ella. Sus palabras. Sus miradas. Su paciencia. Habían sido muchos detalles, demasiadas cosas que nunca podría olvidar. Más de las que nunca imaginó que un hombre haría por ella. Y

murmuró apenada cerrando los ojos:

—Ingrid, soy un desastre y no he sabido cuidar a mi amor.

Con tristeza y pesar, volvió a contemplar el cielo, que era tan bonito y espectacular como en Noruega, cuando de pronto la puerta de la habitación se abrió de par en par y en la oscuridad se recortó una figura alta.

Rápidamente *Nidhogg* se despertó y gruñó asustado sobre la cama mientras ella cogía la espada, y, cuando la empuñó, oyó: —No puedes irte.

No lo voy a permitir.

Esa voz... Oírla era lo último que esperaba, y, parpadeando, murmuró:

—Aiden...

El highlander dio un paso al frente y la luna iluminó su bonito rostro cubierto de polvo, barba de varios días y gesto ceñudo. Con cariño y sin miedo, acarició la cabeza del pequeño lobo, que había crecido en ese mes, y musitó:

—Hola, amigo, ¿cómo estás?

*Nidhogg*, al reconocerlo, meneó el rabo feliz y, tras chupar la mano de aquél con la lengua, volvió a tumbarse para seguir durmiendo. No había peligro.

Durante unos segundos, Demelza y Aiden se miraron sin moverse, hasta que ella, sin saber por qué, gruñó en vez de correr a abrazarlo:

—¿Se puede saber qué haces irrumpiendo de este modo en mi habitación?

Luego dices que los vikingos somos unos bárbaros. ¿Y tú qué estás siendo ahora?

Aiden, que llevaba varios días sin descansar por llegar cuanto antes hasta ella, suspiró. Dijera lo que dijese, no pensaba marcharse de allí sin ella, y, necesitado de aquella mujer, repuso:

—Cariño, no hagas enfadar a un escocés enamorado y cansado.

Al oír eso, Demelza tembló. No esperaba volver a oír algo así por parte de él, y menos aún lo que añadió:

—No soy perfecto, pero aprendo de mis errores, como me consta que aprendes tú. Y, aunque me ofendí y me sentí rechazado el día que abrazaste a Harald en vez de a mí, he de decirte que ya lo entendí. Ése era vuestro momento, no el mío. Nuestro momento comienza ahora, si tú quieres.

—¿Qué?... —murmuró ella emocionada.

—Demelza, vives el presente, mientras yo vivo pensando en el futuro. Y eso se acabó. Tú y yo juntos podemos vivir el presente y el futuro. Tú y yo podemos ser felices si nos lo permitimos. Tú eres mi presente y mi futuro, y les pido a los dioses que eso mismo sea yo para ti, porque te quiero y tú me quieres. Lo sé y no puedes decirme que no.

Demelza parpadeó sin saber qué decir. Estaba más que claro que, allá

donde su hermana Ingrid estuviera, presionaba a Hamingja, su ángel guardián, para que le ocurrieran cosas como ésa, cuando Aiden dio otro paso adelante e insistió sin saber lo que ella pensaba:

—Me da igual que seas vikinga, inglesa o escocesa. Mi corazón ha elegido, y te ha elegido a ti, pelirroja salvaje. ¡A ti!

La muchacha sonrió. Aquello que estaba oyendo era maravilloso, increíble, pero, consciente de su realidad, de lo diferentes que eran por muchos motivos, murmuró:

—Aiden, te quiero, pero no puede ser.

Ese «te quiero» dicho con esa naturalidad era la recompensa que el highlander necesitaba, y, sin dejar de mirarla, preguntó:

—¿Por qué no puede ser?

La joven se tocó la frente para retirarse el pelo del rostro y, necesitada de ser sincera, repuso:

—Porque no, Aiden... Yo no soy la mujer que necesitas y...

—¿Y cómo es la mujer que necesito?

Demelza suspiró, ella no sabía cómo era la mujer que él necesitaba, cuando él añadió:

—La mujer que necesito ha de ser bonita, inteligente, intrépida, algo alocada, cariñosa, retadora, guerrera, y con unos ojos azules que cambien de color según su estado de ánimo. Por supuesto, ha de tener un precioso pelo rojo y, muy importante, que hable con los animales, especialmente con los patos... —Ambos rieron por aquello, y Aiden, convencido de lo que decía, finalizó—: Y, cariño, esa mujer sólo eres tú.

—Pero... pero, Aiden, tu vida junto a mí no será fácil.

—Ahora tu vida es la mía, y te prometo que a mi lado te la voy a hacer más fácil.

Ella no supo qué decir, y él, juntando su frente con la suya, algo que Demelza le había enseñado, insistió notando cómo todo el vello del cuerpo se le erizaba:

—Nunca querré cerca de mí a quien no te quiera a ti. Te amo, te deseo, te necesito a mi lado, te venero. Y no siento vergüenza de decirte todo esto porque es la verdad y necesito hacerlo. —Ella sonrió, y Aiden prosiguió—: Y



me he dado cuenta de todo eso gracias a un buen amigo. De pronto, he sido consciente de que te juzgaba sin percatarme de lo mucho que me molestaba a mí que me juzgaran por ser el hermano de quien soy. Y, no, cariño. Tú eres tú, como yo soy yo. Y yo, Aiden McAllister, te quiero a ti, a Demelza Ovesen. A la mujer que me ha demostrado su valor, su coraje, el amor por su familia y...

Separando su frente de la de él, ella lo cortó:

—Pero, Aiden...

—Te quiero...

Derribando todas sus barreras, al ver que ella era incapaz de hacerlo, el escocés cogió entonces su rostro entre las manos y dijo mirándola fijamente:

—Escúchame, Demelza. Tú y yo provenimos de mundos diferentes. Dos mundos que jamás pensamos que pudieran cruzarse, pero eso ha ocurrido.

Eres mi amor, mi mujer, mi vida, y por nada del mundo voy a permitir que te alejes de mi lado, y menos aún sabiendo que me quieres, que sientes lo mismo que yo. —Y, cogiendo su mano, la puso sobre su pecho y, sin quitar sus ojos oscuros de los de aquélla, que no paraban de cambiar de color por sus emociones, añadió—: Tú estás aquí, en mi corazón.

Al hacer ese gesto, tan de su pueblo, tan de su padre, Demelza murmuró mientras sentía que se emocionaba:

—¿Quién te ha dicho que hagas esto?

Aiden sonrió y, sin apartar su mirada de ella, musitó:

—Moses.

Demelza sonrió conmovida. Todavía no creía que Moses fuera medio vikingo, y sonriendo afirmó:

—Tengo muchas cosas de las que hablar con él.

Aiden asintió.

—Lo sé. Y él contigo.

Estaban mirándose a los ojos cuando se oyó jaleo en la puerta. Instantes después entraron en la habitación Adnerb y Alastair cogidos de la mano, seguidos de Hilda y de Harald.

En sus rostros se veía reflejada la felicidad que sentían, cuando Adnerb, mirando a su amiga, dijo en noruego:

—Han venido, Demelza. Estos cabezotas y tontos escoceses ¡han venido!  
Y Alastair me ha pedido que me case con él y he aceptado, ¿te lo puedes creer?

Ella sonrió al oír eso, y Alastair, sin soltar a su mujer, dijo:

—No sé qué has dicho, pero espero que sea bueno.

Adnerb asintió riendo y Demelza afirmó:

—Muy bueno, Alastair. Te lo puedo asegurar.

Adnerb y ella volvieron a reír cuando Aiden, complacido y feliz como llevaba tiempo sin estarlo, indicó mirando a su amigo:

—Por la cuenta que nos trae, creo que deberíamos aprender noruego.

—Yo os enseñaré —se ofreció Hilda.

Si había sido capaz de enseñar gaélico a Demelza, sin lugar a dudas podría enseñarles noruego a ellos.

Hilda, consciente del momento que estaba viviendo su niña, se dejaba abrazar por Harald, que observaba la situación con la felicidad en el rostro.

La nota que días antes le había enviado a Moses para que éste le leyera a Aiden había surtido efecto y se alegraba enormemente por ello. Aquel escocés y Demelza eran la pareja perfecta y, si ellos no hacían nada, él estaba decidido a intentarlo. Y su intento había triunfado: Aiden estaba allí.

El highlander, que seguía junto a la mujer que adoraba, y a la que no podía quitarle el ojo de encima, tras cruzar una mirada con aquel vikingo con el que no hacía falta hablar para entenderse, supo que había llegado el momento por el que había ido hasta allí, y murmuró:

—Demelza...

Y, cuando ella lo miró, musitó:

—Siguiendo los sabios consejos de Harald, me queda por hacer una cosa más.

La joven miró sorprendida a su cuñado y éste le guiñó un ojo con complicidad, cuando de pronto Aiden, agachándose ante ella, clavó una rodilla en el suelo y, sonriendo, dijo cogiendo su mano:

—Demelza Ovesen, amor de mi vida, ¿me harías el honor de ser mi mujer?

La muchacha, emocionada por aquello que su hermana le había dicho que

algún día pasaría, sonrió, pero instantáneamente un sollozo salió de su boca cuando Aiden dijo sacando algo de su bolsillo:

—Me lo ha dado Harald. Dice que este anillo es muy especial para ti por muchas razones. Es más, con él me aseguró que no dirías que no a mi propuesta.

Con los ojos anegados en lágrimas, Demelza miró aquel anillo, que pertenecía a su familia. La última que lo había utilizado había sido su hermana Ingrid el día que se casó con Harald. Recordar aquello hizo que las lágrimas salieran a borbotones de sus ojos, y Adnerb, emocionada, musitó:

—Oh, Dios mío, Demelza..., ¡muero de amor!

—Ay, mi niña, ¡qué emoción, qué emoción...! —lloró Hilda.

La joven Demelza temblaba, lloraba mirando aquel anillo que pensaba que, tras lo ocurrido, se había perdido, cuando Aiden, preocupado al ver sus lágrimas, murmuró:

—Pero si tú no lloras...

—¡Te voy a matar! —consiguió decir ella entre sollozos.

—¡Demelza! —musitó Hilda cogiendo a *Nidhogg* en brazos.

—¡Ya estamos! —gruñó Adnerb.

Aiden sonrió mirando a Alastair, y Harald, tan emocionado como Demelza, murmuró en noruego:

—Dem..., ésa no es la respuesta que Aiden espera.

Mirándolo, ella, sin poder remediarlo, soltó la mano de Aiden, que continuaba con la rodilla clavada en el suelo, y, acercándose a Harald, repuso hablando también en noruego:

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

El vikingo asintió.

—Tanto como yo a ti, pelirroja.

Emocionados, se abrazaron y, cuando se separaron, Harald musitó mirándola:

—Ahora ve y sorprende al escocés.

Al oír eso de «sorprende al escocés» y ver cómo le miraba la barriga, la joven parpadeó.

¿En serio Harald lo sabía?



preguntó:

—¿Has dicho que crees que voy a ser papá? —Demelza asintió emocionada, y él, sintiéndose dichoso, murmuró levantándose para abrazarla y besarla—: Está visto que nunca dejarás de sorprenderme, cariño. Nunca.

De nuevo, los aplausos se multiplicaron, y cuando Aiden se arrodilló de nuevo ante aquella feliz y dichoso y le colocó en el anillo en el dedo, al ver que el amor de su vida volvía a emocionarse, preguntó:

—Demelza Ovesen, ¿te casarás conmigo?

Emocionada como en su vida, ella sonrió.

Ahora estaba segura. Muy segura.

Gracias a Harald, a su familia y a su mágica manera de seguir estando con ella, Aiden nunca había dejado de sorprenderla con preciosas pruebas de amor, y, enamorada de aquel escocés que le demostraba de mil maneras lo importante que era ella en su vida, asintió.

—Sí, Aiden McAllister. Me casaré contigo.

Esa madrugada, en la fortaleza del clan McAllan se organizó una maravillosa e íntima boda doble, donde lo imposible se volvió posible y donde el presente y el futuro se fusionaron para convertirse en una única opción.

# Epílogo

*Keith, Escocia, un año después*

Demelza, adormilada, se desperezó en su cama.

La noche había sido movida.

Su hija, la pequeña Ingrid, de cinco meses, era una preciosa niña de pelo rojo como ella, pero llorona, muy llorona, y, mirando la cama, donde dormía, la besó con cariño en la frente y se levantó.

Una vez puso los pies en el suelo, su lobo se acercó a ella y Demelza lo saludó en un susurro:

—Buenos días, *Nidhogg*.

El animal, encantado, restregó su morro contra ella. Aquel lobo la protegía, como en el pasado había hecho *Wulf*, y eso a Aiden le gustaba y lo permitía.

Nunca nadie habría pensado que un lobo, criado en familia, pudiera comportarse como se comportaba *Nidhogg*. No sólo protegía a Demelza, sino que estaba pendiente de que otros lobos no se acercaran a los caballos ni a las casas de los que vivían donde él. *Nidhogg* se había ganado el respeto y el cariño de todos, y ante eso nadie se planteaba nada más.

Desde la llegada de Demelza a su hogar, la felicidad, la dicha y las alegrías no habían faltado ni un solo día, y menos aún durante su embarazo, cuando Aiden se había desvivido por ella de tal manera que hasta sus amigos se reían de él.

¿Cómo un hombre podía estar tan nervioso por ser padre?

Pensando en ello, se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Allí, abrió el postigo de madera con cuidado de no despertar a Ingrid y, al ver a Moses hablando con Harald, sonrió.

Su relación con Moses era extraordinaria. A él lo unía algo único, y aunque Demelza se llevaba bien con todo el mundo, su relación con Moses era especial. Muy especial.

Después, fijó su mirada en Harald, en aquel hombre que daría la vida por ella y que, tras el ofrecimiento de Aiden de trabajar para él como herrero para sus caballos, aceptó sin dudarlo.

Tener a Harald cerca era una bendición, y, aunque sentía que día a día, además de aprender a hablar gaélico, participaba más de las fiestas, de momento seguía sin interesarse por las mujeres. Las rehuía. Adnerb y ella le presentaban a todas las solteras que conocían, pero él se resistía. No quería a ninguna mujer en su vida. Eso sí, se desvivía por la pequeña Ingrid, su ojito derecho.

Estaba pensando en ello cuando vio correr a la niña de Ivo seguida por aquél. Cuando Demelza llegó a Keith y supo que Ivo y su familia habían sido expulsados del clan, los encontró con la ayuda de Moses y de Gareth. La muchacha los llevó de nuevo a Keith y consiguió que Aiden entendiera que aquél no había tenido otro remedio que hacer lo que hizo para proteger a su familia. Finalmente, el highlander cedió, e Ivo y los suyos regresaron al clan. A su hogar.

Feliz, Demelza se hizo unas trencitas en el pelo y, al ver llegar a Alastair, junto a Adnerb y su pequeño Kenneth, sonrió.

La vida con la muchacha rubia cerca era increíble.

La joven no paraba de sorprenderlos a todos, y, aunque al principio fue un desastre en la granja de Alastair, ahora ésta no sería lo mismo sin ella. Con disciplina y voluntad, en todo aquel tiempo, además de haber llevado un excelente embarazo y de haber hecho de la desastrosa granja un hogar, Adnerb había aprendido a hacer queso y a ordeñar ovejas, entre muchas otras cosas.

Divertida, Demelza observó desde la ventana cómo Aiden cogía a

Kenneth en brazos.

Aquél estaba como loco con el niño, aunque más loco estaba con su pequeña, a la que mimaba y protegía como un gran padrazo.

Aiden era un excelente marido que, orgulloso, al llegar a Keith, dio una gran fiesta para presentarla a sus amigos. Resultaron ser todos unos seres maravillosos, especialmente sus mujeres, Sandra, Angela, Gillian o Megan, que eran divertidas y atrevidas como Demelza, y desde el primer día, sin importarles su procedencia, les hicieron sentir tanto a Adnerb como a ella que eran dos más de la familia.

Una vez la joven terminó de trenzarse el pelo, estaba calzándose las botas cuando la puerta de la habitación se abrió y Adnerb, entrando, dijo mirándola tras hacerle una seña a *Nidhogg* para que no se moviera:

—Por el amor de Dios, Demelza, ¿todavía no estás lista?

Al oírla, ella negó con la cabeza y cuchicheó:

—Baja la voz o despertarás a la llorona.

Encantada, Adnerb se agachó y, tras saludar al lobo, que la adoraba, se acercó a la cama y murmuró mirando a la niña:

—Muero de amor..., ¡es tan bonita!

Demelza asintió sonriendo, Ingrid era una auténtica muñequita, pero, resoplando, musitó:

—Te aseguro que de madrugada no morirías de amor porque esta niñita te parecería un auténtico monstruo.

Ambas rieron cuando Demelza comentó mirando a su amiga:

—Hoy estás radiante, y ese vestido te sienta muy bien.

Adnerb sonrió y, guiñándole el ojo, afirmó:

—Lo sé.

Aquello hizo que ambas rieran de nuevo.

—¿Qué vas a ponerte tú? —preguntó la rubia.

Demelza abrió su armario, de donde sacó un bonito vestido rojo y, enseñandoselo, afirmó:

—¿Qué te parece?

Adnerb asintió y, complacida, murmuró al ver su escote:

—Elegante a la par que sensual.



Oír eso hizo sonreír a Demelza.

Sin duda, el vestido era precioso, y a Aiden le encantaría. Y, tras ponérselo y ceñírselo al cuerpo, cogió el broche de su padre que su marido le había regalado y posteriormente había arreglado y dijo poniéndoselo:

—¡Listo!

Estaba mirándose en el espejo cuando Hilda entró también en el cuarto. Entonces, Demelza, al ver cómo miraba a la pequeña, preguntó:

—¿Quieres vestir tú a Ingrid y bajarla?

—Por supuesto —afirmó ella encantada.

Felices, Adnerb y Demelza bajaron la escalera acompañadas por *Nidhogg* y, cuando salieron al exterior, Alastair, Harald y Aiden, que estaban juntos, las miraron y Demelza señaló divertida:

—Lo sabemos: ¡morís de amor por nosotras y nuestra inaudita belleza!

Los tres hombres rieron a carcajadas, y Harald, que cada día hablaba mejor el gaélico, musitó con su particular acento:

—Atrevida y fanfarrona vikinga...

Todos rieron de nuevo, cuando Alastair dijo señalándolo:

—Es precioso el potrillo de *Unne* y *Haar*.

Todos miraron hacia el lugar donde indicaba. *Unne*, seguida por su potrillo oscuro, se aproximaba a ellos. Demelza, complacida, esperó hasta que la yegua se le acercó y, poniendo su frente sobre la de aquélla, le habló.

Aiden sonrió.

Le encantaba ver aquello que su mujer hacía con su yegua o con su caballo, y, cuando sus amigos y Harald se acercaron al potrillo, él, feliz, caminó hacia su mujer y murmuró en su oído mientras la abrazaba por detrás:

—Pelirroja salvaje, con este vestido conseguirás que no despegue los ojos de ti en todo el día.

Al oír eso, la joven sonrió y, dándose la vuelta para mirarlo, murmuró:

—Pues entonces habré conseguido lo que pretendía.

Enamorado, Aiden la besó.

Su vida con ella a su lado era una vida plena, estaba llena de momentos increíbles y satisfacciones. Y, cuando sus bocas se separaron, miró el generoso escote de aquélla y musitó:

—Eres mi tentación..., mi más pura tentación.

De nuevo, otro beso. Y otro. Y cuando iban a comenzar con el tercero, Hilda salió de la casa y anunció:

—¡Papás, mirad quién está aquí!

Rápidamente, Aiden y Demelza miraron. Frente a ellos estaba su preciosa Ingrid, y él, cogiéndola entre sus brazos, murmuró:

—Hola, mi vida, ¿cómo está mi llorona preferida?

La niña, que se desvivía cuando veía a su padre, soltó un gritito de satisfacción y, segundos después, Alastair, con su pequeño Kenneth en brazos, ya estaba junto a aquéllos.

Satisfechas, Adnerb y Demelza los miraban, cuando, emocionada, la primera musitó:

—Es que remuero de amor... Pero ¿tú los has visto?

Demelza sonrió. Claro que los veía. Aquellos dos enormes y fieros escoceses, con sus bebés en brazos, se comportaban como dos tiernos cachorritos, y al ver cómo Harald los miraba, preguntó dándole un codazo:

—¿No te gustaría a ti tener un pequeñín como ellos?

Su cuñado, al oírla, suspiró, meneó la cabeza y comenzó a alejarse.

—Me voy. Tengo cosas que hacer...

—¡Pero, Harald...!

—Luego nos vemos...

—¡Harald!

—Adiós, Dem.

Y, sin mirarla, se marchó. Adoraba a su cuñada, la quería. Pero aquel tema tan íntimo era algo que él y sólo él resolvería si algún día decidía hacer algo al respecto.

Aiden, al ver cómo su mujer miraba apenada a aquel que se alejaba, dejando a la pequeña Ingrid en brazos de su tía Adnerb, se acercó a ella. Con cariño, la agarró por la cintura y, acercando la boca a su oído, musitó:

—Mejor no pregunto, ¿verdad?

Demelza suspiró.

—Casi que mejor.

Sonriente, Aiden sacudió la cabeza.

En el tiempo en que Harald llevaba junto a él y había tenido el placer de conocerlo, le había demostrado que era un buen hombre en muchos aspectos, y, consciente de lo que aquél sentía y se resistía a vivir, dijo:

—Dale tiempo. Lo creas o no, cuando menos te lo esperes, aparecerá esa mujer que lo noquee, lo vuelva loco, lo confunda y le haga saber que ella y sólo ella es la dueña de su vida y de su corazón.

Oír eso hizo que Demelza sonriera. Deseaba algo así para Harald. Se lo merecía.

Y, segura de la respuesta, miró al que era su marido y, pasando las manos alrededor de su cuello, preguntó:

—¿Yo soy la dueña de tu vida y de tu corazón?

Aiden sonrió.

La entrada de Demelza en su vida había sido inesperada, abrupta, difícil, pero, aun así, lo repetiría un millón de veces, porque ella era lo mejor que le había ocurrido jamás.

Y, por ello, mirando aquellos ojos que seguían cambiando de color dependiendo de sus emociones, afirmó gustoso y feliz:

—Sí, pelirroja salvaje. La dueña de mi vida y de mi corazón sólo eres tú.



# Biografía

Megan Maxwell es una reconocida y prolífica escritora del género romántico que vive en un precioso pueblecito de Madrid. De madre española y padre americano, ha publicado más de treinta novelas, además de cuentos y relatos en antologías colectivas.

En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela Romántica, en 2010, 2011, 2012 y 2013 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com. En 2013 recibió también el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta) y en 2017 resultó ganadora del Premio Letras del Mediterráneo en el apartado de novela romántica.

*Pídeme lo que quieras*, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la novela romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: [www.megan-maxwell.com](http://www.megan-maxwell.com).

*Las guerreras Maxwell, 5. Una prueba de amor* Megan Maxwell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta:

© Viacheslav Boiko - Shutterstock y

© Finlay McWalter © de la fotografía de la autora: Nines Mínguez

© Megan Maxwell, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) [www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20653-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



**¡¡Síguenos en redes sociales!!**



## ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)



[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)